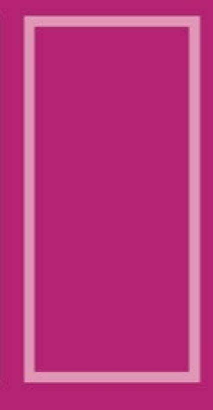
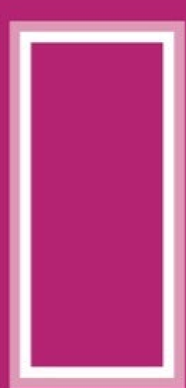
Feminismos para la revolución

Selección, introducción y perfiles biográficos de
Laura Fernández Cordero

Antología de 14 mujeres que desafiaron los límites de las izquierdas





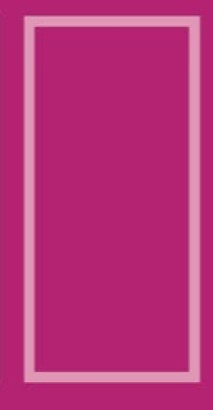


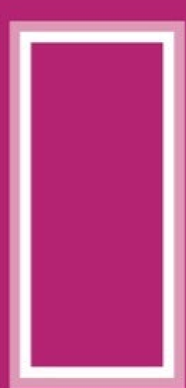
Feminismos para la revolución

Selección, introducción y perfiles biográficos de
Laura Fernández Cordero

Antología de
14 mujeres que
desafiaron los límites
de las izquierdas







Índice

FEMINISMOS PARA LA REVOLUCIÓN

Antología de 14 mujeres que desafiaron los límites de las izquierdas

Selección, introducción y perfiles biográficos de

Laura Fernández Cordero


siglo veintiuno
editores

Fernández Cordero, Laura

Feminismos para la revolución / compilado por Laura Fernández Cordero.- 1ª ed.- Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2021.

Libro digital, EPUB.- (Biblioteca del Pensamiento Socialista)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-801-082-3

1. Feminismo. 2. Mujeres. 3. Revoluciones. I. Título.

CDD 305.4209

<www.sigloxxieditores.com.ar>

Traducción de textos de Claire Démar y Jenny d’Héricourt: Margarita Polo

Agradecemos a lxs editorxs que gentilmente nos autorizaron a reproducir algunos de los textos seleccionados, según el detalle que consta en la sección final del libro: El Sudamericano, PRD (México), Ariadna Ediciones (Santiago de Chile), Fundación Rosa Luxemburgo (Buenos Aires), Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo (Madrid).

Diseño de cubierta: María Elizagaray Estrada

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores Argentina

Primera edición en formato digital: junio de 2021

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-801-082-3

Para Luisa, Sofía y sus amigas.

LFC

Abramos el libro para buscar en la historia los conocimientos para que nuestros esfuerzos no resulten estériles. Busquemos en el pasado la inspiración para luchar en el porvenir: fracasos, desengaños y errores nos señalan el derrotero a seguir; para evitarlos contaremos con un inmenso caudal de conocimientos adquiridos en los días memorables.

Virginia Bolten, “Enseñanzas del pasado”, La Nueva Senda, n° 12, 1910

Cuando pensamos en la pregunta sobre los futuros del feminismo, también debemos prestar atención a los legados de los pasados feministas; a lo que hemos heredado de los feminismos del pasado en cuanto a maneras de pensar sobre la pregunta misma de qué significaría tener un mundo donde el feminismo, como política de transformación, ya no fuera necesario. Como tal, la pregunta por el futuro es afectiva: es una pregunta esperanzada sobre lo que podríamos llegar a ser, así como temerosa de aquello en lo que podríamos convertirnos.

Sara Ahmed, Cultural Politics of Emotion, 2014

La palabra no olvida su camino.

Mijaíl Bajtín, Problemas de la poética de Dostoievski, 1929



Introducción

Voces de otros tiempos memorables

Laura Fernández Cordero

Es un enero muy raro, el verano de un año que parece no haber empezado todavía, a pesar de los brindis. Combato el tedio de lavar los platos con un podcast sobre literatura. Se presenta a la entrevistada del día como una "antóloga" y, mientras le saco a una copa sus rastros de vino, pienso en la palabra "entomóloga", en la naturalista alemana Maria Sibylla Merian, persiguiendo insectos y dibujando sus metamorfosis entre las flores, en la bella manía de la clasificación, en el herbario poético de Emily Dickinson, en las etiquetitas sobre cada ejemplar inmortalizado… Y aunque no tenía presente este verbo, conjugo: yo antologo.

El libro de Merian, una contribución a la ciencia y a la belleza de fines del siglo XVII, tenía por título "La oruga, maravillosa transformación y extraña alimentación floral". Casi doscientos años después, un poema de Dickinson se detenía en el deslizar de una serpiente sobre la hierba. Ojalá mi promesa de antologar compartiera ese estado de serena contemplación, en vez de una inquietud por encontrar, en la lujuriosa fronda de la biblioteca feminista, el texto que merece la captura y la colección.

El primer listado fue imposible. El segundo, delirante. Los elementos que tamizarían la selección –izquierda y feminismo–, los más escurridizos: indefinidos en sus contornos, desbordantes en sus escrituras y tendientes a la taxonomía infinita. Además, son tantos los ejercicios de recuperación, edición y visibilización de biografías que estaba en duda la necesidad misma de una nueva antología. ¿Acaso no detectamos e identificamos ya a numerosas pioneras? ¿No nos basta con las vidas ejemplares que conocemos? ¿No sacudimos lo suficiente panteones y cánones a fuerza de poner en evidencia sus borramientos? ¿Ya olvidamos que fuimos tentadas por alabanzas que forjaron a heroínas y divas? ¿Cuántas veces imaginamos una progresión en etapas de menor complejidad o mayor ingenuidad hasta nuestro presente iluminado? Pero todos esos pecados,

cometidos por necesidad y con entusiasmo, fueron los que lograron multiplicar las lecturas feministas y alimentaron el desborde contemporáneo. Si allí hay espacio para una nueva antología es porque quizá ya no necesitamos presentar mujeres intachables, vidas consistentes o biografías de novela. De un tiempo a esta parte, pasamos de los deslumbramientos a disfrutar la relectura; fue y es un regreso atento a las voces quebradas, dubitativas, inconsistentes, polémicas y hasta suicidas.

* * *

Esta antología reúne catorce nombres y sus textos. No son representativos, no son los únicos posibles, no agotan ni la vida ni la obra de cada voz autoral; no se compondrá con ellos una biblioteca consistente. Se ofrece como un muestrario más en el ejercicio de la memoria feminista, uno personal, puesto que me toca reunirlos, y también colectivo, porque han vivido en la multitud de lecturas y a ellas quieren volver.

Mi exploración comenzó a partir de una escena de fines del siglo XIX. La encontré mientras rastreaba los primeros ecos locales del término “feminismo”: una conferencia en Buenos Aires, donde el profesor argentino Ernesto Quesada explicaba a un grupo de mujeres las novedades de ese fantasma que recorría el mundo. En su presentación afirmó que la mejor versión era la estadounidense, tan moderna, y no la del “sentimiento femenino ruso exaltado inspirado por la impetuosa y perturbadora Claire Démar”. ¿Quién era esa francesa cuyo brío llegaba hasta Rusia? Descubrí que sus escritos, apenas dos, no estaban traducidos al castellano ni formaban parte de los cánones conocidos; pero esa sola advertencia del profesor me decidió a tomarla como primera voz de esta serie donde lo común es el tenor de los calificativos recibidos: exaltadas, virulentas, altisonantes, exageradas, veleidosas, impulsivas, irracionales, primitivas, emocionales, sensibleras, desubicadas, frenéticas.

De biografías reacias a la condensación, las voces compiladas se expresaron en momentos históricos muy agitados. Flora Tristán en los inicios del siglo XIX

francés, sacudido por revueltas, restauraciones y el despuntar de la lucha obrera. Tras la Declaración de los Derechos de la Mujer y la Ciudadana (1791) de Olympe de Gouges, el Código napoleónico clausuró gran parte de las promesas de la Revolución de 1789 y provocó que escritoras como Jenny D'Héricourt y tantas otras renovaran la lucha en sus clubes y periódicos. Hombres como Charles Fourier –a quien se le ha atribuido la creación del término feminisme– y Joseph Déjacque –quien habría acuñado el neologismo libertaire, ayer sinónimo de anarquismo y hoy disputado por las derechas– serían material de lectura crítica y ambivalente presencia aliada para estas mujeres.

Uno de los periódicos de las nuevas jornadas revolucionarias de 1848, La Voix des Femmes, resonó hacia 1896 en la publicación anarquista La Voz de la Mujer de Buenos Aires. Sus redactoras fueron perseguidas por el mismo Estado que capturó y analizó a La Bella Otero, aquella que logró por un momento hacer del encierro psiquiátrico un escenario, regalando retrato y dedicatoria a su carcelero lombrosiano. Otras, como la feminista María Abella Ramírez, dispondrán del privilegio de su voz pública para disparar contra la Iglesia católica argentina. Si volvemos a Europa, veremos cómo los fuegos de Rusia atrajeron a la alemana Clara Zetkin, líder de la socialdemocracia, y a Rosa Luxemburgo, compañeras de esa misma lucha por la que vivió la revolucionaria Aleksandra Kollontay. Hasta allí llegaría, ilusionada, la anarquista Emma Goldman, quien pronto abandonaría la Unión Soviética para dejarse encantar por la España revolucionaria en 1936. Hacia la península viajó, también, la argentina Ana Piacenza con el sueño de trabajar por la causa en varios frentes, entre ellos la organización Mujeres Libres, cuya revista era leída por la escritora Maria Lacerda de Moura en una comuna de emigrantes europeos en Brasil.

Detrás de estos nombres propios palpitan legiones. Masas, grupúsculos, organizaciones, clubes, aquelarres, círculos de lectura, hordas. No podemos dar cuenta de todas: hay que saber escuchar el estruendo bajo las frases de las que llegaron a la autoría y a la placa consagratoria. Sus biografías están unidas por acontecimientos y escrituras. Por citas recíprocas, por lecturas mutuas. Por magisterios y admiraciones. Como eficaces archivadoras amigas, se editan entre sí, componen los mismos periódicos, se pasan fotocopias. Una incesante interlocución que nos arrastra y nos suma porque, cada vez que leemos, compartimos un texto o escribimos, nos hacemos parte de ese camino que la palabra no olvida.

* * *

Esta antología se quiere sonora, una apuesta de amplificación que va del "Yo hablo" de una escritora como Claire Démar al silencio estratégico de una librepensadora como Maria Lacerda. Porque antes de tener nombre, el feminismo ya era una cuestión de voz. De alzarla y escribirla. De actuarla y resonar. Mientras las voces fueron pocas, eso que llamamos patriarcado apenas tembló. Cuando fueron muchas y unieron sus tonos diversos, lo que parecía natural se reveló histórico, lo evidente se tornó injusto y lo antes acallado se hizo denuncia pública. Voces que argumentaban suave, contestaciones fuertes, críticas sobre los críticos, reniego de las filosofías previas, acusaciones con dedo en alto, burla a los vigilantes, mohínes seductores, narraciones autocelebratorias, exhibición de pesares, humor. También fueron variados los géneros que transitaron: folletos, tratados, poemas, notas de opinión, novelas, ensayos, autobiografías, editoriales, entrevistas, cartas de amor.

Para visitar esa biblioteca profusa, es deseable reponer épocas y circunstancias, como intentan hacer las presentaciones que acompañan cada texto. En su brevedad no alcanzan a dar cuenta de la intensidad de esas vidas ni de la profundidad de sus obras; pero el repaso biográfico pone a esas escrituras en diálogo con los acontecimientos históricos y resalta sus puntos de encuentro a través de los tiempos. Aunque también es posible saltearlas, olvidar todos los contextos y jugar a descubrir ecos inesperados, brutales actualizaciones, anacronismos hilarantes. Darse al peligro de la relectura con su eficacia descontrolada. Descubrir que algo todavía retumba en tu organización, en tu sindicato, en la cocina, en tu cama.

En esta antología, la socialista Flora Tristán conversa con mi hija. A pesar de la secuencia cronológica –que comienza en 1800, cierra en 1945 y pretende facilitar la lectura–, se invita a desconfiar de las continuidades lógicas, del etapismo y de las olas. Ese tipo de organización de la memoria resulta útil en muchas circunstancias –en especial, las pedagógicas–, pero no alcanza a ser el único modo de contar la historia feminista. Cuanto más esquemático es el

relato, mayor riesgo de simplificar lo abigarrado, acallar lo extemporáneo o invisibilizar los márgenes.

* * *

Este libro se suma al largo intercambio entre las izquierdas y los feminismos, ya no suponiendo dos entidades concretas y definidas –que, según el momento o la geografía, se avienen a un matrimonio feliz, un noviazgo fallido o una separación tajante–, sino explorándolos como espacios que se están conformando mientras debaten. Rebeldías, insurrecciones, revueltas y emancipaciones hubo muchas a lo largo de la historia; pero socialismos, anarquismos, comunismos y feminismos comenzaron a tomar forma y nombre en ese proceso que se abrió alrededor de la Revolución Francesa y no cierra todavía.

Entre una Clara Zetkin, pilar del partido socialdemócrata, y una Maria Lacerda, que se resiste contra cualquier filiación política, aquí se presentan posicionamientos muy disímiles, pero todas tuvieron alguna participación en espacios de izquierdas que, con distintos grados de centralidad, incluían en su ideario o programa una preocupación por la denominada “emancipación femenina” o por la “cuestión de la mujer”. Sus recorridos personales confirman la importancia de la lectura y la escritura como prácticas liberadoras; la mayoría fundó periódicos, editó folletos y libros o animó revistas con gran esfuerzo por conseguir los recursos materiales necesarios. Muchas veces en velada o manifiesta controversia respecto de los órganos de expresión del partido o del movimiento, como se refleja en algunos títulos: Maison du Peuple y La Voix des Femmes, La Protesta Humana y La Voz de la Mujer, La Antorcha y Nuestra Tribuna.

Revistas viajeras, epistolarios copiosos, giras de propaganda, libros en traducción son prueba de un decidido internacionalismo. Con intercambios que no siempre partieron desde los centros europeos hacia las periferias latinoamericanas, sino que establecieron diálogos horizontales en distintas

direcciones geográficas e ideológicas. (Un pulso similar tuvo la construcción de esta antología, al contrarrestar las fronteras clausuradas y los aislamientos obligados por la pandemia del covid-19 con veloces fotografías caseras, generosos documentos adjuntos y cálidos envíos de libros recién editados). Aquellas publicaciones guardan las huellas de una polémica recurrente con los hombres que declamaban la doctrina de la "emancipación de la Mujer" pero oponían resistencia a las libertades de las compañeras. Ellas aprenderían a asumir su lucha en primera persona y en una doble batalla, hacia la vida política en general y hacia el interior de sus colectivos; siempre con esforzadas negociaciones o con rupturas, desplantes y portazos que sonaban como denuncia de los límites del espacio que pretendía contenerlas.

Al parecer, incluso las consignas de emancipaciones femeninas o las fórmulas como "mujer y socialismo" escondían orientaciones tácitas de justas medidas y buenos modales; por ejemplo, en línea con el partido, en voz moderada, secundando. O con sensibilidad, prudencia, virtud y bondad. O con dedicación casi exclusiva a los temas "de mujeres" como si fueran "labores propias de su sexo", expresión muy común por entonces. Hubo que aprender, también, que cualquier desliz por fuera de esas pautas podía conllevar insultos y comentarios sobre la moral o el comportamiento sexual de la mujer (muy) pública. No siempre la respuesta de ellas fue en el sentido más rebelde; muchas quedaban entrampadas en el pudor o les era difícil ejercer su libertad con tan poca información, con escaso acceso a métodos anticonceptivos seguros y con violencias naturalizadas.

Junto con la mentada "cuestión de la mujer" el de estas voces es, también, el tiempo de la "cuestión sexual" con un amplio despliegue de las sexologías, como dispositivos de saber y de poder, más los comienzos de los activismos para la despenalización de la homosexualidad. Las discusiones sobre la libertad sexual se dieron en los espacios más progresistas y de izquierdas, como lo demuestra la conformación de la Liga Mundial por la Reforma Sexual, que en 1928 fue encabezada por tres hombres: el médico y activista alemán Magnus Hirschfeld, el sexólogo británico Henry Havelock Ellis y el psiquiatra suizo Auguste Forel. La tensión entre "revolución" y "reforma" conformaba todo un paradigma que resultaba progresista respecto de las posturas religiosas y conservadoras, sobre todo al procurar distinguir entre goce y procreación, y al no criminalizar la homosexualidad. Sin embargo, siguió entendiendo la sexualidad como una faceta instintiva, sujeta a la dicotomía varón-mujer y reprimida por factores sociales que, bajo un sistema injusto, podían generar "desviaciones" respecto de su cauce

natural. La maternidad fue considerada un destino y la reproducción, analizada con una mirada eugenésica por entonces muy en boga, mientras que la explotación y la hipocresía de la doble moral eran señaladas como causas de esa otra institución solidaria del matrimonio burgués, la prostitución. Con algunos pocos matices, los textos que componen esta antología comparten ese marco que, pese a sus limitaciones, propició nuevas libertades y subjetividades, y recién mostró signos de quiebres en la segunda mitad del siglo XX, cuando otras izquierdas y otros activismos se aliaron en favor del "sexo y la revolución"; así, surgieron nuevas configuraciones teóricas para comprender cuerpos y deseos.

Esta antología no tuvo como principio de selección una Mujer con mayúsculas. Al contrario, intenta exponer las vicisitudes de una figura siempre en disputa. Quienes luchaban por conquistar derechos para las ciudadanas partieron de un contexto que las consideraba biológicamente débiles e inferiores. Desafiaron academias enteras para construir la mujer del derecho civil y político. Contra esa vertiente liberal, las obreras quebraron la ilusión sobre la igualdad femenina al insistir en las diferencias de clase. En un sentido similar, actuarían las mujeres de todos los colores por fuera de la supuesta uniformidad blanca y las que se querían libres del mandato heterosexual. Ni biologías ni esencias femeninas fueron viables para sostener una Mujer indiscutida, y esa inestabilidad, que se vislumbra en cada texto de esta selección, encontrará su síntesis, a mediados del siglo XX, con Simone de Beauvoir: "No se nace mujer, se llega a serlo".

Esta antología no pretende ser un proyecto de visibilización. Muchas de estas biografías ya han sido retomadas, incluso hasta la canonización militante. Algunas recibieron atención por parte de sus colegas o integrantes de sus agrupaciones y alcanzaron a un gran público lector. Aquí, en cambio, se invita a pensar el mecanismo mismo de esa visibilización/invisibilización en tanto lógicas de la construcción de cánones, programas de estudio, paneles de debate o, precisamente, antologías. Un juego de luces y sombras que opera en la historiografía y en la memoria política, y que debemos revisar con actitud aún más crítica cuando responde a nuestras preferencias o se solaza en los cupos cumplidos.

En esta cadena de sentidos compartidos a través de la historia no es necesario aclamar la originalidad ni justificar pionerismos, sino comprender singulares flexiones individuales, combinaciones personales de un drama histórico, eslabones preciosos de un nuevo engarce. Más que en el nombre propio o en la

persona concreta que escribió, a veces en carne viva o ante la muerte, se busca centrar la atención en esa figura que, en cada texto, asume la primera persona y organiza distintas estrategias argumentativas para criticar, discutir, persuadir, enamorar.

Esta colección de textos no les pide coherencia: nos gustan así, desmañados. Sin pretender corregir o aleccionar, invita al desbarajuste de las interpretaciones. Y a la conmemoración con una herramienta filosa en mano, una que pueda contra el mármol de los mitos. Queremos vida. Eso lleva tanto más trabajo, porque es preciso escarbar datos, descongelar imágenes muy apreciadas, destartalar figurones. Sobre todo, cruzar información, revolver archivos, identificar no el mejor relato, sino el más documentado. Y, después, no temer equivocarse en el nuevo armado que será precario en su verdad aunque meditado, y siempre discutible.

Esta antología quiere ser parte de los feminismos que no son refugio de identidad ni barrera de control sobre los cuerpos. Nada más alejado de las versiones que se llaman a sí mismas radicales y se abroquelan en una supuesta definición biológica, desde la cual excluyen a quienes no cumplen sus acotados y fantasiosos parámetros "naturales". Al contrario, los feminismos que todavía tienen mucho para decir viven en las alianzas con los movimientos de mujeres y los activismos LGTB+. Un terreno de acuerdos y divergencias, desencuentros momentáneos, grandes querellas y finas redes de sensibilidades diversas sostenidas por lesbianas que no son mujeres, mujeres y hombres trans, mujeres cis, travestis, identidades no binarias, denominaciones queer y cuir, géneros fluidos, cuerpos gestantes, etc., en una indetenible creatividad personal y política.

Esta antología busca contrapesar el efecto de novedad de la marea feminista, no porque carezca de una faceta inédita, específicamente la masividad y cierta aceptación cada vez más generalizada, sino porque la búsqueda es comprenderla desde esos pasados que le dan fuerza. Para acompañarse con las escrituras de otros tiempos memorables. Para anticipar nudos políticos y teóricos que ya se han enfrentado, y para desanudarlos con ideas previas que esperan volver al ruedo. Y, sin dudas, para enriquecer las autocríticas, ese bien tan propio.

Las quejas por la falta de acuerdo o por la pluralidad excesiva de los feminismos parecen desconocer que más que un partido vertical, una camaradería obsecuente

o un club de iguales, fueron siempre un campo de debate. Un vital desacuerdo que resistió la invitación a la ortodoxia y al recitado de catecismos. Conocer los inicios con perspectiva crítica permite comprender que aquellos primeros feminismos se forjaron con fe en el Progreso, bajo la irradiante luz de la Razón, en el imperio de la Ciencia de los países colonialistas. ¿Acaso puede sorprender tanto el vocabulario racista de una francesa de salón o el pánico homosexual de una señora de pueblo? ¿El pudor de una paria de la moral de su tiempo?

El usual señalamiento de esas tensiones problemáticas como un descubrimiento de último momento o como un factor de perspicacia personal (resaltado por títulos efectistas) demuestra que es necesario insistir en la historia de los feminismos. Dar a conocer con mayor ahínco los jaques que se hicieron a las hegemonías y a los divismos, las persistencias de sus memorias como calderas en continua ebullición. Sí, tenemos en ellas vestales ilegibles y celebrantes del sexo. Alianzas y rupturas, silenciamientos vergonzantes, redescubrimientos y nuevas ediciones de una palabra que no cesa. Y también por eso nos llaman marea.

Adentrarse en el pasado feminista ayuda a contrarrestar los análisis que tienden a clausurar al feminismo buscando una coincidencia con el fin del ciclo revolucionario de las izquierdas. Esas propuestas suelen identificar el triunfo del neoliberalismo con el del feminismo liberal, como si este fuera un sinónimo del feminismo en toda su extensión, o como si se tratara de una deriva reciente provocada por la cooptación capitalista, y no una expresión feminista fundante combatida por obra de las militantes de izquierda. ¿Se olvida que el anarquismo ya denunciaba el corazón burgués de las sufragistas y que las socialistas advertían que al feminismo se lo podía tragar entero el capitalismo con todas sus astucias? El malestar de la derrota histórica que atraviesa a cierta izquierda no se condice con la festiva potencia del fenómeno feminista actual. Ni justifica deplorar ni simplificar con la etiqueta “políticas de identidad” una de las revoluciones de la subjetividad, la vida cotidiana, la filosofía política y las sexualidades más dinámicas de la historia. Contra esto, hay remedio: encarar la lectura y el estudio de la gran cantera teórica y política feminista con la misma seriedad y pasión con que se aborda hasta el último de los manuscritos que nos legó Marx.

Esta antología parte de la idea de que los famosos encuentros y desencuentros de las izquierdas deben leerse allí donde las voces se quiebran. Por ejemplo en estos textos, breves trances desafiantes que, aunque firmados con nombre

propio, recogen saberes de la práctica política colectiva, donde lo personal y lo político estuvieron siempre abrazados. Cada uno deja ver cómo estas mujeres y algunos hombres que (sobre todo en el anarquismo) supieron percibirlo pusieron en duda la homogeneidad de la Humanidad, ese desvelo de las izquierdas. La repetida enunciación en primera persona y en femenino, así como las invocaciones a "obreros" y "obreras", sin más, resquebrajaban la idea de un conjunto universal, homogéneo y definitivo.

En esa interlocución, el feminismo no participa como un partido compacto ni como un movimiento de contornos definidos, sino como forma de enunciación singular. Una posición enunciativa de la revuelta, revulsiva incluso contra sí misma. Una voz que va en la senda de Virginia Woolf, hablando de recursos económicos cuando la convocaron a discurrir sobre "la Mujer y la novela"; de Julieta Lanteri, inscribiéndose como candidata cuando no le permitían ser electora; de Audre Lorde, advirtiendo sobre las insidiosas herramientas del amo; de Sara Ahmed y la tipificación de la aguafiestas que sabemos ser; de Virginie Despentes, convocando a las putas, las gordas y las feas frente el feminismo presentable; de Lohana Berkins, narrando su adolescencia y transformando mis ideas antes, siquiera, de leer a Judith Butler.

Desacatadas, las mil lenguas de la enunciación feminista no caben en ninguna revolución, la desbordan. Una práctica del decir sin olvidar la historia de aquellas voces que, desde las izquierdas, pudieron renegar del feminismo y aun así legarnos feminismos que se comprometan con el fin del capitalismo y con la imaginación de un mundo sin explotación. Un movimiento de innúmeras bocas para dudar de los cierres y las burocracias, para agitar las secretarías generales y los comisariatos. Para enrarecer partidos y sindicatos, y habitar los aparatos de Estado con un ojo en la puerta de salida. Feminismos disidentes para leer la letra minúscula de las políticas públicas, los registros civiles y las utopías. Para denunciar la feminización de las deudas, vociferar contra la debacle ecológica y habitar las luchas antirracistas, antifascistas, antipunitivistas y antiespecistas presentes y futuras. Feminismos para revisar entidades como "ciudadano", "vecino", "compañero", "camarada", en una imparable invención subjetiva que tiene para ofrecer redefiniciones de la mujer tanto como estrategias para fugar de esa categoría si es preciso.

En esa cantera inagotable recolecté estas pocas voces. Ahora solo resta una invitación: leer los textos en voz alta. En soledad o en ronda. Leerles los gritos y los silencios, porque en cada una de sus puntuaciones apasionadas reviven los

feminismos para la revolución permanente de la mismísima Revolución.

Mar del Plata, verano de 2021

Claire Démar

Futura

Ca. 1800 - París, 1833

APPEL
D'UNE FEMME
AU PEUPLE
SUR L'AFFRANCHISSEMENT
DE LA FEMME,

PAR

CLAIRE DÉMAR.

PARIS,

CHEZ L'AUTEUR, CHAUSSÉE MÉNILMONTANT, N. 44.

1833.

Escribió Mi ley para el futuro (1834, póstumo) y se suicidó. Tenía poco más de 30 años. Al nacer la llamaron Émilie d’Eymard, pero ella, que renegaba de casi todo, quiso olvidarlo. Recién comenzaba el XIX, un siglo auspicioso para ser mujer en París y elegir un nuevo nombre; uno que, como su paso por aquel mundo, fue breve y centelleante. Pronto se deslumbró con las propuestas de Henri de Saint-Simon y su escuela. Siguiendo a ese teórico a quien se considera precursor de las ciencias sociales y del socialismo moderno, sus adeptos agitaron ideas antidogmáticas y esperanzadas en un porvenir industrial y científico. Convocaron a las mujeres y proclamaron su emancipación; sin embargo, terminaron por erigir una secta casi religiosa con uno de sus discípulos, el megalómano Père Enfantin, en la cima. Decían esperar a la MUJER, una mesías que estaba siempre por llegar. Pero no llegaba. Algunas saintsimonianas, más cercanas al trabajo manual, se sintieron traicionadas; para ellas la emancipación era una utopía urgente. Marie-Reine Guindorf, Désirée Véret, Jeanne Deroin, Eugénie Niboyet y Suzanne Voilquin lo dijeron en periódicos de vida breve como La Femme Libre [La Mujer Libre], L’Apostolat des Femmes [El Apostolado de las Mujeres] y La Tribune des Femmes [La Tribuna de las Mujeres]. Con ellas dialogaba Démar; pero, como su furia era mucha, escribió en solitario un folleto vibrante: Appel d’une femme au peuple pour la libération de la femme [Llamamiento de una mujer al pueblo por la liberación de la mujer], de 1833.

Dirigía sus críticas a toda la Francia de los años treinta porque, tras la prometedora gran revolución de 1789, se encontraba en un retroceso político y cultural, a pesar del avance de la burguesía. Como si Olympe de Gouges no hubiera denunciado que los Derechos del Hombre y del Ciudadano ignoraban a las mujeres, el Código napoleónico de 1804 y el gobierno monárquico de Luis Felipe I las obligaban a volver a luchar por su autonomía, el divorcio, la educación y la igualdad ante la ley. En medio de un fructífero desacuerdo femenino, Démar agitaba la versión más radical, polemizaba con fervor y señalaba la desunión y la indiferencia sobre su escritura. Se sabía intensa. Sin emancipación de la mujer no habrá liberación del proletariado, insistía. Y gritaba: ¡menos remilgo y más carne! Hoy, dos de sus párrafos alcanzan para desmentir la novedad de la teoría de la interseccionalidad y de las invocaciones prosexo.

Un ideario nunca es por completo original, pero el reclamo del placer en primera persona, la fuerza de la experiencia personal como valor político y el tono con

que proponía desestimar la paternidad y liberar a la mujer de la crianza hacen de su breve obra una entrañable rareza. Casi sin dar respiro al combate, su prosa despliega disquisiciones teóricas sobre la política de las emociones, la corporalidad del deseo y una filosofía de la materia que le hizo un lugar en las carpetas de trabajo de Walter Benjamin.

Antes del disparo mutuo que pacta con su amante y la silencia, ella (nos) habla. Y esa verba hace empalidecer las tesis de La mujer y el socialismo de August Bebel (1879) y El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado de Friedrich Engels (1884), las dos biblias de las izquierdas. Pero con Démar no se trata de precedentes, sino de tonalidades; y la pregunta que abre resuena potente y clara: ¿cuántas estridencias caben en una revolución?

Mi ley para el futuro

Ustedes han renegado de la cátedra del apostolado, abandonándola por la tribuna del debate; su palabra dogmática ya no habla solamente de las necesidades, los sufrimientos de la mujer; ya no le pone con autoridad los límites de cierta ley para el futuro, sino que alienta a cada mujer a revelar sus necesidades, sus sufrimientos, a formular por sí sola su ley para el futuro.

Y ustedes han obrado con sensatez.

En efecto, hoy en día, cada palabra de mujer debe ser dicha, y será dicha para la liberación de la mujer, porque, hoy en día, una voz de mujer enérgica, poderosa, de grandes repercusiones, o bien temerosa, indecisa o inarticulada, amiga o enemiga discordante y contrariada como los mil y un ruidos confusos, el estrépito fúnebre provocado por el choque de las sociedades que se derrumban y quedan en ruinas, las civilizaciones que se demuelen, o, si no, suave y armoniosa como el himno de las fiestas del porvenir… Cada voz de mujer será oída y escuchada.

Por ende, ustedes han tomado la única posición conveniente y posible, han hecho un llamamiento y ya no juzgan más.

Ustedes tienen que velar por que cada una diga o, al menos, pueda decir todo lo que siente, todo lo que ama, todo lo que quiere.

Y yo, una mujer, respondo a su llamamiento.

Y yo, una mujer, voy a hablar, yo que no sé retener mi pensamiento cautivo y silencioso en el fondo de mi corazón, que no sé velar sus formas hombrunas, groseras y audaces, poner a la VERDAD un vestido de gasa, detener en el borde de mis labios una palabra franca, libre, valerosa, una palabra desnuda, verdadera, mordaz, punzante, para esclarecerla con el filtro de las conveniencias del mundo antiguo, pasarla por el tamiz místico de la mojigatería cristiana.

Yo voy a hablar, yo que, sola ahora, sin el apoyo, el aliento o la aclamación de

ninguna mujer, ya he hecho un llamamiento al pueblo. Y no importa qué haya sido de mi llamamiento.

Lo digo sola y sin ayuda de ninguna mujer, porque no es inútil comprobar el escaso vínculo que nos une. Sí, sola, porque incluso las mujeres que se decían nuevas, que pretendían hacer un apostolado, no se dignaron a detenerse en una gacetilla escrita, tal vez sin talento, pero al menos con conciencia y entusiasmo, y que se alejaba removiendo, en beneficio de ellas, toda la podredumbre cadavérica de las viejas instituciones y de una ley moral impotente. ¡No! Ni una de esas mujeres fuertes tuvo la fuerza suficiente para dar cuenta de esa actitud. Y, sin embargo, la autora y el escrito les eran conocidos.

No es que me queje o esté irritada; así son las cosas, señoras, porque, sin duda, así tenían que ser. Las acepto tal como me las ha enviado la providencia o la voluntad de ustedes. Pero son hechos personales que tengo en mi haber; tomo nota de ellos y los relato. Los analizo, porque quizá también sea algo bueno; y algunos días también habrá sido bueno tomar nota de los hechos, analizarlos, relatarlos: por lo demás, tienen una relación directa, una íntima ligazón con el sentimiento, con el pensamiento que les voy a manifestar, y forzosa, naturalmente allí me llevan.

¡Sí, señoras, al igual que ustedes, espero; al igual que ustedes, hago todos mis votos y convoco la hora santa que establecerá las relaciones del hombre y de la mujer sobre los cimientos de esta ley moral nueva que, al resultar del concurso simpático y simultáneo del hombre y la mujer, rodeará al hombre y a la mujer de un lazo de amor religioso y puro! ¡Hora que, eternamente grandiosa y fecunda entre todas las horas de la humanidad, dará inicio a una nueva era de vida social para la gran familia de los hombres! Hora gloriosa en que todos los pueblos de la tierra, unidos en torno a un mismo estandarte de asociación, listos para marchar por las inmensas sendas de un porvenir de concordia y armonía, verán, por primera vez, al hombre y a la mujer –obedeciendo a las leyes de una atracción divina, confundidos uno en el seno del otro, pareja sublime– hacer realidad, por fin, al individuo social imposible hasta esa hora.

Entonces, por fin se romperá la pesada cadena de la esclavitud que durante tanto tiempo atrapó en una red de desdicha a todas las naciones del mundo y así dejaba en manos de algunos ociosos privilegiados el trabajo, la libertad e incluso la sangre, incluso la vida, de varios millones de semejantes suyos que, fuertes, laboriosos, activos, nobles y confiados, gemían ante la astucia y la debilidad de

un azote fratricida.

Sí, la liberación del proletario, de la clase más pobre y numerosa, no es posible, estoy convencida de ello, si no es mediante la liberación de nuestro sexo, de la asociación de la fuerza y la belleza, la rudeza y la suavidad del hombre y de la mujer.

Entonces, ¡corresponde a las mujeres hacer oír ese grito de liberación, repudiar la protección injuriosa de aquel que se decía su amo y no era sino su par! ¡Que se levante entre las mujeres la que, ramo de roble y olivo en mano, firmará el tratado de recuperación, alianza e igualdad!

Yo también la convoco y la aclamaré con entusiasmo; yo también sumerjo la mirada en ese inmenso horizonte, preguntando a las naciones del Norte, del Sur, de Oriente y de Occidente: ¿dónde está?, ¿cuándo vendrá?

¡Y no hay ninguna voz que responda o pueda responder a estos gritos de un alma sufriente!

Porque aún no ha llegado la hora; el mundo no está listo y, durante largo tiempo, seguiremos debatiéndonos en esta atmósfera pestilente de la ley moral cristiana, que nos ahoga; y durante largo tiempo también, nuestras voluntades, nuestras palabras, nuestros actos chocarán confusamente en medio de las tinieblas de esta noche, de este caos del pensamiento, antes de que una luz vacilante e incierta nos presagie la aurora de renovación, de redención definitiva, ese sol que, después de tantos siglos, verá que el pie de la mujer habrá aplastado para siempre la cabeza de la serpiente.

Pero ¡pocas de nosotras podremos alzar un párpado debilitado por la edad para ver los rayos de esa aurora resplandeciente, pocas de nosotras podremos sumar nuestras voces al himno de alegría, a las aclamaciones incesantes que, de todas partes, saludarán en dulce concierto la llegada de la mujer mesías!

Más venturosas, las que en el decurso de la vida lleguen después de nosotras formarán su cortejo numeroso y pacífico para entonces. En cuanto a nosotras, lamentablemente arrojadas en estos tiempos de destrucción, lucha y anarquía, tendremos un papel de lucha, de acción, que no será menos bello, menos noble, menos digno de los cantos piadosos de reconocimiento del porvenir, ¡si sabemos comprenderlo y estar a su altura! Desde luego, se dará cierta gloria a estas primeras mujeres que, ya olvidada cualquier individualidad, habrán hecho oír un

grito de liberación y caminado sin mirar atrás hacia ese orden de mejores cosas que presagiamos, en medio de los insultos, de los ultrajes, de las calumnias, de los disgustos más crueles que incesantemente alzan contra nosotras aquellas mismas por cuya dicha luchamos.

Lo sé, señoras: con más confianza que yo, no van tan atrás en el tiempo, al límite de las miserias y los sufrimientos de nuestro sexo y de la humanidad. Ya me parece oírlas decir, incluso, que las sendas de la providencia son amplias, secretas, misteriosas, y están por encima de nuestra débil inteligencia mortal, que, en nuestra fe, debemos descansar en ella, y que es irreligioso dudar de ello.

[…]

Ustedes no se ofenderán. Lo he dicho, lo repito: mi palabra es cruda; a veces, es mordaz e irritante, pero siempre es verdadera. […]

Y bien, sobre la base de los términos así planteados, digo que debemos escuchar con respeto y recogimiento, sin posibilidad de juzgar o de culpabilizar, cada palabra de emancipación que repercuta, por extraña, inaudita e incluso –me atrevo a decir– indignante que sea. Y voy un poco más lejos: sostengo que la palabra de la MUJER REDENTORA SERÁ UNA PALABRA SOBERANAMENTE INDIGNANTE, porque será la más amplia y, por ende, la más reparadora para todos los caracteres, para todas las voluntades.

[…]

Oigan bien: el púlpito cristiano se hace eco de las proclamas de matrimonio. ¡Abran los ojos! Los muros de la iglesia y de la casa consistorial están cubiertos con ellas; los periódicos mismos colman con ellas sus columnas inútiles. Si esa hilera de carrozas se estaciona delante de nuestros templos, a la puerta de las alcaldías de nuestros doce distritos, es para festejar alguna ruidosa boda. Ante el alcalde y ante el sacerdote, ante los ojos del mundo material y del mundo religioso, un hombre y una mujer han arrastrado un largo séquito de testigos de todas las edades y de todos los sexos; y el sacerdote que usa su estola con toques dorados, y el alcalde que lleva la banda tricolor [francesa], en nombre de Dios y del Código, han bendecido o ratificado una alianza indisoluble. Y allí vemos una unión legítima: ¡¡¡la que permite a una mujer decir, sin sonrojarse, tal día a tal hora voy a recibir a un hombre en mi ALCOBA de MUJER!!!… La unión que, contraída de cara a la multitud, se deja llevar lentamente a través de una orgía de

vinos y danzas, hasta el lecho nupcial, convertido en lecho del libertinaje y la prostitución, y permite a la imaginación delirante de los invitados seguir de cerca y penetrar todos los detalles, todas las incidencias del drama lúbrico ¡puesto en escena con nombre de día de boda!

Si la costumbre o la ley que hace comparecer así a la joven esposa, palpitante y temerosa, ante la mirada audaz de toda una numerosa asamblea, que la prostituye a los deseos desenfrenados, a las indignantes burlas de hombres en ardor, exaltados por las fumaradas de una fiesta licenciosa; si, digo, esa costumbre, esa ley, no les parece una HORRIBLE EXPLOTACIÓN; si, reflexionando, nunca se han estremecido de disgusto y de indignación… me pierdo… Las consignas de dignidad de la mujer, de liberación, de emancipación de la mujer ¡¡¡ya no tienen ningún sentido para mí, no representan ya ninguna idea en mi pensamiento!!!

Sin embargo, estos son solo algunos de los resultados de la ley de proclamación pública, que ustedes reclaman como garantía, como base de la nueva moral.

También se debe a esa puesta en público que, en el antro de la rue de Jérusalem, ¡¡¡una pluma infame registre a tantas jóvenes perdidas, marchitas, en el libro rojo de la policía!!!

También se debe a la puesta en público que se lleven a cabo uniones brutales de una hora, que la desdichada prostituta comience en un rincón, en la esquina de la calle, y, con toda prisa, ¡¡¡termine en su reducto, en el altar de la depravación, para volver a comenzar un instante después!!!…

También se deben a la puesta en público esos escandalosos debates judiciales que, en nuestros cursos, en nuestros tribunales, hacen resonar ante nuestros jueces las palabras de adulterio, impotencia, violación, y dan lugar a investigaciones odiosas y a sentencias indignantes.

Pero dejemos de lado esta fatigosa enumeración, estos cuadros tan odiosos como repulsivos, y veamos si, como ustedes sostienen, el misterio podría prolongar aún más la explotación de nuestro sexo. ¿Cómo? Porque una mujer no hubiera confiado públicamente sus sensaciones de mujer; porque, entre todos los hombres que la colmarían de cuidados y atenciones, que le ofrecerían su amor, otra mirada diferente de la suya no habría sabido distinguir al de su preferencia; porque su vecina no podría animar una conversación maliciosa con detalles de su vida íntima; porque sus noches de amor no serían transparentes y claras; porque

no abriría sus puertas y ventanas cuando quisiera para entregarse a los brazos de un hombre, prodigarle sus besos y sus caricias: ¿resultaría entonces que la mujer sería, necesariamente, el juguete, el esclavo de un hombre; que no habría más asociación posible; que la felicidad de la humanidad estaría por siempre destruida?… ¡¿Cómo?! ¡¿Una mujer sería explotada y desdichada porque, sin temor a verla desgarrarse, odiarse, podría dar satisfacción simultáneamente a varios hombres en su amor; procurar una porción de dicha y placer a todos los que no creerían poder encontrar dicha ni placer sino con ella y por ella?!

Dichosos los pobres de espíritu, señoras: ni toda la sutileza, ni toda la fineza del sentimiento o del razonamiento han logrado siquiera hacerme recelar de las altas razones que las llevaron a resolver tan perentoriamente esta cuestión. Sin embargo, es grave, y vale la pena sondearla, profundizarla. Por ello, tengan a bien suspender la reprobación, el anatema del que les parecen dignas tanto mi persona como mis teorías. En efecto, voy más lejos y […] creo en la necesidad de una libertad sin reglas ni límites y en una libertad tan amplia como sea posible, sostenida por el misterio, que considero la base de la nueva moral, aunque nos conduzca al revoltijo que les parece grosero e indignante.

Hoy en día, con mucha frecuencia, el hombre y la mujer son arrojados uno a los brazos del otro, sin amarse, sin conocerse, por voluntad de padres déspotas y arbitrarios, para satisfacer alguna razón de conveniencia, algún cálculo en su interés o en busca de fortuna. De allí que haya tantas uniones mal combinadas, tantas existencias desdichadas, condenadas a un sinfín de lágrimas, a un odio siempre vivaz, que a cada hora renace, se irrita, se exalta, que durante largos años se arrastra por obra de la astucia y la mentira, y aparece más de una vez, luego de atroces sufrimientos, para pedir al veneno o al puñal liberador el alivio final.

[…]

En el futuro, la unión de los sexos deberá ser resultado de simpatías más amplias, mejor estudiadas, desde todos los puntos de vista posibles, sin intervención de ninguna voluntad ajena, sin el concurso de ninguna circunstancia determinante más que el libre albedrío, surgido, las más de las veces, de la ebullición de la sangre ardorosa por la exaltación de los sentidos.

Señoras, tengo la desdicha –lo confieso para mi vergüenza de mujer sentimental–, tengo la desdicha de no creer en esos entusiasmos súbitos –por lo

demás, tan poéticos– que del encuentro simultáneo de dos individuos hacen surgir un amor ardiente, muy impetuoso, irresistible, como del roce de dos guijarros surge una chispa vivaz. Tengo la desdicha de no creer en la espontaneidad de un sentimiento, en la irresistible ley de atracción de los espíritus. No pienso que un primer encuentro, una sola conversación puedan dar lugar a la certidumbre, la conciencia de un pensamiento, una sensación que seguirá siempre tal cual, siempre idéntica en todos sus aspectos. No es sino después de un largo y maduro examen, de una seria reflexión, que está permitido confesarse a una misma que, por fin, ¡ha encontrado a esa otra alma complemento de la suya propia, que podrá vivir su vida, pensar con su pensamiento propio, sentir con sus propios sentimientos, confundirse con aquella, darle y a la vez recibir impulso, goce y felicidad!

Entonces, tal como hoy, el tiempo y el estudio nos revelarán la existencia de una simpatía más o menos amplia, más o menos fuerte, más o menos completa, base de cada amor. Habrá que conocerse, relacionarse, estudiarse, probarse durante un tiempo más o menos largo, con el riesgo de perderse en medio de sueños engañosos, de decepción en decepción, perseguir un vano fantasma, hijo de una imaginación delirante, forma inasible a la cual un prisma mentiroso ha dotado de colores falsos, con el riesgo de abrazar, en lugar de una realidad, apenas una sombra fugitiva que se disuelve y se desvanece al tocarla, que desaparece con la luz.

Aceptar que, por desdicha, a veces habrá que confesarse que a fin de cuentas una se ha equivocado, que ha sido el juguete de aspectos falsos, de apariencias engañosas… Y, por último, señoras, apelo a su experiencia de mujer.

[…]

Por la inequívoca necesidad providencial de una ley constante e invariable del progreso, la vida se formula incesantemente en todo el universo, bajo el doble aspecto de concepción y de ejecución, bajo la forma de espíritu y de materia.

Comparen, analicen cada hecho, cada circunstancia, cada accidente; combinen, compongan de mil maneras cada uno de los seres de la humanidad, cada una de las porciones del universo, cada uno de los fragmentos del gran todo, y siempre llegarán a estos dos principios: espíritu y materia.

Un espíritu que concibe, que ordena, una materia que ejecuta, que realiza. Esta

es la única razón posible y comprensible de todas las obras, pues la concepción sería eternamente infecunda sin la ejecución. Y yo no podría concebir una ejecución posible sin una concepción previa.

¡Espíritu y materia! Es la gran fórmula, la razón última de todo lo que corresponde a la vida de DIOS, de DIOS, que crea sin cesar, porque sin cesar concibe, ejecuta, de DIOS, que es la soberana concepción, la soberana ejecución.

En el total equilibrio, en la perfecta armonía de estos dos principios, tan necesarios, tan coexistentes de toda eternidad, es donde debemos buscar, debemos situar la ley futura de nuestra felicidad, de nuestro porvenir de liberación y de satisfacción; y por ello hoy sentimos, reclamamos la restitución de la carne azotada, torturada durante tantos siglos bajo la ley cristiana que consagraba la predominancia injusta de uno de los principios por sobre el otro.

Y ha llegado el momento en que la carne debe ser reivindicada, en que la materia será una igual del espíritu, y no esclava suya, en que ya no más un principio se desarrollará en detrimento del otro, sino que cada uno realizará su acción con toda su fuerza, con toda su energía, con toda su santidad, ¡¡y así la vida retomará su curso uniforme, majestuoso, y completará, por todas las vías, su obra fecunda!! Y solo entonces, por fin, el hombre será la imagen de DIOS.

Estas consideraciones abstractas eran indispensables para la comprensión de lo que me queda por decir. Llego finalmente a la solución del gran problema que nos ocupa:

Del amor, de la unión de los sexos, debe en definitiva resultar, como de cualquier otra causa, una creación necesaria; en él, como en todas partes, los dos principios, espíritu y materia, deben desarrollar su acción simultánea; en él también siempre debe haber reivindicación. Nótese bien que no me quejo de que, hasta ahora, esa necesidad de realización no haya sido sentida, comprendida o satisfecha: por el contrario, incluso bajo el más absoluto imperio de la ley cristiana, los hombres más espiritualistas tomaron ampliamente las sendas de reproducción y de vida; en todo momento, hemos realizado, realizado mucho, y en esa cuestión nunca la humanidad ha temido que su desarrollo se detuviera. En cuanto a mí, solo querría que tuviéramos la franqueza de reconocer, de proclamar en alta voz esta necesidad, ¡sin bajar párpados mentirosos, sin sonrojarnos por un pudor místico que no comprendo!

Seamos algo consecuentes con nosotras mismas, con nosotras que proclamamos la reivindicación de la materia, la santificación de la carne, y tengamos en cuenta el principio material, demos satisfacción a la carne.

Repito: en el futuro, la unión de los sexos deberá ser el resultado de las más amplias simpatías, mejor estudiadas desde todos los puntos de vista posibles; y entonces, reconoceremos la existencia de las relaciones íntimas, secretas y misteriosas de dos almas; entonces, a la vez, tendremos conciencia de una perfecta unidad de sentimientos, pensamientos, deseo. Todo ello bien podría llegar a chocar contra una última prueba decisiva, pero necesaria, indispensable.

¡¡¡LA PRUEBA de la MATERIA por la MATERIA; la CARNE puesta a PRUEBA por la CARNE!!!

* * *

He pronunciado, por fin, la gran palabra ante la cual tantos audaces innovadores se han detenido, temerosos de los clamores, del tumulto y de las odiosas imputaciones que el eco de su palabra intrépida e incisiva alzaría en torno a ellos.

Y también yo, débil mujer, inquieta y alarmada, he tenido que permanecer largo tiempo en suspenso, y mientras la tormenta se disponía a hacer rodar mi nombre de mujer por las agitaciones de la corriente popular, permanecer preparada para perder definitivamente, en la tormenta de ese dar a publicidad, el reposo de mi vida solitaria e ignorada, y la necesidad de decir lo que he comprendido tanto como el deber de plasmar la obra que, según yo sentía, tenía la misión de llevar a término.

Mi decisión está tomada: hablo. Sin dudas, no me faltarán fuerzas para sostener mi palabra.

Ahora vendrán las calumnias, con su cortejo de burlas mordaces, palabras

amargas, insinuaciones pérfidas. Estoy preparada. ¡Mi vida, por completo amurallada, no transcurre bajo la luz sombría, voluptuosamente misteriosa, de los cortinados de seda de un tocador! Mi puerta siempre se abre al visitante, sin importar a qué hora llame a ella.

Puede venir el anatema, la persecución; repito: estoy preparada.

¿Acaso el que opera, dejándose vencer por los llantos, las lágrimas, las injurias de un enfermo, aleja de este el hierro que penetra la carne, el fuego que la cauteriza?

Y considero que estaba bien, que era buena cosa; que era cristiana, espiritualista en sus actos, aquella que se atreviera a abogar por la causa del amor material.

He hablado de la necesidad de una prueba plenamente física de la carne por obra de la carne.

Esto, porque muy a menudo, en el umbral de la alcoba, una llama devoradora termina por apagarse. Muy a menudo, en más de una gran pasión, las sábanas perfumadas del lecho se han convertido en mortaja fúnebre; acaso lea estas líneas más de una que, palpitante de deseos y de emociones, por la noche, habrá entrado en el tálamo del himeneo, para luego levantarse fría y gélida por la mañana.

Soy YO la que habla. He podido descansar voluntariamente solo durante una hora en los brazos de un hombre, y esa hora erigió una barrera de saciedad entre él y yo; esa hora, la única posible para él, fue suficientemente larga para volver a colocarlo, respecto de mí, en la multitud monótona de los indiferentes; él volvió a ser para mí una de esas unidades que no dejan más rastro en nuestra vida que un recuerdo común, frío y banal, sin valor, sin placer, sin lamentos.

Y aquí ya no pretendo hablar de las decepciones que pueden resultar del extraño y enorme sacrificio, por cuyo riesgo, bajo el cielo ardiente de Italia, más de un niño puede a edad temprana correr la suerte de convertirse en un célebre maestro; antes bien, hablaré de las que hallan sus causas en las desproporcionadas liberalidades de una naturaleza cruel, burlonamente pródiga. No hago alusiones. Mil causas diversas pueden dar el mismo resultado.

[…]

Ahora bien, admitida la necesidad de poner a prueba la carne, ¿qué sucede con la ley de proclamación pública? ¿Habría que incluir entonces, en la confidencia de esas pruebas más o menos prolongadas, si llegan o no a un resultado? No lo creo. Pero, entonces, ¿en qué punto exacto deberá concluir el misterio? ¿Quién fijará la hora exacta de la puesta en público?… En esta cuestión, estamos forzosamente obligados a someternos al libre arbitrio de los interesados; debemos conceder la mayor amplitud a cada individualidad, de modo que aquellos puedan permanecer en el misterio, si así lo desean. Si así no fuera, ya no sé qué debemos entender por libertad, por satisfacción dada a cada carácter, porque cada carácter es bueno…

¿Dónde culmina el período de prueba? ¿Dónde comienza la etapa del matrimonio? Allí radica toda la cuestión. O, antes bien, el matrimonio es apenas una seguidilla continua y prolongada de pruebas, que tarde o temprano debe llevar –al menos en el caso de las naturalezas móviles, inconstantes– a un enfriamiento, a una separación.

[…]

Dicen ustedes que hay hombres constantes, estables, y otros que, en cambio, son móviles, inconstantes. Señálenme, entonces, ¿cuál es el punto de separación entre la constancia y la inconstancia, entre la estabilidad y la inmovilidad, dónde finaliza una y dónde comienza la otra? En verdad, mis ojos débiles y miopes no podrían hacer esta distinción.

¡Proclaman ustedes dos naturalezas! Y bien, mañana, dependiendo de que el mayor número confiese ser de una o de otra, darán mayor importancia a una sobre la otra; tal vez involuntariamente harán predominar a una sobre otra, proclamarán que una es mejor que la otra; y pronto tendremos una naturaleza mala y una naturaleza buena, un pecado original; y pronto recaeremos en un paraíso y un infierno; pondrán una aureola de santo en la frente de una; y sumirán la otra en las llamas vengadoras de los condenados; ustedes serán de Dios; yo, del demonio.

[…]

Que las mujeres que me lean dejen de lado cualquier orgullo vano, cualquier prurito de mando desplazado; que, por una hora, una vez en su vida, olviden un sonrojo mentiroso, que ya no disimulen su rostro bajo los pliegues de un abanico

engañoso, bajo las amplias alas de un sombrero, y, con una mano sobre la conciencia, respondan a esto: “Díganme, señoras, ¿hay entre ustedes una sola que, en el seno de la unión más fecunda de dicha y alegría, no desviara por un momento, por breve que haya sido, la mirada de su esposo o de su amante para posarla, con complacencia y placer, en otro hombre y –haciendo, a escondidas, una comparación en completa ventaja de este último– no deseara que el amante o el esposo se le parecieran?”.

Sí, si entre todas ustedes pudiera hallarse una sola con esa conformación, que se levante, me condene y me arroje la piedra, porque entonces habré pronunciado un discurso imprudente y calumnioso, y debo ser condenada por ello. ¡Estoy resignada!

[…]

Desde el momento en que han mirado a un hombre con placer, con satisfacción, y que les ha parecido más bello, más espiritual que su amante o esposo; desde el momento en que lo han considerado superior a uno o a otro, no importa desde qué punto de vista, en qué relación del espíritu o de la materia, yo declaro: ha habido prostitución, se ha cometido adulterio, al menos en la intención. Solo el prejuicio, el temor o algún otro motivo desconocido las ha refrenado, y han sumado al adulterio las artimañas y las mentiras.

Adulterio, artimañas, mentiras. Allí caemos incesantemente en la ley de la constancia respaldada en la puesta en público.

Debemos confesar, entonces, que la más pura, la más fiel, ha sido culpable (hablo según los supuestos morales antiguos del mundo antiguo), culpable al menos de deseos, infiel con su voluntad… ¿Qué importa si el acto no siguió al pensamiento? Por una penosa necesidad habrá gemido muchas veces; y cuando hace alarde de su constancia, se vanagloria de ella, hombres, tengan la certidumbre de que en su corazón se desprecia y se apena de sí misma; porque su pretendida constancia no es más que mentira y engaño, para ella tanto como para las demás.

Luego de la pomposa virtud teatral de las Lucrecias, tal vez podrían evocarse los furores de los Otelos para, de los celos a la constancia, llegar a una conclusión en mi contra.

Por favor, respondan: ¿acaso son los celos otra cosa que la expresión más alta,

mejor pronunciada, de ese egoísmo que remite todo a uno mismo, que, exento de condicionamientos, trabas o cualquier abnegación personal, querría encadenar para siempre el cuerpo al espíritu, el pensamiento, la voluntad, la sensación de todo ser amado, y así someterlo a su ley, a su placer, a su capricho? Los celos no son otra cosa que el sentimiento antisocial de propiedad que les hace decir: mi castillo, mis dominios, mi casa; que les hace rodear el castillo de una enorme fosa, la casa, de una fuerte muralla, los campos, de un impenetrable cerco vivo.

Ustedes hablan de Otelo: ¿acaso no invocan también a las matronas, los eunucos y los mudos del serrallo…? ¿No hablan también de los grilletes, las cadenas y los cerrojos preservadores? Sublimes inventos de Italia, que garantizan la constancia, la fidelidad, permitan al esposo, vejete tembloroso, viajar seguro de la virtud de su joven esposa, cuya llave se ha llevado en algún bolsillo de su maleta… Es cierto que el amor también sabe, durante el reposo del himeneo, poner una llave postiza en manos del amante dichoso y compensar a la joven esposa lánguida, abandonada… ¡conmovedora y dulce reciprocidad de franqueza y de confianza!

Por último, si me atreviera a poner mi propio ejemplo –algo que, según creo, puede permitírseme, después de lo anterior–, haría mi confesión con la ingenua espontaneidad, con la noble franqueza de ese pobre asno de la fábula que, en un prado, había mochado el pasto marcando el ancho de su lengua y que tigres y leones descuartizaron piadosamente en holocausto a los dioses irritados…

Diría que yo, porque era celosa, y muy celosa, durante largo tiempo me creí constante y, más tarde, llegando a mirar mejor, a descifrar mejor el problema de mi individualidad, comprendí a las claras que, con la seguridad que dan el silencio y el secreto, ¡en verdad no sé muy bien qué podría haber sido de mi fidelidad! Entre todos los hombres, ciertamente hay uno a quien amé más que a los demás, hacia quien siempre me lleva con preferencia mi afecto; pero a fin de cuentas encontré a otros que me agradaban más o menos, y con los cuales voluntariamente bien habría podido, de vez en cuando, olvidar al primero, con la certeza de preservar toda su ternura, gracias a su ignorancia. Y esta historia mía es la de muchas mujeres: lo digo a expensas de mi amor propio, ¡maldito sea quien mal piense!

Debo resumir.

Los celos no son sino un sentimiento odioso de egoísmo y de personalismo, que

no prejuzgan nada en favor de la constancia, por el contrario…

La fidelidad casi siempre se ha basado solo en el temor o en la imposibilidad de hacer algo mejor o diferente.

Y ello no es más que la consecuencia rigurosa de este hecho, de esta verdad: que solo existen naturalezas móviles, inconstantes. Porque la movilidad es la condición del progreso, y yo no podría concebir otra inmovilidad, otra constancia más que la de DIOS, el único eternamente y necesariamente inmutable, porque DIOS es todo lo que ES, es el progreso, es la vida.

Por la proclamación de la ley de inconstancia, y solo por ella, la mujer se liberará.

La unión de los sexos debe basarse en las simpatías más amplias, mejor establecidas; y como la vida se formula constantemente entre los dos aspectos del espíritu y de la materia, tendrá que haber simpatía del espíritu con el espíritu, de la materia con la materia, prueba más o menos prolongada de uno y otro por uno y otro, convivencia más o menos prolongada.

En estos términos, ¿no se vuelve acaso necesario el misterio? ¿No es una garantía indispensable de la libertad para la mujer?

[…]

Me parece que debería detenerme aquí, después de haber tratado, desde sus principales ángulos, la cuestión de la liberación de la mujer. Pero aquí no termina mi tarea, ya que esta cuestión plantea otra muy grave, a la cual está íntimamente ligada y de la cual depende: la cuestión de la filiación, de la generación.

[…]

El hombre y la mujer, obedeciendo a la imperiosa voluntad de los sentidos, llevados uno hacia el otro por esa necesidad de placeres a la cual Dios, siempre bueno y previsor, ligó la conservación de nuestra raza, se arrojan uno a los brazos del otro, confunden su vida en un largo abrazo, y olvidan las consecuencias naturales y probables que deben surgir de esa unión por un misterio divino e insondable.

Sin embargo, las leyes de la naturaleza reciben su sanción, y la mujer ha concebido.

Entonces, maldicen ustedes a menudo ese desenlace natural de sus placeres, que de improviso viene a alterar sus cálculos de egoísmo y ambición, a interrumpir el curso de sus voluptuosidades.

Después, se ven forzadas a someterse a los decretos de una voluntad más poderosa que la de ustedes, contra cuyos actos les es imposible luchar; y, transcurridos los nueve meses, reciben en sus brazos a esa débil criatura, cargada desde el vientre materno de su odio, de su injusta cólera; ¡esa criatura que no había pedido el ser!

Pronto, tendrán en sus manos a ese nuevo individuo social, aún débil e imposibilitado, que al ritmo de los caprichos de ustedes se transforma en un juguete cuyos movimientos adaptan a los de su péndulo; con sus risas, con sus caricias, alientan las más mínimas futilidades de esa imaginación flexible que compone todos sus actos según cómo vea su rostro, según los pliegues de su frente; y ustedes se extasían, desfallecen de gusto y contento; se admiran ante cada una de las pretendidas gentilezas que salen del niño. El niño crece y desarrolla incesantemente su cuerpo y su espíritu; continúa los juegos que ustedes alentaban con sus caricias y sus aprobaciones; pero el prisma se ha roto, la saciedad colma el alma de ustedes; el disgusto y el aburrimiento suceden al entusiasmo, reemplazan la admiración… y un día, látigo en mano, inculcan a los miembros heridos de aquel una primera lección de injusticia y de saber vivir, que repetirán a menudo.

A partir de ese día, ya no más reposo, ya no más alegría para él: le habrán asignado un casillero en el vasto tablero del mundo, sin preocuparse por si el desarrollo de su organización le permitirá llenarlo. Lo modelan, lo hieren, lo extienden o lo mutilan, según convenga a los proyectos de ustedes; y después de largos años, piden al monstruo odioso que se les escapa de las manos gratitud por los dones que le han hecho; no dejan de perseguirlo con sus exigencias insaciables; lo obligan a rendirles un culto de amor y de veneración; y cuando, al final, ustedes agonizan, él puede recobrar el aliento e intenta enderezar sus propios miembros deformados, su cabeza gacha, pero prueba en vano: sus miembros y su cabeza no dejarán de estar encorvados, y su porte raquítico lleva para siempre un germen de destrucción.

¡Ah! Apoyada en un inmenso haz de puñales parricidas, en medio de los gemidos que de tantos pechos emanan, solo en nombre del padre y de la madre, me aventuro a alzar la voz por la ley de la libertad, de la liberación, contra la ley de la sangre, la ley de la generación.

¡Ya no más esclavitud, no más explotación, no más tutela! ¡Emancipación para todos, para los esclavos, para los proletarios, para los menores, los grandes y los pequeños!

Sin embargo, tengan cuidado: haría falta que el poder de la paternidad contra el que me alzo pueda al menos cubrirse con cierta apariencia de razón, de legitimidad, que ese derecho se base en algo.

Ahora bien, cualquier certidumbre, cualquier presunción de paternidad, choca contra mi teoría de la puesta a prueba, del misterio; certidumbre, presunción igualmente dudosas hoy día.

[…]

Para nosotros que junto con tantos otros creemos y proclamamos que la propiedad dejará de existir, que la herencia desaparecerá, porque la propiedad, la herencia son un privilegio de nacimiento, y todos los privilegios de nacimiento deben ser abolidos, sin excepción.

Para nosotros que reclamamos la clasificación según la capacidad, y la capacidad según las obras.

Para nosotros que, en todos lados, en todos los hombres, no vemos sino funcionarios que son sucedidos o reemplazados, pero no heredados.

Para nosotros, la objeción cae por sí sola y pierde su valor.

A quienes pretenderían que abolir la herencia significaría destruir la sociedad yo respondería que la sociedad se agota desde hace siglos, apegada, sin tomar aliento, a esa obra de destrucción; que ha perseguido la herencia de posición en posición, quitándole sucesivamente todas sus prerrogativas; que hoy en día la propiedad, reducida a su más simple expresión, se ampara vanamente detrás de las numerosas filas de la guardia nacional, al abrigo de un bastión hecho de leyes y ordenanzas. La descomposición ya la ha alcanzado; los términos “impuesto progresivo” ya tintinean como un toque fúnebre a los oídos del propietario

ocioso y alarmado.

Antes, el hombre era el esclavo, la propiedad, la cosa del hombre, transmisible por herencia. ¿Qué ha sido de la esclavitud, esa gran propiedad? Destruida, aniquilada… y, sin embargo, la sociedad subsiste cada vez más bella, más grande, más perfecta.

¿Qué ha sido de la herencia del feudo cubierto de vasallos cargados de diezmos y cánones? La sociedad se ha sepultado bajo esa ruina de la edad media.

¿Qué ha sido incluso de la herencia del título que confería derechos y privilegios? La tierra tembló en sus polos cuando dos o tres privilegiados fueron los primeros en quemar sus pergaminos y sus credenciales en el altar de la patria, en plena asamblea nacional.

Sé que una revolución no se hace en un día, bruscamente, de improviso; comprendo que son necesarias ciertas cautelas para producir cambios y que la sociedad no se transformará sino poco a poco, con una transición imperceptible y controlada.

No es mi obra ni mi misión, al menos aquí, indicar en qué consisten o en qué consistirán esas precauciones.

Por consiguiente:

Ya no más paternidad siempre dudosa e imposible de demostrar.

Ya no más propiedad, ya no más herencia.

Clasificación según la capacidad, retribución según las obras.

Y, por ende:

Ya no más maternidad, ya no más ley de la sangre.

Digo no más maternidad.

En efecto, la mujer liberada, manumitida del yugo de la tutela, de la protección del hombre del que ya no recibirá alimento ni salario, del hombre que ya no le pagará más el precio de su cuerpo; la mujer deberá su existencia, su posición social, solo a su capacidad y a sus obras.

Para ello, es necesario que la mujer haga una obra, cumpla una función. Y ¿cómo podría hacerlo si sigue estando condenada a dedicar una parte más o menos larga de su vida a los cuidados requeridos por la educación de uno o varios hijos? O la función será descuidada, mal cumplida, o el niño terminará siendo mal educado y privado de los cuidados que exigen su debilidad, su largo crecimiento.

¿Desean liberar a la mujer? Y bien, del seno de la madre de sangre, lleven al recién nacido a los brazos de la madre social, de la nodriza funcionaria, y el niño será criado de una mejor manera, puesto que se ocupará de él aquella que tiene la capacidad de criar, de desarrollar, de comprender a la infancia; y todas las mujeres podrán clasificarse según su capacidad y recibir retribución por sus obras.

Entonces, solo entonces, el hombre, la mujer, el niño se verán liberados, todos, de la ley de sangre de la explotación de la humanidad por la humanidad.

Entonces cada una y cada uno, todas y todos, serán las hijas y los hijos de sus obras y solamente de sus obras.

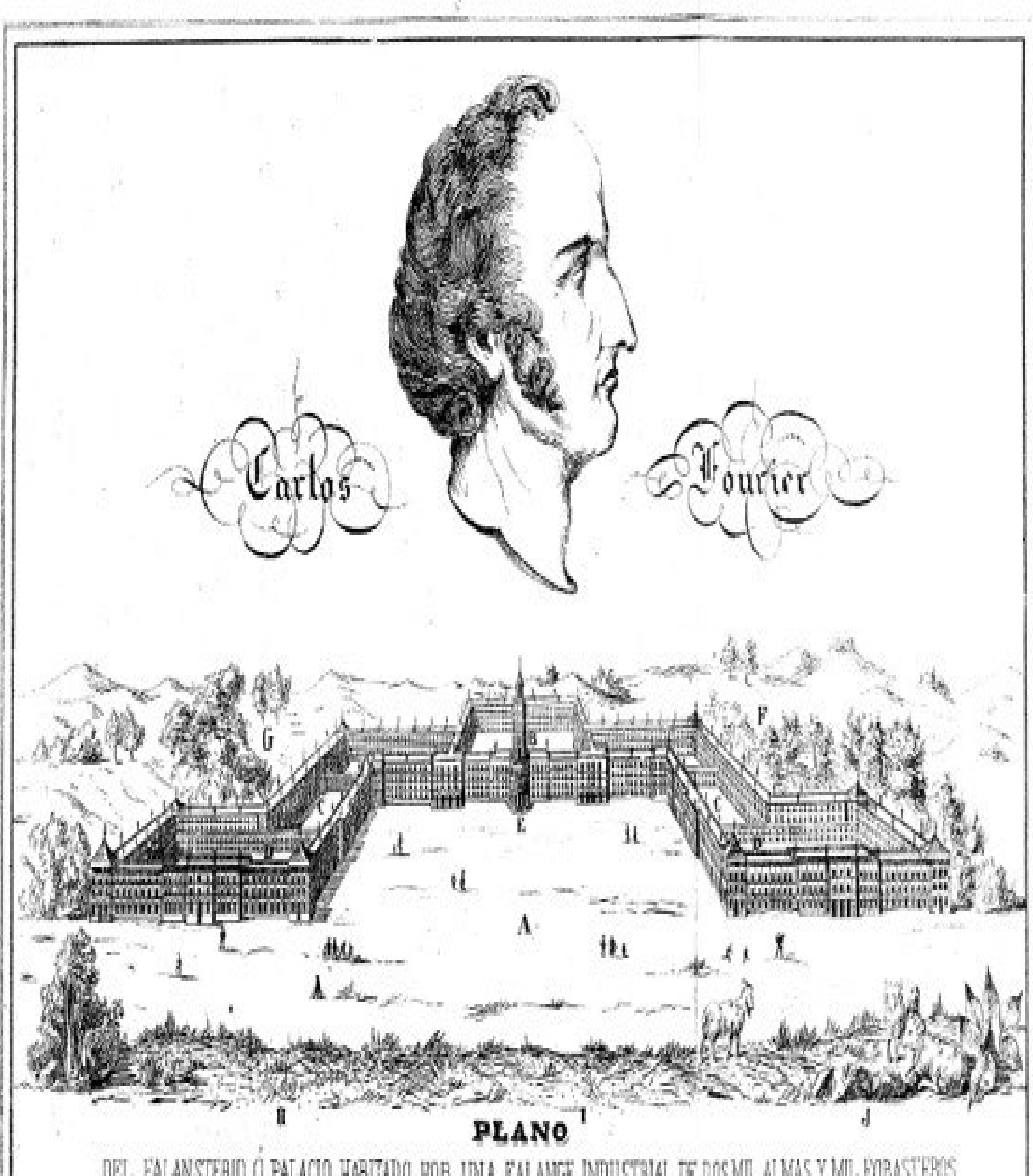


La Femme libre.

Charles Fourier

Pornócrata

Besanzón, 1772 - París, 1837



PLANO

DEL FALANSTERIO Ó PALACIO HABITADO POR UNA FALANGE INDUSTRIAL DE DOS MIL ALMAS Y MIL FORASTEROS

ESPLICACION:

A. Grande Plaza de parada en el centro del falansterio de 466 2/3 varas. **B.** Paseo de invierno dentro del Palacio de 780 varas. **C.D.** Patios interiores de servicio con arboles, surtidores, estanques, jardines. **E.** Entrada principal, torre de orden &c.ª **F.** Sitio de la Yglesia. **G.** Sitio del Teatro. El Palacio tiene de frente 840 varas y en cada ala 186 2/3 var.s

La Calle galeria rodea todo el falansterio.

Después de la gran revolución, Francia fue pródiga en planes radicales, utópicos, socialistas y desafiantes de los límites de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad. Charles Fourier sumó a esa tríada el Placer. Su programa era grandilocuente: consideraba que los 400 000 libros que constituían el patrimonio cultural de la humanidad estaban errados y que él, como Newton o Colón, sería un hito en la nueva concepción del Cosmos.

Había nacido en 1772 en Besanzón, ciudad de antigua universidad y relojería exquisita. Comerciante por mandato familiar, se prefería filósofo y arquitecto social del nuevo orden basado en el goce de la comida y del amor. Fue enlistado, preso, liberado, y corrió hacia París para dar a conocer sus ideas. Eran tremendas. Desde 1809, editó largos tratados que el gran público recibió con indiferencia y los grupúsculos admirados, con devoción. Solitario y sin hogar estable, pergeñó viviendas colectivas a las que llamaba Falansterios y un orden general que llamaba Armonía. Gris en su apariencia, soñó un erotismo de la abundancia y estableció que el lazo social era pasional y sexual. Y que organizarlo suponía una cuestión de Estado. Lo escribió cuando aún no se había inventado el Psicoanálisis y apenas nacía la Sociología. Lejos de la irracionalidad o la celebración de los instintos, lo suyo era el cálculo matemático: ¿cuántas almas deseantes deben combinarse con otras apaciguadas?, ¿cómo expandir las manías lúbricas y los gustos personales?, ¿cuál es la composición ideal entre industria y ocio?, ¿cuántos mayores gozarán de las caricias de la juventud?, ¿cada cuánto es preciso variar el trabajo y la compañía para intensificar el disfrute?

El escandalizado teórico del anarquismo, Pierre-Joseph Proudhon, lo llamó "pornócrata", y Fourier lo merecía porque solía describir orgías edificantes, amor público entre mujeres y caricias reparadoras del daño moral, además de elogiar la poligamia, denostar el matrimonio y burlarse del adulterio. Planificada como una coreografía, la fiesta amatoria invitaba a todas las edades y a todos los cuerpos desechados por la Civilización. A pesar de sus loas a la variación y a la inconstancia –que Claire Démar aplaudiría–, todas las mañanas bebía vino blanco en el mismo bar y, cada mediodía, esperaba un inversor para hacer realidad sus proyecciones.

Su escritura, dada al neologismo y a las mayúsculas, revivió en los imaginarios del surrealismo, del situacionismo y de los años sesenta. Hasta entonces, parte de su obra era desconocida porque Victor Considérant y otros discípulos retacearon

los borradores más osados, por temor a las malas interpretaciones. Los manuscritos de El nuevo mundo amoroso se editaron por primera vez en París, pocos meses antes del revuelto Mayo de 1968. Esos fragmentos confusos y habitados por personajes novelescos revelan un lúcido delirio. Karl Marx, Friedrich Engels, Flora Tristán, Rosa Luxemburgo y León Trotski citaron esa vieja idea que Fourier hizo axioma: el progreso de una sociedad se mide por el grado de emancipación de las mujeres. Mucho más pacatas, las revoluciones posteriores no llegarán a celebrar ni la camaradería carnal ni la diversidad del deseo de una sola noche en Armonía.

El nuevo mundo amoroso

En armonía los placeres son asunto de Estado

El tema [del amor] parece frívolo a esos civilizados que [lo] relegan al rango de cosa inútil y lo hacen, bajo la autoridad de Diógenes, ocupación de los perezosos. Tampoco lo admiten más que a título de placer constitucional sancionado por el matrimonio; no sucede lo mismo en la armonía, donde, al volverse los amores asunto de Estado y fin especial de la política social, debe darse necesariamente gran importancia al amor, que en efecto retiene el primer rango entre los placeres; la cábala gastronómica, otro placer de armonía, retiene el primer rango en títulos, pero el amor lo retiene en la realidad. Se trata aquí de asegurar también a las personas de toda edad el encanto del amor como podemos encontrarlo hoy en la juventud. La solución de este caprichoso problema exigirá cierto razonamiento. ¿Nos asustaremos por unas pocas espinas cuando se trata de penetrar en el nuevo mundo amoroso? Por lo demás, nada de espinoso tendrá el camino, sino solo una controversia más placentera que difícil. Prometí […] que no encontraríais más abrojos […] y voy a mantener mi palabra.

Establezcamos bien el problema [por] debatir en estas tres secciones. La civilización no sabe procurar los diversos encantos del amor a quienes están en edad de gozar de él y se trata aquí de hacerlo no solo para aquellos que están en la edad, sino también para quienes han pasado de esta. Hacer por los viejos aún mucho más de lo que la civilización hace por los jóvenes es una brillante perspectiva para unos y otros. Que ella pueda disponerlos hacia una atención seria.

El egoísmo: efecto inevitable del amor limitado a la pareja

Lo que ha inducido a error a todos los filósofos civilizados sobre el destino del amor es que siempre han especulado sobre los amores limitados a la pareja; desde ese momento, no pudieron llegar más que a un mismo resultado: al egoísmo, efecto inevitable del amor limitado a la pareja; es necesario, pues, especulando sobre los efectos liberales, cimentar sobre el ejercicio colectivo, y yo no seguiré otro camino. No habría ningún [modo] de hacer que Psique y Narciso se entregaran a otros dos individuos. Esto sería una doble infidelidad, una pasión infame, repugnante. Pero voy a probar que, al entregarse cada uno a una masa de pretendientes y en ciertas coyunturas aplicables al orden civilizado, ambos se convertirán en ángeles de virtud a los ojos del público, a los ojos de los pretendientes y a sus propios ojos, y que de ello resultará un lazo general, incluso con el público menos amoroso que los pretendientes, pero entusiasmado como ellos por el sacrificio filantrópico del que habrá dado pruebas la pareja angélica.

Que nadie se apresure a prejuzgar sobre este problema antes de conocer los resortes extraños que serán puestos en juego. La armonía tiene los medios para ennoblecer […] todo lo que puede favorecer la sabiduría o el acrecentamiento de las riquezas y la virtud o extensión de los lazos sociales; deshonra a todo lo que intenta empobrecer a los hombres y disminuir los lazos.

El safismo en armonía

Habrá podido extrañar que haya yo hecho safianas de todas o de casi todas las damas de Cnido. Algunos sacarán la consecuencia de que si las mujeres son todas safianas, los hombres habrán de ser todos pederastas. Esa consecuencia no sería justa, ya que los dos sexos son contrapuestos en materia de amor y no idénticos. Igualmente, no se tendrá el mismo número de vestales de uno y otro sexo. No habrá mayoría vestálica en femenino y minoría en masculino, y lo mismo ocurrirá en amores ambiguos.

Vemos desde ahora que las mujeres en su estado de libertad de perfectibilidad,

como las de París, tienen una inclinación muy pronunciada al safismo. Los periódicos de París se han quejado algunas veces de que esta tendencia se generalizaba entre las jóvenes de la capital; este sexo es más inclinado que el otro al homosexualismo. Ahora bien, en un nuevo orden en el que cesen todas las desconfianzas y enemistades femeninas, en el que el mecanismo de las series de las fusiones y otros equilibrios pasionales haya hecho desaparecer todos los celos actuales de las mujeres, no será extraño que todas o casi todas se entreguen a una intimidad que es ya tan común en los lugares en que son más cultas. Como consecuencia de esta inclinación, he supuesto a las mujeres, como a los hombres, enamoradas colectivamente de la heroína [Fakma], género de amor tanto más interesante cuanto que pueden procurarse la asociación de prosafianos, y las he hecho aceptar en masa, quedando cada una de ellas en libertad de no reclamar sus derechos.

Conviene advertir que Isaúm[, como intermediario,] encontrará excelentes ocasiones de provecho y podrá adjudicarse a casi todas las cnidias que se acerquen a cortejar a la heroína. Ninguna de ellas se negará. De este modo, su desinterés con Fakma queda bien pagado. Por otra parte, y esto es preciso según la regla admitida lo mismo en armonía que en la civilización, en este mundo no se hace nada por nada. Pero siempre se han querido crear placeres compuestos allí donde el orden civilizado no los crea sino simples, que degeneran en abyectos y no dejan más que insípidos recuerdos. Si Isaúm gozara de treinta y dos cnidias, no sería otra cosa que una orgía, un desorden sin [laguna en el texto] mientras que, si las obtiene a título de pupilas de Fakma y por haberlas llevado junto a ella y haber negociado su admisión sucesiva, será tanto como unir al amor los motivos de gratitud y unas ilusiones de safismo y de intervención angélica. Será, en fin, reunir varios placeres del cuerpo y del alma en un lazo con el que los civilizados no sabrían hacer otra cosa que una orgía repugnante e indigna de entusiasmo así como desprovista de graciosos recuerdos.

La poligamia domina por doquier

Los que juzgan las obras por los títulos tendrán aquí un buen tema de glosa sobre el título de amores polígamos y omnígamos. Unos repetirán la frase ingeniosa de

Molière de que la poligamia es un caso digno de la horca, de donde [se sigue] que la omnigamia es archidigna de la horca; otros perorarán sobre el pathos filosófico, sobre la moral y la política, y se los podrá confundir en pocas palabras con [palabra ilegible] siguiente. Si la poligamia es un vicio digno de la indignación de los filósofos, ¿cómo puede ser que no hayan encontrado ningún medio de extirpar la sociedad bárbara que tiene en régimen de poligamia a quinientos millones de hombres y que entre los trescientos millones de salvajes y civilizados los primeros practiquen a menudo esta poligamia como virtud, en tanto que los civilizados la practican todos en secreto, aunque esté reputada como vicio, crimen de adulterio, en su opinión? ¿No debemos sacar la conclusión de que habría que encontrar la manera de tolerar lo que no se puede impedir y que cuando un vicio o pretendido vicio domina legalmente entre la mayoría del género humano y clandestinamente entre la minoría, lo cual es dominar en todas partes, sería mucho mejor hacer para sacar partido que entregarse a inútiles declamaciones contra una flaqueza inseparable de la naturaleza humana?

Inclinaciones universales a la poligamia

Si existiese entre los hombres una aversión general a la inconstancia amorosa y a la poligamia secreta, si se viese a las mujeres odiar igualmente la inconstancia y el adulterio llamado “cornudez”, habría que sacar la conclusión de que la naturaleza humana se inclina a la fidelidad amorosa y que la política debe conformarse en sus especulaciones a tal inclinación; pero cuando es cosa averiguada, por el ejemplo de los bárbaros y civilizados libres, que todos los hombres aman la poligamia, y por el ejemplo de las damas civilizadas, hasta cierto punto libres, que aman igualmente la pluralidad de hombres o al menos el cambio periódico y los relevos de favoritos de paso, agregados al titular que lo [urde] todo y sirve de máscara a las variantes amorosas, cuando, digo, estas verdades están corroboradas por siglos de experiencia, ¿cómo unos sabios que pretenden estudiar la naturaleza y la verdad pueden desconocer estos oráculos de la naturaleza y poner en duda la insurrección secreta del género humano contra toda legislación que exija de él esa fidelidad amorosa perpetua cuya ley impone el matrimonio?



SYSTÈME DE FOURIER.

Flora Tristán

Migrante

París, 1803 - Burdeos, 1844



Monsieur Fourier, escribe Flora Tristán en 1836, necesito leer su libro, le ruego me lo envíe. Tiene 33 años y carga con una herencia negada, descendencia en disputa y un marido violento. Él la perseguirá casi toda la vida, ella escapará viajando: al Perú del padre muerto, para exigir reconocimiento de su encumbrada familia criolla; a Londres, para trabajar como dama de compañía y recorrer la miseria del corazón capitalista; a cada rincón de Francia, para arengar a los trabajadores: ¡uníos!

A pesar de su ascendencia ilustre (en la que se rumorea la posible paternidad de Simón Bolívar) y de todos sus nombres –Flora-Célestine-Thérèse-Henriette Tristán y Moscoso Laisney–, recibió apenas una compensación económica con la que costeará escrituras y conferencias. A sus viajes los llamó peregrinaciones y, a fuerza de rechazos, se proclamó paria, expulsada por su condición de mujer separada, desheredada y migrante. De sus dramas personales hizo textos políticos. Escribió sobre las mujeres extranjeras, en favor del divorcio y en contra de la pena de muerte. Fue notable por su agudeza y, de repente, célebre por sobrevivir al atentado de su ex marido, quien la emboscó y le disparó en 1838. Recién entonces logró la separación legal y recuperó a su hijo y a su hija.

Si el primer viaje le dictó Peregrinaciones de una paria (1837), las cuatro estadías en Inglaterra aparecieron como Paseos por Londres (1840), reveladoras visitas al Parlamento, asilos, barriadas pobres y cárceles. Allí descubrió la Vindicación de los derechos de la mujer (1792) de Mary Wollstonecraft y visitó a Anne Wheeler, traductora de Charles Fourier y coautora de otro libro que lo decía todo: La demanda de la mitad de la raza humana, las mujeres, contra la pretensión de la otra mitad, los hombres, de mantenerlas en la esclavitud política y, en consecuencia, civil y doméstica (1825).

Inspirada por varias geografías y muchas voces, creyente en cierta superioridad femenina y un cristianismo liberador, Tristán llegó a ser una paria que habitaba el centro parisino y se codeaba con la escuela saintsimoniana, los círculos socialistas europeos y los salones más efervescentes. Con temple epistolar, tejió densas redes intelectuales, políticas, sensuales. Algunas biografías la pintan apóstol que sublimó el deseo sexual. Otras, estratega de la independencia femenina. No faltan sugerencias de un amor lésbico con Olympe Chodzko, intrigante política y destinataria de los párrafos más voluptuosos.

Ardorosa en su cruzada, Tristán predicó en dieciocho ciudades cuando la ya

desgastada monarquía de Julio prohibía reunir más de veinte personas. Perseguida por la policía y por la fiebre, agitaba Unión Obrera (1843), libro por el cual es considerada precursora tan indiscutible como poco reconocida del Manifiesto Comunista (1848). Moriría en ese mismo viaje, dejando en 1844 los manuscritos de El tour de Francia (1833-1844). Estado actual de la clase obrera en los aspectos moral, intelectual y material, que sería publicado de manera completa en 1973. Mientras ella gastaba en esa gira su último aliento, Marx comenzaba a mirar asombrado el levantamiento obrero en Silesia y Engels tomaba notas en las barriadas por las que ella ya había paseado. Pero no es la falta de cita lo que deberíamos lamentar, sino la entronización del "proletariado" por sobre aquella lúcida invocación a "obreros y obreras" con la que, tan temprano, se anudaban la clase y el género.

Unión Obrera

A los obreros y a las obreras

Obreros y obreras

Escuchadme: desde hace veinticinco años, los hombres más inteligentes y más abnegados han consagrado su vida a la defensa de vuestra sagrada causa;[1] ellos, con sus escritos, discursos, informes, memorias, encuestas, estadísticas, han señalado, han constatado, han demostrado al gobierno y a los ricos que la clase obrera, en el actual estado de cosas, se encuentra material y moralmente en una situación intolerable de miseria y de dolor; han demostrado que, de este estado de abandono y sufrimiento, resultaba necesariamente que la mayoría de los obreros, amargados por la desgracia, embrutecidos por la ignorancia y por un trabajo que excede sus fuerzas, se convertían en seres peligrosos para la sociedad; han demostrado al gobierno y a los ricos que no solo la justicia y la humanidad imponían el deber de acudir en socorro de las clases obreras mediante una ley sobre la organización del trabajo, sino que incluso el interés y la seguridad general reclamaban imperiosamente esta medida. ¡Pues bien! Desde hace veinticinco años, tantas voces elocuentes no han logrado despertar la solicitud del gobierno en torno a los peligros a que está expuesta la sociedad frente a siete u ocho millones de obreros exasperados por el sufrimiento y la desesperación, un gran número de los cuales se ve emplazado entre el suicidio… ¡o el robo!…

Obreros, ¿qué se puede decir ahora en defensa de vuestra causa?… ¿Acaso no ha

sido dicho y redicho todo, desde hace veinticinco años, en todas las formas posibles y hasta la saciedad? No hay nada más que decir, nada más que escribir, porque vuestra desgraciada situación es bien conocida por todos. No queda más que una cosa por hacer: actuar conforme a los derechos escritos en la Carta [de 1830].

Ha llegado el día en que se hace necesario actuar, y a vosotros, a vosotros solos, os corresponde actuar en interés de vuestra propia causa. ¡Os va en ello la vida… o la muerte! Esa muerte horrible que mata a cada instante: ¡la miseria y el hambre!

Obreros, dejad pues de esperar por más tiempo la intervención que desde hace veinticinco años se pide en vuestro favor. La experiencia y los hechos os dicen suficientemente que el gobierno no puede o no quiere ocuparse de vuestra suerte cuando se trata de mejorarla. De vosotros solos depende, si lo deseáis firmemente, salir del laberinto de miserias, dolores y degradación en el que os consumís. ¿Queréis asegurar a vuestros hijos el beneficio de una buena educación industrial, y a vosotros mismos la certeza del descanso en vuestra vejez? Podéis hacerlo.

Vuestra forma de acción no es la revuelta a mano armada, el motín en la plaza pública, el incendio ni el saqueo. No, porque la destrucción, en lugar de remediar vuestros males, no haría más que empeorarlos. Los motines de Lyon y de París así lo han atestiguado. No tenéis más que una posibilidad de acción, legal, legítima, confesable frente a Dios y los hombres: LA UNIÓN UNIVERSAL DE LOS OBREROS Y DE LAS OBRERAS.

Obreros, vuestra condición en la sociedad actual es miserable, dolorosa: con buena salud, no tenéis derecho al trabajo; enfermos, lisiados, heridos, viejos, tampoco tenéis derecho a la hospitalización; pobres, faltos de todo, no tenéis derecho a la limosna, porque la mendicidad está prohibida por la ley. Esta situación precaria os sume en el estado salvaje en que el hombre, habitante de los bosques, se ve obligado cada mañana a pensar en el medio de procurarse el alimento de la jornada. Semejante existencia es un verdadero suplicio. La suerte del animal que rumia en el establo es mil veces preferible a la vuestra; él está seguro de comer al día siguiente; su dueño le guarda en la granja paja y heno para el invierno. La suerte de la abeja, en su cavidad del árbol, es mil veces preferible a la vuestra. La suerte de la hormiga, que trabaja en verano para vivir tranquila en invierno, es mil veces preferible a la vuestra. Obreros, sois

desgraciados, sí, sin duda; pero ¿de dónde viene la causa principal de vuestros males?… Si a la abeja y a la hormiga, en lugar de trabajar concertadamente con las otras abejas y hormigas para aprovisionar la vivienda común de cara al invierno, se les ocurriera separarse y querer trabajar solas, también ellas morirían de frío y de hambre en su rincón solitario. ¿Por qué pues vosotros permanecéis aislados?… ¡Aislados sois débiles y caéis aplastados bajo el peso de toda clase de miserias! ¡Pues salid de vuestro aislamiento! ¡Uníos! La unión hace la fuerza. Tenéis a vuestro favor el número, y esto ya es mucho.

Yo vengo a proponeros una unión general de los obreros y obreras, sin distinción de oficios, que vivan en el mismo reino; una unión que tendría por objetivo CONSTITUIR LA CLASE OBRERA y construir varios edificios (Palacios de la UNIÓN OBRERA), igualmente repartidos por toda Francia. En ellos se educaría a los niños de ambos sexos, desde los 6 hasta los 18 años, y se acogería a los obreros lisiados o heridos y a los ancianos. […] Oíd hablar a las cifras y os haréis una idea de lo que se puede hacer con la UNIÓN.

Por qué menciono a las mujeres

[…]

He aquí cómo, desde los seis mil años que el mundo existe, los sabios entre los sabios han juzgado la raza mujer.

Una condena tan terrible, y repetida durante seis mil años, podía impresionar al vulgo, dado que la sanción del tiempo tiene mucha autoridad sobre él. Sin embargo, hay algo que debe hacernos concebir esperanzas de que se pueda recurrir ante este juicio, y es que, de la misma manera, durante seis mil años, los sabios entre los sabios han mantenido un juicio no menos terrible sobre otra raza de la humanidad: los PROLETARIOS. Antes del 89, ¿qué era el proletario en la sociedad francesa? Un villano, un patán, una bestia de carga, pechero y sujeto a prestación personal. Después llega la Revolución del 89, y, de golpe, hete aquí a los sabios entre los sabios que proclaman que la plebe se llama pueblo, que los villanos y los patanes se llaman ciudadanos. En fin, proclaman en plena asamblea nacional los derechos del hombre.[2]

En cuanto al proletario, él, pobre obrero mirado hasta entonces como una bestia, quedó muy sorprendido al comprender que el olvido y el desprecio que se había hecho de sus derechos fueron los causantes de las desgracias del mundo.

¡Oh! Quedó muy sorprendido al comprender que iba a gozar de derechos civiles, políticos y sociales, y que, finalmente, se convertía en el igual de su antiguo señor y dueño. Su sorpresa aumentó cuando se enteró de que poseía un cerebro absolutamente con la misma capacidad que el del príncipe real por herencia. ¡Qué cambio! Sin embargo, hubo quien no tardó en notar que este segundo juicio manifestado sobre la raza proletaria era mucho más exacto que el primero, porque apenas se proclamó la aptitud de los proletarios para cualquier clase de funciones civiles, militares y sociales, se vio salir de sus filas a generales como ni Carlomagno ni Enrique IV ni Luis XIV habían podido nunca reclutar en las filas de su orgullosa y brillante nobleza.[3] Después, como por encanto, de las filas de los proletarios surgieron en tropel sabios, artistas, poetas, escritores, hombres de Estado, financieros, que dieron a Francia un esplendor que nunca había tenido. La gloria militar vino entonces a cubrirla como con una aureola; los descubrimientos científicos la enriquecieron, las artes la embellecieron; su comercio alcanzó una extensión inmensa, y en menos de treinta años la riqueza del país se triplicó. La demostración por los hechos y sin réplica. También hoy todo el mundo conviene en que los hombres nacen indistintamente con unas facultades más o menos iguales, y en que solamente deberíamos ocuparnos de tratar de desarrollar todas las facultades del individuo con miras al bienestar general.

Lo que ha ocurrido con los proletarios –hay que convenir en ello– es un buen augurio para las mujeres cuando les llegue su 89. Según un cálculo muy simple, es evidente que la riqueza de la sociedad crecerá indefinidamente a partir del día en que se llame a las mujeres (la mitad del género humano) a aportar en la actividad social la suma de su inteligencia, fuerza y capacidad. Esto es tan fácil de comprender como que 2 es el doble de 1. Pero desgraciadamente no hemos llegado todavía a este momento y, mientras esperamos ese feliz 89, constatemos lo que ocurre en 1843.

La Iglesia ha dicho que la mujer era el pecado; el legislador, que por ella misma no era nada, que no debía gozar de ningún derecho; el sabio filósofo, que por su constitución ella no tenía inteligencia; así, se ha concluido que era un pobre ser desheredado de Dios, y los hombres y la sociedad la han tratado en consecuencia.

No conozco nada tan poderoso como la lógica forzada, mecanicista, que se desprende de un principio dado o de la hipótesis que lo representa. Una vez proclamada y dada como principio la inferioridad de la mujer, ved qué consecuencias desastrosas ocasiona para el bienestar universal de todos y de todas en la humanidad.

▪

[1] Saint-Simon, Owen, Fourier y sus escuelas, Parent-Duchâtelet, Eugène Buret, Willermé, Pierre Leroux, Louis Blanc, Gustave de Beaumont, Proudhon, Cabet; y, entre los obreros, Adolphe Boyer, Agricol Perdiguier, Pierre Moreau, etc.

[2] El pueblo francés, convencido de que el olvido y el desprecio de los derechos naturales del hombre son las únicas causas de las desgracias del mundo, ha resuelto exponer en una solemne declaración sus derechos sagrados e inalienables, para que todos los ciudadanos puedan permanentemente comparar los actos del gobierno con el objeto de toda institución social, y no se dejen jamás oprimir ni envilecer por la tiranía; para que el pueblo tenga siempre frente a sus ojos las bases de su libertad y de su felicidad, el magistrado la regla de sus deberes, el legislador el objeto de su misión.

En consecuencia, proclama, ante el Ser Supremo, la siguiente Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano:

1. El objetivo de la sociedad es la felicidad común. El gobierno se constituye para garantizar al hombre el disfrute de sus derechos naturales e imprescriptibles.

2. Estos derechos son la igualdad, la libertad, la seguridad, la propiedad.

3. Todos los hombres son iguales por naturaleza y frente a la ley.

4. La ley es la expresión libre y solemne de la voluntad general (Convención Nacional, 27 de junio de 1793).

[3] Todos los generales célebres del Imperio provenían de la clase obrera. Antes del 89, solo los nobles eran oficiales.

Paseos por Londres

[sobre Mary Wollstonecraft]

Una voz de mujer se hizo escuchar en Inglaterra hace medio siglo, voz que toma en esta verdad con la cual Dios ha marcado nuestra alma un poder irresistible y una energía resplandeciente; voz que no tiene miedo de atacar uno a uno los prejuicios y de demostrar la mentira y la iniquidad. Mary Wollstonecraft ha titulado su libro Vindicación de los derechos de la mujer; apareció en 1792.

La circulación de este libro fue coartada desde su aparición, lo cual no le ahorró a su autora el suplicio de la calumnia. No fue publicado sino el primer volumen y se ha vuelto extremadamente inhallable. No pude encontrarlo para comprarlo y, de no haber tenido un amigo que me lo prestó, me habría sido imposible leerlo. La reputación de este libro inspira tal horror que, si habláis aun a las mujeres conocidas como del progreso, ellas os responderán con un movimiento de horror: “¡Oh, es un libro muy malo!”. ¡Ah! La calumnia predomina a menudo sobre la celebridad de mayor mérito; transmite sus odios de generación en generación y no respeta la tumba, ni la gloria misma la detiene.

Mary Wollstonecraft dedicó su libro al señor de Talleyrand-Périgord. Escuchad a esta mujer, a esta mujer inglesa que fue la primera en osar decir que los derechos civiles y políticos pertenecen igualmente a los dos sexos y que hace un llamado a una opinión profesada por Talleyrand en la tribuna para demostrarle que es su deber, como hombre de Estado, actuar conforme a esta opinión, hacer triunfar las consecuencias de ella y establecer la completa emancipación de la mujer.

He aquí algunos pasajes de esta dedicatoria:

Reclamando por los derechos de la mujer, mi principal argumento, para

demostrar su utilidad, está fundado sobre aquel motivo muy sencillo: si la educación no prepara a la mujer para convertirse en la compañera del hombre, detendrá el progreso; en efecto, si los conocimientos humanos son derecho exclusivo del hombre, su influencia no tendrá eficacia en la marcha de la sociedad.

Si queréis que vuestros hijos aprendan a comprender el verdadero patriotismo, es preciso que su madre sea una patriota esclarecida. Y el amor por la humanidad, fuente de toda virtud, no podría desarrollarse en ellos sino por la apreciación del interés moral y político del género humano; pero la educación actual de la mujer la excluye de tales indagaciones.

Me dirijo a vos, señor, como a un legislador, y os pregunto: cuando los hombres combaten por su libertad y para que se les deje decidir por sí mismos lo que conviene a su propia felicidad, ¿no es inconsecuente e injusto someter a las mujeres a leyes en las cuales a cuya creación ellas no han convenido? ¿Quién ha constituido al hombre en juez exclusivo para decidir si la mujer está, como él, dotada de razón?

Los tiranos de todas las denominaciones, desde los reyes hasta los padres de familia actúan y razonan igual; se apresuran a destruir la razón, a usurpar sus derechos, y afirman que ahogan la voz de todos para beneficio general. ¿Vuestra conducta no se parece a aquella de los tiranos cuando negáis a las mujeres los derechos civiles y políticos, y las forzáis a quedar amuralladas en sus familias y a moverse en medio de las tinieblas?

Si la mujer debe continuar excluida de la participación en los derechos naturales de la humanidad, previamente vos debéis probar, a fin de rechazar la acusación de injusticia e inconsecuencia, que ella carece de razón; de otra manera, vuestra nueva Constitución llevará siempre la huella de la iniquidad, y testimoniará que el hombre, librándose al despotismo, ha quedado como tirano él mismo, y vos lo sabéis, señor: en cualquier parte de la sociedad donde se muestre, la tiranía aniquila toda moral. […]

Si no se permite a las mujeres gozar de derechos legítimos, ellas pervertirán a los hombres y a ellas mismas para obtener privilegios ilícitos.

Ahora he aquí cómo habla ella a las mujeres:

Espero que las mujeres me excusarán si las trato como a seres racionales, en

lugar de hablarles de sus gracias encantadoras y de considerarlas como si estuviesen en un perpetuo estado de infancia, incapaces de actuar por ellas mismas. Deseo ardientemente indicarles en qué consisten la verdadera dignidad y la felicidad. Deseo persuadirlas de la necesidad de desarrollar sus fuerzas intelectuales y físicas. Deseo convencerlas de que aquellas dulces expresiones de susceptibilidad en su corazón, delicadeza en su sentimiento y refinamiento en su gusto son casi sinónimos de debilidad; y que esas criaturas débiles, objeto de la conmiseración o de aquella especie de amor que la conmiseración hace nacer, son pronto abandonadas por el hombre y se convierten en objeto de su desprecio.

Rechazando por lo tanto esas frases gentiles para uso de las damas de las cuales la condescendencia de los hombres bien quiere aprovecharse para suavizar el yugo de nuestra dependencia, y despreciando esta elegancia de espíritu, esta sensibilidad exquisita y esta untuosa docilidad de maneras, que se supone son los rasgos característicos de nuestro sexo, deseo dejar en claro que la elegancia es inferior a la verdad moral, deseo dejar en claro que el primer objeto de una ambición loable debe ser para todos, sin distinción de sexos, ser útil a sus semejantes; que el bien que resulta para el prójimo de las acciones de los hombres es la piedra de toque del mérito de estas acciones.

Mary Wollstonecraft reclama la libertad de la mujer como un derecho, en nombre del principio sobre el cual las sociedades fundan lo justo y lo injusto. La reclama porque sin la libertad no puede existir obligación moral de ninguna especie, tal como demuestra que sin la igualdad de estas obligaciones, para uno y otro sexo, la moral carece de base, cesa de ser verdadera.

Mary Wollstonecraft dice que considera a las mujeres desde el punto de vista elevado de criaturas que, al igual que los hombres, son colocadas sobre esta tierra para desarrollar sus facultades intelectuales. La mujer no es inferior ni superior al hombre; estos dos seres no difieren, en cuanto a su espíritu y a su forma, sino para guardar armonía, y deben recibir el mismo grado de desarrollo, ya que sus facultades morales están destinadas a completarse por la unión. Mary Wollstonecraft se subleva contra los escritores que consideran a la mujer como un ser de naturaleza subordinada y destinada a los placeres del hombre. A este respecto hace una crítica muy justa de Rousseau, quien postula que la mujer debe ser débil y pasiva, y el hombre activo y fuerte; que la mujer ha sido formada para estar sometida al hombre, y finalmente que la mujer debe hacerse

agradable y obedecer a su amo y que tal es el objeto de su existencia. Mary Wollstonecraft demuestra que según estos principios las mujeres son educadas para la astucia, para la duplicidad y para la galantería, mientras que –al quedar sin cultura su espíritu y al dejarlas sin defensa la sobreexcitación de su sensibilidad– se vuelven víctimas de todas las opresiones. La autora prueba que la subversión de cada moral es la consecuencia rigurosa de estos principios. En cuanto a la tendencia perniciosa de esos libros –añade– en los cuales los escritores degradan insidiosamente a las mujeres, en el momento mismo en que están prosternados frente a sus encantos, nunca no llegará a ser señalada con demasiada asiduidad ni censurada con demasiada severidad.

[…]

Mary Wollstonecraft se yergue con coraje y energía contra toda especie de abuso. "Los homenajes y el respeto" –dice–

de que es objeto la propiedad son las fuentes envenenadas de las que proviene la mayoría de los males que hacen del mundo una horrible escena que contemplar…

En efecto, todos buscan obtener el respeto por las riquezas, y las riquezas ganadas, no importa cómo, obtendrán el respeto que no es debido sino al talento y a la virtud. Los hombres desatienden todos los deberes del hombre, y sin embargo son tratados como semidioses. También la religión está aislada de la moral, y los hombres se sorprenden de que el mundo no es más que una cueva de timadores y de opresores.

Mary Wollstonecraft publicaba en 1792 los mismos principios que Saint-Simon ha difundido más tarde, y que tan rápidamente se propagaron después de la Revolución de 1830. Su crítica es admirable; ella hace resaltar en todas sus verdades que los males provienen de la organización actual de la familia; y la fuerza de su lógica deja a los contradictores sin réplica. Ella derriba con audacia la multitud de prejuicios de que está cubierto este mundo; quiere, para los dos sexos, la igualdad de derechos civiles y políticos, su igual admisión en los empleos, la educación profesional para todos, y el divorcio a voluntad de las

partes. “Por fuera de estas bases”, dice ella, “cualquier organización social que prometiera la felicidad pública mentiría en sus promesas”.

¡El libro de Mary Wollstonecraft es una obra imperecedera! Es imperecedera, porque la felicidad del género humano está ligada al triunfo de la causa que defiende the vindication of the rights of woman.

Sin embargo, existe desde hace medio siglo, ¡y nadie lo conoce!…

Las prisiones

El desarrollo gigantesco de la miseria y del lujo provoca en Europa entera un desborde de crímenes tal que las consecuencias de ese estado de cosas comienzan a provocar espanto. […]

Los gobiernos reconocen al fin que hasta el presente las prisiones han sido escuelas donde el crimen tomaba una funesta energía. Numerosas investigaciones han tenido lugar desde hace varios años y se hacen experiencias en diversos países a fin de remediar este mal siempre creciente. Esto sin duda está bien, pero no es todo. Pronto se tendrá la convicción de que no es suficiente para detener la progresión del crimen el establecer penitenciarías donde se intenta la reforma del culpable mediante la enseñanza y la severidad de la regla, y que no se podrá por ese medio producir mejoras en una sociedad sino en tanto que otras instituciones vengan a armonizarse con el sistema penitenciario.

En efecto, si, lejos de disminuir gradualmente de intensidad, las causas que producen criminales se desarrollan cada día más, ¿qué garantía de aprendizaje habrá entonces contra las reincidencias? ¿Qué terror saludable inspirarán el silencio y los calabozos? El nuevo reformado, no pudiendo vivir de su trabajo y encontrando frecuentemente el ejemplo del crimen, no tardaría en recaer. En el estado actual de las cosas, ¿cuál es la nación de Europa cuyos recursos serán suficientes para el sostenimiento de las penitenciarías que pronto la creciente cantidad de detenidos reclamará? No se ve que si los gobiernos persisten en sus sistemas de privilegios, de trabas comerciales, de impuestos a los trabajadores y de inmensos gastos improductivos, deberán hacer deportaciones en masa, erigir

cadalsos por doquier y armar a la mitad de la población, para ametrallar a la otra, cuando ella venga a pedir pan.

La terrible miseria, tal como Irlanda e Inglaterra la presentan, trae necesariamente revueltas y revoluciones; pero el hambre no es el único motivo de ataque contra las propiedades. Como en nuestras sociedades se satisfacen todas las pasiones con el dinero, como no hay ni sombra de obstáculos o resistencias que el dinero no supere, como toma el lugar del talento, del honor, de la propiedad y como, en fin, con dinero se llega a todo, uno no se detiene ante nada para procurárselo. Nadie está satisfecho con su posición, todos buscan elevarse ¿y quién podría enumerar las infamias que esta misión universal hace cometer?

En cuanto a los asesinatos, a los envenenamientos, a los infanticidios, se sabe que la indisolubilidad del matrimonio pone el puñal o el veneno en manos de los esposos. Se sabe que los prejuicios bárbaros y fanáticos que persiguen a las muchachas convertidas en madres las vuelven a veces criminales. En fin, como las mujeres son excluidas de casi todas las profesiones, cuando sus hijos no tienen padre que les dé el pan, se ven emplazadas entre el infanticidio, la prostitución y el robo.

Carta a Olympe Chodzko

Londres, 1º de agosto de 1839

¡Oh! Gracias por su carta, mi querida Olympe. ¡Acaba de caer como una gota de rocío sobre mi corazón! Figúrese, querida, que ya van seis días que hace un tiempo bandido. […] Hace seis días que no ha pasado una sola hora sin llover. Sin embargo, seamos justas, hay variedad (truenos, viento, granizo, nieve, frío más o menos penetrante, más o menos vivaz). Aquello que llamamos cielo y que en todas partes se compone de sol, estrellas, mantos azules o grupos de nubes de diversos colores es aquí un enorme lecho de plumas grises oscuras descendentes que se funde en aguas sobre la gigantesca y sombría ciudad. (Definitivamente, este país solo podría encantarles a los patos). En lo que respecta a los hombres condenados a patinar en el fango y a los desafortunados gatos que carecen incluso del inocente gozo de pasearse sobre las canaletas, ¡su existencia es aquí profundamente miserable! En estos momentos me encuentro sola en mi cuarto –luego de hacer la cena más lamentable que un proletario o un paria podría hacer–. Tenía una invitación en la ciudad, pero aquí las invitaciones cuestan tan caro –en arreglo personal, en carro, en shellings para los domésticos y, por último, en aburrimiento– que ahora acepto la menor cantidad que puedo. ¡Oh, París, ¿dónde estás?

El correo no pudo llegar ayer por causa del mal tiempo. Tiemblo de miedo por mi travesía (¡me enfermo tanto en el mar!). ¡Bah! Olvidemos todo eso; voy a releer su carta.

Tenga muy presente, mujer extraña, que su carta me hace estremecer de placer…

Usted dice que me ama –que yo la magnetizo, que la llevo al éxtasis–.

¿Juega usted conmigo, tal vez? Pero… tenga usted cuidado –hace mucho tiempo tengo el deseo de ser amada apasionadamente por una mujer–. ¡Ah, cómo querría ser un hombre para ser amada por una mujer! Siento, querida Olympe, que he llegado al punto en que el amor de ningún hombre sabría satisfacerme; ¿el de una mujer, quizá?… La mujer tiene tanto poder en el corazón, en la

imaginación, tantos recursos en el espíritu. “Pero”, usted me dirá, “no pudiendo existir la atracción física entre dos personas del mismo sexo, este amor-canto-apasionado-exaltado que usted sueña no podría realizarse de mujer a mujer”. Sí y no. “Existe una edad en que el deseo cambia de lugar, es decir, el cerebro lo engloba todo”. ¡Pero todo lo que escribo va a parecerle una locura! “Desgraciadamente, usted no comprende a Dios, la mujer, el hombre, la naturaleza como yo las comprendo”. Es absolutamente necesario que haga este invierno un curso para usted y dos o tres más de mis simpatías. “Ahora vivo una vida inmensa –completa–”. Es necesario, querida Hermana, que la haga creer en mi vida. Mi alma, por así decir, está liberada de su envoltura; vivo con las almas. Me identifico tanto con las almas, sobre todo con aquellas que están casi en unión con la mía, que puede decirse que tomo posesión de ellas. Desde hace mucho yo la poseo –sí, Olympe, respiro por su pecho y por todas las pulsaciones de su corazón–. Es necesario que un día, a riesgo de horrorizarla, le diga todo lo que usted lamenta, todo lo que desea –y de qué mal sufre–. La facultad de clarividencia es la cosa más natural. Eso es todo. Simplemente, un alma que tiene el poder de leer lo que sucede en las otras almas –el magnetismo no es más que la superioridad de los fluidos de un individuo sobre los fluidos de otro–. Ve usted, querida, que para mí el amor, quiero decir, el amor verdadero, no puede existir más que de un alma a otra; ahora bien, es muy fácil concebir el amor: dos mujeres pueden amarse con amor –dos hombres, ídem–. Todo esto para decirle que, en este momento, siento una sed ardiente de ser amada. Pero soy tan ambiciosa, tan exigente, tan golosa o tan sibarita a la vez, que todo aquello que me ofrecen no me satisface en lo más mínimo. Mi corazón puede compararse con la boca de los ingleses: es un abismo en el que todo lo que cae es triturado, aplastado y desaparece.



Jenny D’Héricourt

Contestadora

Besanzón, 1809 - París, 1875



LA
FEMME AFFRANCHIE

RÉPONSE A MM. MICHELET, PROUDHON, É. DE GIRARDIN, A. COMTE

ET AUX AUTRES NOVATEURS MODERNES

PAR Mme JENNY P. D'HÉRICOURT

TOME I

BRUXELLES
A. LACROIX, VAN MEENEN ET Cie, ÉDITEURS
RUE DE LA PUTTERIE, 33

PARIS
CHEZ TOUS LES LIBRAIRES

1860

Si Claire Démar había anunciado “yo hablo”, Jenny D’Héricourt asumió un resuelto “yo contesto”. Partera y homeópata, enfrentó a esos señores padres que llegarían a ser durante el siglo XIX Jules Michelet para la historiografía, Auguste Comte para la sociología y Pierre-Joseph Proudhon para el anarquismo. Las historias fundacionales de las ciencias sociales y humanas casi no cuentan estas batallas contra los argumentos que dictaminaban la inferioridad de los organismos femeninos y la patología de sus emociones. Tampoco dicen que aquellas impugnaciones detectaban tesis erradas tanto como los revelaba trémulos creadores de unas ciencias del Hombre indiferentes a la Mujer en construcción y fastidiados por esas mujeres respondonas cuyas ideas, sin embargo, no dejaron de utilizar cuando resultaron efectivas.

A D’Héricourt su familia francesa le dio educación republicana y religión protestante; ella sumó curiosidad científica e intereses médicos. Como tantas, puso fin a una mala experiencia matrimonial y sufrió la prohibición del divorcio. No era una francotiradora solitaria, sino parte de una serie de contestadoras que (como Eugénie Niboyet, Juliette Lambert –después conocida como Mme. Adam–, André Léo y Jeanne Deroin) sostenían sus propios periódicos: La Politique des Femmes [La Política de las Mujeres], L’Opinion des Femmes [La Opinión de las Mujeres] y La Voix des Femmes [La Voz de las Mujeres]. Durante las jornadas revolucionarias de 1848, participó con ellas en activos clubes políticos, espacios donde repudiaron la declaración de un sufragio universal que las excluía. D’Héricourt decidió continuar su lucha desde periódicos y revistas que tallaron en los incipientes feminismos de Italia, Rusia y, ya con su presencia de varios años, en el creciente movimiento de los Estados Unidos.

Cincuenta años más tarde, en la Universidad de Buenos Aires, Elvira López se doctoraba en Filosofía con una tesis sobre el movimiento feminista y citaba al pie el libro de la francesa como ejemplo de una réplica notable: La mujer emancipada. Respuesta a los señores Michelet, Proudhon, É. de Girardin, A. Comte y a los demás innovadores modernos (1860). En ese libro que consideraba su legado, D’Héricourt diseccionaba escuelas y derivas políticas inspiradas por Henri de Saint-Simon, Charles Fourier y Étienne Cabet, porque entendía que, si buscaban revolucionar el mundo de las ideas sociales, claramente les faltaba un mayor compromiso con el principio de la igualdad. Casi ninguna de esas corrientes aprobó sus exigencias. Mucho menos Proudhon, el más rabioso de los “contraemancipadores”, indignado por el solo hecho de

que las mujeres escribieran. ¡Y con esos modos! Ella le prodiga un seguimiento puntilloso por medio de artículos y cartas personales en que el juego de la polémica aguza su veta contestataria. Ensaya diversas flexiones: puede ser suave y brutal, racional y fogosa.

Vivió desde lejos la Comuna que hizo estallar París en 1871. Regresó a Francia al año siguiente para fallecer unos pocos años después. Pasaría un siglo entero hasta que una historiadora feminista descubriera que Jenny D'Héricourt era Jeanne-Marie Poinsard, y que había tomado por apellido el pueblo de su padre, muerto muy joven en un taller de relojería de la ciudad de Besanzón.

La mujer liberada

Respuesta a los señores Michelet, Proudhon, É. de Girardin, A. Comte y a los demás innovadores modernos

A mis lectores, a mis adversarios, a mis amigos

A mis lectores

Lectoras y lectores, voy a decirles cuál es el propósito de esta obra y los motivos que me llevaron a escribirla, para que no pierdan el tiempo en leerme si lo que contiene este volumen no conviene al temperamento intelectual y moral de ustedes.

Mi propósito es demostrar que la mujer tiene los mismos derechos que el hombre.

Reclamar, en consecuencia, su emancipación. Por último, indicar a las mujeres que comparten mi punto de vista las principales medidas que deben tomar para lograr justicia.

La palabra “emancipación” se presta a equívocos, así que, antes que nada, estipulemos su sentido.

Emancipar a la mujer no es reconocerle el derecho de uso y abuso del amor: esa emancipación no es más que la esclavitud de las pasiones; la explotación de la belleza y la juventud de la mujer por el hombre; la explotación del hombre por la

mujer, en busca de su fortuna o su crédito.

Emancipar a la mujer es reconocerla y declararla libre, igual al hombre, ante la ley social y moral y ante el trabajo.

En estos tiempos, en toda la superficie del planeta, la mujer, en algunas cuestiones, no está sometida a la misma ley moral que el hombre: su castidad queda librada, casi sin defensa, a las pasiones brutales del otro sexo, y a menudo la mujer soporta sola las consecuencias de una falta cometida de a dos.

En el matrimonio, la mujer es sierva.

De cara a la instrucción nacional, es sacrificada.

De cara al trabajo, es inferiorizada.

Civilmente, es menor.

Políticamente, no existe.

Solo es igual al hombre cuando se trata de ser castigada y de pagar los impuestos.

Reivindico el derecho de la mujer, porque ha llegado la hora de avergonzar al siglo XIX por su culpable denegación de justicia a la mitad de la especie humana.

Porque el estado de inferioridad en el cual nos mantienen corrompe las costumbres, disuelve a la sociedad, afea y debilita a la raza.

Porque el progreso de las luces, en el que participa la mujer, la ha transformado en fuerza social, y esa fuerza nueva produce el mal, a falta del bien que no se le deja hacer.

Porque ha llegado la hora de conceder reformas, porque las mujeres protestan contra el orden que las oprime, unas por desdén de las leyes, de los prejuicios; las otras al ampararse en posiciones cuestionadas y organizarse en sociedades para reivindicar su parte de derecho humano, como sucede en América.

Por último, porque me parece útil responder con severidad, ya no con

sentimentalismo, a los hombres que, atemorizados por el movimiento emancipador, convocan en su ayuda a no sé qué falsa ciencia para demostrar que la mujer está fuera de derecho; e impulsan la inconveniencia… y lo contrario del coraje, hasta el insulto, hasta los ultrajes más indignantes.

He explicado el objetivo y los motivos de esta obra, que estará dividida en cuatro partes.

En la primera, pasaremos revista a las doctrinas de los principales innovadores en lo que respecta a la mujer, sus funciones, sus derechos, y refutaremos a los contraemancipadores, Pierre-Joseph Proudhon, Jules Michelet y Auguste Comte.

En la segunda, expondremos una teoría filosófica del derecho; compararemos, según los principios establecidos en esta teoría, lo que es la mujer ante la ley, la moralidad, el trabajo, con lo que debería ser; por último, refutaremos las principales objeciones de los adversarios de la igualdad de los sexos.

En la tercera, trataremos del amor y del matrimonio, y daremos los principales motivos de nuestras fórmulas de emancipación.

Por último, la cuarta parte, especialmente destinada a las mujeres, tocará las grandes cuestiones teóricas y prácticas relacionadas con el período militante: profesión de fe que sirve de estandarte, formación de un apostolado, esbozo de educación racional, formación de una escuela normal, creación de un periódico, organización de talleres, etc.

Lectoras y lectores, varios de los adversarios de la causa que defiendo llevaron la discusión al terreno científico y no recularon ante la desnudez de las leyes biológicas y de los detalles anatómicos: los felicito. Ya que el cuerpo es respetable, no es indecente hablar de las leyes que lo rigen; pero como de mi parte sería una inconsecuencia creer reprochable en mí lo que apruebo en ellos, tengan a bien no sorprenderse de que yo los siga en el terreno que ellos han elegido, persuadida de que la ciencia, hija casta del pensamiento, no podría perder su castidad bajo la pluma de una mujer honesta, como tampoco la perdería bajo la pluma de un hombre honesto.

Lectoras y lectores, solo les ruego una cosa: que perdonen la simpleza de mi estilo. Me habría costado demasiado escribir como todo el mundo; aun así, probablemente no lo habría logrado. Mi labor es de conciencia: si esclarezco a unos, si hago reflexionar a otros, si despierto en el corazón de los hombres el

sentimiento de justicia, en el de las mujeres el sentimiento de su dignidad, si soy clara para todos, bien comprendida por todos, útil para todos, incluso para mis adversarios, estaré satisfecha y me consolará haber desagradado a aquellos que aman las ideas solo como aman a las mujeres: magníficamente vestidas.

A mis adversarios

Varios de ustedes, señores adversarios de la gran y santa causa que defiendo, me han citado, muy evidentemente sin haberme leído, sin saber escribir mi nombre. A esos no tengo nada que decirles, salvo que su opinión me importa muy poco. Otros, que se han tomado el trabajo de leer mis escritos anteriores en la Revue Philosophique [et Religieuse] y en La Ragione, me acusan de no escribir como una mujer, de ser brutal, sin miramientos por mis adversarios, de no ser más que una máquina de razonamiento y de no tener corazón.

Señores, no puedo escribir de una forma diferente a una mujer, porque tengo el honor de ser mujer.

Si soy brutal y no tengo miramientos con mis adversarios, se debe a que me parece que ellos son los de la razón y la justicia; se debe a que ellos, los fuertes, los bien armados, atacan brutalmente, sin miramientos, a un sexo que se esmeraron por volver tímido y por desarmar; por último, se debe a que creo muy lícito defender la debilidad contra la tiranía, que tiene la audacia y la insolencia para erigirse en derecho.

Si me presento ante ustedes con el poco recreativo aspecto de una máquina de razonamiento, se debe, sobre todo, a que la naturaleza me ha hecho así, y no veo ninguna buena razón para modificar su obra; además, se debe a que no es malo que una mujer mayor les pruebe que su sexo, cuando no teme el juicio de ustedes, razona tan bien, y a menudo mejor, que el sexo de ustedes.

Me dicen que no tengo corazón; tal vez no lo tenga para los tiranos, pero la lucha que emprendo demuestra, al menos, que no me falta corazón para las víctimas: tengo una dosis suficiente, sobre todo porque ni por asomo deseo agradarles o me agito para ser amada por ninguno de ustedes.

Créanme, señores, desacostúmbrense a confundir corazón con nervios; no crean más en un tipo imaginario de mujer para volverlo el parámetro de sus juicios sobre las mujeres reales: de esa forma, falsean su razón y, sin tomar partido, se convierten en lo más detestable y lo menos estimable del mundo: en tiranos. […]

Señor Proudhon

El décimo y el undécimo estudios de esta obra del señor Proudhon, De la Justice dans la Révolution et dans l'Église [La justicia en la revolución y en la iglesia], abarcan toda la doctrina del autor sobre la Mujer, el Amor y el Matrimonio.

Antes de analizarlos y de esbozar una crítica, quiero poner a mis lectores al corriente del inicio de polémica que parece haber dado lugar a la publicación de las extrañas doctrinas de nuestro gran crítico. En la Revue Philosophique de diciembre de 1856, se publicó el artículo siguiente, de mi autoría, con el título de "M. Proudhon et la question des femmes" [El señor Proudhon y la cuestión de las mujeres].

Suele decirse que las mujeres tienen una debilidad por los batalladores; es cierto, pero no hay que reprochárselos: aman hasta la apariencia del coraje, que es algo bello y santo. Soy mujer, el señor Proudhon es un gran batallador del pensamiento, por consiguiente, no puedo evitar sentir por él estima y simpatía, sentimientos a los cuales deberá la moderación del ataque que dirijo contra sus opiniones sobre el papel de la mujer en la humanidad.

En su primera Memoria sobre la propiedad, ed. de 1841, n. de p. 265, se lee esta paradoja según el gusto del Corán:

Entre la mujer y el hombre, puede existir amor, pasión, lazo de costumbre, y todo cuanto se quiera, pero no hay una verdadera sociedad. El hombre y la mujer no van en compañía. La diferencia de sexo erige entre ellos una separación de la misma naturaleza que la que la diferencia entre las razas instala entre los animales. Así, lejos de aplaudir lo que hoy se llama "emancipación de la mujer",

me inclinaría yo antes bien, si hubiera que llegar hasta tal extremo, a poner a la mujer en reclusión.

En la tercera Memoria sobre la propiedad, misma ed., p. 80:

Esto significa que la mujer, por naturaleza y por destino, no es ni asociada, ni ciudadana, ni funcionario público.

Abro De la création de l’ordre dans l’humanité [De la creación del orden en la humanidad], ed. de 1843, p. 552, y leo:

Al tratar de la educación, deberemos determinar el papel de la mujer en la sociedad. La mujer, hasta que sea esposa, es aprendiz, a lo sumo oficiala de un maestro: tanto en el taller como en la familia, no deja de ser menor y de ningún modo forma parte de la ciudad. La mujer no es, como se dice vulgarmente, la mitad ni la igual del hombre, sino el complemento viviente y simpático con que él termina de hacerse una persona.

En Contradictions économiques [Sistema de las contradicciones económicas], ed. de 1846, p. 254, se lee:

Por mi parte, cuanto más pienso en el destino de la mujer, fuera de la familia y del hogar, menos puedo darme cuenta: cortesana o ama de casa (ama de casa, digo, no sirvienta), no veo término medio.

Siempre me había reído de estas paradojas; en mi visión, no tenían más valor doctrinario que las otras miles de boutades tan familiares al célebre crítico. Hace algunas semanas, un pequeño periódico sostuvo que el señor Proudhon, en entrevistas particulares, había formulado un sistema completo basado sobre la omnipotencia masculina, y publicaba ese sistema en sus columnas. Una de dos, me dije: o el periodista miente, o bien dice la verdad; si miente, su propósito evidente es arruinar al señor Proudhon en la reflexión de los progresistas y hacerle perder su legítima porción de influencia; hay que advertírselo; si dice la verdad en cuanto al pasado, también hay que advertir al señor Proudhon ese hecho, porque, siendo padre de varias hijas, resulta imposible que el sentimiento paterno no lo haya puesto en el camino de la razón. Tengo que saberlo. Y escribí al señor Proudhon que, ya al día siguiente, me dio la respuesta que voy a transcribir textualmente:

Señora:

No tengo conocimiento del artículo publicado por el señor Charles Robin en el Télégraphe de ayer, 7. A fin de edificarme acerca de esa paráfrasis, tal como usted califica el artículo del señor Robin, he buscado en mi primera Memoria sobre la propiedad, p. 265, ed. Garnier (no tengo otra) y no he encontrado nota alguna. He buscado en mis otros opúsculos, en la p. 265, y en ninguna parte he encontrado nota. Por lo tanto, me es imposible responder su primera pregunta.

No sé muy bien a qué usted llama mis opiniones sobre la mujer, el matrimonio y la familia, ya que al respecto, tal como respecto de la propiedad, no creo haber dado a persona alguna el derecho de hablar de mis opiniones.

Hice allí crítica económica y social; al hacer esa crítica (y tomo la palabra en su significado elevado), he podido emitir varios juicios de una verdad más o menos relativa; en ninguna parte (que yo sepa) he formulado un dogmatismo, una teoría, un conjunto de principios; en una palabra: un sistema. En lo que me concierne, todo lo que puedo decirle es, ante todo, que mis opiniones se han formado paulatinamente y en una dirección constante; que, en este momento en que le escribo, no me he desviado de esa dirección; y que, con este recaudo, mis opiniones actuales están en perfecta conformidad con lo que eran hace diecisiete años, cuando publicaba mi primera Memoria.

En segundo lugar, y con respecto a usted, señora, que al interrogarme no me permite ignorar sus sentimientos, voy a decirle, con toda la franqueza que su carta exige, y que usted espera de un compatriota, que no contemplo la cuestión del matrimonio, de la mujer y de la familia como usted ni como ninguno de los escritores innovadores cuyas ideas han llegado a mi conocimiento; que no admito, por ejemplo, que la mujer, hoy en día, tenga el derecho de separar su causa de la del hombre, y de reclamar para ella una justicia especial, como si su primer enemigo y tirano fuese el hombre; que tampoco admito que se le deba alguna reparación a la mujer, por cuenta de terceros hacia su marido (o padre) y sus hijos, ni que la justicia más rigurosa pueda convertirla en IGUAL al hombre; que tampoco admito que la inferioridad del sexo femenino constituya para este servidumbre, humillación o mengua en su dignidad, su libertad y su felicidad: sostengo que la verdad es lo contrario.

Por consiguiente, en cuanto a la especie de cruzada que en este momento emprenden algunas estimables damas de ambos hemisferios en favor de las prerrogativas de su sexo, la considero un síntoma de la renovación general en acto, pero como un síntoma exagerado, un frenesí que se debe, precisamente, a la minusvalía de ese sexo y a su incapacidad de conocerse y de regirse a sí mismo.

He leído, señora, algunos de sus artículos. Me ha parecido que su espíritu, su carácter, sus conocimientos la dejaban, ciertamente, en situación incomparable con la de infinidad de varones que de su sexo tienen apenas la facultad proletaria. Al respecto, si sobre su tesis hubiera que decidir mediante comparaciones de ese tenor, no caben dudas de que usted llevaría las de ganar.

Pero tiene usted demasiada sensatez como para no comprender que de ningún modo la cuestión estriba aquí en comparar individuo con individuo; es el sexo femenino entero, en su colectividad, lo que hay que comparar con el masculino, para saber si son iguales o no esas dos mitades, complementarias una de otra, del andrógino humano.

Según ese principio, no creo que su sistema, que a mi entender es el de la igualdad o la equivalencia, pueda sostenerse, y lo veo como una falla de nuestra época.

Usted me ha interpelado, señora, con una brusquedad muy propia de la Borgoña. Deseo que tome mis palabras con benevolencia y que no vea en mí, porque

indudablemente no estoy de acuerdo en todo con usted, a un enemigo de la mujer, un detractor de su sexo, a alguien merecedor de la animadversión de las jovencitas, de las esposas y de las madres. Las reglas de una discusión leal la obligan a admitir, al menos, que puede equivocarse, que puedo tener razón, que por ende soy en verdad yo el defensor y el amigo de la mujer; no le pido otra cosa.

Es una importante cuestión la que usted y sus compañeras han planteado; y creo que, hasta ahora, la han tratado absolutamente a la ligera. Pero la mediocridad de razón con la cual este tema ha sido tratado no debe tornarlo inadmisible para la indagación: por el contrario, considero que es un motivo para que los defensores de la igualdad de los dos sexos hagan mayores esfuerzos. Al respecto, no me caben dudas, señora, de que usted se destaca con más vigor y espero con impaciencia el volumen que me anuncia; le prometo que lo leeré con toda la atención de que soy capaz.

Luego de leer esta carta, transcribí la nota que no había encontrado el señor Proudhon y se la envié con el artículo del señor Charles Robin. Como no me respondió, su silencio me autoriza a creer al periodista.

¡Ah! ¡Persiste usted en sostener que la mujer es inferior, menor! Cree que las mujeres se inclinarán píamente ante al decreto caído desde lo alto de la autocracia de ustedes. No, señor, no; eso no sucederá, no puede suceder. Entonces, ¡será entre nosotros dos, señor Proudhon! Pero antes agilicemos el debate sobre mi personalidad.

Me considera usted como una excepción, al decirme que si hubiera que decidir sobre mi tesis mediante comparaciones entre una multitud de hombres y yo, no cabe duda de que la decisión recaería en favor de mis opiniones. Escuche bien mi respuesta:

Toda ley verdadera es absoluta. La ignorancia o la inepcia de los gramáticos, los moralistas, los jurisconsultos y otros filósofos han dado forma al proverbio: la excepción hace la regla. La manía de imponer reglas a la naturaleza en lugar de estudiar las que tiene ha confirmado, más tarde, ese aforismo de la ignorancia. ¿Quién ha dicho eso? Usted, en De la création de l'ordre dans l'humanité, p. 2. ¿Por qué su carta entra en contradicción con esa doctrina?

¿Ha usted cambiado de opinión? Entonces, le ruego que me diga si los hombres de valía no son tan excepcionales en su sexo como las mujeres de mérito lo son en el suyo propio. Usted ha dicho: “Sean cuales sean las diferencias que existen entre ellos, los hombres son iguales porque son seres humanos”. Debe añadir, so pena de incoherencia: “Sean cuales sean las diferencias que existen entre ellos, los sexos son iguales porque forman parte de la especie humana”… a menos que usted demuestre que las mujeres no forman parte de la humanidad. Dado que el valor individual no es la base del derecho entre los hombres, no puede volverse tal entre los sexos. El cumplido que usted me hace es, entonces, una contradicción.

Agrego, por último, que me siento vinculada por una íntima solidaridad a mi sexo, demasiado como para alguna vez contentarme con verme abstraída mediante un procedimiento ilógico. Soy mujer y me honro de serlo; me complace que se me preste cierta atención, no por mí misma, que quede claro, sino porque ello contribuye a modificar la opinión de los hombres respecto de mi sexo. Una mujer que se siente feliz cuando le dicen Usted es un hombre no es, para mí, más que una tonta, una criatura indigna que da por reconocida la superioridad del sexo masculino; y los hombres que creen hacerle un cumplido no son más que impertinentes vanidosos. Si adquiero algún mérito, voy a honrar a las mujeres; voy a revelar sus aptitudes; no voy a pasar al otro sexo, al igual que el señor Proudhon no deja al suyo cuando, por su inteligencia, se eleva por encima de la turba de los hombres tontos e ignorantes; y si la ignorancia de la masa de los hombres nada prejuzga contra su derecho, la ignorancia de la masa de las mujeres nada prejuzga contra el suyo.

Joseph Déjacque

Universal

París, 1821 - Le Kremlin-Bicêtre (Valle del Marne), 1865


LOS UTOPISTAS
J. DEJACQUE
EL
HUMANISFERIO
1
BUENOS AIRES 1927

Chez Aubert & Cie Pl. de la Bourse 29 Paris

Lith. de Mme Ve Aubert r. de l'Abbaye 1 Paris.

HORACE CENSURÉ

Ah! ah!...mon gaillard,tu feras des allusions politiques!...eh bien vl'an!

Año 2858. El hombre ha conquistado la Anarquía. Joseph Déjacque imaginó ese mundo en El humanisferio (1857) y enseguida anotó al pie que, cuando escribía Hombre, quería decir Humanidad. Y que las mujeres y todas las razas eran parte de esa entidad universal. Había nacido en París en 1821, pero varios años en los Estados Unidos encendieron su odio a la esclavitud y al racismo. Déjacque se sumó a la saga de utopías del siglo tras su paso por las barricadas de 1848 cuando, antes del golpe de Estado de Luis Napoléon Bonaparte, fue posible creer en otra Francia, en otra Europa, en otro mundo. Con la derrota no encontró la moderación; al contrario, desde el primer poemario lo suyo fue la revolución incendiaria, la pluma cargada y la crítica furibunda hacia los compañeros. Trabajador manual y sufrido hijo de una joven viuda que pagó sus estudios, comprendió la importancia de leer, abandonar los libros y darse a la reflexión individual. Su poesía explosiva y sus diatribas afiladas lo llevaron a la cárcel pero, en el momento de romper todo, Joseph estuvo con quienes defendieron las imprentas.

Detestaba ser discípulo o crearlos. Admiraba a Proudhon, pero lo acusaba de “masculinista”; por eso, decidió intervenir en la discusión que el autor mantenía con Jenny D’Héricourt y otras autoras emancipadas. Había frecuentado los clubes femeninos y uno de sus poemas brilló en el periódico La Voix des Femmes [La Voz de las Mujeres] en 1848. Con ellas había aprendido lo que le señaló al patriarca en una carta pública: usted es un anarquista a medias. Allí habría acuñado el término “libertario”, como denominó al periódico en el que dio a conocer El humanisferio, relato muy leído en la Buenos Aires de otros años veinte gracias a una popular edición de La Protesta.

Tanto los debates como los relatos utópicos estaban atravesados por dos discusiones centrales. Por un lado, la construcción de un universal humano que garantizara la igualdad. Una suerte de conjunto imposible que nunca alcanza una versión definitiva y cuya definición es a cada paso una disputa política. Por otro, la cuestión de la libertad sexual, un terreno donde los principales discursos de izquierdas raramente superaron el imperativo de la Naturaleza, el marco heterosexual, la idea de unos instintos que debían liberarse o regularse, el justificativo de la salud, la primacía de la reproducción y la delimitación moral. Así, no debería sorprender que un hombre de espíritu libertario y fourierista, como Déjacque, imaginara una sociedad utópica desconfiada del “libertinaje genital”, donde se prescribe el secreto pudoroso y reina una libertad tan purificadora que llevaría a quienes la habitan a elegir el lazo sentimental y

duradero por sobre la dinamita del amor plural. Algunos pasajes se acercan de manera sorprendente a las diatribas de La pornocracia (1892), el libro póstumo de Proudhon, en especial cuando ambos autores relacionan los amores homosexuales y lesbianos con la temática de la degeneración, el vicio contra natura y el viejo imaginario de Sodoma.

Dicen que hacia el final Déjacque iba errante por las calles de París, enloquecido. Quizá murmuraba para sí que lo utópico, en el sentido de lo imposible, no era volar o domesticar fieras, sino aferrarse a la posibilidad de un universal humano sin diferencias, a un cuerpo apaciguado y a una sexualidad instintiva, binaria, heterosexual y esclava.

Del ser humano masculino y femenino

Carta a P.-J. Proudhon

Nueva Orleans, mayo de 1857

¿Es verdaderamente posible, célebre publicista, que bajo su piel de león haya tanta burricie? […]

Su nerviosa y poco flexible lógica en las cuestiones de producción y consumo industriales no es más que un endeble junco sin fuerza en las cuestiones morales de la producción y el consumo. Su inteligencia, viril, plena para todo lo que ha traicionado al hombre, es como si estuviera castrada no bien se trata de la mujer. Cerebro hermafrodita, su pensamiento tiene la monstruosidad del doble sexo bajo el mismo cráneo (el sexo-luz y el sexo-oscuridad) y gira y se retuerce en vano sobre sí mismo sin poder llegar a parir la verdad social. […]

Cito sus palabras:

No, señora [Jenny d'Héricourt], usted no sabe nada de su sexo; usted no conoce ni la primera palabra de la cuestión que usted y sus honorables liguistas agitan con tanto ruido y tan poco éxito. Y si usted no la comprende; si en las ocho páginas de respuestas que da usted a mi carta hay cuarenta paralogismos, eso se debe precisamente, como ya le he dicho, a su minusvalía sexual. Por esta palabra, cuya exactitud acaso no sea irreprochable, entiendo la calidad de su entendimiento, que no le permite captar la relación de las cosas si nosotros, los hombres, no se las hacemos tocar con el dedo. Hay en ustedes, tanto en el cerebro como en el vientre, cierto órgano incapaz por sí mismo de vencer su inercia innata, y que solo el espíritu masculino es capaz de hacer funcionar, cosa que aun así no logra siempre. Ese es, señora, el resultado de mis observaciones directas y positivas: lo dejo librado a su sagacidad obstétrica y en el trance de calcular, para su tesis, las consecuencias incalculables.

[…]

La emancipación o la no emancipación de la mujer, la emancipación o la no emancipación del hombre, ¿qué quiere decir? ¿Acaso –naturalmente– puede haber derechos para uno que no lo sean para el otro? ¿Acaso el ser humano no es el ser humano tanto en plural como en singular, tanto en femenino como en masculino? […]

Alinear la cuestión de la emancipación de la mujer con la cuestión de la emancipación del proletario, ese hombre-mujer o, para decir la misma cosa con otras palabras, ese hombre-esclavo –carne de serrallo o carne de taller– se comprende, y es revolucionario; pero compulsar esta cuestión y situarla por debajo del hombre- privilegio, ¡oh!, entonces, desde el punto de vista del progreso social carece de sentido, es reaccionario. Para evitar cualquier equívoco, habría que hablar de emancipación del ser humano. En estos términos, la cuestión queda completa; plantearla de este modo es resolverla: el ser humano, en sus rotaciones de cada día, gravita de revolución en revolución hacia su ideal de perfectibilidad, la Libertad. […]

Su entendimiento, atormentado por las pequeñas vanidades, le hace ver la posteridad del hombre-estatua, erigido sobre el pedestal-mujer como en lo pretérito el hombre-patriarca, de pie ante la mujer-sirviente.

Escritor fustigador de las mujeres, siervo del hombre absoluto, usted, Proudhon-Heynau, que tiene por látigo la palabra, como el knout del verdugo croata, y parece disfrutar de todas las lubricidades de la apetencia al desvestir a sus bellas víctimas sobre el papel del suplicio y flagelarlas con sus invectivas. Anarquista a medias, liberal y no LIBERTARIO, quiere usted el libre cambio para el algodón y las velas, y preconiza sistemas de protección del hombre contrarios a la mujer en la circulación de las pasiones humanas; clama contra las altos barones del capital y quiere reedificar la alta baronía del macho sobre la vasalla hembra; como lógico hecho a fuerza de usar anteojos eruditos, ve al hombre por el cristal de aumento y a la mujer por el reductor; como pensador aquejado de miopía, no sabe distinguir en el presente o en el pasado más que lo que deja tuerto, y no puede descubrir nada de lo que está a lo alto o a lo lejos, la perspectiva del porvenir: ¡es usted un minusválido! […]

¡Ah! Si en este mundo hay tantas criaturas hembras abyectas y tan pocas mujeres, ¿a qué recurrirán, hombres? Dandin-Proudhon,[4] ¿de qué se queja? Usted lo ha querido…

Y no obstante, usted, personalmente usted, al servicio de la Revolución, lo reconozco, ha asestado golpes formidables y certeros. Ha llegado hasta la médula del tronco secular de la propiedad, y ha hecho volar lejos las astillas, ha despojado de su corteza la cosa misma y la ha expuesto en su desnudez a la mirada de los proletarios; ha hecho resquebrajarse y caer a su paso, tal como ramas secas u hojas, los impotentes rebrotes autoritarios, las teorías renovadas de los griegos del socialismo constitucional, incluida la suya propia; ha arrastrado con usted, en velocísima carrera a través de las sinuosidades del futuro, toda la jauría de apetitos físicos y morales. Ha hecho camino. Se lo ha hecho hacer a otros. Está cansado y querría descansar; pero las voces de la lógica están ahí y lo obligan a proseguir sus deducciones revolucionarias, a marchar adelante, siempre adelante y –como desdeña el anuncio fatal– bajo el riesgo de sentir las zancadillas de los que pueden destrozarlo. […]

En ese terreno de la verdadera anarquía, de la libertad absoluta, existiría sin contradicción tanta diversidad entre los seres que en la sociedad habría personas de distinta edad, sexo o aptitudes: la igualdad no es la uniformidad. Y precisamente esta diversidad de todos los seres y de todos los instantes vuelve imposible cualquier gobierno, cualquier constitución o contracción. ¿Cómo comprometerse por un año, por un día, por una hora, cuando en una hora, un día, un año se puede pensar de forma totalmente diferente al momento en que uno se ha comprometido? Con la anarquía radical, entonces, habría mujeres, tanto como habría hombres, de mayor o menor valor relativo; habría niños tanto como habría ancianos; pero todos indistintamente no dejarían de ser seres humanos y serían igual y absolutamente libres de moverse en el círculo natural de sus atracciones, libres de consumir y producir como les conviniera sin que pudiera alcanzarlos ninguna autoridad paternal, marital o gubernamental, ninguna reglamentación legal o restrictiva.

Así comprendida la Sociedad –y usted, como anarquista, debe comprenderla de este modo si alardea de ser lógico–, ¿qué tiene que decir sobre la inferioridad sexual de la mujer o del hombre entre los seres humanos?

Escuche, maestro Proudhon, no hable de la mujer o, antes de hablar, estúdiela; vaya a la escuela. No se considere anarquista, o séalo hasta las últimas

consecuencias. Háblenos, si quiere, de lo conocido y lo desconocido, de Dios que es el mal, de la Propiedad que es el robo. Pero cuando hable del hombre, no haga de él una divinidad autocrática, porque yo le responderé: ¡el hombre es el mal! No le atribuya un capital de inteligencia que no le pertenece por derecho de conquista, por comercio de amor, riqueza usurera que le viene por entero de la mujer –que es producto de su propia alma–; no lo engalane con los despojos ajenos, porque entonces yo le responderé: ¡la propiedad es un robo! […]

Sea más fuerte que sus debilidades, más generoso que sus rencores; proclame la libertad, la igualdad, la fraternidad, la indivisibilidad del ser humano. Diga eso. Es cuestión de bienestar público. Declare a la Humanidad en peligro; convoque en masa al hombre y a la mujer para que expulsen fuera de las fronteras sociales los prejuicios invasores, provoque un 2 y 3 de septiembre contra esa alta nobleza masculina,[5] esa aristocracia del sexo que querría fijarnos en el antiguo régimen. Diga eso. ¡Es necesario! Dígalo con pasión, con genio, fúndalo en bronce, hágalo retumbar… y habrá logrado mérito para los demás y para usted.

Joseph Déjacque



LA RECRÉATION DU MONDE PAR P. J. PROUDHON.

P. J Proudhon crée un homme et une femme à on image.
(*C'est fort laid.*)

▪

[4] Posible alusión al protagonista de la comedia Los litigantes de Racine. En ¿Qué es la propiedad?, el propio Proudhon cita un antecedente de ese personaje: el Perrin-Dandin de La Fontaine y de Rabelais. [N. de E.]

[5] Alusión a las “Masacres de Septiembre” (de 1792) en Francia. [N. de E.]

La Voz de la Mujer

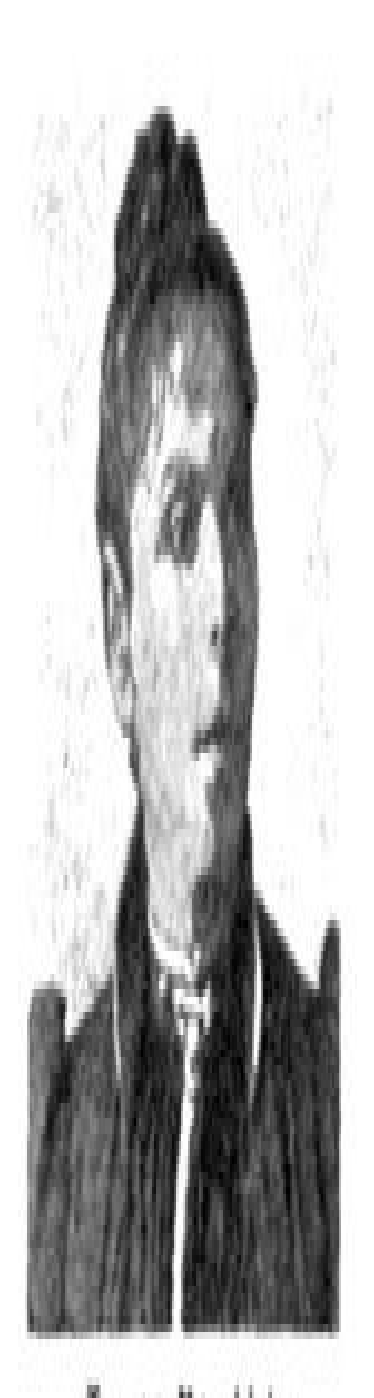
Feroz

Buenos Aires, 1896-1897



Virginia Bolten

Redactora de «La Voz de la Mujer»



Teresa Marchisio

Redactora de «La Voz de la Mujer»



María Calvia

Redactora de «La Voz de la Mujer»

Hacia fines del siglo XIX el anarquismo se ha desperdigado por las principales ciudades del mundo para gritar, más que cualquier otro movimiento emancipatorio, que la revolución social no será verdad sin la liberación de la mujer y sin amor libre. Si el modo en que se celebrarían esos amores estuvo siempre en discusión, con prácticas felices y calamitosas, la cuestión de la mujer fue nota central en cada uno de los periódicos que se multiplicaron hasta crear un concierto de voces políglotas, diversas en sus corrientes doctrinarias y voluntariosas en su afán por despertar conciencias.

Los anarquistas convocaban a las mujeres a la brecha como compañeras de lucha y de amor. Invitaban con cierta condescendencia: “Os emanciparemos”, decían. “Os liberaremos del Hombre”, afirmaban con incomodidad. Ellas escucharon el llamado pero, en lugar de secundar, dieron un paso al frente. Uno de los recurrentes episodios desatados a partir de la decisión de salir “sin jefe ni dios” quedó registrado en el periódico que las anarquistas iniciaron en Buenos Aires en 1896. La Voz de la Mujer. Periódico Comunista-Anárquico era una voz colectiva con algunas firmas: Pepita Gherra, Josefa Martínez, Josefa Calvo, Luisa Violeta. Sus biografías están desdibujadas o perdidas como la versión de la ciudad de Rosario que habría reanimado Virginia Bolten, quizá la más célebre de las anarquistas locales, hacia 1900.

Las notas repiten el ideario común sobre la revolución del sistema, del trabajo, del hogar, del amor, pero ensayan su versión, sin tutelas ni pedidos de permiso, porque creen que deben luchar por su propia emancipación. Nada sabemos de las críticas recibidas salvo por lo que retoman las réplicas, pero alcanza para notar que no les discuten las ideas sino los modos de expresarlas. Objeciones similares contestó Juana Rouco, mentora de Nuestra Tribuna (1923-1925), el quincenario que creó con mujeres de la pequeña localidad de Necochea. Lo intolerable es la lengua feroz. Lo insoportable es la pluma en alto, el soliloquio liberado, el monólogo urgente. Asusta que controlen la edición, gestionen el dinero, conquisten las imprentas y que no pregunten nada. Que no escuchen. Cuando ellas afirman, dan miedo. Suman espacios por liberar: “Anarquía y libertad… y las mujeres a fregar”, “¿A dónde irás que la rechifla no te siga?”. Y dan lugar a otras que, anónimas, aportan unas monedas y anotan para siempre: “Ni Dios, ni patrón, ni marido”. O que, por cincuenta centavos, se despachen: “Una que capó a un fraile”. Algunos compañeros cierran las piernas, preocupados; se saben “cangrejos de la idea” que arengan hacia adelante, pero caminan hacia atrás. Otros callan para aprender y aprenden a acompañar.

La Voz de la Mujer es enésima repetición de la doctrina, pero conjuga en femenino. Una primera persona obrera que no se quiere decir feminista y que, en su enunciación singular y plural, fuerza la reinvención de la Anarquía, la Humanidad, el Amor, la Revolución y la brecha misma donde todo se cuece.

Firmes en la brecha (a nuestros enemigos)

Editorial de La Voz de la Mujer. Periódico Comunista-Anárquico, nº 3, Buenos Aires, febrero 20 de 1896

… Salimos a la lucha… sin Dios [y sin] jefe…

Nº 1 de La Voz de la Mujer

Como lo habíamos sospechado, resultó. Tales fueron nuestras palabras cuando hemos notado la general polvareda levantada con motivo de nuestro editorial del nº 2.

Atacadas indirectamente, aunque sin razón, cuando el nº 1 vio la luz pública, decidimos no dejar pasar dichos ataques sin responderlos como era debido. En efecto, así lo hicimos, pero con tan mala suerte que, debido a una confusión (por falta de ampliación) en la redacción del escrito, se ha descolgado sobre La Voz de la Mujer una verdadera tempestad.

No obstante este primer tropiezo, no nos intimidamos. Hemos dicho al aparecer en el palenque del periodismo "mas como no queríamos depender de nadie, alzamos nosotras un jirón del rojo estandarte; y salimos a la lucha… sin Dios y sin jefe". Ahora bien. ¿Cómo podéis creer que[,] estando decididas como estamos, íbamos a sujetar nuestra línea de conducta a las opiniones de Juan, Pedro o Pelayo? ¿Habéis creído por ventura que, porque vosotros hayáis tachado nuestra hoja de inmoral los unos, y de insensata los otros y porque cada cual en uso de su voluntad nos haya juzgado como quiso, habíamos nosotras de abdicar de nuestras ideas, de nuestra manera de pensar y obrar? Seríais vosotros más que insensatos si tal creyeseis; sin embargo, tentadas estamos a creer que así lo habéis pensado cuando os atrevisteis a lanzar pensamientos por demás absurdos como son los que a citaros vamos.

"Esto no puede ser… Esta no es manera de escribir, no se pueden tolerar

semejantes provocaciones de parte de esas mujeres". "Es necesario que ese periodicucho desaparezca", etc., etc. Linda manera de pensar, ¿no es cierto? ¡Bonito respeto a la Autonomía individual!

¡En nombre de la Anarquía hacer la guerra a un periódico que, al venir a la lucha periodística, vino dispuesto a no transigir con nada ni con nadie en lo referente a defender la emancipación de la mujer, uno de los grandes y bellos ideales de la Anarquía!

Los que habéis hablado ¿estudiasteis bien lo que es la Anarquía? ¿No será ella quien asegurará nuestra más completa libertad individual, una vez que hay[a] triunfado? ¿No será ella la que pondrá a la mujer a la altura del hombre?

Y si comprendéis esto, como creo lo comprenderéis, ¿por qué os servís de la palabra Anarquía para cortar nuestra libertad de pensamiento y nuestra libertad de acción y en nombre de esa misma Anarquía nos lanzáis, para intimidarnos, amenazas por demás ridículas por el solo hecho de ser mujeres?

Tenedlo bien entendido que toda vindicación lleva consigo el delito. Es cierto que hay excepciones, pero estas no forman reglas. Es por esto, pues, que los falsos Anarquistas se han creído ofendidos, pusieron su grito en el cielo, como la fiera herida por el cazador.

Debemos advertir también a todos los compañeros que, al poner el escrito de Redacción de nuestro número anterior, no nos impulsó el deseo de constituimos en las feroces de lengua y pluma, como muchos han dicho, ni tampoco nos dirigimos a todos los anarquistas en general, sino a algunos individuos que titulándose revolucionarios han tratado de desvirtuar el objeto de esta modesta hoja y que, no teniendo sin duda energía suficiente para atacamos de frente, nos zahirieron por la espalda.

Queremos la lucha franca y leal y por eso la hemos provocado, al conocer se nos atacaba. He aquí todo.

Pero, a pesar de toda vuestra guerra, seguiremos firmes en la brecha dispuestas a mantener bien alta la bandera de la intransigencia pese a quien pese y duélale a quien le duela. No [iremos] jamás a pedir a nadie su parecer sobre nuestra línea de conducta, nos mantendremos firmes en nuestra divisa, cumpliendo nuestra más completa autonomía individual dentro de los ideales del Comunismo y la Anarquía. Esto se entiende también que lo efectuaremos en lo que la actual

sociedad burguesa nos permita.

Ahora, compañeros y compañeras, todos aquellos que estéis conforme con nuestra línea de conducta: esperamos que nos prestéis la mayor ayuda posible para poder echar en cara a la Actual Sociedad Burguesa todas sus bajezas, todas sus infamias, y lanzar al rostro de los tiranos de la Humanidad el lodo que nos pretenden arrojar a los proletarios y a las proletarias.

Y para terminar esta por demás enojosa cuestión diremos que si nuestro periódico no puede salir cada mes, saldrá cada dos y, si no, cada tres meses, y si por desgracia llega a suceder (que creemos no sucederá) que el número de nuestros adversarios llegue a aumentar hasta el extremo que nos obliguen a desaparecer de la lucha periodística, sabed que caeremos pero sin arriar nuestra bandera.

Ya lo sabéis, pues. ESTAMOS FIRMES EN LA BRECHA.


EL REBELDE
LA PROTESTA HUMANA
ROJO Y NEGRO
LA MISERIA
EL OPRIMIDO
La Anarquía
LA LIBRE INICIATIVA
EL PERSEGUIDO
NI DIOS NI AMO
La Revolución Social
LA VERDAD
DEMOLIAMO
LA TRIBUNA DEL TRABAJO
EL DERECHO Á LA VIDA
LA RISCOSSA
LA NUEVA AURORA
LA VOZ DE RAVACHOL
Periódico comunista anárquico
LA IDEA LIBRE
EL AMIGO DEL PUEBLO
L'Avvenire
LA NUEVA HUMANIDAD
LA VOZ DE LA MUJER
EL OBRERO PANADERO
PERIODICO DEFENSOR DEL GREMIO

La Bella Otero

Madre

Madrid, 1880 - ¿?



Hubo, al menos, dos Bella Otero. Una, bailarina y actriz gallega con mucha fama en el 1900 parisién. La otra, capturada por el Servicio de Observación de Alienados de la Policía Federal Argentina, desde el cual médicos, juristas, psiquiatras y criminólogos patrullaban los márgenes del orden nacional. Una taconeaba los escenarios y las fiestas del poder, la otra hacía su acto solitario para un cada vez más fascinado Francisco de Veyga. Médico de formación militar y profesor universitario, le gustaba tanto observar la "mala vida" que asumió también el Servicio Público de Autopsias, no fuera que la muerte escondiera algo. Pero la Bella Otero estaba muy viva, contoneándose en la celda consultorio mientras él anotaba para la recién inaugurada revista Archivos de Psiquiatría, Criminología y Ciencias Afines (1902-1913). Se inspiraba en la publicación de Cesare Lombroso, el famoso criminólogo italiano que explicaba el delito a partir de las características biológicas y dictaminaba tendencias innatas a partir de las formas del rostro y del cuerpo. Aunque De Veyga y su ladero de pasado anarcosocialista, José Ingenieros, seguían de cerca las tesis lombrosianas, confiaban más en las causas sociales del crimen y en la potencia de las condiciones caóticas y políglotas (aunque prometedoras) de una nación joven cuyas fronteras raciales, estéticas, sexuales, idiomáticas y morales procuraban vigilar.

Con su vestido largo y peinada a la moda, La Bella Otero contravenía todas las distinciones y, por eso, a la violencia del encierro le sumaron enrostrarle el nombre que le habían dado al nacer. Y anexarla al catálogo de patologías con una etiqueta injuriante: "Inversión sexual adquirida –tipo profesional". Escudados por la profesión, practicaban la Afrodisiología, una suerte de excitación clasificatoria para la cual De Veyga era un inspirado; sus notas resultan detallistas hasta lo pornográfico y exhaustivas hasta la sospecha. Detectaba subespecies inquietantes, como los "espermófagos" y, echando mano a la oralidad latina, los "fellatores", y diagnosticaba con precisión de pocos grados desvíos activos y sodomías pasivas. En su escritorio doctoral, se sentía traductor del lunfardo de la calle al glosario decoroso de las ciencias sexuales que se acuñaba en una Europa donde "homosexual" ya circulaba, "travesti" se estaba inventando y "heterosexual" apenas surgía.

Cuando La Bella Otero se sintió bajo la luz del poder médico, concedió su mejor actuación: una autobiografía escrita y fotografiada en la que ninguna categoría resiste más de dos renglones y una pose. Comienza madre orgullosa, viuda sufriente, suicida romántica, convicta religiosa. No olvida ningún papel estelar.

En la misma línea es devota de la extática Santa Teresa y del placer mundano, y enseguida poeta trabajadora del vicio y del erotismo en los bordes de la ciudad burguesa.

Su talento no era la simulación –esa estrategia en la lucha por la vida tan estudiada por Ingenieros– sino, aun bajo sometimiento, el de dinamitar la clasificación, comenzando por la sagrada dicotomía de los sexos. Su escena de consagración cierra como madre parturienta y amante pública, y termina firmando autógrafos para un De Veyga al que imaginamos deshecho en aplausos. Todo el mundo de pie, la diva transformó en performance lo que siempre se supo: que la Mujer con mayúscula es libreto, artificio, arte político vacilante, poder escénico. Y que, tras un montón de vestidos y goces, hay mucho más que mujeres y hombres.

Autobiografía

He nacido en Madrid en el año de 1880. Siempre me he creído mujer, y por eso uso vestido de mujer. Me casé en Sevilla y tuve dos hijos. El varón tiene 16 años y sigue la carrera militar en París. La niñita tiene 15 y se educa en el "Sacre-Coeur" de Buenos Aires. Son muy bonitos, parecidos a su papá.

Mi esposo ha muerto y soy viuda. A veces quiero morir, cuando me acuerdo de él. Buscaría los fósforos o el carbón para matarme, pero esos suicidios me parecen propios de gente baja. Como me gustan las flores, me parece que sería delicioso morir asfixiada por perfumes.

Otras ocasiones me gustaría tomar el hábito de monja carmelita, porque soy devota de Santa Teresa de Jesús, lo mismo que todas las mujeres aristocráticas. Pero como no soy capaz de renunciar a los placeres del mundo, me quedo en mi casa a trabajar, haciendo costuras y bordados para dar a los pobres.

Soy una mujer que me gusta mucho el placer y por eso lo acepto bajo todas sus fases. Algunos dicen que por todo esto soy muy viciosa, pero yo les he escrito el siguiente verso, que se lo digo siempre a todos:

Del Buen Retiro a la Alameda

los gustos locos me vengo a hacer.

Muchachos míos, ténganlo tieso

que con la mano gusto os daré.

Con paragüitas y cascabeles

y hasta con guantes yo os las haré,

y si tú quieres, chinito mío,

por darte gusto la embocaré.

Si con la boca yo te incomodo

y por la espalda me quieres dar,

no tengas miedo, chinito mío,

no tengo pliegues ya por detrás.

Si con la boca yo te incomodo

y por atrás me quieres amar,

no tengas miedo, chinito mío,

que pronto mucho vas a gozar.

He estado en París, donde bailé en los cafés-conciertos dándole mucha envidia a otra mujer que usa mi mismo nombre para pasar por mí.

Muchos hombres jóvenes suelen ser descorteses conmigo. Pero ha de ser de gana de estar conmigo, y ¿por qué no lo consiguen? Porque no puedo atender a todos mis adoradores.

No quiero tener más hijos, pues me han hecho sufrir mucho los dolores del parto, aunque me asistieron mis amigas “Magda” y “Lucía”, que no entienden de parto, porque nunca han estado embarazadas, porque están enfermas de los ovarios.

Me subyuga pasear en Palermo, porque el pasto es más estimulante para el amor que la mullida cama.

Esta es mi historia, y tengo el honor de regalarle al doctor Veyga algunos retratos con mi dedicatoria.

Clara Zetkin

Callada

Wiederau (Sajonia), 1857 - finca Arjangelskoié (distrito de Krasnogorski, Moscú, en la entonces URSS), 1933



Con la mano izquierda arregló su rodete canoso. Iba a entrevistar a Lenin, líder de la revolución que terminó con el imperio de los zares. Ella ya había sido fundadora de la Segunda Internacional en 1889, cuando se estrenaba la Torre Eiffel y Vladímir Ilich Uliánov aún no era Lenin. Había consolidado la socialdemocracia de su país, Alemania, cuando Rusia recién se orientaba hacia las históricas jornadas de 1917. Había enviudado, criado dos hijos y dirigido Die Gleichheit [La Igualdad. Periódico de los Intereses de las Trabajadoras] durante veinticinco años. Había amado libremente a un hombre joven. Había luchado contra las posiciones reformistas, junto a su amiga Rosa Luxemburgo, y se había opuesto con rabia a la guerra, en contra de la fiebre nacionalista que llegó hasta su propio partido. Ahora, recibía los años veinte en Moscú, penando por la revolución que Alemania no tuvo y pagando por la firmeza de sus decisiones políticas.

Mientras esperaba, recordó los ojos en blanco de los hombres del partido cada vez que sostuvo la importancia de la "cuestión femenina" en la lucha del proletariado. Revivió la votación por un Día Internacional de la Mujer, y aquel texto donde ella repasaba los antecedentes saintsimonianos y las revelaciones de Flora Tristán, a quien reconocía algo utópica pero acertada. Zetkin no creía, como las francesas, en una igualdad natural inspirada en el ideario del Iluminismo. Creía, con Marx, en las causas sociales e históricas que explicaban la subordinación y hacían inevitable su superación. Conoció a las hijas de su coterráneo, escritoras y políticas, cuando vivió en París unida a Ossip Zetkin en la vorágine del exilio.

La entrada del jefe bolchevique interrumpe los recuerdos, se saludan después de mucho tiempo, y enseguida comienza la exposición de él sobre el tema al que ella dedicó la vida. Apenas introduce un comentario que lo anima a seguir, una objeción como acicate. Están de acuerdo, el movimiento de mujeres socialistas debe mantener una "separación tajante" del feminismo porque, de lo contrario, solo logrará que las burguesas compartan las mieles del capital y en nada beneficiará a las esposas y madres trabajadoras. Sin embargo, ella sabe que el reclamo por el voto puede agitar la conciencia de las obreras, y allí atisba una alianza. A él le preocupa que se confundan, que erren el camino quienes las lideran, que tomen a su compañero por un enemigo. Insiste en mantener el marco teórico, político y táctico ya señalado por hombres fuertes como Marx, Engels y Bebel. Zetkin encontraba "debilidades teóricas y lagunas científicas" en el libro de Bebel sobre la mujer y el socialismo, pero no lo dice. Él advierte

imperdonables desvíos burgueses hacia el problema sexual, el psicoanálisis, la organización de las trabajadoras del sexo. El silencio de la entrevistadora lo envalentona. La reta un poco. ¿Qué es eso del amor tan libre? La boca entreabierta de ella lo anima: explícamelo todo, Lenin.

La entrevista no se publicará hasta después de la muerte del dirigente en 1924. Entre todos los artículos y alocuciones de Zetkin, esta será su obra célebre. Un texto donde brilla la edición más que la prosa, el silencio más que la afirmación, el sabio control de la voz ajena. Si Claire Démar eligió hablar al futuro con su folleto suicida, Zetkin prefirió callar, y dejar la palabra del Gran Hombre abierta a las lecturas del porvenir.

Separación tajante

El 28 y 29 de marzo [de 1894] se celebró en Berlín un congreso de feministas burguesas con el propósito de establecer en Alemania una federación de asociaciones de mujeres sin ánimo de lucro. Los lectores [de Die Gleichheit] saben que el feminismo burgués y el movimiento de las mujeres proletarias son dos movimientos sociales fundamentalmente diferentes, de modo que el último puede decir al primero con plena justificación: “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos” (Isaías 55:8-9). Por ende, no tenemos motivo alguno para informar en este momento sobre dicho congreso, y tanto menos al considerar que el programa en base al cual se fundó la Asociación es muy vago y falto de contenido, y no va más allá de frases generales acerca de la “cooperación organizada de las asociaciones de mujeres para preservar los más altos valores de la familia, para combatir la ignorancia y la injusticia”, etc., etc.

Las sufragistas solo tuvieron un animado debate sobre la posición que la nueva Asociación debía adoptar ante la Socialdemocracia. La gran mayoría de las oradoras se manifestó en contra de la inclusión de “asociaciones abiertamente socialdemocráticas”. La justificación de dicha posición –“no queremos asustar al resto de los elementos y queremos desterrar la política de la Asociación”– es en sí misma indiferente, pero característica de la naturaleza incolora, sumisa y lloriqueante del feminismo alemán. ¡Mientras en los demás países las feministas burguesas luchan con toda energía precisamente para la concesión de la igualdad política, en Alemania ni siquiera se atreven a ocuparse oficialmente de política!

En cuanto a la opinión sobre la Socialdemocracia, las venerables damas se levantaron un poco tarde con su declaración. Ciertamente el movimiento de mujeres proletarias en Alemania, debido a circunstancias especiales, sufría en sus comienzos de desviaciones feministas burguesas. Pero se ha vuelto consciente de su plena oposición, irreconciliable, con el feminismo burgués. Esto lo ha expresado claramente en los últimos años; ha declarado que se ha comprometido plenamente con el principio de la lucha de clases, que se encuentra totalmente en el terreno de la Socialdemocracia. El verano pasado, en

el congreso internacional de Zúrich, fueron precisamente las representantes de las mujeres proletarias con conciencia de clase de Alemania quienes, en debida forma y con toda nitidez y decisión, rechazaron cualquier terreno común entre el feminismo burgués y el movimiento de trabajadoras. Por ende, los esfuerzos de las feministas por mantenerse virginalmente puras de cualquier contacto con “asociaciones abiertamente socialdemócratas” son fútiles. Las damas pueden estar seguras de que, incluso sin sus declaraciones, a ninguna organización de mujeres proletarias conscientes se le ocurriría ni en sueños buscar una conexión con la Asociación.

Hace ya tiempo el movimiento de trabajadoras alemán ha superado las prédicas feministas sobre la armonía de intereses. Cualquier organización consciente de mujeres proletarias sabe que esa conexión implicaría una traición a sus principios. Debido a que las feministas burguesas aspiran a conseguir las reformas en favor del sexo femenino dentro del marco de la sociedad burguesa, por medio de una lucha entre los sexos y en contraste con los hombres de su propia clase, no cuestionan la existencia misma de dicha sociedad. Las mujeres proletarias, en cambio, se esfuerzan con una lucha de clase contra clase, en estrecha comunión de ideas y de armas con los hombres de su clase –los cuales reconocen plenamente su igualdad– por la eliminación de la sociedad burguesa en beneficio de todo el proletariado. Las reformas en favor del sexo femenino y en favor de la clase obrera son para ellas únicamente un medio para un fin, mientras que para las mujeres burguesas las reformas del primer tipo son la meta final. El feminismo burgués no es más que un movimiento de reforma, mientras que el movimiento de mujeres proletarias es y debe ser revolucionario.

Recuerdos de Lenin

Lenin me había hablado muchas veces del problema de la mujer. Se veía que atribuía una importancia muy grande al movimiento femenino, como parte esencial, en ocasiones incluso decisiva, del movimiento de las masas. Huelga decir que, para él, la plena equiparación social de la mujer con el hombre era un principio inconmovible, uno que ningún comunista podía siquiera discutir. Fue en el gran despacho de Lenin en el Kremlin donde, en el otoño de 1920, tuvimos la primera conversación un poco larga acerca de este tema. Lenin estaba sentado en su mesa de escribir que, cubierta de papeles y de libros, hablaba de estudio y de trabajo, sin que reinase en ella ningún “desorden genial”.

“Tenemos que crear a todo trance un fuerte movimiento femenino internacional sobre una base teórica clara” –dijo Lenin, encauzando la conversación después de las palabras de saludo–. “Sin teoría marxista no puede haber una buena actuación práctica, esto es evidente. Nosotros, los comunistas, necesitamos también de una gran pureza de principios en esta cuestión. Tenemos que diferenciarnos nítidamente de los demás partidos. Desgraciadamente, nuestro segundo congreso internacional ha fallado en el modo de plantear el problema de la mujer. Planteó el problema, pero sin llegar a tomar una posición ante él. El asunto se halla todavía en poder de una comisión. Esta se encargará de redactar una proposición, tesis, líneas rectoras. Sin embargo, hasta hoy no ha hecho gran cosa. Es necesario que usted eche una mano”.

Yo ya había oído por otro conducto, manifestando mi asombro al respecto, eso que Lenin me decía. Me entusiasmaba todo lo que las mujeres rusas habían aportado a la revolución y lo que todavía aportaban para defenderla y sacarla adelante. El partido bolchevique me parecía también un partido modelo, el partido modelo por excelencia, en lo tocante a la posición y actuación de la mujer dentro de él. Por sí solo, este partido aportaba elementos valiosos, disciplinados y expertos, también un gran ejemplo histórico al movimiento femenino comunista internacional.

“Sí; eso es cierto, y es magnífico y está muy bien” –dijo Lenin, con una sonrisa tenue, apenas esbozada–. “En Petrogrado, aquí, en Moscú, en las ciudades y

centros industriales y en el campo, las proletarias se han portado maravillosamente en la revolución. Sin ellas, no habríamos triunfado. O habríamos triunfado a duras penas. Yo lo creo así. No puede usted imaginarse lo valientes que fueron y lo valientes que están siendo todavía. Represéntese usted todas las penalidades y privaciones que soportan estas mujeres.

”Y las soportan porque quieren que los Soviets salgan adelante, porque quieren la libertad, el comunismo. Sí; nuestras proletarias son unas magníficas luchadoras de clase. Merecen que se las admire y se las quiera. Por lo demás, hay que reconocer que también las damas de la ‘democracia constitucional’ demostraron en Petrogrado mucha más valentía contra nosotros que los hombrecillos terratenientes. Eso es verdad. En el partido, tenemos camaradas de confianza, inteligentes e incansables para la acción. Con ellas, hemos podido cubrir no pocos puestos importantes en los Soviets y Comités Ejecutivos, en los Comisariados del Pueblo y en las oficinas públicas. Algunas trabajan día y noche en el partido o entre las masas de los proletarios y los campesinos y en el Ejército Rojo. Esto, para nosotros, tiene mucha importancia. Y la tiene también para las mujeres del mundo entero, pues demuestra la capacidad de la mujer, la gran importancia que tiene su valor para la sociedad. La primera dictadura del proletariado está siendo su verdadero campeón en la lucha por la plena equiparación social de la mujer. Desarraiga más prejuicios que muchos volúmenes de literatura feminista. Pero, a pesar de todo y con todo, todavía no existe un movimiento femenino comunista internacional, y es necesario crearlo a todo trance. Es necesario entregarse inmediatamente a esta tarea. Sin esto, la labor de nuestra Internacional y de sus partidos no es ni será nunca lo que debe ser. Y hay que conseguir que lo sea, ya que lo exige la revolución. Cuénteme usted en qué situación está la labor comunista en el extranjero”.

Le informé acerca de esto, todo lo bien que podía hacerlo, dada la mala e irregular articulación que por aquel entonces existía en los partidos afiliados a la II Internacional. Lenin escuchaba mis palabras atentamente, con el cuerpo un poco inclinado hacia delante, sin asomo de cansancio, de impaciencia o de hastío, siguiendo con reconcentrado interés hasta los detalles más secundarios. No he conocido a nadie que escuchase mejor que él ni que mejor ordenase lo escuchado, sacando de ello las conclusiones generales. Así lo denotaban las preguntas rápidas y siempre muy concretas con que de vez en cuando interrumpía los informes y el modo certero con que después revisaba este o aquel detalle de la conversación. Lenin tomaba algunas notas rápidas.

Como era natural, analicé con especial detenimiento la situación alemana. Expuse a Lenin la insistencia con que Rosa Luxemburgo planteaba la necesidad de ganar para las luchas revolucionarias a las grandes masas femeninas. Al fundarse el partido comunista, acuciaba en busca de que se lanzase un periódico para la mujer. Cuando Leo Jogiches, en la última entrevista que tuvimos –dos días antes de que lo asesinasen– discutió conmigo las tareas inmediatas del partido y me encomendó algunos trabajos, figuraba entre estos un plan para la organización de la labor entre las mujeres trabajadoras. En su primera conferencia clandestina, el partido se había ocupado de este asunto. Las agitadoras y dirigentes que antes de la guerra y durante esta se habían destacado como mujeres disciplinadas y expertas dentro del movimiento se habían quedado casi sin excepción dentro de la socialdemocracia, reteniendo con ellas a las proletarias más inquietas. No obstante, se había logrado reunir ya a un pequeño núcleo de camaradas muy enérgicas y dispuestas a todos los sacrificios: tomaban parte en todos los trabajos y en todas las luchas del partido. Este núcleo de mujeres se había puesto ya a organizar la actuación sistemática entre las proletarias. Por supuesto, todo era incipiente; pero esos eran ya comienzos muy prometedores.

“No está mal, nada mal” –dijo Lenin–. “La energía, la capacidad de sacrificio y el entusiasmo de las camaradas, su valentía y su habilidad en tiempos clandestinos abren una buena perspectiva para la labor futura. Son elementos muy valiosos para el desarrollo del partido y su robustecimiento, para su capacidad de atracción entre las masas y para planear y desarrollar acciones. Pero ¿qué tal andan las camaradas y los camaradas en cuanto a claridad y a disciplina respecto de principios? Esto tiene una importancia fundamental para el trabajo entre las masas. Influye enormemente en lo que pasa entre las masas saber qué las atrae y entusiasma. De momento, no recuerdo quién fue el que dijo que ‘para hacer grandes cosas hay que entusiasmarse’. Nosotros y los trabajadores del mundo entero tenemos todavía, realmente, grandes cosas que hacer. Veamos, entonces, ¿qué es lo que entusiasma a esas camaradas, a las mujeres proletarias de Alemania? ¿Cómo andan de conciencia proletaria de clase? ¿Concentran su interés, su actuación, en las reivindicaciones políticas de la hora? ¿Cuál es el eje de sus pensamientos?”

”Acerca de esto, he oído contar cosas muy curiosas a algunos camaradas rusos y alemanes. Voy a decirle a usted una. Me han contado, por ejemplo, que una comunista muy inteligente de Hamburgo edita un periódico para las prostitutas, y quiere organizar a estas en la lucha revolucionaria. Rosa sentía y obraba

humanamente como comunista cuando, en un artículo, salió en defensa de unas prostitutas a quienes no sé qué transgresión cometida contra las ordenanzas de policía por las que se rige el ejercicio de su triste profesión había llevado a la cárcel. Estos seres son víctimas de la sociedad burguesa, dignas de lástima por dos conceptos. Son víctimas de su maldito régimen de propiedad y son además víctimas de su maldita hipocresía moral. Esto es evidente, y solo un hombre zafio y miope puede no verlo. Pero una cosa es comprender esto y otra cosa muy distinta querer organizar a las prostitutas –¿cómo diré yo?– gremialmente como una tropa revolucionaria aparte, editando para ellas un periódico industrial. ¿Es que en Alemania no quedan ya obreras industriales que organizar, para quienes editar un periódico, a quienes atraer a nuestras luchas? Se trata, evidentemente, de un brote enfermizo. Esto me recuerda demasiado aquella moda literaria que convertía poéticamente a cada prostituta en una santa de los altares. También en ese caso era sana la raíz: un sentimiento de solidaridad social, de rebeldía contra la hipocresía virtuosa de los honorables burgueses. Pero este sentimiento sano degeneraba y se corrompía en expresiones burguesas. Por lo demás, también a nosotros nos va a plantear más de un problema difícil el asunto de la prostitución. Hay que tender a incorporar a las prostitutas al trabajo productivo, a la economía social. Pero esto es difícil y complicado de conseguir en el estado actual de nuestra economía y dado el conjunto de circunstancias actuales. Ahí tiene usted un fragmento del problema de la mujer que se presenta ante nosotros después de la conquista del poder por el proletariado y que reclama una solución práctica. En la Rusia soviética, esto nos dará todavía mucho que hacer. Pero volvamos al caso especial de Alemania. El partido no puede, ni mucho menos, cruzarse de brazos ante esos desaguisados que cometen sus individuos. Esto crea confusión y dispersa fuerza. Pero veamos: ¿qué ha hecho usted por impedir estas cosas?”.

Antes de que pudiese contestarle, Lenin prosiguió: “En su ‘Debe’, Clara, hay más cosas apuntadas. Me han contado que en las veladas de lectura y discusión que se organizan para las camaradas son objeto preferente de atención el problema sexual y el problema del matrimonio, y que sobre estos temas versa principalmente el interés y la labor de enseñanza y de cultura políticas. Cuando me lo dijeron, no quería dar crédito a mis oídos. El primer Estado de la dictadura proletaria lucha con los contrarrevolucionarios del mundo entero. La situación misma de Alemania reclama la más intensa concentración de todas las fuerzas proletarias, revolucionarias, para cortar los avances cada vez mayores de la contrarrevolución. ¡Y he aquí que las camaradas activas se ponen a discutir el problema sexual y el problema de las formas del matrimonio ‘en el pasado, en el

presente y en el porvenir'! Creen que su deber más apremiante en esta hora es instruir a las proletarias acerca de esto. Se me dice que la publicación más leída es un folleto de una joven camarada vienesa sobre la cuestión sexual. ¡Valiente mamarrachada! Lo que interesa de estas cuestiones a los obreros hace ya mucho tiempo que lo han leído en Bebel… Pero no en un estilo aburrido, pétreo, esquemático como el del folleto, sino en un estilo recio de agitación, de agresividad contra la sociedad burguesa. Querer ampliar eso con las hipótesis freudianas podrá parecer 'culto' y hasta pasar por ciencia, pero no es más que una estupidez de profanos.

"La teoría freudiana es también, hoy, una de esas tonterías de la moda. Yo desconfío de las teorías sexuales expuestas en artículos, ensayos, folletos, etc.; en una palabra: de esa literatura específica que crece exuberante en los estercoleros de la sociedad burguesa. Desconfío de esos que solo saben mirar al problema sexual como el santo indio a su ombligo. Me parece que esa exuberancia de teorías sexuales, que en su mayor parte no son más que hipótesis, y no pocas veces hipótesis arbitrarias, brota de una necesidad personal, de la necesidad de justificar ante la moral burguesa, implorando tolerancia, las aberraciones de la propia vida sexual anómala o hipertrofiada. A mí me repugnan por igual ese respeto hipócrita a la moral burguesa y ese constante husmear en la cuestión sexual. Por mucho que se las dé de rebelde y de revolucionaria, en el fondo esta actitud es perfectamente burguesa. Es, en realidad, una tendencia favorita de los intelectuales y de los sectores afines a ellos. En nuestro partido, en el seno del proletariado militante, con conciencia de clase, nada tienen que hacer estas cuestiones".

Yo objeté que, bajo el régimen de la propiedad privada y el orden burgués, el problema sexual y el problema del matrimonio involucraban múltiples preocupaciones, conflictos y penalidades para las mujeres de todas las clases y sectores sociales. Que la guerra y sus consecuencias habían venido precisamente a agudizar para la mujer los conflictos y las penalidades que las relaciones sexuales conllevan, dejando al desnudo problemas que antes quedaban ocultos. La atmósfera de la revolución en marcha se prestaba magníficamente para esto. El viejo mundo de sentimientos y de ideas comenzaba a tambalear. Los antiguos vínculos sociales se distendían y se rompían, con lo cual se descubrían atisbos de nuevas relaciones y actitudes humanas. Dije que el interés por estas cuestiones era señal de la necesidad que se sentía de claridad y de nuevas orientaciones. Que en esto también se revelaba una reacción contra la falsedad y la hipocresía de la sociedad burguesa. Que el tránsito de las formas del matrimonio y de la

familia a lo largo de la historia, bajo la dependencia de la economía, se prestaba para destruir en la conciencia de las proletarias la fe supersticiosa en la eternidad de la sociedad burguesa. Que una actitud de crítica histórica ante estos problemas necesariamente tenía que conducir a un análisis despiadado del régimen burgués, a poner al desnudo sus raíces y sus efectos, a marcar con hierro candente la hipocresía de la moralidad sexual. Que todos los caminos llevaban a Roma. Que todo lo que fuere analizar con un verdadero criterio marxista una parte importante de la superestructura ideológica de la sociedad, un fenómeno social destacado, necesariamente tenía que conducir al análisis de la sociedad burguesa y del régimen básico de la propiedad, forzosamente tenía que desembocar ¡en el Carthaginem esse delendam!

Lenin asentía sonriendo: “Eso es. ¡Defiende usted como un verdadero abogado a sus camaradas y a su partido! Queda claro que lo que usted dice es cierto. Pero, en el mejor de los casos, eso no hace más que disculpar (no justificar) el error cometido en Alemania. Esa conducta es y sigue siendo un error. ¿Podría usted asegurar seriamente que en aquellas lecturas y discusiones se estudian el problema sexual y el problema del matrimonio desde el punto de vista del marxismo maduro, del materialismo histórico vivo y real? Esto exige una cultura amplísima y profunda, el dominio completo de un enorme material. ¿Dónde tienen ustedes los elementos para eso? Si los tuviesen, no se daría el caso de tomar por norma de enseñanza en esas lecturas y discusiones un folleto como el que he citado. En vez de criticarlo, se lo recomienda y se lo difunde. ¿Y adónde conduce esa manera superficial y antimarxista de tratar el problema? A que el problema sexual y el del matrimonio no se enfoquen como parte del gran problema social, sino, por el contrario, este, el gran problema social, como una parte, como un apéndice de los problemas sexuales. Lo principal se convierte en lo accesorio. Y esto no solo siembra la confusión en estos problemas, sino que opaca los pensamientos, la conciencia de clase de las proletarias, en general.

”Además –y no es esto lo menos importante, ya el sabio Salomón decía que todo requería su tiempo–, dígame usted, ¿acaso es este el momento de entretener meses y meses a proletarias explicándoles cómo se ama y se hace el amor, cómo se corteja y se dejan las mujeres cortejar? Claro está que todo es ‘en el pasado, en el presente y en el porvenir’ y en los más diversos pueblos. ¡Y luego dicen, muy orgullosas, que esto es materialismo histórico! No; en estos momentos, todos los pensamientos de las camaradas, de las mujeres del pueblo trabajador, deben concentrarse en la revolución proletaria. Esta echará también las bases para la necesaria renovación del matrimonio y de las relaciones sexuales. Hoy

son, en verdad, otros los problemas que están en primer plano, y no precisamente el de las formas matrimoniales de los negros australianos y el matrimonio entre hermanos en la antigüedad. El problema primario para los proletarios alemanes siguen siendo los Soviets. El Tratado de Versalles y sus efectos en la vida de las masas femeninas, el desempleo, la baja de salarios, los impuestos y muchas otras cuestiones: estos son los problemas que hoy están a la orden del día. En una palabra, me sostengo en mi idea de que esa clase de cultura política social que se da a las proletarias es falsa, completamente falsa. ¿Cómo pudo usted callarse ante estos hechos? Usted debió interponer su autoridad para evitarlo".

Expliqué al indignado amigo que yo no había ahorrado críticas ni reproches a las camaradas dirigentes de distintos distritos; pero que él mismo bien sabía que nadie era profeta en su tierra ni entre su gente. Que mis críticas habían hecho recaer sobre mí la sospecha de que conservaba todavía "fuertes resabios de prejuicios socialdemócratas y de concepciones pequeñoburguesas pasadas de moda". Pero que, en fin de cuentas, la crítica no había sido en vano, visto que el problema sexual y el del matrimonio no eran ya el eje de los cursos y de las discusiones. Pero Lenin siguió desarrollando la idea tratada.

"Ya sé, ya sé" –dijo–; "al respecto, también a mí ciertas gentecillas me acusan de filisteo, a pesar de lo que el filisteísmo me repugna, por lo que encierra de hipocresía y de estrechez. Pero yo soporto pacientemente todo eso. Esos pajarillos de pico amarillo, apenas salidos del cascarón de los prejuicios burgueses, siempre son terriblemente astutos. Pero ¡qué se va a hacer! Hay que resignarse a eso, y no corregirse. También el movimiento juvenil adolece de modernismo en su actitud ante el problema sexual y en su exceso de preocupación por él" –Lenin aplicaba a la palabra "modernismo" un acento irónico, haciendo un gesto desdeñoso al pronunciarla–. "Según me han informado muchos" –continuó–, "el problema sexual es también tema favorito de estudio en las organizaciones juveniles alemanas. Según parece, los conferenciantes no dan abasto a la apetencia del público. Y en el movimiento juvenil este estrago es especialmente nocivo, especialmente peligroso; fácilmente puede conducir, en no pocos jóvenes, a la exaltación y a la sobreexcitación de la vida sexual, destruyendo la salud y la fuerza juveniles. Es necesario que luchen ustedes también contra esto. No en vano el movimiento femenino y juvenil tienen muchos puntos de contacto. Nuestras camaradas deberían colaborar sistemáticamente en todos los países con la juventud. Esto sería una continuación y una exaltación de la maternidad de lo individual a lo social. Y hay que fomentar en la mujer todo lo que en ella apunte de vida y de

actuación social, para ayudarla a vencer la estrechez de su psicología individual y pequeñoburguesa de hogar y de familia. Pero esto es una consideración incidental.

”También aquí gran parte de la juventud se entrega apasionadamente a ‘revisar’ las ‘concepciones burguesas y de la moral’ en los problemas sexuales. Y debo añadir que se trata precisamente de gran parte de nuestros mejores jóvenes, de quienes realmente prometen. Es como usted decía antes. En la atmósfera de los estragos de la guerra y de la revolución en marcha, los viejos valores ideológicos se disuelven, al estremecerse las bases económicas de la sociedad, y pierden su fuerza coactiva. Y los nuevos valores cristalizan lentamente, a fuerza de luchas. También respecto de las relaciones humanas, de las relaciones entre hombre y mujer, se revolucionan los sentimientos y las ideas. Se trazan nuevas lindes entre el derecho del individuo y el derecho de la colectividad y, por tanto, el deber individual. Las cosas todavía están en plena fermentación caótica. La orientación en la fuerza evolutiva de las diversas tendencias encontradas no se destaca todavía con absoluta claridad. Es un proceso lento, y no pocas veces doloroso, de destrucción y de creación. Donde más se nota esto es precisamente en las relaciones sexuales, en el matrimonio y la familia. La decadencia, la podredumbre, la suciedad del matrimonio burgués, con su difícil disolubilidad, con su libertad para el hombre y su esclavitud para la mujer, la repugnante hipocresía de la moral y de las relaciones sexuales llenan de profundo asco a los seres espiritualmente más sensibles y mejores.

”La coacción del matrimonio burgués y de las leyes por que se rige la familia de los Estados burgueses agudiza los males y los conflictos. Es la coacción de la ‘santa propiedad’, que santifica la venalidad, la vileza y la porquería. La hipocresía convencional de la honesta sociedad burguesa se encarga del resto. La gente busca satisfacción a sus legítimos anhelos contra el orden repugnante y antinatural que impera. En tiempos como estos, en que se derrumban reinos poderosos, en que se caen por tierra instituciones antiquísimas y en que un mundo social entero amenaza con hundirse, los sentimientos individuales se transforman rápidamente; la apetencia y el anhelo de cambios en el goce se desbocan con harta facilidad.

”No basta con reformar las relaciones sexuales y el matrimonio en un sentido burgués. Es una revolución sexual y matrimonial lo que se prepara, como corresponde a la revolución proletaria. Es lógico que este intrincado complejo de problemas que aquí se plantea interese muy especialmente a las mujeres y a la

juventud: unas y otra son las primeras víctimas del falso régimen sexual imperante. La juventud se rebela contra este abuso con todo el ímpetu de sus años. Y eso resulta comprensible. Nada sería más falso que predicar a la juventud un ascetismo monacal y la santidad moral burguesa. Pero es peligroso que en esos años la cuestión sexual, de por sí ya bastante fuerte por imperativo fisiológico, se vuelva eje de la vida. Las consecuencias de esto son fatales. Infórmese usted al respecto por nuestra camarada [Zlata] Lilina. Esta mujer ha podido recoger grandes experiencias en su larga labor en centros de enseñanza de todo tipo, y usted sabe que se trata de una comunista de cuerpo entero y sin prejuicios.

”El cambio de actitud de los jóvenes ante los problemas de la vida sexual es, por supuesto, una cuestión ‘de principio’, y pretende apoyarse en una teoría. Muchos llaman a su actitud ‘revolucionaria’ y ‘comunista’.

”Y creen honradamente que lo es. A mí, que soy viejo, eso no se me impone. Y aunque no tengo ni un gramo de asceta sombrío, me parece que muy a menudo lo que llaman ‘nueva vida sexual’ de los jóvenes –y a veces también de hombres maduros– no es más que una vida sexual puramente burguesa, una prolongación del prostíbulo burgués. Todo eso nada tiene que ver con la libertad amorosa, tal como la concebimos los comunistas. Seguramente conoce usted la famosa teoría de que en la sociedad comunista la satisfacción del impulso sexual, de la necesidad amorosa, es algo tan sencillo y tan sin importancia como ‘el beberse un vaso de agua’. Esta teoría del vaso de agua ha vuelto loca, completamente loca a parte de nuestra juventud, y ha sido fatal para muchos chicos y muchas muchachas. Sus defensores afirman que es una teoría marxista. Yo no doy ni tres centavos por ese marxismo que quiere derivar todos los fenómenos y todas las transformaciones obradas en la superestructura ideológica de la sociedad directamente y en línea recta de su base económica. No; la cosa no es tan sencilla, ni mucho menos. Ya lo puso de manifiesto hace mucho tiempo, con referencia al materialismo histórico, un tal Friedrich Engels.

”A mi entender, la famosa teoría del vaso de agua es completamente antimarxista y, además, antisocial. En la vida sexual no solo se refleja la obra de la naturaleza, sino también la obra de la cultura, sea de nivel elevado o inferior. En su obra sobre los ‘orígenes de la familia’, Engels ha demostrado la importancia que tiene el que el instinto sexual fisiológico se haya desarrollado y refinado hasta convertirse en amor sexual individual. Las relaciones entre los sexos no son un simple reflejo del intercambio entre la economía social y una sociedad física

aislada mentalmente por la consideración fisiológica. El querer reducir directamente a las bases económicas de la sociedad la transformación de estas relaciones, aislándolas y desglosándolas de su entronque con la ideología general, no sería marxismo, sino racionalismo. Es evidente que quien tiene sed debe saciarla. Pero ¿acaso el hombre normal y en condiciones normales se dobla sobre el barro de la calle para beber de un charco? ¿O, sin más, de un vaso cuyos bordes conservan las huellas grasientas de muchos labios?

”Pero todavía más importante que todo esto es el factor social, ya que el acto de beber agua es, en realidad, un acto individual, y en el amor intervienen dos seres y puede nacer un tercero, una nueva vida. En este acto reside un interés social, un deber hacia la colectividad.

”Como comunista, no tengo la menor simpatía por la teoría del vaso de agua, aunque se presente con la vistosa etiqueta de ‘emancipación del amor’. Por lo demás, esta pretendida emancipación del amor ni es comunista ni es nueva. Como usted recordará, es una teoría que se predicó, principalmente, a mediados del siglo pasado en la literatura con el nombre de ‘libertad del corazón’. Luego la realidad burguesa demostró que de lo que se trataba era de libertar no al corazón, sino a la carne. Por lo menos, la predicación de aquel entonces denotaba más talento que la de hoy; en lo referente a la realidad práctica, no puedo juzgar. Y no es que, con mi crítica, yo quiera predicar el ascetismo. Nada de eso. El comunismo no tiene por qué aspirar a una vida ascética, sino, por el contrario, a una vida gozosa y plena de fuerza, colmada, aun en lo que se refiere al amor. Pero, a mi parecer, esa hipertrofia de lo sexual que hoy se observa a cada paso, lejos de infundir goce y fuerza a la vida, se los quita. Y en momentos revolucionarios, esto es grave, muy grave.

”La juventud, sobre todo, necesita alegría y fuerza vital. Deportes sanos, gimnasia, natación, marchas, ejercicios físicos de todo tipo, variedad de intereses espirituales. ¡Aprender, estudiar, investigar, haciéndolo, siempre que sea posible, colectivamente!

”Todo esto dará a la juventud más que las eternas conferencias y discusiones sobre problemas sexuales y sobre el dichoso derecho a ‘vivir su vida’. ¡Cuerpo sano, espíritu sano! Ni monje ni Don Juan, pero tampoco ese término medio del filisteo alemán. Seguramente, conoce usted a nuestro joven camarada X. Y. Z., un muchacho magnífico, inteligentísimo. Bueno, a pesar de todo, temo que nada saldrá de él. No hace más que saltar de aventura en aventura femenina. Eso no

sirve para la lucha política ni sirve para la revolución. Yo me fío muy poco de la solidez, de la perseverancia en la lucha de esas mujeres en quienes la novela personal se entreteje con la política. Tampoco me fío de los hombres que corren detrás de cada falda y se dejan pescar por la primera mujercita joven. Eso no se concilia con la revolución" –Lenin se puso de pie, golpeó la mesa con la mano y dio unos cuantos pasos por la habitación.

"La revolución exige concentración, exaltación de fuerzas. De las masas y de los individuos. No tolera esas vidas orgiásticas propias de los héroes y las heroínas decadentes de un D'Annunzio. El desenfreno de la vida sexual es un fenómeno burgués, un signo de decadencia. El proletariado es una clase ascensional. No necesita embriagarse, ni como narcótico ni como estímulo. Ni la embriaguez de la exaltación sexual ni la embriaguez por el alcohol. No debe ni puede olvidarse, ni tampoco olvidar lo abominable, lo sucio, lo salvaje que es el capitalismo. Su situación de clase y el ideal comunista son los mejores estímulos que pueden impulsarlo a la lucha. Necesita claridad, claridad y siempre claridad. Por tanto –repito–, nada de debilitarse, de derrochar, de destruir sus fuerzas. Quien sabe dominarse y disciplinarse no es un esclavo, ni aun en amor. Pero perdone, Clara. Me he desviado considerablemente del punto de partida de nuestra conversación. ¿Por qué no me ha llamado usted al orden? Las preocupaciones me han soltado la lengua. Me inquieta mucho el porvenir de la juventud. Es un fragmento de la revolución. Y si apuntan fenómenos nocivos que entran al mundo de la revolución arrastrándose desde el mundo de la sociedad burguesa –como las raíces de esas plantas parásitas, que se arrastran y se extienden a grandes distancias–, es mejor darles la batalla cuanto antes. Por lo demás, estos problemas forman también parte de los problemas de la mujer".

Lenin había hablado con gran vivacidad y una gran energía. Se veía que cada palabra le salía del alma, y la expresión de su cara lo confirmaba así. De vez en cuando, un enérgico ademán subrayaba un pensamiento. A mí me asombraba que Lenin no solamente se preocupase de los grandes problemas políticos, sino que también dedicase gran atención a las expresiones concretas y aisladas, ocupándose de ellas. Y no solo en la Rusia Soviética, sino también en los Estados todavía gobernados por el capitalismo. Como gran marxista que era, enfocaba lo concreto, dondequiera y bajo la forma que se presentase, en conexión con lo general, con los grandes problemas, y en cuanto a su importancia respecto de estos. Su voluntad, la meta de su vida se encaminaban en bloque, inconmovibles como una fuerza natural irrefrenable, a un solo fin: acelerar la revolución como obra de las masas. Por eso lo valoraba y lo

enjuiciaba todo por la reacción que pudiera producir en las fuerzas conscientes propulsoras de la revolución. De la revolución nacional e internacional, ya que ante sus ojos siempre se alzaba, abarcando en su integridad la realidad histórica concreta de los diversos países y las diversas etapas de la evolución, la revolución proletaria mundial, una e indivisible.

"¡Cómo siento, camarada Lenin" –exclamé–, "que no hayan oído sus palabras cientos, miles de personas! A mí, ya sabe usted que no necesita convencerme. Pero habría sido conveniente que los amigos y los enemigos escuchasen su opinión".

Lenin sonrió burlonamente: "Tal vez escriba o hable algún día acerca de estas cuestiones. Más adelante; ahora no. Ahora, hay que concentrar toda la fuerza y todo el tiempo en otras cosas. Tenemos preocupaciones mayores y más graves. La lucha por afirmar y consolidar el Estado soviético todavía no ha terminado, ni mucho menos. Tenemos que digerir las consecuencias de la guerra con Polonia y procurar sacar lo mejor que podamos de su terminación. En el Sur está todavía [Piotr] Wrangel. Desde luego, tengo la firme convicción de que terminaremos con él. Esto dará también que pensar a los imperialistas ingleses y franceses y a sus pequeños vasallos. Pero todavía tenemos por delante la parte más difícil de nuestra tarea: la edificación. Esta pondrá también de relieve, como problemas actuales, los problemas de las relaciones sexuales, del matrimonio y la familia. Mientras tanto, tendrán ustedes que arreglárselas como puedan, cuando y donde esos problemas se planteen. Impidiendo que se traten de un modo antimarxista y que sirvan para alimentar desviaciones sordas y manejos ocultos. Y con esto, pasamos a hablar, por fin, de su labor" –Lenin miró el reloj–.

"El tiempo de que dispongo para usted va ya promediado" –dijo–. "He charlado más de la cuenta. Debe usted redactar líneas rectoras para la labor comunista entre las masas femeninas. Como conozco la posición de principio de usted y su experiencia práctica, nuestra conversación acerca de esto puede ser breve. Entonces, tomemos ese rumbo. ¿Cómo concibe usted esas líneas rectoras?".

Tracé un resumen rápido. Lenin asentía constantemente con la cabeza, sin interrumpirme. Una vez que terminé, lo miré como interrogándolo.

María Abella Ramírez

Anticlerical

San José (Uruguay), 1863 - La Plata (Argentina), 1926



MARIA ABELLA RAMIREZ

La "Moral"... Católica

CARTA ABIERTA:

Al Pastor del rebaño provincial

y al Público.

NOVIEMBRE DE 1915

LA PLATA

No todas las voces feroces eran anarquistas. María Abella, feminista librepensadora, maestra, viuda uruguaya casada en segundas nupcias con un escribano argentino, matrona de siete criaturas, de pose respetable en el retrato de estudio… ¡Y de lengua y pluma temibles! Para decir de todo dirigió y participó en varias revistas: Nosotras. Revista Feminista, Literaria y Social (1902-1904), La Nueva Mujer (1910) y Nuestra Causa (1919-1921). El cruce entre señoras feministas y anarquistas obreras que denostaban la vía sufragista no era común, pero Abella publicó a Virginia Bolten, tal vez en honor a su lema: "Ayudémonos las unas a las otras: la unión hace la fuerza".

Como las francesas, fundó clubes y ligas. Fue presidenta honoraria de la Comisión Femenina de Propaganda del Congreso Internacional del Libre Pensamiento (1906). Juntas sostenían un "Programa mínimo de reivindicaciones femeninas" con reclamos de máxima como el divorcio absoluto. Cuando Juan Balestra, gran maestre de la Masonería, se opuso a sus demandas, María se fue con Julieta Lanteri, la de "carácter indomable", comentando que no había en ese congreso nada tan libre ni tanto pensamiento. Las dos crearon la Liga Nacional de Mujeres Librepensadoras (1909). Un año después, escuchaban a Ernestina López (hermana de Elvira, la tesista admiradora de D'Héricourt) en la inauguración de una reunión que, aunque repleta de feministas, se autoproclamó "Congreso Femenino Internacional", como un intento por abarcar un movimiento que siempre fue plural: "No es católico, ni liberal, ni socialista, ni conservador; no persigue reivindicaciones violentas ni pretende cambiar radicalmente el orden establecido. Es simplemente femenino, lo que significa que se propone exponer los intereses de la humanidad por boca de las mujeres".

Los debates en comisión, revistas, cartas y pasillos demuestran que "lo femenino" no era un conjunto tan fácil de encorsetar ni tantas bocas opinaban lo mismo sobre la humanidad. Abella fue portavoz de las menos moderadas; ya en su libro En pos de la justicia (1908) había incluido un matiz en el apostolado incuestionable de la maternidad: "La mujer no ha nacido solamente para ser madre, como no ha nacido el hombre solo para ser padre. […] Una y otro tienen el derecho de ser libres, de perfeccionar la sociedad y gozar de la vida". Su atención al goce lo dejaba del lado del disfrute y de la decisión, a diferencia de las huestes bienintencionadas que pedían educación sexual por una cuestión de salud pública.

Esa mezcla de señorona de prole numerosa con libertaria de prosa ardiente –que

exigía cerrar las cárceles para mujeres bajo la orden del Buen Pastor e intervenir los conventos– la puso en la mira de la Iglesia católica. Pronto se arrepentirían de confrontarla al ver que, en furiosa carta pública, ella se burlaba de su vocación de perros pastores, desnudaba la moralidad católica y convocaba a la rebelión de las ovejas. Esta loba de la Razón murió en 1926, año en que la reforma del Código Civil contempló algunas de sus reivindicaciones.

Hoy, un bisnieto centenario la recuerda en familia pegando afiches por las diagonales platenses. Su apellido pervivió pese al azote de las dictaduras, y se sabe que más cerca del mar, una tataranieta hace de la memoria un arte de colores vivos y retazos de escritura.

La “moral”… católica

Carta abierta al Pastor del rebaño provincial y al Público [noviembre de 1915, La Plata]

A la prensa independiente

dirige la autora un fraternal saludo y le solicita ayuda[; puede aportarla] publicando este folleto, si le es posible (o un extracto de él), o simplemente anunciándolo, haciendo saber al público que el que lo desee conocer puede solicitarlo a mi domicilio, en La Plata, calle 45, nº 923, que lo remitiré gratuitamente.

Trabajo para servir a la grandiosa causa de la libertad humana; por eso, espero la ayuda de los buenos.

* * *

He tardado algo en contestar la carta que ha mes y medio publicó el señor Obispo contra mí. No me hallaba bien de salud y, estando de acuerdo con el axioma latino (Mens sana in corpore sano), esperé a tener sano el cuerpo para que también lo estuviera la mente.

¡Al fin, voy a tener el gusto de responder al señor Obispo…! Pero no diré nada de las injurias que me hace –el público ilustrado sabrá cómo debo tomarlas–; ni menos contestaré a las sandeces de uno de los periódicos de sacristía a su cargo, sobre si soy ¡“gorda o seca”… “joven o vieja”!… (Por lo visto, estos señores “pastores” solo saben apreciar a las “ovejas” según la cantidad o calidad de la

carne… ¡Y se olvidan que yo no pertenezco a su rebaño!…).

Entremos en materia:

Los clérigos (que ya no me querían bien) han tenido últimamente varios motivos especiales de queja contra mí: primero, mi “Carta abierta”, dirigida a los “Poderes Públicos”, dejando de manifiesto que la pretendida protección de la Iglesia a la niñez no es más que un hipócrita medio de explotar la caridad en beneficio propio (y de paso, atrofiar la tierna mente del niño para que nunca pueda salvarse del yugo de la Iglesia); segundo, la creación de la Asociación Liberal “Agustín Álvarez”, a la que he ayudado y ayudo en todo lo que puedo; y tercero, mi artículo “La Gran Cuestión”, publicado en El Día de esta ciudad el 1º de septiembre del corriente año, en el que explico, a grandes rasgos, que la Iglesia católica trajo la degeneración de la especie humana con “sus prédicas de ayuno, votos de castidad, maceramiento de las carnes y condenación de todos los placeres de la existencia”; artículo que fue el que obtuvo el triunfo de hacer salir de sus casillas al reverendísimo Señor… porque el cura Rasore, que es el “perro ovejero” de la “majada” platense, acobardado por la paliza de mi anterior “Carta Abierta”, solo acertaba a ladrar, escondido en la maleza… y habrá reclamado la ayuda del pastor…

(No debe incomodarse el señor Rasore por el nombre que le aplico, pues ha de comprender que hablo en lenguaje figurado, empleando las mismas comparaciones que usa la Iglesia. En efecto, si al Obispo de la provincia se le llama “Pastor” y a los creyentes, “rebaño”, los de La Plata deben ser una majada y [al] cura Rasore, encargado de cuidar estas “ovejas”, el nombre que le va bien es el de perro ovejero…).

Y volvamos al asunto:

Ladraba el perro ovejero, escondido en la maleza, y yo me estaba atisbándole, quietecita, para hacerle creer que me había ido, a ver si se animaba a salir, y grande fue mi alegría cuando [vi] aparecer, en vez del perro, ¡al Pastor!…

¡Al fin, no se trata, ya, de ladridos de perros escondidos, sino de una persona real, que se coloca frente a frente y que tendrá que defender la moral de su Iglesia, o declararse corrido!…

El señor Obispo en su carta hace una serie de afirmaciones, que paso a poner en conocimiento de mis lectores para, enseguida, refutarlas:

Dice que “insulto a la religión católica”, “que es la religión de nuestros padres”, que “tiene gloriosas tradiciones”, que “es la religión del Estado”; que “desea que Dios me ilumine”; que “hago cargos falsos a la Iglesia”, que “pretendo llevar la deshonra a las familias”; que “los griegos eran corrompidos”, que “no practicaban la caridad”; que “los diarios no deben publicar mis artículos para evitar rozamientos sociales”; y que “la Iglesia defiende una causa santa”…

A lo que respondo:

Que el término “insultar a las ideas” está mal aplicado, porque […] las ideas no se insultan, sino [que] se combaten: a quienes se insulta es a las personas y en este asunto no hay más insultadores que el señor Obispo y Cía… Y eso que se las dan de morales, bien educados y espiritualistas, afirmando: “Mi reino no es de este mundo”; pero, como la persona es más débil que la idea, en cuanto se les presenta una lucha intelectual, en vez de discutir, han atacado siempre a la persona, desde matarla hasta injuriarla (cuando no pueden más): ¡¡fresco está todavía en la memoria el recuerdo del heroico [Francisco] Ferrer, que hizo fusilar la Iglesia por haber querido establecer en su país la escuela racionalista!!…[6]

La religión católica no es civilizadora, sino, al contrario, ella es la eterna enemiga del progreso, y en ningún sentido se puede dar un paso adelante sin tener que librar primero una batalla con la Iglesia; y no se crea que hablamos de batallas solo en sentido figurado… y, si no, ¡que digan los protestantes cuánta sangre tuvieron que verter para conquistar su derecho al libre examen!…

El que la Iglesia sea la religión de nuestros padres no es una razón para que sigamos sosteniéndola, si comprendemos que es perjudicial: eso sería negar la evolución, que es la ley del progreso.

El señor Obispo afirma “que la Iglesia tiene tradiciones gloriosas”, y debo decirle que la Iglesia no tiene tradiciones (y mucho menos, gloriosas), y que solo llama así a algunos de sus cuentos (inventados no sabemos por quién, ni cuándo) como el infierno, el purgatorio, el limbo: como no puede explicar la existencia de esos mitos, les llam[a] “tradiciones”, porque la Iglesia por falta de términos bombásticos y vacíos de sentido no ha de quedar callada. Tradiciones son las noticias históricas que se transmitían por la palabra de padres a hijos en los tiempos heroicos en que aún no se escribía la historia, pero ¿qué generación, por remota que sea, puede haber visto el purgatorio, por ejemplo?… (Y a propósito: si la existencia del purgatorio no puede probarse y es, por consiguiente, un cuento fabuloso, ¿cómo es que la Iglesia cobra dinero por sacar almas del purgatorio, máxime cuando la existencia del alma, separada del cuerpo, es cosa que tampoco ha podido demostrarse?…

Y ¡¿si hubiera Dios y almas sin cuerpo, que anduvieran penando para purificarse de pecado?! ¡¿Cómo sería posible que Dios las diera por redimidas porque los parientes de ellas den dinero a los curas, cuando estos a Dios, con seguridad, no le mandan ni un centavo?!…

¿No es más lógico pensar que el cuento del purgatorio es una estafa que se hace a los creyentes ¡o a Dios!?…

Además, la Iglesia no puede tener ninguna tradición porque empezó en épocas en que la historia se escribía.

Es desgraciadamente verdad que la religión católica fue declarada religión del Estado, porque la Constitución nacional se hizo hace muchos años cuando había gran ignorancia (pues aunque los que la hicieron eran ilustrados, temerían chocar con el fanatismo del pueblo y la influencia clerical); pero eso les durará nada más que hasta que la Constitución pueda ser reformada, porque en países libres, como este, donde cada uno es dueño de manifestar y sostener sus ideas, no puede estar el Estado, Suprema Representación de la mejor voluntad del pueblo, sujeto a dogmas incomprensibles, gastando fuerzas en sostenerlos, sino que la Iglesia, como todo, debe estar subordinada al Estado, reclamando su derecho a la libertad, sin estorbar la libertad de los demás… Y también, como todo, debe estar la Iglesia vigilada por el Estado, sin que se le permita estafar a nadie (día llegará en que el cuento del purgatorio será considerado como lo que realmente

es: ¡una vulgar estafa que una sociedad universal de vividores hace a los ignorantes!)…

No he afirmado falsedades y me ratifico en que la religión católica es absurda y estúpida porque es contraria a la razón y a la vida y, en efecto, ¿puede haber algo más ilógico que el predicar el debilitamiento y el maltrato del cuerpo?… ¿Puede haber algo más absurdo que el considerar el voto de castidad absoluta como la mayor virtud cuando, si todos lo practicaran, desaparecería nuestra especie?…

Ya estoy iluminada con la luz de la razón y por eso deseo iluminar a los que viven en las sombras.

No pretendo perjudicar el orden social, sino ayudar a la renovación de las viejas instituciones para que todos puedan vivir felices y libres dentro del orden, porque entiendo que la esclavitud de la mujer no es necesaria para que haya moral en la sociedad.

[…]

* * *

Hay en la sociedad ciertas costumbres que no son naturales, pero sí convenientes, tal, por ejemplo, la de legalizar la unión del hombre y la mujer; si así no se hiciera, los hijos no conocerían más que uno de sus progenitores, la madre, que sería la única que estaría obligada a mantenerles y educarles y a la única que podrían heredar, y no reconocerían más parientes que por la línea materna. Es por eso que, desde el principio de la civilización, se estableció el matrimonio como una cosa útil para el bien de la especie; más tarde, cuando la Iglesia dominó la sociedad, se declaró pecado la unión libre y nació el prejuicio del honor de mujer, pero eso fue insuficiente para contener el instinto del amor,

porque hay veces que dos enamorados, por más creyentes que sean, se olvidan del mundo y del infierno… y después que, como los hombres no se deshonran, suelen hacer lo posible por deshonrar a las mujeres… Y apareció la triste casta de las mujeres deshonradas… (¡inocentes mujeres que no han cometido más delito que amar al hombre hasta olvidarse del cálculo!…).

[…]

Yo anhelo la libertad en el amor, pero anhelo la libertad dentro [de cierto] orden; la libertad es la más justa aspiración del ser humano; el amor, un derecho natural, y no deben de hacerse leyes que esclavicen, estorbando los derechos naturales, sino para poder realizarlos libremente, sin desorden; pero también sin deshonra ni hipocresía; dirán que los solteros que se amen pueden unirse legalmente; pero los casados y casadas que, por diversas causas, no pueden realizar el amor dentro del matrimonio ¿por qué han de vivir sacrificados?… Así, no deseo traer el caos a la sociedad, sino sacarla del laberinto en que actúa. ¡¡Quiero que se hagan leyes escritas de acuerdo con las leyes naturales… para que no tengan que estar la mayor parte de las personas en el doloroso trance de ser víctimas o convertirse en verdugos!!… (¡Sin más escapatoria que la farsa!)

También debo hacer notar que lo que estorba la libertad en el amor no es el matrimonio, sino la falta de una buena ley de divorcio absoluto, y la Iglesia es el mayor estorbo a la creación de esta humanitaria ley… (¡Y dicen que atacamos a la Iglesia solo por el placer de tragar frailes!…)

La Iglesia calumnia la gran civilización de los helenos: ellos no eran concupiscentes, sino hombres, con todos los atributos de tales, a los que nunca se le[s] pudo ocurrir someterse al perjudicial y ridículo voto de castidad absoluta; sabían apreciar la vida y los naturales placeres que la embellecen, y entendían que era un deber reproducir la especie y reproducirla en las mejores circunstancias, para poblar el mundo de seres sanos y hermosos. […]

Fue la absurda moral católica, colocando a la virginidad eterna como la primer[a] virtud, cuando es el primero de los males (por ser contraria a la salud, a la alegría y a la vida), la que hizo degenerar el amor, dividiéndolo en dos ramas: el enfermizo romanticismo, que no reproduce la especie; y el vicio, que tampoco la reproduce, con un término medio (la esclavitud del matrimonio

eterno, como si se hubiera querido castigar con eterna esclavitud a las que no quisieran someterse a eterna virginidad…).

El catolicismo, esa religión de muerte, quiso matar el amor, porque es lo más favorable a la vida, pero el amor no murió: oprimido, deshonrado, apaleado, amordazado, calumniado, siguió alentando ¡y no está lejano el día en que el amor se alce altivo y vengador y mate al catolicismo!

Entre los griegos existía el divorcio, aunque era el hombre el único que tenía el derecho de pedirlo: cuando un hombre se cansaba de su esposa, la repudiaba y ella, dueña de su persona, podía unirse legalmente a otro hombre que la hiciera feliz; hoy, cuando un hombre se aburre de su mujer, no puede arrojarla de su casa; pero dueño es de despreciarla, dueño de buscarse otras mujeres, ¡mientras la propia tiene que renunciar para siempre a ser feliz!…

¡Y dicen los católicos que la Iglesia, haciendo el casamiento indisoluble, ha favorecido a la mujer!…

Pensemos algo práctico: en Grecia se acordaba al hombre el derecho de repudiar a la mujer y en la República del Uruguay se acuerda a la mujer el derecho de repudiar al marido. La República Argentina, que siempre ha tenido el buen tino de tomar lo mejor, venga de donde viniere, debía reunir esos dos derechos: el que se usaba en Grecia, la nación más adelantada del pasado, y el que se usa en la República del Uruguay, que en instituciones sociales es la que marcha a la cabeza en el presente, y así, conservaríamos la útil institución del matrimonio, sin sacrificar la libertad de la mujer, ni del hombre.

Y si los pastores del rebaño protestaran, se les podría objetar ¡que los señores del voto de castidad no tienen ninguna vela en este entierro!…

Respecto a lo que dice el señor Obispo, “que entre los griegos no existía la caridad”, le diré que lo que no existía en Grecia era una clase de parásitos, como aquí, que en materia de caridad se han declarado intermediarios entre el gobierno y los pobres (para guardarse la mayor parte de la limosna… ¡y dejar a los pobres gritando contra el gobierno!)… Allí, para el gobierno, era un axioma que lo que el pueblo precisa para vivir sano y contento es pan y juegos (¡pero no juegos de azar, sino atléticos!…), y juegos y pan daban en abundancia al pueblo; pero lo daba el gobierno o los particulares por mano propia y el pueblo vivía feliz y

tranquilo; y si aquí hicieran lo mismo, ¡sería[n] mas estimado[s] el gobierno y las clases dirigentes y no se verían nuestras calles invadidas de mendigos ni habría que asilar [a] niños en la cárcel… (como se hace en esta ciudad)!

Pide el señor Obispo que los diarios no publiquen mis artículos para “evitar rozamientos sociales”… y sin embargo, la Iglesia no se ha parado, no diré en rozamientos sociales, sino en realizar los más grandes crímenes sociales, cuando le ha venido bien para defender sus injustos privilegios; ejemplo: ¡la horrible matanza de los hugonotes indefensos, mientras en sus casas, o en las calles, o en su empleo, se ocupaban de las diarias tareas de la vida ciudadana, habiendo arrancado, para asesinarlos, a padres de brazos de sus hijos, y a Profesores, de la cátedra!…

[…]

¡La Iglesia no quiere que se publiquen nuestros artículos, por la mucha luz que irradia de ellos, porque la luz moral asusta a los representantes de la mentira tanto como la luz material a los vampiros!…

La única “causa santa” que defiende la Iglesia es… ¡la santidad de su bolsillo! Ahora que el negocio de las suscripciones católicas ya da poco resultado, han inventado transformar a sus “ovejas” en artistas!… (La oveja es un animal tan manso que hay que utilizarle de todos modos: aldeanos hay que a las suyas no solo les aprovechan la carne y la lana, sino que las ordeñan para hacer queso).

El señor Obispo termina sus ataques contra mí diciendo, más o menos, que después de todo me perdona, que el perro ovejero no había querido hacerme mal (que solo me ladraba a ver si conseguía asustarme y que volviera al redil…) y que deseaba quedáramos en paz…

Bueno, que me perdonen otra vez si quieren, y quedaremos en paz hasta nueva orden… Pero ¡no esperen que yo vuelva al corral!…

Yo era como una de esas princesas encantadas de los cuentos de hadas, que a

causa de una bruja (en este caso, la Iglesia) había tomado la forma de un animal: era una de tantas "ovejitas del Señor", de esas que gobiernan los "pastores" y que, cuando es preciso, las hacen cantar, bailar, o declamar (para costear el queso clerical); pero no llegué a hacerles ninguno de esos servicios, porque a los 14 años cambié de parecer, a causa de que una hada benéfica, la Razón, tocó con su varita mágica mi frente, recobrando mi forma primitiva, y me encontré tan bien así, en mi natural forma de mujer, que desde entonces es mi afán más ardiente convertir a todas las "ovejas" en mujeres…

Así, perdónenme las "ovejitas del Señor", que yo no las quiero mal, y si les sacudo un poco, es solo para sacarlas de la modorra en que se encuentran, a ver si cuanto antes llega el día que, en vez de dejarse esquilmar por los pastores, trabajan para sí mismas y para la humanidad, conquistando la libertad de la mujer, parte integral de la libertad del hombre.

Saluda atentamente al señor Obispo y al Público

S. S.

María Abella Ramírez

[Calle] 45, nº 923

La Plata, República Argentina

---

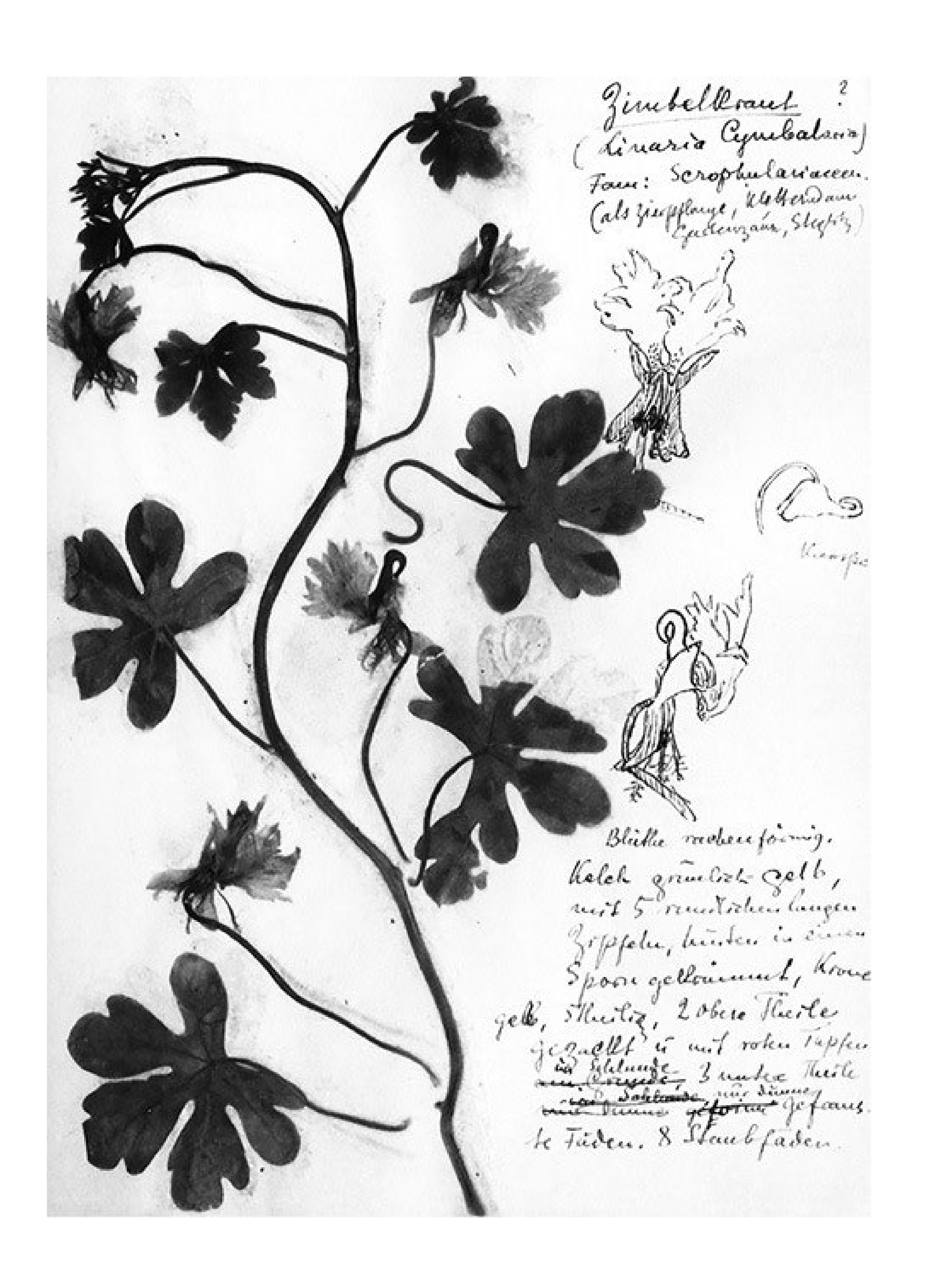
[6] Francesc Ferrer i Guàrdia, anarquista y masón, fundó en 1901 la Escuela Moderna –mixta, laica, republicana, con gran presencia de las ciencias–, que fue también un centro de publicaciones. En 1907, acusado de instigar un asesinato, fue sobreseído pero no pudo reabrir su escuela. Dos años más tarde, fue sometido a corte marcial como supuesto cabecilla de levantamientos antimonárquicos y fusilado en Montjuïc, lo que dio pie a protestas en el mundo entero. [N. de E.]

Rosa Luxemburgo

Multiplicada

Zamos’c’ (Polonia rusa), 1871 - Berlín, 1919




Zimbelkraut ?
(Linaria Cymbalaria)
Fam: Scrophulariaceen.
Blüthe rachenförmig.
Kelch grünlich-gelb,
mit 5 rundlichen langen
Zipfeln, hinten in einen
Sporn gekrümmt, Krone
gelb, 5theilig, 2 obere Theile
gezackt u. mit roten Tupfen
im Schlunde, 3 untere Theile
nur dünne gefranste
Fäden. 8 Staubfäden

Nació en zona polaca en 1871, mientras la Comuna de París presagiaba el ardor revolucionario del mundo, y desecharon su cuerpo en un canal de Berlín en 1919, cuando se apagaba el intento de llevar a Alemania los fuegos de Rusia. De acción teórica y práctica incansable, partió de la lectura de Marx para escribir un marxismo propio caldeado por la pasión política. Confrontó ortodoxias y revisionismos, autoritarismos y vanguardias sin detenerse en su reflexión cuando la admonición (o la burla) provenía de los grandes hombres. Practicaba con gracia las artes de la polémica; sabía ser irónica, mordaz, malévola. Detrás de algunos de sus párrafos, ríe una bruja y se divierte.

Sus artículos sobre la reforma y la revolución revelaron su osadía teórica, renuente a las dicotomías y a los catecismos. Líderes del partido socialdemócrata alemán, como Karl Kautsky y Eduard Bernstein, conocieron el rigor de sus argumentos. Quienes apoyaron la guerra supieron de su clarividencia y de su sensibilidad humana e internacionalista. Amigas como Luise Kautsky, Clara Zetkin y Mathilde Jacob disfrutaron de su cariño y sufrieron el rigor de sus convicciones. Los hombres que amó recibieron las cartas más íntimas y también las más duras. Con el revolucionario marxista Leo Jogiches, vivió el deslumbramiento de la teoría y del amor; también los celos, la manipulación y la amenaza. Una de esas misivas demuestra, tras un tierno "¡Querido Dziudziu!", que la batalla era pública y era íntima, porque hasta esos espacios puede extenderse la inseguridad masculina, el ansia de controlar, la costumbre de explicar. Con Kostia Zetkin, hijo menor de Clara, ejerció la docencia erótica y revivió el temblor juvenil. Le decía "Dudu".

A ella la llamaron "rosa roja" y "sanguinaria", "mártir de la revolución" y "perra rabiosa". Usaron "judía" y "mujer" como insultos. Eso no melló su vocación radical cuando al final, mientras parte de la socialdemocracia prefirió gobernar, se unió a quienes renegando de toda esclavitud, y tras la Liga Espartaquista, fundarían el Partido Comunista. Fueron asesinados por sectores que alimentarán los inicios del nazismo, y desprotegidos por antiguos compañeros que garantizaron la impunidad.

Un siglo después, renace en libros, notas, películas, revistas, teatro, stencils, comics, stickers. Su nombre convoca la metáfora fácil: es flor, ramo de rosas, la más roja de todas. Y, también, la multiplicación: es revolucionaria, espontaneísta, epistolar, fea, botánica, presa, literaria, pintora, bajita, educadora popular, sensual. Hay una Luxemburgo antifeminista y otra muy feminista con

sendas razones: acompañó la lucha y escribió (poco) sobre esa cuestión insoslayable, pero resistió el confinamiento de la mujer que escribe sobre la Mujer para mujeres (el lugar donde la preferían algunos camaradas). Hay una Luxemburgo pensada desde América Latina para luchar por Nuestra América en contra de todos los imperialismos. Y hay una futurista surgida entre quienes la llaman Rosa, sin más, ahí donde al proyectar la delicada sensibilidad que legó en su epistolario, se la imagina antiestalinista, admiradora de las vanguardias artísticas, compañera de las luchas LGTB+, ecologista, antiespecista. Y vegana.

Carta a Leo Jogiches

Friedenau, ca. 13 de enero de 1900

¡Querido Dziudziu!

Realmente… ¡eres fantástico! Primero me escribes una carta en el tono más odioso y cuando yo respondo naturalmente en forma breve y desganada, tú afirmas: "¡Tu tarjeta postal está escrita en un tono que quita las ganas de responderte en detalle!…".

Además, no te das cuenta de que toda tu correspondencia adquiere sistemáticamente un carácter tremendamente fastidioso; su único contenido se reduce a una aburrida y pedante prédica, como acostumbran ser "las cartas del maestro al querido discípulo". Comprendo que quieras comunicarme tus observaciones críticas, comprendo su utilidad en general e incluso su necesidad en determinados casos. Pero, ¡por Dios!, en ti esto se ha convertido en una enfermedad, ¡en una fea costumbre! No puedo escribirte acerca de ninguna cosa, de ningún pensamiento o hecho sin recibir como respuesta las peroratas más tediosas y más insípidas. Ya se trate de mis artículos, de mis visitas, de mi estadía en casa de los Winter,[7] ya se trate de las suscripciones de los diarios, de mis vestidos o de las relaciones con mi familia, en una palabra no existe ninguna cosa que me atañe y de la cual te escribo sin que tú me respondas con indicaciones y consejos. ¡Esto es realmente demasiado aburrido! Y más aún porque es unilateral, porque tú no me das material para críticas ni consejos, ni yo tengo ganas ni la mala costumbre de dártelos. Si acaso te indico algo, tú no piensas en hacerme caso. ¿Qué sentido tiene, por ejemplo, tu estocada en la tarjeta postal de ayer? "Frente a tus tareas en el movimiento alemán y en la actividad literaria y también en la propia casa, todo va de mal en peor, espiritual y políticamente…".

Mucho más interesante sería si me escribieras lo que pensaste para ti "respecto de las tareas" y lo que lees allí donde estás, para no ir de mal en peor. Teniendo en cuenta el espíritu y el contenido de tus cartas temo que en Zúrich te amenaza mucho más esta perspectiva que a mí en Berlín. ¡Qué idea más absurda intentar

salvarme, cada tantas semanas, de ir de mal en peor!

Todo tiene su origen en tu vieja y mala costumbre que se hizo notar en Zúrich desde el principio y que ha echado a perder nuestra vida en común. Es tu mala costumbre de hacer de mentor, que te has asignado tú mismo y en la que pretendes aleccionarme y asumir el papel de educador. Tus actuales consejos y críticas con relación a mis "actividades" aquí van mucho más allá de los límites de los consejos y acotaciones de un buen amigo, para convertirse en una sistemática prédica. Realmente solo puedo encogerme de hombros y más tarde evitar referirme en mis cartas a todo aquello que no sea imprescindible, con tal de no provocar tus insípidos consejos. ¿Qué valor pueden tener para mí tus moralejas si generalmente dependen de tu estado anímico? Una pequeña muestra: la semana pasada, en una carta me quejé de que contra mi voluntad me enredé en una amistad personal con K. K. [Karl Kautsky]. Tu respuesta fue que te alegrabas por mí, por tal amistad. Luego en la última carta te explayas largamente con relación a la visita a la casa de K. K., que no te describí para que hicieras un "juicio político" acerca de lo superficial y pernicioso de entablar una amistad con K. K., etc. ¿Cómo se concilia lo uno con lo otro? Sencillamente, la primera vez estabas de buen humor y la segunda, de mal humor y de inmediato viste todo negro y yo debía ser preservada de ir "de mal en peor", etc. Por lo general, aprecio solo aquellos consejos y principios que el consejero aplica a sí mismo. Por lo tanto, si tú me haces observaciones, sería bueno que estas fuesen acompañadas con informaciones acerca de tu comportamiento al respecto (por ejemplo, acerca de los progresos de tu doctorado, el sistemático trabajo intelectual, la suscripción y la lectura de diarios "lugareños", etc., etc.).

¿Ves cómo te hice un lavado de cerebro? El cántaro va tanto a la fuente que al final se rompe, siempre una gota desborda el vaso, no metas el dedo en el ventilador, la sartén le dice a la olla "no me tiznes". Y aún podría agregar muchos genuinos refranes polacos, pero temo que seas incapaz de interpretar este polaco tan puro. Por lo tanto, agrego solo uno, que ha compuesto el Señor Jowialski:[8] cuanto más viejo el gato, más dura se le pone la cola… Dejo por cuenta de tu agudeza todas las conclusiones que puedas derivar, porque –como se dice entre nosotros en Polonia– cuando suena el cencerro, hasta el cordero se aviva.

Ahora, algunos temas para enjuiciar:

Anoche cenaron en mi casa [Bruno] Sch[oenlank] y los tres Kautsky; Sch[oenlank] se fue a las 22 (a la estación para viajar). Los K[autsky] estuvieron hasta las 0.15.

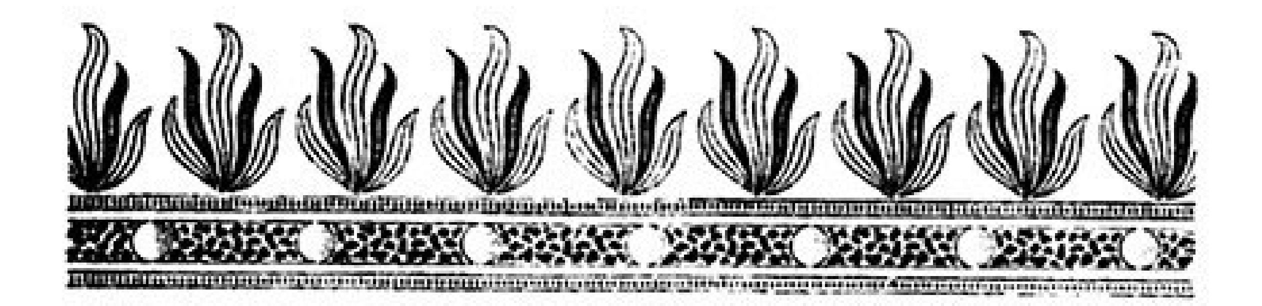
El juicio sobre la señorita Zastrabska te lo envié en la primera carta desde Bytom. Lo recibí poco antes de mi partida. Lo llevé conmigo y lo agregué a la carta del 27 que desgraciadamente se perdió. El juicio era muy halagüeño. Se trata de una joven que promete mucho y ya actuó algunas veces en conciertos del Conservatorio de Leipzig.

Aprovecho para enviarte la Gazeta Robotnicza con la crónica acerca de mi discurso, que recién recibí hoy. Desde luego, no asumo responsabilidad por la crónica. Estas habladurías son obra de Marek. Por eso sería ridículo enviar observaciones a Gazeta Robotnicza, porque allí no hay afirmaciones falsas, sino que en general se escriben habladurías ingenuas, como saben por experiencia propia sus lectores.

Tengo el propósito de hacerme cargo del trabajo de [Heinrich] Cunow en lo de K. K. Este quiere deshacerse de él. Muy poco trabajo y un ingreso permanente. Los artículos se pagan aparte. Desde luego, lo haría por el dinero, es decir, por mi padre. A K. K. no le dije nada de esto, pues recién ayer se me ocurrió. ¿Tienes algo en contra? Escríbeme enseguida.

Te abraza cordialmente,

Tu Rosa



Sozialreform

oder

Revolution?

Mit einem Anhang:

Miliz und Militarismus.

Von

Rosa Luxemburg.



Preis 30 Pfg.

Leipzig 1899

Buchdruckerei und Verlagsanstalt der Leipziger Volkszeitung

G. Heinisch

▪

[7] August Winter formaba parte de la dirigencia regional del SPD. [N. de E.]

[8] Protagonista de la comedia homónima del polaco Aleksander Fredro. [N. de E.]

Reforma o revolución

Introducción de la autora

A primera vista, el título de esta obra puede provocar sorpresa. ¿Es posible que la socialdemocracia se oponga a las reformas? ¿Podemos contraponer la revolución social, la transformación del orden imperante, nuestro objetivo final, a la reforma social? De ninguna manera. La lucha cotidiana por las reformas, por el mejoramiento de la situación de los obreros dentro del marco del orden social imperante y por instituciones democráticas ofrece a la socialdemocracia el único medio de participar en la lucha de la clase obrera y de empeñarse en el sentido de su objetivo final: la conquista del poder político y la supresión del trabajo asalariado. Entre la reforma social y la revolución existe, para la socialdemocracia, un vínculo indisoluble. La lucha por reformas es el medio; la revolución social, el fin.

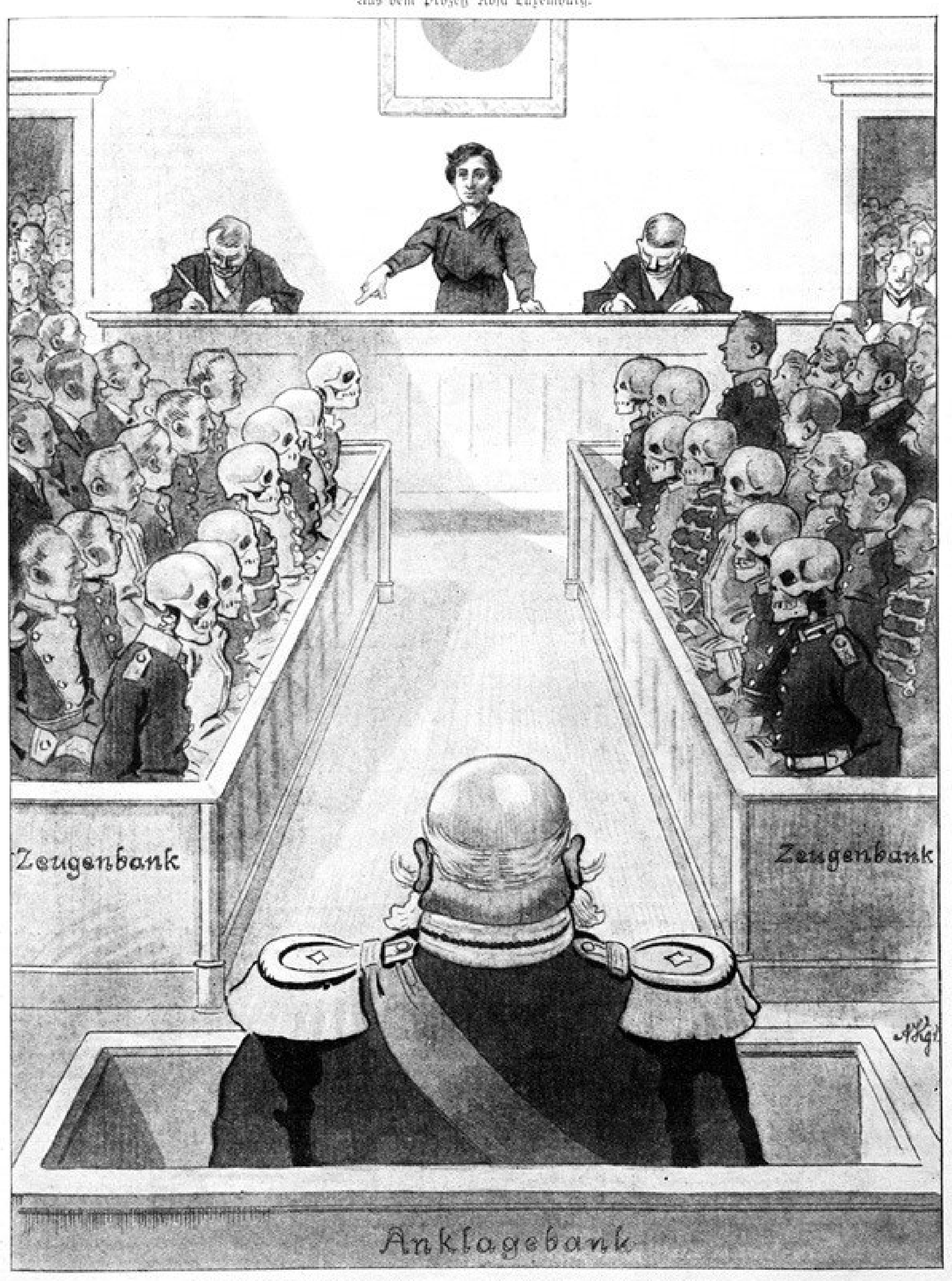
Es en la teoría de Eduard Bernstein, expuesta en sus artículos acerca de “problemas del socialismo”, [publicados en] Die Neue Zeit [entre 1897 y 1898], y en su libro Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie [Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia] donde encontramos por primera vez la oposición de estos dos factores en el movimiento obrero. Su teoría tiende a aconsejarnos que renunciemos a la transformación social, objetivo final de la socialdemocracia, y hagamos de la reforma social, el medio de la lucha de clases, su fin último. El propio Bernstein lo ha dicho claramente y en su estilo habitual: “El objetivo final, sea cual fuere, es nada; el movimiento es todo”.

Sin embargo, dado que el objetivo final del socialismo es el único factor decisivo que diferencia al movimiento socialdemócrata de la democracia y el radicalismo burgueses, el único factor que transforma la movilización obrera de conjunto de vano esfuerzo por reformar el orden capitalista en lucha de clases contra ese orden, para suprimir ese orden, la pregunta “reforma o revolución”, tal como la plantea Bernstein es, para la socialdemocracia, el “ser o no ser”. En la controversia con Bernstein y sus correligionarios, todo el partido debe comprender claramente que no se trata de tal o cual método de lucha, del empleo de tal o cual táctica, sino de la existencia misma del movimiento

socialdemócrata.

Der Militarismus auf der Anklagebank.

Aus dem Prozeß Rosa Luxemburg.



Hallo, hallo, Herr Staatsanwalt,
Mach' mir die Sozialisten kalt!
So kommandierte Herr Falkenhayn,
Hurra, trara, piff paff!

Bald änderte sich das Jagdgefild',
Zum Jäger ward das gehetzte Wild.
Herr Falkenhayn schäumte wutentbrannt,
Hurra, trara, piff paff!

Un vistazo superficial a la teoría de Bernstein puede provocar la impresión de que todo esto es una exageración. ¿Acaso él no menciona constantemente a la socialdemocracia y sus objetivos? ¿Acaso pierde ocasión de repetir, en lenguaje muy explícito, que él también lucha por el objetivo final del socialismo, pero de otra manera? ¿Acaso no destaca especialmente que aprueba en todo el accionar actual de la socialdemocracia?

No cabe duda de que sí. También es cierto que cualquier movimiento nuevo, cuando empieza a formular su teoría y política, toma como punto de partida y de apoyo el movimiento previo, aunque esté en directa contradicción con aquel. Comienza adaptándose a las formas que tiene más a mano y hablando el idioma utilizado hasta entonces. A su tiempo, el nuevo grano sale de la vieja vaina. El nuevo movimiento encuentra sus formas y lenguaje propios.

Esperar que desde el comienzo una oposición al socialismo científico exprese con toda claridad, íntegramente y hasta sus últimas consecuencias su verdadero contenido; esperar que niegue abierta y categóricamente el fundamento teórico de la socialdemocracia: esto equivale a subestimar el poder del socialismo científico. Quien desee hacerse pasar por socialista y, a la vez, declarar la guerra contra la doctrina marxista, el producto más extraordinario de la mente humana de este siglo, debe iniciar con una estima involuntaria por Marx. Debe reconocerse discípulo suyo, buscando en las enseñanzas de Marx los puntos de apoyo para lanzar un ataque contra este, a la vez que califica a su ataque como desarrollo de la doctrina marxista. Por eso debemos desechar las formas externas de la teoría de Bernstein, para llegar al meollo que esconden. Se trata de una necesidad apremiante para las amplias capas del proletariado industrial que militan en nuestro partido.

No se puede arrojar contra los obreros insulto más grosero ni calumnia más indigna que la frase "las polémicas teóricas son solo para los académicos". Hace un tiempo Lassalle dijo: "Recién cuando la ciencia y los obreros, polos opuestos de la sociedad, lleguen a ser uno, triturarán con sus brazos de acero todos los obstáculos contra la cultura". Toda la fuerza del movimiento obrero moderno reposa sobre el conocimiento científico.

Pero en este caso específico dicho conocimiento es doblemente importante para los obreros, porque lo que está en juego aquí son los obreros y su influencia en el partido. Es su pellejo lo que está en juego. La teoría oportunista del partido, la

teoría formulada por Bernstein, no es sino el intento inconsciente de garantizar la supremacía de los elementos pequeñoburgueses que han ingresado al partido, de torcer el rumbo de la política y objetivos de nuestro partido en esa dirección. El problema de reforma o revolución, de objetivo final y movimiento es, fundamentalmente, bajo otra forma, el problema del carácter pequeñoburgués o proletario del movimiento obrero.

Por tanto, interesa a la masa proletaria del partido conocer, activa y detalladamente, la actual polémica teórica con el oportunismo. Mientras el conocimiento teórico siga siendo el privilegio de un puñado de "académicos" en nuestro partido, este se verá en peligro de desviarse. Recién cuando la gran masa de obreros tome en sus manos las armas afiladas del socialismo científico, todas las tendencias pequeñoburguesas, las corrientes oportunistas, serán liquidadas. El movimiento pisará entonces terreno firme y seguro. "La multitud lo hace".[9]

Berlín, 18 de abril de 1899

[9] Como en otras oportunidades, Rosa Luxemburgo cita el poema "Die Menge tut es" de Heinrich Heine. [N. de E.]

Aleksandra Kollontay

Amante

San Petersburgo (Imperio Ruso), 1872 - Moscú (URSS), 1952



Había nacido en la aristocrática familia Domontóvich en 1872, apenas un año después que Rosa Luxemburgo, a quien leía con admiración y con quien compartía la fe en la revolución y en el marxismo. Zetkin, Luxemburgo y Kollontay se encontraron en la Primera Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas de 1907 en Stuttgart. Los imperios de Austria-Hungría, Alemania-Prusia y Rusia tambaleaban mientras Europa se orientaba hacia una guerra segura. Con sagacidad política, Zetkin había forzado la coincidencia con el Congreso de la Segunda Internacional Socialista que, a instancias de Luxemburgo y Lenin, se pronunció en contra del militarismo y el imperialismo, y se sumó a la lucha por el sufragio femenino.

Kollontay acompañaba la distinción entre la lucha feminista burguesa y la lectura en clave de clase social que proponía el socialismo. Sabía que se disputaban millones de mujeres que despertaban a la vida pública y a la política. Sin embargo, esa “separación tajante” que proponía Zetkin, pese a la alianza por el voto, encontraba una provocativa desestabilización en uno de los textos tempranos de Aleksandra (Los fundamentos sociales de la cuestión femenina, de 1908): ¿no son, acaso, todas las mujeres obligadas a matrimonios infelices e indisolubles, atosigadas por maternidades múltiples, perseguidas por una doble moral que las condena? Al observar que las feministas llevan ventaja en el análisis de la cuestión sexual y moral, ella empezaba a buscar un giro obrero y de izquierda.

En 1917, después de años de propaganda en varios países y de pasar por la cárcel, recibió un nombramiento del flamante gobierno bolchevique: comisaria del pueblo para la Asistencia Pública. Era una de los miles de mujeres anónimas que protagonizaron esa historia y compañera de otras cuyos nombres también resuenan: Maria Spiridónova, Nadezhda Krúpskaia, Inessa Armand. En las distintas etapas revolucionarias fue comprometida agitadora, funcionaria, escritora y crítica. Publicó tempranos textos autobiográficos que exhibían quiebres vitales, como el fin de su matrimonio con el ingeniero Vladímir Kollontay y la decisión de que el hijo en común quedara al cuidado de la familia. Obligada a optar o por convicción, buscaba dar espacio a una intensa tarea intelectual que iba a redundar en notas periodísticas, ensayos políticos, novelas y conferencias.

Hacer realidad el socialismo exigía mucho más que el control de las fábricas, la transformación del campo o la electrificación. La vida, aun en su dureza, pedía

música, pintura, literatura y amores nuevos. Eros de alas desplegadas, decía Kollontay, temerosa del “aguijón de la carne” y condenatoria de cualquier “desviación del instinto biológico” fuera de la heterosexualidad. Hoy nos decepciona, pero entonces escandalizaba a conservadores y a hipócritas bolcheviques, que la descalificaban por sus romances libres con hombres más jóvenes (sobre todo si era díscolo y de bigote recio como Pável Dybenko). Sus camaradas la animaban en sus esfuerzos por socializar el trabajo doméstico que, así, pasaba de las manos femeninas al colectivo, pero nunca a las masculinas. En 1918, un “Código Integral” estableció la igualdad de género y el divorcio, despenalizó la homosexualidad y legalizó el aborto. Al mismo tiempo que se ejecutaba a un zar, una zarina y toda su progenie, se inventaban formas de amar, cuidar, criar; al menos hasta que Stalin lo revocara en nombre de la grandeza de la patria.

La inquietante vida de Kollontay merece más lecturas y combates. Fue desafiante al publicar su autobiografía en 1927 y al criticar, con lucidez, la deriva burocrática y autoritaria desde La Oposición Obrera (1921). Y, a la vez, fue muy prudente en la edición de sus memorias y hábil como embajadora de la Unión Soviética desde fines de los años veinte, a cierto resguardo de la represión estalinista que logró esquivar con astucia y quizá con terror, hasta morir anciana en su querida Moscú.

Memorias

La decisión madura

En la habitación infantil de mi hijo reluce la lámpara de noche. Mi niño ha enfermado seriamente y yo estoy sentada junto a su cama. Su blando cuerpecito arde y emana calor. Tiene las mejillas hinchadas, su boquita reseca aspira con avidez el aire y su cabecita se agita inquieta sobre la almohada. Veo cómo sufre y estoy dispuesta a darlo todo, a hacer todo lo que sea con tal de aliviar su dolor. Pego mi rostro a su cuerpecito febril y deseo ardorosa e intensamente que sus males y sufrimientos se me transmitan a mí. Me reprocho no haber estado pendiente de él. Su niñera, Anna Petrovna, se marchó a visitar a su madre y no prestó atención al resfrío incipiente, que ahora amenaza con convertirse en pulmonía. Y todo por estar yo tan ocupada con el estudio y haberme olvidado de poner al niño un abrigo. Kollontay me recriminó, con razón, que soy una frívola y una madre descuidada.

En el silencio de la noche, a la débil luz de la lámpara yo me hago diez veces más reproches. Pero ¿cómo, cómo compaginar mi trabajo con las obligaciones familiares?

Después de tomar su medicina, el niño se siente mejor. Su respiración es más serena y despejada. Beso su pequeña manito y suspiro aliviada. Mi hijo acaba de dormirse con un sueño tranquilo. Ahora puedo pensar en mis cosas.

Tengo en las manos un libro de Lenin. Lo leí recién y comprendí que ante mí se abrió una profunda faceta más de la política del partido del proletariado. La voz de Lenin llega hasta mí, imprenta mediante. Pero hay otros camaradas que tienen la suerte de conocerlo en persona. Ellos pueden hablarme de este hombre extraordinario, a quien el zarismo persigue implacablemente, que –más allá de todo– ve y sabe mejor que cualquier otro qué camino lleva hacia la revolución y hacia la liberación de la clase obrera. ¿Conseguiré ver a Lenin alguna vez?

Por supuesto, en aquellos días, dejando correr mis sueños hacia el futuro, yo no podía hacerme una idea de la vida deslumbrante y saturada de acontecimientos que me esperaba, una vida plena de lucha, de constrastes y de actividades. Pero algo quedaba fuera de duda: no quería y no podía vegetar en el ambiente de una familia acomodada. Esas condiciones de vida en mi entorno me ataban las alas y minaban mi fe en mis propias fuerzas.

¿Por qué no marcharme al extranjero, por ejemplo, a Zúrich, donde está el profesor [Heinrich] Herkner, por un par de años? No hace mucho leí su libro La cuestión obrera. Fuera de la familia, sin las preocupaciones hogareñas, sin los conflictos con mi marido, sin que los familiares ejerzan control, sola, del todo sola, viviría como una estudiante y completaría mis conocimientos. En el extranjero podría leer toda la literatura prohibida en Rusia y también encontraría a personas activas, con participación en el movimiento obrero. Podría dejar a mi pequeño Misha con mis padres, y Kollontay tiene que comprender qué quiero en la vida y por qué me hace falta alejarme de él. Si no entiende, significa que, de todas maneras, no podremos marchar juntos en la vida. No renuncio a mi objetivo. Marcharé con quienes quieren liberar a los obreros del capitalismo, del zarismo.

Mi pequeño hijo duerme dulcemente. Beso su frentecita mojada de sudor. Lo arropo bien con la manta y paso a la habitación contigua para continuar leyendo el libro de Lenin.

Dos cartas

En agosto de 1898, apareció mi primer artículo en la revista mensual Obrazovanie [Docencia], de los marxistas legales. Se refería a cuestiones pedagógicas: versaba sobre la influencia del ambiente y el entorno en la formación del carácter del niño. Utilicé en él las ideas de [Nikolái] Dobroliúbov y demostraba insistentemente lo erróneo de la escuela de los idealistas, que reconocían cualidades innatas en la persona. Yo polemizaba con ellos partiendo de la concepción marxista del mundo. En este texto definía ya mi filiación marxista.

La publicación de ese primer artículo fue una alegría para mí y para Zoia [Shadúrskaia, mi amiga]. Nos sentíamos las dos no solo felices sino incluso orgullosas. Zoia llegó a felicitarme solemnemente.

–Has dado el primer paso –me dijo–, has tomado el camino con el que siempre soñaste: el de ser escritora. Ahora puedes trabajar con independencia y organizar tu vida a tu manera…

Pero mi padre me echó un jarro de agua fría.

–En tu artículo –me dijo– no hay nada nuevo, ninguna idea propia, tiene demasiadas citas. Sin embargo, no tienes mala pluma.

En estas circunstancias, una vez publicado mi artículo y oídas las opiniones plausibles de mis amigos al respecto, decidí marchar a Suiza e ingresar en la Universidad de Zúrich, en el seminario del profesor Herkner, que por entonces se consideraba marxista. Con el correr de los años se hizo bernsteiniano. Pero en 1898 yo confiaba en estudiar, bajo su dirección, las leyes de la economía con el enfoque marxista y ampliar mis conocimientos sobre los movimientos obreros en otros países. Comprendía que solo si dominaba bien el marxismo podría ser realmente útil al partido. Entonces sabría dar adecuada respuesta a los populistas y no me sentiría desorientada ante los hábiles subterfugios de los economicistas.

En el momento de la aparición de mi artículo en Obrazovanie, Kollontay estaba en comisión de servicio en Lublin, y mi hijo estaba con mis padres. […] Esto facilitaba la realización de mis planes. Cuando mi padre vino […] a la ciudad, decidí contárselo todo.

Como es de suponer, a mi padre no le entusiasmaron semejantes planes. Pero, luego de escuchar mis motivos, prometió enviarme todos los meses una suma de dinero e impuso como condición que no dijésemos a mi madre por qué, adónde y para qué me iba. Muchas damas de aquellos tiempos se marchaban a pasar el invierno en el extranjero, en Italia o en Francia, con el pretexto de reponer su salud. Nosotros le diríamos a mamá que los médicos exigían que yo pasase una temporada en los Alpes suizos. Esto la tranquilizaría…

Yo suponía que, cuando el tren expreso me llevase de Petersburgo al extranjero, donde me esperaba una nueva vida, me iba a sentir extraordinariamente feliz y libre. Pero en realidad resultó lo contrario. En el vagón no tardé en sentirme sola y empecé a pensar con tristeza en mi buen, tierno y amante marido. Extrañaba

las pequeñas y delicadas manitos de mi hijo.

¿Cómo se me ocurrió irme? ¿Me dará esta nueva vida lo que espero de ella?

Por la noche lloré amargamente, empapando de lágrimas la dura almohada del vagón, y llamaba con el pensamiento a mi esposo. ¿Para qué le asesté tal ofensa y tal golpe? Él no puede dejar de echarme en cara que los abandoné a mi hijo y a él por un profesor Herkner cualquiera. Yo sabía que no me iba por una temporada, que mi marcha significaba en realidad el fin de nuestro matrimonio. Kollontay no va a entender que no solo me separé de él, sino que rompí para siempre con el medio que me impedía volverme una persona útil. No sin terror, me daba cuenta de que Kollontay no se pasaría años esperando mi regreso. Recordé a la hermana de Zoia, la bella artista Viera Iurénieva. ¿Qué ocurriría si se enamorara de ella? Sentí espanto y amargura. En uno de los enlaces ferroviarios cercano a la frontera estuve a punto de saltar del vagón, con la intención de tomar el tren de regreso, que me llevase con mi marido. Pero eso habría significado la renuncia plena a todos mis deseos y planes. Podría no presentárseme otra oportunidad similar de romper con aquel ambiente y separarme de mi marido.

Decidí, allí mismo, en el vagón, escribir a Kollontay una carta larga y cariñosa. En esa carta, le aseguraba lo ardiente y profundamente que lo amaba…

Luego de cerrar la carta, le escribí otra a Zoia. A ella le decía que mi decisión de romper con la vida anterior era irrevocable. Que ya no volvería a aquella vida. Aunque mi corazón no resista la pena de perder el amor de Kollontay, tengo otras tareas en la vida más importantes que la felicidad familiar. Quiero luchar por la liberación de la clase obrera, por los derechos de las mujeres, por el pueblo ruso. Que Zoia tenga la seguridad de que tengo en alto nuestra bandera y de que nunca la arriaré. Pero al escribir esto lloraba amargamente y pensaba con añoranza en Kollontay.

En la estación fronteriza de Virbalis, busqué un buzón de correos para echar en él las dos cartas: cuando oí que los sobres golpeaban el fondo, supe que el camino a la vida anterior estaba cortado. Mi corazón se estrujó un minuto. ¿Era el fin? Por la mañana, a la luz del sol, el futuro me pareció de distinto color que durante la noche. Ya no miraba atrás. El futuro no me causaba terror, sino que, por el contrario, me atraía.

¿Qué me depararía la vida? Por muchas dificultades y sufrimientos que me depare, estoy convencida de que los sabré vencer, de que sabré luchar por la felicidad de los trabajadores y por la liberación de Rusia del zarismo.

Por la Europa obrera

Dinamarca

Nuestro barco llegó a Copenhague al anochecer. El rojo reflejo del sol poniente inundaba el viejo puerto; la rada estaba en pleno movimiento. Junto a los navíos de guerra último modelo, se deslizaban majestuosos y suaves los barcos pesqueros, con sus velas, ajadas por las tormentas, desplegadas al viento; iban y venían lanchas y barquichuelos. Las fachadas llamativamente lisas de las casas, sin relieve alguno, con los marcos de las ventanas pintados incluso de blanco, se fundían en una línea intermitente con las paredes y parecían dibujadas, como en los malos decorados teatrales.

Encontramos trabajosamente alojamiento en un hotel. Está todo ocupado. Pasado mañana comienza la Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas y, a continuación, el Congreso Internacional mismo. Pero mañana nosotras, las delegadas a la conferencia, tenemos una reunión preliminar.

Desde temprano, buscamos el Buró de la conferencia. Llamamos al local donde debe celebrarse. Está vacío. La encargada del bar, sonriente, pero positivamente falta de información, nos envía a la redacción del órgano central del partido.

Nos apresuramos a la redacción. Muchos apretones de manos y saludos sonrientes, pero ninguno de los organizadores está aquí. Nos dan la dirección de la secretaría general del partido. Se repite la misma escena: afectuosos saludos y

apretones de manos, pero nadie está informado de dónde va a ser la reunión de la tarde. ¿Quién debe facilitarnos las entradas? ¿Dónde hay que acreditarse? Conseguimos la dirección de la secretaria del Buró Femenino encargado de la organización de la conferencia y volamos hacia su casa en el otro extremo de la ciudad. No hay nadie. La vecina, compadecida de nosotras, nos explica que fru [la señora] Makc salió por la mañana y no regresará hasta la noche. Volvemos a la secretaría general cansadas, exaltadas, criticando la falta de organización, que sorprende después del orden ejemplar del Congreso Internacional de Stuttgart, donde todo estaba previsto para la comodidad de los delegados. La cariñosa afabilidad de fru Makc borra la desagradable impresión de las búsquedas inútiles. Nos facilita todos los datos necesarios y nos despedimos de ella hasta la tarde.

Voy a visitar a Zetkin. Está como siempre, trabajando. Junto con [Dora] Montefiore, traduce el texto de la resolución redactada por ella con motivo de la represión en Finlandia. Detrás de mí, entra miss Twaining, representante de los mineros de Colorado. Su heroica actuación durante la huelga de los mineros, su detención y su encarcelamiento como una presa común por incitación a la resistencia a las autoridades –sumo delito en Norteamérica– me son ya conocidos. Tiene un rostro, más que bello, atrayente y una gran sencillez en el trato. Se siente inmediatamente que es “una buena camarada”.

Llegan más camaradas alemanas, nos ponemos de acuerdo en la formación de la presidencia, designamos a las secretarias, discutimos las intervenciones. Se espera combate con la delegación inglesa, integrada por miembros del partido obrero independiente y por fabianas. Montefiore enumera acusadora sus “delitos” y sus desviaciones del verdadero marxismo. Zetkin promete “lavarles la cabeza”. Hoy está particularmente nerviosa, particularmente cansada.

–Venga, venga sin falta esta tarde a la reunión privada –nos va repitiendo cada vez–, tenemos que saber qué público ha venido. Temo que las danesas nos causen preocupaciones. Tienen mucho confusionismo en la cabeza…

La reunión privada se celebra esa noche en la casa del partido, donde al día siguiente abrirá sus sesiones la conferencia de mujeres.

Nos recibe en la puerta fru Makc. La sala está poco iluminada. Alrededor de una larga mesa, hay unas cuarenta delegadas de los países nórdicos: danesas y suecas. La mayoría de ellas no son jóvenes y tienen el tipo característico de las

obreras de los países nórdicos.

En torno a la agitada Zetkin, que está disertando, se apiñan las miembros de la delegación alemana.

Me acerco.

–¿Ha oído usted qué resolución se proponen presentar?

Zetkin se vuelve rápida hacia mí y me señala a las suecas y danesas:

–Protestan contra la ley que prohíbe el trabajo nocturno de las mujeres… Lo ve usted, están por entero entre las garras del feminismo. ¡Es de una ceguera indignante!… ¡La ideología burguesa! Vamos a tener una seria lucha. Les ruego que se preparen concienzudamente para ello.

–Dicen que las inglesas han traído aquí su “reliquia”: la vieja Despart –me comunica en secreto una de las delegadas danesas–, habrá un acalorado combate.

Fru Makc trae ante mí a una muchacha alta y bien vestida. Tiene ojos inteligentes y algo categórico, sereno y equilibrado en sus rasgos, en sus modales, en su voz.

–Freken Kron, miembro del consejo municipal de Copenhague y delegada de las cajistas de imprenta.

Me cuenta con sobria dignidad que ganó con los votos socialistas en las primeras elecciones al consejo municipal en las que votaron mujeres. Tiene 25 años y trabaja en la imprenta de un periódico; por tanto, su trabajo es nocturno. Durante el período del Congreso tendrá que trabajar de noche y asistir de día a las sesiones; pero su trabajo no es muy pesado y la jornada está limitada a ocho horas. Nuestra conversación se ve interrumpida continuamente por las preguntas que le llueven de todos lados a Freken Kron. Al parecer, tiene “la batuta” en sus manos.

Tengo oportunidad de conocer a una delegada sueca, gruesa y con el pelo blanco. Tiene el rostro ligeramente ajado y los ojos juveniles y sagaces. Es la popular Kata Dalstrem, una de las más enérgicas agitadoras del movimiento femenino socialista en Suecia. Acaba de concluir una tourneé por las aldeas y pueblos, y está llena de alentadoras impresiones. Los clubs femeninos socialistas crecen

como hongos, se está organizando a las obreras bajo la bandera del socialismo, la organización se extiende por el país entero… En el movimiento participan hasta las ancianas. Aquí vemos a una de ellas: sus hijos son mayores, su marido murió; si no fuera por el trabajo del partido, se vería sola, abandonada. Ahora tiene “familia” por todas partes, en cada aldea: los obreros y obreras camaradas.

La campanilla de la presidenta corta la conversación y nos hace ocupar nuestro sitio. La reunión preparatoria se declara abierta.

En la conferencia femenina

En la sala donde debe celebrarse la conferencia femenina impera un ambiente animado, cargado de esperanzas, de tensión nerviosa, de inesperados “deleites”, de efervescentes ambiciones, junto con las pequeñas ofensas y punzadas recibidas, que acompañan cada evento social donde se reúnen personalidades tan distintas por su edad, nacionalidad y particularidades individuales, pese a estar unidas en una tarea común.

Exclamaciones de alegría en los encuentros, frías inclinaciones de cabeza ante quienes deben estar en el campo contrario, el asedio insoportable de los periodistas, los fogonazos de los fotógrafos.

En las delegaciones alemana y nórdica, dominan los rostros proletarios. En la delegación inglesa, los intelectuales. Se destaca a más no poder la delegación estadounidense: trajes elegantes, modales femeninos y un tono preciso y práctico. Se ve que las estadounidenses están acostumbradas a vivir en público; en las reuniones abiertas se sienten como en su casa. Las delegadas de Finlandia se apiñan modestas: allí se ve el simpático rostro de la diputada del Seim [el Parlamento], Piarssipen, con su resplandeciente sonrisa. A su lado, se destaca la corpulenta figura de Mina Silampa. Recuerdo la reunión donde esta singular y fogosa agitadora, esta muchacha del pueblo, ex criada de servidumbre, hizo reír a una multitud de tres mil personas… Allí está la enérgica Ida Aalle-Teljo, miembro del comité ejecutivo en los difíciles días de la gran huelga finlandesa del año 1905.

–Vea, después de los debates de ayer, las danesas y las suecas decidieron presentar su resolución de protesta contra las leyes que las protegen… Es indignante. Después de eso, no debería haber lugar para ellas en esta sala –me susurra al oído la esposa de uno de los socialistas alemanes.

–El combate con las inglesas es inevitable: no aprobarán nuestra resolución sobre los derechos electorales –se inquieta otra delegada alemana.

–¿Y usted piensa que todas las delegadas alemanas están dispuestas a firmar ese texto tan torpemente redactado y tan incorrecto en términos políticos? –declara con resolución la pequeña G. de Dresden y comprime sus característicos labios enérgicos, a la defensiva ante un posible ataque. Y, por supuesto, contra ella se lanzan de todas partes a la vez. La pequeña ataja hábilmente los golpes, sin perder su tono irónico. Pero sus "bromas" envalentonan a las contrarias, se encienden las pasiones, las voces se hacen oír y el grupo de disputantes empieza a atraer la atención.

En el escenario, los cantantes simulan algunas toses. La conferencia empieza con solemnes cantatas, interpretadas por el coro local. La sala enmudece y rápidamente ocupamos nuestros sitios. El sol de la mañana parece asomarse curioso a nuestra sala y tan pronto se frunce incrédulo como resplandece alegre sobre las inclinadas cabezas de las mujeres, concentradas en un pensamiento común, en una única aspiración…

Mitin de las socialistas

Para la noche hay proyectado un mitin. Después del trabajo en la conferencia, es difícil llegar al mitin sin retraso. Está en pleno apogeo. Ya se ha pronunciado parte de los discursos. Me cuesta trabajo abrirme paso hasta el escenario. Impera una atmósfera de alegre fusión del auditorio con los oradores, que se comunica como una corriente invisible apenas una entra en la sala.

Está presente toda la flor y nata de la Internacional femenina: Clara Zetkin acaba de dejar la tribuna y, enjugándose el enrojecido rostro con el pañuelo, conversa animada con la anciana Emma Ihrer, una de las fundadoras del movimiento

obrero femenino en Alemania…

Adelheid Popp, rebosante de serena dignidad con su vestido invariablemente negro y su peinado liso; su nombre compite en popularidad en Austria con el del viejo [Victor] Adler… Holandesas, noruegas, la única delegada de Portugal, estadounidenses, alemanas, ¡qué tipos más diferentes!

En la tribuna está la camarada Valter, representante de Suecia. Su discurso tiene un dejo sentimental…

Le toca el turno a [May] Wood Simons, miembro del comité central del partido socialdemócrata de los Estados Unidos. Un discurso magistral, equilibrado, “masculino”, una voz magnificamente entrenada y los movimientos expresivos correspondientes. Se nota que las estadounidenses tienen escuela política.

¡Rusia! Todavía están demasiado vivas las impresiones de los tempestuosos acontecimientos históricos ocurridos allí, muchas alentadoras esperanzas llevaron sobradamente por encima de las fronteras de Occidente las ráfagas del “viento huracanado”… Un halo de romanticismo nimba la palabra “Rusia”. Y cuando hablas de ella, en su nombre, quienes te escuchan lo hacen con una predisposición especial, simpatizan de antemano. En su conciencia emergen los relatos sobre los oscuros y los luminosos cuadros del pasado reciente, desfila un ejército de nombres heroicos… Y en la persona del orador ruso el público se acelera a saludar a la clase hermana que despunta en un país incomprensible pero repleto de milagros revolucionarios.

Continúan los discursos pero, después de la agitación vivida, parece que en la sala hace un sofoco inaguantable y se quiere salir al aire, al silencio.

¡Qué estrellada está la noche de otoño, rebosante de sosiego! Vamos por calles solitarias, donde nuestros pasos se oyen nítidos y sonoros… La cabeza todavía acusa un pequeño mareo y el corazón todavía no se ha tranquilizado. Aspiro con avidez el fresco aire de la noche. Y siento en mi interior un bienestar profundo, muy profundo.

En la apertura del Congreso Internacional

Al día siguiente, se celebró la apertura del Congreso Internacional, organizado por los obreros.

De nuevo una sala, pero esta vez ya no acoge a centenas, sino a millares de personas, y toda la solemnidad de la apertura de la Internacional Obrera. Banderas, guirnaldas, flores… Los delegados buscan sus asientos. La cosa no es fácil en esta enorme sala donde, junto a “Gran Bretaña”, aparece la inscripción “Finlandia” y, al lado de la de los Estados Unidos, la de eslavos de la península de los Balcanes. En todos los rincones de la sala aparece fugaz el preocupado rostro del secretario general de la II Internacional, [Camille] Huysmans.

Se buscan caras conocidas. El novicio en congresos busca con ansia “celebridades”…

Hay movimiento en la presidencia. Los delegados se apresuran a ocupar sus puestos. Un coro de varios centenares de personas forma en el escenario. Cantata solemne. En vez de la esperada melodía banal e insípida “de ocasión”, resuena un pot-pourri audaz y originalmente interpretado: canciones revolucionarias de diferentes pueblos, variadas por la fantasía del arreglador… Ya sea porque en estos sonidos se entrelaza el recuerdo de Rusia o porque la representación de los últimos acontecimientos en este país haya inspirado al compositor, lo cierto es que el pasaje dedicado a Rusia parece especialmente afortunado.

–Magnífico, de verdad magnífico –deciden en nuestra mesa.

Los sonidos se extienden, crecen… Hablan con más vigor que la palabra del ardiente deseo de futuro con el que sueñan hoy los centenares de personas de todos los continentes del mundo aquí reunidas.

Del diario noruego de 1915

2 de junio

Escribo en el tren suburbano. Voy “por ciertos asuntos” a Kristiansand. Mi cuaderno, mi diario es mi confidente y mi consuelo. Aquí no tengo a quien confiar mis sentimientos. A veces pienso: “No solo hay que escribir para una misma. Hay que escribir también para otros. Para lejanas y desconocidas mujeres que vivirán algún día”…

Que vean que nosotros no éramos “héroes” ni “heroínas”, sino personas de lo más comunes. Pero creíamos con ardor y fervor. Creíamos en nuestro objetivo y marchamos hacia él… Nosotros solemos ser fuertes, pero también muy débiles…

El día en que me iba de Trondheim, metieron en la cárcel a Trapmel, “diez días a pan y agua”. Lo acompañamos hasta allí y le dimos una botella de “loción” para el pelo con caldo bien espeso. Yo le entregué flores y él se sonrojó. Lo dejamos a la entrada. Los pesados portones se cerraron y sentí congoja, como por un íntimo.

Hoy llegó carta de Lenin: dice que decidieron editar en Suiza la revista Kommunistia, la orientación es clara: internacional-revolucionaria. Y el título es bueno, Kommunistia. Llegados a este punto, los socialistas no expresan aquello que nosotros queremos y a lo que tendemos. Esta palabra fue emporcada, profanada y manchada de sangre por los socialpancistas. Ya el título es muy prometedor: me alegró. Acepté colaborar en la revista.

Esto es ya la ruptura definitiva con Nashe Slovo [Nuestra Palabra, publicación dirigida por Trotski]. Debíamos hacerlo antes. En realidad, no tenemos ligazón con ellos. Hay en Nashe Slovo gente como [Dmitri] Manuilski, [Vladímir] Antónov-Ovséienko, que son correligionarios nuestros; los demás son socialtraidores. […]

Así, me decidí a participar. Esto no solo significa romper con Nashe Slovo, sino algo más. Supone sumarse al ala leninista revolucionaria que va al combate directo contra la guerra y el capitalismo. A nosotros nos van a injuriar y perseguir durante muchos años. A los social-chovinistas entregados les atusarán la cabeza, pero a nosotros… En este camino, nos esperan muchos sufrimientos,

se exigen aún muchos sacrificios. Mi corazón se estremeció extrañamente cuando leí con alegría la carta de Lenin. Yo sabía que este era un nuevo y tortuoso camino, pero me causó alegría: el camino era recto, justo. Así hay que actuar. Parecía como si aún no hubiera llegado a lo verdadero, como si no hubiera hecho todavía lo que debía hacer. ¡Ahora lo hago!

He tenido una conversación con [Jacob] Vidnes. Él se las da de “izquierdista”. Creo que solo “se las da”. Entré en la redacción del Sozial-Demokraten. Empecé por la organización de las mujeres. Dije lo que pienso: hacen poco, no lo hacen bien, etc. Vidnes me escuchaba y aprobaba. ¿Pero qué hace él? ¿Me ha comprendido? ¿Lo aprobará el comité? Le ofrecí mi artículo sobre el Congreso: le echó una ojeada y se asustó.

–No, eso no se puede publicar. Nuestro partido ahora está en crisis. No se puede consentir la escisión. Los miembros del Storting [Parlamento noruego] ahora están enojados. Hay que llevar adelante una política cautelosa.

–¿Por qué teme usted la escisión? Ahora eso no sería malo. Ayudaría al movimiento obrero internacional. Los noruegos mostrarían el camino.

Pero ni quiere oír hablar del asunto: están las elecciones por delante. Toda la táctica, toda la actividad del partido quedan adaptadas a las elecciones. ¡Eso en el momento de la conflagración mundial! Todo está en llamas. Mueren decenas de miles de proletarios en honor del capitalismo, y ellos pensando en elecciones. ¡Dan ganas de escupir e irse! Pero todavía hay que ponerse de acuerdo sobre el problema del militarismo.

–¿No cree usted, camarada Vidnes, que el Congreso llegó a una solución de compromiso? La línea de la comisión preparatoria era mucho más precisa.

Arruga el ceño. No está de acuerdo. Le explico:

–Para el movimiento internacional, precisamente ahora sería provechoso que el Congreso hubiera condenado duramente a Alemania y Francia por la votación de los presupuestos. A ustedes no los amenaza la guerra.

No está de acuerdo, no quería “reproches”. ¡Los “principios” se dejan a un lado cuando de lo que se trata es de no “enojar” a los miembros del Storting! No, Vidnes no es internacionalista. Le haría falta leer a Lenin…

6 de junio

Ayer envié un artículo para Kommunistia. No me gusta. Está deshilvanado. No puedo, no sé escribir a toda velocidad, por encargo. Es necesario que me salga de dentro; entonces, digo las cosas de otra manera… Pasé tres días trabajando hasta las 2 de la madrugada, y a las 8 de la mañana estaba escribiendo de nuevo: un martirio.

Y al ser precisamente para el Kommunistia, me habría gustado aportar algo interesante, bien hecho…

Hoy no tengo ganas de trabajar. Querría escribir un folleto sencillo sobre la guerra; pero a una se le van las ganas cuando no sabe cómo publicarlo. ¿Con qué recursos? Recuerdo cómo trabajaba durante este período la pasada primavera, de ocho a diez horas diarias. ¡Para nada! El libro La sociedad y la maternidad todavía no salió a la luz. Y, aunque salga, ya no dará lo que podía dar un año atrás. Tengo mucho miedo de que Bonch haya perdido veintisiete páginas del material bibliográfico. ¿Rehacerlas? ¡Imposible!… Todos esos libros están en Berlín.

La cruz de la maternidad no se publicó. Secuestraron el folleto sobre la maternidad. Cinco o seis pequeños artículos sobre el tema, escritos para el Congreso de Viena, no se llegaron a imprimir: lo impidió la guerra. Tampoco se publicó el informe sobre las actividades de las obreras rusas, preparado también para el Congreso de Viena. Por culpa de la guerra, no vieron la luz los informes del secretariado femenino socialista.

Todo esto es enojoso. Tanto trabajo, tanto esfuerzo realizado y todo perdido… Ahora suelo pensar que, si me muero, no tengo a quien dejar mis escritos para que se publiquen: las notas, las cartas, todo lo que tiene cierto interés psicológico, y tal vez hasta histórico. ¿A quién le interesa esto? ¿Para quién de los que ahora me rodean es importante?…

28 de julio

Ha venido a verme Leila Danielsen “con cartas” (utilizamos su dirección). Tiene cuatro hijos, el marido es un fantasioso y siempre está sin trabajo (arregla relojes). Su situación material es peor que mala. Pero en ella se mantiene viva “la llama”, tiende hacia nosotros.

Ayer hablamos largo rato de cosas que, hasta poco tiempo atrás, constituían el centro de mi atención: del camino de la mujer, del despertar en ella de la personalidad, de la mujer libre e igual en derechos. Cuando se marchó, no pude conciliar el sueño. No pude dejar de pensar en la suerte de las mujeres y en lo que les prepara la historia: ¿acelerará, facilitará la guerra el “paso de transición” para la mujer?

Todo hace pensar que sí. La mujer se emplea ahora en todas partes, su fuerza de trabajo es necesaria. Su importancia aumentó y salió de los estrechos marcos de la familia. Algo es algo.

Nuevamente estamos en días de alarma: se espera la ruptura de relaciones entre Suecia y Rusia. Se refleja aquí. Notamos los “tentáculos de la guerra”. Incluso entre las magníficas bellezas de Holmenkollen. ¿Qué haremos los emigrantes? Pienso también en mí misma: en Inglaterra y Francia es imposible, a Suiza no hay forma de llegar. ¿Otra vez a Dinamarca?

Refiriéndose a que Suecia puede verse envuelta en la guerra, Hannes Shield escribe: “Se puede morir de un disgusto; pero yo no quiero morir de un disgusto, yo quiero vivir para la revolución”.

Sí, sí, por supuesto, hay que vivir para ELLA, para la revolución.

Pero los combates continúan. Igual en las derrotas que en las victorias, mueren decenas de miles…

He ido a mi lugar predilecto, desde donde se abre el paisaje de los fiordos. ¡Qué maravilla! A mis pies pululan las hormigas. Salen en hilera de las rendijas del hormiguero. Llevan de un lado a otro sus huevos, arrastrándolos por el musgo, las hierbas y el pedregullo. Con qué facilidad los llevan. Tan pequeñas, tan

diminutas, y qué bien organizadas están. Es irritante la necedad humana y el poder del sistema capitalista. Guerras como esta no había conocido aún la Humanidad.

En estos días escribí precipitadamente algo: un artículo sobre Jaurès (apareció ayer en Sozial-Demokraten), luego uno forzado y, a mi parecer, desafortunado para la "Federación Internacional Socialista de la Juventud" y, por último, redacté, creo que con fortuna, una declaración para la "Unión de Juventudes Noruegas". En la segunda conferencia preliminar de los internacionalistas, los jóvenes la aprobaron sin debates y sin cambiar una palabra. Es interesante, ¿qué dirá Lenin sobre ella? Es una "prueba de pluma", nunca había preparado declaraciones de este tipo. ¿Cómo la recibirán?

Me piden un "llamamiento" a los soldados, a los heridos que traen para "intercambiar".

La tarea del proletariado ruso es hacer la revolución democrático-burguesa en Rusia y desencadenar la revolución social en todo el mundo. No nos podemos conformar con menos. Solamente la revolución, solamente la lucha de barricadas en todos los países detendrá la guerra. ¿Acaso no lo comprenden los derechistas? Ellos van de compromiso en compromiso. ¿Qué quedó de la Internacional?

Pero una nueva Internacional ya está madurando. Esta no puede menos que surgir precisamente ahora, precisamente en esta época terrible, sangrienta. Una Internacional con la consigna "Abajo la guerra imperialista, viva la revolución social"…

¡A Rusia, cuanto antes!

Cómo nos enteramos de la revolución de febrero

Fue un martes, el último día de febrero. Yo regresaba de la ciudad a Holmenkollen. Pensaba comprar el diario, pero no me dio tiempo.

Ya en el vagón, apenas me siento doy una ojeada al diario de mi vecino y leo los grandes titulares de la primera plana: REVOLUCIÓN EN RUSIA. El corazón me dio un vuelco. Comprendí inmediatamente que no se trataba de un bluff periodístico, que la cosa iba en serio. Me adelanto hacia el diario e intento leer. Es tarde para bajar a comprarlo, el tren está ya en marcha. Le suplico al vecino: "¿Sería tan amable de prestármelo cuando lo haya leído? Soy rusa y, como es de esperar, me interesan los acontecimientos".

–Por favor. Solo que no creo que todo esto sea más que una muestra de sensacionalismo periodístico. […] Mañana, seguramente, habrá desmentidas.

Pero estas escuetas y parcas noticias actúan en mí de otra forma: tras ellas intuyo grandiosos acontecimientos. El pueblo se levantó… Tiroteos en las calles. Los soldados se sumaron a los manifestantes… Ni un momento de vacilación, un claro presentimiento: sí, esta vez es cierto. La revolución está en marcha. En otro diario se confirman los sucesos. Me es difícil emprender nada en toda la tarde. Mis pensamientos, mis sentimientos, todo mi ser está en Rusia.

A la mañana siguiente, recibo dos noticias contradictorias: una es de un recién llegado, que salió de Petrogrado el jueves pasado y asegura que todo estaba en calma, tranquilo; otra que confirma de nuevo los rumores de disturbios, manifestaciones, tiroteos, y dice que en alguna parte los "revolucionarios" volaron un puente y que están cortadas las comunicaciones entre Petrogrado y Finlandia.

Leemos con avidez todos los periódicos, procuramos leer entre líneas. Las noticias son parcas, confusas, pero está claro que algo ocurre en Rusia. Se desató la tempestad. ¿Quién vencerá? ¿Llegó la hora? El pueblo quiere la paz, luchando por la paz conseguirá el poder.

El jueves las noticias son más claras. Se ha formado un comité de la Duma. Escriben que los revolucionarios tomaron por asalto las cárceles, que se creó el Soviet de Obreros y Soldados.

Pero no tenemos periódicos rusos.

Me quedo en Holmenkollen. Terminaré de escribir el folleto de agitación ¿Quién necesita al zar?. No me imagino que la victoria vaya más allá de la Constitución; por eso, hay que empezar la agitación para la República. Escribo con extraordinaria facilidad, con alegría. Solo a altas horas de la noche me vence el cansancio, desaparece la fluidez en el discurso, se pierde la creación. No termino el último capítulo, prefiero retomar el trabajo mañana temprano, con la cabeza fresca.

Por la mañana, me despiertan unos golpes a la puerta.

–¿Quién es?

Es la oficinista Frenken Dundas.

–¿Qué pasa?

–¡El zar abdicó! ¡Triunfó el pueblo!

–¿Es cierto?

Salgo de un salto al pasillo, nos abrazamos, quiero correr a alguna parte. ¡Ganamos nosotros!… ¡Ganamos!… ¡Triunfamos!… ¡Es el fin de la guerra!

Es más que alegría, es un júbilo vertiginoso.

Por el camino me encuentro con fru Danielsen, y juntas corremos a la redacción del Sozial-Demokraten a enterarnos de si es verdad.

El redactor Vidnes, el grueso y enfático Vidnes, está a punto de abrazarme: “¡Sí, es un triunfo!… ¡La felicito! ¡Bravo por los rusos! Ustedes, los socialistas, no han sufrido y trabajado en vano. ¡Ahora tienen el fruto de sus esfuerzos!”.

Un periodista decide que debo concederle ya mismo una entrevista. Pero no es cosa fácil. Noto que mi entrevistador no capta todo lo grandioso del acontecimiento. En algún sitio, muy lejos, en una extraña y desconocida Rusia, se ha producido una “revuelta”. ¿Pero qué importancia tiene eso para Noruega?

Tampoco capta el papel de los socialistas internacionalistas en este

acontecimiento. Se manifiesta el vulgar “provincianismo” de los países pequeños. Sin embargo, Vidnes está resplandeciente, él es “europeo”, conoce mejor la política extranjera y comprende toda la profundidad e importancia de lo sucedido.

* * *

En la escalera me encuentro con camaradas noruegos y me llueven las felicitaciones. Créanme, esto parece una magnífica y enloquecedora fiesta general. En las calles hay extraordinaria animación, la gente arrebata los periódicos de las manos de los vendedores y los abre allí mismo. Por lo que se ve, las noticias de la abdicación del zar y de los acontecimientos en Rusia comienzan a interesar también al hombre de la calle noruego.

En la redacción de Klassenkampen [Lucha de Clases], órgano de la Unión de Juventudes Socialistas, me destinan un recibimiento especialmente cálido. El amable y discreto Hansen, en silencio y con rubor juvenil, me estrecha con efusividad la mano. El secretario de redacción me pide que escriba de inmediato un artículo sobre Rusia. Hablamos de la necesidad de organizar un mitin dedicado a los sucesos rusos.

Los periódicos de la tarde hablan más concretamente del desarrollo de la revolución. Está claro que existe un comité provisional de la Duma y, en paralelo, un Soviet de Diputados Obreros y que, a la cabeza del Soviet, está [Nikolái] Chjeídze. Todo lo que una lee te parece de cuento.

* * *

Discutimos si debe o no debe Chjeídze formar parte del comité de la Duma. Se amontonan miles de problemas urgentes… Y una pregunta se repite con insistencia: ¿nos afecta a nosotros la amnistía? ¿Podemos volver?

El sábado por la mañana tenemos nuestro “Consejo de Estado”…

¿Qué hacer? Al parecer hay amnistía, ¿pero no es arriesgado marchar? No tiene sentido quedarnos aquí cuando se están desarrollando semejantes acontecimientos. Decidimos enviar al joven noruego Hansen, en calidad de explorador. Pero hay que organizarlo todo hoy, para que salga dentro de dos días. El pequeño Hansen acepta con seriedad conmovedora la tarea que se le encomienda.

Por los periódicos sabemos, primero, que se propone a Mijaíl como monarca, luego, que Mijaíl renunció…

Por la tarde, llegan noticias más alarmantes: los periódicos escriben sobre la posibilidad de una dictadura del gran duque Nikolái Nikoláievich, sobre que los monárquicos todavía no depusieron las armas y trabajan en las provincias. Estas noticias después resultaron ser falsas, pero nosotros no tenemos medios para comprobar nada y prestamos extraordinaria atención a cada dato.

Fue curiosa la crónica del corresponsal de la prensa inglesa sobre los disturbios callejeros: informaba que una muchedumbre de obreros y mujeres había cercado un arsenal, custodiado por un viejo soldado. El gentío ni tuvo que amenazar al veterano, ya que el viejo soldado se quitó el gorro, se santiguó y les entregó las llaves diciendo:

–¡Tomen, hermanos! ¡Se ve que la victoria es de ustedes!

Los diarios están llenos de relatos de “testigos” recién llegados. Hay mucha confusión. Pero poco a poco queda de manifiesto el profundo y serio carácter de lo ocurrido… Pese a todo, nosotros todavía no llegamos a creer que se hizo la revolución y que el triunfo sobre el “viejo régimen” es pleno. Comprendemos con claridad meridiana que todavía nos espera una dura lucha con los representantes de la nobleza y del capitalismo.

Esta tarde discutimos el problema de qué hacer. ¿Trasladarnos cerca de la frontera? ¿Esperar aquí a Hansen? ¿Marchar directamente? Enviamos telegramas a los amigos y conocidos de Rusia. Escribimos a nuestros dirigentes en Suiza

pidiéndoles consejos, directivas, y exponiéndoles nuestras opiniones. Y en el alma hay algo que regocija y arde con radiantes llamas…

En el hotel todos están extraordinariamente amables conmigo. Incluso los extraños me hablan. Hacen muchas preguntas absurdas; pero queda claro que comprenden que en estos días está ocurriendo algo de enorme importancia histórica.

Todo el domingo lo pasamos de nuevo enzarzados en una animada y febril discusión de los acontecimientos. Se ha formado un gobierno provisional, encabezado por [Gueorgui] Lvov, [Pável] Miliukov y [Aleksandr] Guchkov.

Hansen debe partir a la mañana siguiente. Le damos multitud de instrucciones, ya que todavía tenemos en cuenta las condiciones de vida en el "viejo régimen", es decir, la situación de ilegalidad del partido. El pobre Hansen parpadea constantemente con sus pestañas rubias, en su intento de recordarlo todo, claramente intimidado por la responsabilidad de su misión y temiendo olvidar o confundir algo.

¿Qué nos traerá dentro de diez días nuestro "mensajero"?

¡Diez días! En un período revolucionario esto es comparable a un año…

A la mañana siguiente, corro a la redacción del Sozial-Democraten…

Entro a ver a Vidnes, le propongo al partido organizar una manifestación en honor de los acontecimientos en Rusia. Pero Vidnes ya digirió la gran noticia, entró de nuevo en su carril de funcionario y fanfarronea como de costumbre:

–Sí, sí, por supuesto, eso es muy importante y necesario. Yo hablaré con la dirección.

Sin embargo, de inmediato noto que de aquí no sale nada, comienza el burocratismo de los socialistas (de derecha) noruegos: "Hay que consultar con todas las instancias, es difícil encontrar local", etc. Decido ponerme de acuerdo con la Federación de Juventudes Socialistas, con los zimmerwaldistas, que son más enérgicos y todavía no están contaminados de burocracia.

Las noticias de Rusia son cada vez más completas y alentadoras. Se creó y está en funciones un comité ejecutivo del Soviet de Diputados de los Obreros y

Soldados. Conocemos detalles del arresto de [Aleksandr] Protopópov y de otros ministros. Un corresponsal inglés describe la escena de cómo, después del arresto, los ministros se recriminaban mutuamente andando de un lado a otro de la sala del Palacio Tavrichesky, donde los habían llevado, mientras Protopópov permanecía tumbado en un diván en desesperanzado ademán de no querer saber nada de nada. Leemos los discursos de Chjeídze, [Iuri] Steklov y [Matvéi] Skóbelev, las manifestaciones de soldados. Y, lo fundamental, la extraordinaria atmósfera de “radiante fiesta”, de conmovedora unidad fraternal.

* * *

“¡Amnistía!”. Es un telegrama de Petrogrado, de un miembro del comité ejecutivo del Soviet: se concedió la amnistía a todos los emigrados políticos. Podemos volver inmediatamente a Rusia.

Pero yo tengo otro telegrama sobre la mesa: lo envía Lenin desde Suiza y me indica que espere una carta suya al Buró ruso del [Comité Central del partido en el exilio]… Quiere decir que debo aplazar mi viaje por cinco o seis días y advertir a Lelia Danielsen que la carta de Suiza es muy urgente y que me telefonee no bien llegue.



La Oposición Obrera

¿Qué es la Oposición Obrera?

¿Qué es la Oposición Obrera? Desde el punto de vista de nuestro partido y de la revolución obrera internacional, ¿hay que felicitarse por su existencia o, por el contrario, es algo perjudicial que puede dividir a nuestro partido, un fenómeno “políticamente peligroso” como hace poco lo definió Trotski durante la discusión pública sobre los sindicatos?

[…]

Un rasgo muy característico y sobre el que habría que insistir en llamar la atención de nuestros dirigentes es que, entre los comunistas, la Oposición agrupa a la porción avanzada de los proletarios organizados. La Oposición abarca casi exclusivamente a obreros sindicalizados; los nombres que firman sus tesis sobre el rol de los sindicatos son prueba de ello. […] Son obreros, la punta de la vanguardia que está a la cabeza del proletariado ruso, los que soportaron todo el peso de la lucha revolucionaria y, en vez de dispersarse en las administraciones del Estado y así perder su relación con las masas obreras, permanecen vinculados a esas masas.

[…]

Oposición Obrera son, ante todo, los proletarios que siguieron ligados a su fábrica o a su mina, la carne de la carne de la clase obrera.

La Oposición Obrera sorprende porque no posee grandes líderes vedettes, de esos que se convino en llamar “jefes”. Como cualquier movimiento sano surgido necesariamente de las relaciones sociales, nació del seno mismo de las masas obreras y de inmediato echó profundas raíces en todas direcciones, incluso en esos rincones de la Rusia soviética hasta donde había llegado noticia de la

existencia de una oposición.

[…]

Durante la primera época de la Revolución, en que la clase obrera se sentía única intérprete del comunismo, la unidad era perfecta en el Parlamento. No existían cuestiones de “cumbre” y “capas inferiores” en el primer período que siguió a Octubre, en momentos en que la vanguardia del proletariado cumplía y confirmaba apresuradamente, uno tras otro, todos los artículos de nuestro programa de clase, de nuestro programa comunista. El campesino, que había recibido la tierra, todavía no tenía conciencia de ser una parte integrante, de ser un ciudadano investido con todos los derechos de la República Soviética. Los intelectuales, los “especialistas”, los hombres de negocios y toda la pequeña burguesía, los seudoespecialistas que cada día se elevaban más alto en la escala soviética bajo ropaje de especialistas observaban entonces una actitud de expectativa y dejaban el campo libre al impulso creador de las masas obreras avanzadas.

Hoy ocurre todo lo contrario: el obrero siente, ve y vivencia a cada momento que los especialistas –y peor aún, que los seudoespecialistas ignorantes y sin experiencia–, los “profesionales”, desalojan al obrero “inculto” bajo pretexto de incapacidad y ocupan los principales organismos que dirigen nuestra producción. ¡Y el partido no pone en su lugar a esos elementos ajenos a la clase trabajadora y al comunismo, sino que en cambio los favorece y busca en ellos, en vez de hacerlo en las organizaciones obreras, el remedio contra el desorden económico! No es a los obreros ni a los sindicatos ni a las organizaciones de clase a quien otorga su confianza el partido, sino a ellos. Esto es sentido por las masas obreras y, en vez de tener un partido y una clase proletaria compactos y soldados uno al otro, se produce una brecha; en vez de ir hacia la identidad, marchamos hacia la desunión… Las masas no son ciegas. Los líderes más populares pueden esforzarse por cubrir de bellas palabras su defección a una pura política de clase, pero en sus concesiones a los pequeños campesinos o al capitalismo internacional, en esta confianza que se demuestra a los mejores discípulos del sistema de producción capitalista, las masas sienten perfectamente dónde comienza el retroceso. Los obreros pueden alimentar los sentimientos más fieles y el afecto más caluroso hacia la persona de Lenin, pueden sentirse seducidos por el admirable e incomparable talento oratorio de Trotski o por su poder de organización; pueden honrar a muchos otros jefes como individuos; pero cuando “la masa” siente que no se confía en ella, en las facultades creadoras de su clase,

grita: ¡Basta! No los seguiremos más con los ojos cerrados.

[…]

La burocracia y la iniciativa de las masas

¿Burocracia o iniciativa de las masas? Este es el segundo punto de diferencias entre la cumbre y la Oposición Obrera. El problema de la burocracia se planteó en el VIII Congreso de los Soviets, pero fue analizado de manera muy superficial. Aquí como en la cuestión del rol y el carácter de los sindicatos, la discusión fue encaminada por una falsa vía. El debate es más profundo de lo que parece. En el fondo, consiste en esto: para el Estado de los Trabajadores, en el momento en que se edifica la base económica del comunismo, ¿cuál es el sistema de gobierno que asegura el campo más amplio a la iniciativa del proletariado? ¿Es el sistema burocrático de los organismos del Estado o bien la amplia y práctica iniciativa de las masas obreras?

Plantear esta cuestión del sistema de administración es enfrentar dos principios que necesariamente se excluyen uno al otro: ¿burocracia o iniciativa? ¡Se la quiere hacer entrar a la fuerza en el tema de los medios para "vivificar el aparato soviético"! Una vez más es escamotear el debate, como en la discusión sobre el rol de los sindicatos.

Hay que explicitarlo con claridad y nitidez: las medias medidas, algunas modificaciones en las relaciones entre los Burós Centrales y los órganos administrativos locales u otras innovaciones, inexistentes tanto como mezquinas –por ejemplo, el desplazamiento de algunos militantes influyentes o el envío de comunistas a las ramas administrativas del Estado, donde a pesar de sí mismos se dejan ganar por la atmósfera burocrática y se disuelven entre los elementos burgueses–, no pueden aportar la menor democratización ni la menor vida a la administración soviética.

No se trata de eso. Cualquier persona en la Rusia soviética sabe que el problema consiste en hacer participar a la mayor masa posible de obreros, campesinos y pueblo trabajador en la organización de la vida económica, de la existencia

cotidiana y del Estado de los Trabajadores. El problema es claro. En otras palabras, hay que despertar la iniciativa de las masas. Ahora bien, ¿qué se hace para facilitar y fomentar esta iniciativa? Nada. Es cierto que en cada mitin les decimos a los obreros y a las obreras: “¡Creen la vida nueva! ¡Construyan! ¡Ayuden al poder de los Soviets!”.

Pero si la masa, si un grupo de obreros y obreras se toma a pecho nuestro llamamiento e intenta ponerlo en práctica, alguno de nuestros organismos burocráticos se sentirá lesionado y les pegará en los dedos a los fogosos promotores… Todos nuestros camaradas recordarán fácilmente docenas de casos en que a los obreros se les ocurrió organizar por sí mismos un comedor, una guardería, la tala de un monte, etc.; todas las veces, el interés vivo e inmediato por la obra fue aplastado por la lentitud burocrática, por los infinitos intercambios de papeles, en un peregrinar por entre las seccionales, los rechazos, los nuevos trámites, etc. Y allí donde con sus propias fuerzas y su entusiasmo habrían podido organizar un comedor, la tala de un monte o una guardería, lo que recibían era un rechazo basado en la falta de utensilios de cocina de los depósitos centrales, de caballos para el transporte de la madera o de local para la guardería.

¡Cuánta amargura se acumula en los obreros y las obreras cuando ven y saben que, si se les diera la posibilidad de actuar, llevarían a buen fin su iniciativa! ¡Qué decepción recibir rechazos como esos cuando uno ha descubierto por sí mismo los materiales y la manera de construir!…

La iniciativa decae, el deseo de actuar muere. “Y bueno, si los Burós Centrales se ocupan de todo…”. Y así se produce la más funesta de las divisiones: “Nosotros”, es decir, la gente trabajadora, y “ellos”, es decir, los funcionarios del Estado, de los que todo depende. Y ese es el mal.

[…]

A veces, entre nosotros, el temor a la crítica y al pensamiento libre, unido al sistema burocrático, llegan a la caricatura.

¿Qué iniciativa es posible, sin embargo, sin libertad de opinión y de pensamiento? La iniciativa no solo queda en evidencia en un acto específico, en tal o cual trabajo, sino en el trabajo independiente del pensamiento. Tememos la independencia de las masas, dudamos en dar libre curso al espíritu creador del

proletariado, tememos la crítica, ya dejamos de tener confianza en las masas: de eso proviene toda nuestra burocracia. Y por eso la Oposición Obrera estima que la burocracia es nuestro enemigo, nuestro azote y el mayor peligro contra la vitalidad del Partido Comunista.

[…]

La libertad de crítica, el reconocimiento al derecho a expresarse libremente en las asambleas del partido que tienen las distintas tendencias, el derecho de discusión: todo eso dejó de ser reclamado con exclusividad por la Oposición Obrera. Bajo la creciente presión de las masas, numerosas medidas indicadas por la base antes de la Conferencia Panrusa se convertieron ahora en verdades oficialmente reconocidas. Basta con leer la plataforma del Comité de Moscú sobre la estructura interna del partido en ocasión del Congreso para decirse: la Oposición puede glorificarse del progreso de su influencia. ¿Sin ella, podría haberse esperado semejante paso a la izquierda por parte del Comité de Moscú? Y, sin embargo, no habría que exagerar la importancia de este paso, mientras sea apenas una declaración presentada en el Congreso. Podría ocurrir con esta plataforma lo que en estos últimos años sucedió tantas veces con las decisiones de nuestros dirigentes: en los congresos y las conferencias, bajo la presión abierta de las masas, se adoptan las medidas más radicales, pero, una vez que termina el Congreso, la vida vuelve a su rutina y la decisión no pasa de ser un deseo olvidado…

[…]

En cuanto a las persecuciones contra los camaradas que tuvieran una “opinión propia”, distinta de la opinión dictada desde lo alto, esa plaga no ha desaparecido… Puede citarse gran cantidad de ejemplos. Pero si estas decisiones no se llevan a la práctica, hay que deducir la necesidad de suprimir las causas esenciales que impiden su realización, es decir, expulsar del partido a los que temen la publicidad, la responsabilidad frente a la base y la libertad de crítica. Estos, en realidad, son elementos no obreros infiltrados en el partido, o bien obreros cuya mentalidad se ha ido aburguesando bajo la influencia de aquellos otros elementos. No basta con barrer del partido a los elementos no obreros mediante “revisiones”; no basta con reforzar el control en el momento de la aceptación o con otros medios; hay que saber, sobre todo, abrir ampliamente nuestras puertas a los obreros. Hay que facilitarles la entrada al Partido Comunista, hay que crear en el seno del partido una atmósfera de camaradería

mayor a fin de que el obrero se sienta en su casa, para que vea en cada uno de nuestros dirigentes no un jefe, sino un camarada con más experiencia, dispuesto a compartir con él sus conocimientos y sus saberes, dispuesto a considerar solícitamente sus necesidades y deseos.

[…]

Ahora se plantea la pregunta: ¿es necesaria una oposición? ¿Hay que felicitarse por su aparición en interés de la liberación del proletariado mundial o bien es un fenómeno indeseable que disminuye la energía combativa del partido y divide sus filas?

Cualquier camarada que no tenga prevenciones contra la Oposición y que quiera encarar el asunto, sin prejuicios y con su propio razonamiento, no como lo desean estas o aquellas autoridades reconocidas, y así analizar este problema, por estas simples aclaraciones se convencerá de que la Oposición es útil y necesaria.

Es útil, ante todo porque despierta el pensamiento de su sueño.

Durante estos años de revolución, estuvimos tan absorbidos por la acción, por el trabajo práctico, que dejamos completamente de juzgar nuestra manera de actuar desde el punto de vista de los principios y la teoría. Olvidamos que no es solo durante el período de lucha por la conquista del poder cuando el proletariado puede cometer groseros errores y perderse en los pantanos del oportunismo. También en la época de la dictadura son posibles esos errores, sobre todo cuando a nuestro alrededor ruge el océano imperialista y la República Soviética se ve obligada a actuar en ese ámbito capitalista. Entonces, no basta con ser sabios políticos y hombres de Estado, también hay que saber conducir el partido –y, por ende, a toda la clase obrera– por el camino de la intransigencia y la creatividad de clase; jamás dejar de preparar a esta clase para una lucha prolongada contra las nuevas formas de influencia burguesa con las que el capitalismo universal intenta dominar la República Soviética. Estar en guardia, afinar el oído proletario: esa, hoy más que nunca, debe ser la consigna de nuestro partido.

[…]

Pero todos los elementos que en nuestro partido están acostumbrados a reflejar el pensamiento del gigante proletariado, que crece y despliega sus alas, acopiarán y asimilarán todo lo que la Oposición aporta de sólido, de realmente sano y vital a

la estructura de nuestro partido. No sin razón, el hombre de la masa obrera declara, confiado y conciliador: “Ilich reflexionará y le dará vueltas a todo eso en su cabeza. Nos escuchará y estará con la Oposición. Ilich se quedará con nosotros”.

Cuanto más se apresure la cumbre del partido a tener en cuenta el trabajo de la Oposición y a marchar por el camino indicado por la base, más pronto saldremos de la crisis y de las dificultades presentes, más rápido atravesaremos el umbral deseado en que la humanidad, liberada de las leyes económicas ajenas a ella, comenzará por su voluntad colectiva enriquecida por los valores de la ciencia, a crear conscientemente su historia en la era del comunismo.

Emma Goldman

Poliamorosa

Kaunas (Lituania), 1869 - Toronto (Canadá), 1940





Emma GOLDMAN

LECTURES AT THE AUDITORIUM JUNE

TO-NIGHT SUBJECT - Why the poor Should not have children.

En una de sus giras de propaganda, Kollontay visitó los Estados Unidos. La anarquista Emma Goldman cuenta en sus memorias que intentó verla sin suerte. Era el año 1916, ya hacía más de dos décadas que había desembarcado en Nueva York desde lo que hoy es Lituania, y quería tener noticias de esa convulsionada Rusia que era parte de su historia. El encuentro se concretaría cuando Goldman y su compañero Alexander Berkman (Sasha) fueran deportados, en el marco de una fuerte persecución contra el anarquismo, y arribaran, al fin, a la utopía hecha realidad, donde con ojos suspicaces advirtieron las paradojas de un proceso que terminó con las injusticias del zarismo, pero ya daba señales de otros autoritarismos. Ella, que a la revolución le pedía libertad, justicia, baile y amor libre, escribió su decepción en un libro amargo: Dos años en Rusia (1922).

La misma intensidad surca los dos tomos autobiográficos que publicó a inicios de los treinta, cuando el nazismo despuntaba. La suya es una voz fresca, dubitativa hasta la ternura y decidida a presumir una trayectoria consistente. Lo debe a quienes la escuchan hace mucho, como las redactoras porteñas de La Voz de la Mujer, con quienes se escribe ya en 1896. Goldman es la militante total. Piensa como anarquista mientras se maquilla (poco) y también cuando le rompen el corazón, en la palestra y en la cocina de su casa. De tanta entrega a la causa, coquetea con el trabajo sexual para financiar el atentado al empresario Henry Clay Frick que, aunque fallido, llevará a Berkman a prisión. La escena sintetiza el consenso de izquierda sobre la prostitución, esa calamidad que –todo indica– desaparecerá en el futuro socialista. Mientras tanto, quienes la ejercen son víctimas comprendidas y cobijadas, pero calladas.

Goldman, en cambio, era oradora donde la quisieran escuchar y donde escandalizaran sus palabras. A veces la policía la detenía tras sus conferencias sobre sexualidad y anticoncepción, a veces irrumpía para llevársela. Cuando describe las experiencias de cárcel y de pasión, surgen bellas fisuras en el mármol de su imagen pública: la invasión del cuerpo, el tiempo capturado, la entrega. Si el anarquismo fue pródigo en teorías sobre el amor, resultó menos generoso en relatos personales. Por eso brillan esos pasajes en los que ella rememora devaneos morales y espirituales –el Eros de alas desplegadas de Kollontay–, y también el temblor, el deleite de lo entrevisto y esa fugaz borrachera de la carne que reclamaba Démar y que espantaba al líder bolchevique. Atrevida, Goldman ensayó acuerdos de triángulos heterosexuales, convivencias múltiples, parejas paralelas o en contacto con Berkman, a quien los biógrafos suelen llamar el “hombre de su vida”.

Tuvo otro amor muy demandante, la revista Mother Earth (1906-1917), una cantera de temáticas diversas todavía viva. Más dada a la intervención que al tratado sesudo, dejó escritos tan numerosos como las compilaciones actuales. La reclama para sí la memoria feminista aunque ella supo anunciar la “tragedia de la emancipación” y denunciar el sufragio como un fetiche para burguesas. Su cifra es clásica: sin revolución no habrá emancipación femenina, pero sin esta la revolución no vale ni una pena.

El sitio web de la Universidad de California, refugio de su archivo, abre con foto de una Goldman seria mirando cómo la presume el mismo país que la encarceló y la deportó cuando era la mujer más peligrosa del mundo.

Viviendo mi vida

I

Era el 15 de agosto de 1889, el día de mi llegada a la ciudad de Nueva York. Tenía 20 años. Todo lo que me había sucedido hasta entonces quedaba ahora atrás, desechado como un vestido viejo. Tenía delante de mí un nuevo mundo, extraño y aterrador. Pero tenía juventud, buena salud y un ideal apasionado. Estaba decidida a afrontar resueltamente lo que fuese que lo nuevo me tenía reservado.

¡Qué bien me acuerdo de aquel día! Era domingo. El tren de West Shore, el más barato, el único que podía permitirme, me había llevado de Rochester, Nueva York, y había llegado a Weehawken a las 8 en punto de la mañana, desde ahí tomé el transbordador hasta la ciudad de Nueva York. Yo no tenía amigos allí, pero llevaba conmigo tres direcciones: una de una tía mía; otra de un estudiante de Medicina que había conocido el año anterior en New Haven mientras trabajaba en la fábrica de corsés; y la otra de Freiheit, un periódico anarquista alemán publicado por Johann Most.

Todas mis posesiones consistían en cinco dólares y un pequeño bolso de mano. Mi máquina de coser, que debía ayudarme a ser independiente, la había facturado como equipaje. Comencé a caminar sin saber la distancia que había desde la calle 42 Oeste al Bowery, donde vivía mi tía, e ignorante del enervante calor de un día de agosto en Nueva York. ¡Qué confusa e interminable puede parecer una gran ciudad al recién llegado! ¡Qué inclemente y hostil!

Después de recibir muchas indicaciones correctas e incorrectas, y de hacer frecuentes paradas en intersecciones desconcertantes, en tres horas llegué a la galería fotográfica de mis tíos. Cansada y acalorada, en un principio, no me di cuenta de la consternación de mis familiares ante mi inesperada llegada. Me pidieron que me sintiera como en casa, me dieron de desayunar y luego me

bombardearon a preguntas. ¿Por qué había ido a Nueva York? ¿Había roto definitivamente con mi marido? ¿Tenía dinero? ¿Qué pensaba hacer? Me dijeron que, desde luego, podría quedarme con ellos. “¿A qué otro sitio podrías ir, una joven sola en Nueva York?”. Por supuesto, tendría que buscar trabajo de inmediato. Los negocios iban mal y el costo de vida era alto.

Oí todo esto en un estupor. Estaba demasiado cansada por haber viajado toda la noche sin dormir, por la larga caminata y por el calor del sol que ya estaba cayendo a plomo. Las voces de mis familiares sonaban distantes, como un zumbido de moscas, y me producían somnolencia. Me sobrepuse con un esfuerzo. Les aseguré que no había ido a molestarlos, que un amigo que vivía en la calle Henry me estaba esperando y me daría alojamiento. Solo deseaba una cosa: salir de allí, alejarme de aquel parloteo, de aquellas voces espeluznantes. Dejé mi bolso y salí.

El amigo que había inventado para poder escapar de “la hospitalidad” de mis parientes era tan solo un conocido, un joven anarquista llamado Hillel Solotaroff, al que había escuchado una vez en una conferencia en New Haven. Traté de encontrarlo. Después de una larga búsqueda, di con la casa; pero el inquilino se había marchado. El portero, al principio muy brusco, debió de notar mi preocupación y me dijo que buscaría la dirección que la familia había dejado cuando se mudó. Volvió pronto con el nombre de la calle, pero no tenía el número. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo encontrar a Solotaroff en la gran ciudad? Decidí ir de casa en casa, primero las de una vereda y luego las de la otra. Subí y bajé pesadamente seis tramos de escalera cada vez. Sentía punzadas en la cabeza y tenía los pies doloridos. El opresivo día estaba llegando a su fin. Cuando estaba a punto de abandonar la búsqueda, di con él en la calle Montgomery, en el quinto piso de una casa de renta plagada de gente.

Había transcurrido un año desde nuestro primer encuentro; pero Solotaroff no me había olvidado. Me saludó con calidez y cordialidad, como un viejo amigo. Me dijo que compartía un pequeño apartamento con sus padres y su hermano pequeño, pero que podía quedarme en su habitación; él se quedaría unas cuantas noches con un compañero de estudios. Me aseguró que no tendría dificultad en encontrar un sitio; de hecho, él conocía a dos hermanas que vivían con su padre en un piso de dos habitaciones y estaban buscando a otra chica para compartirlo. Después de que mi nuevo amigo sirviese té y un pastel judío delicioso que había hecho su madre, me habló de las distintas personas que podría conocer, de las actividades de los anarquistas ídish y otras cuestiones interesantes. Le estaba

agradecida a mi anfitrión, mucho más por su amistoso interés y confianza que por el té y el pastel. Me olvidé de la amargura que me había embargado después de la cruel recepción que me habían dado los de mi propia sangre. Nueva York ya no era el monstruo que me había parecido en las horas interminables de mi dolorosa marcha por el Bowery.

Más tarde, Solotaroff me llevó al café de Sachs, en la calle Suffolk. Según me informó, era el lugar de reunión de los radicales, socialistas y anarquistas, así como de los jóvenes escritores y poetas ídish del East Side. “Todo el mundo se reúne allí” –señaló–. “Las hermanas Minkin, sin duda, también estarán”.

Para alguien que, como yo, acababa de llegar de la monotonía de una ciudad provinciana como Rochester y tenía los nervios de punta después de una noche entera de viaje en un coche mal ventilado, el ruido y el tumulto del café de Sachs no eran en verdad muy relajantes. El lugar consistía en dos habitaciones y estaba abarrotado. Todo el mundo hablaba, gesticulaba y discutía, en ídish y en ruso, compitiendo unos con otros. Casi me sentí abatida en esta extraña mezcolanza humana. Mi acompañante dio con dos chicas sentadas a una mesa. Me las presentó como Anna y Helen Minkin.

Eran dos trabajadoras judías rusas. Anna, la mayor, era más o menos de mi edad; Helen quizá tuviera 18 años. Pronto llegamos a un acuerdo sobre irme a vivir con ellas y así terminaron mi ansiedad y mi incertidumbre. Tenía un techo, había encontrado amigos. El barullo del café de Sachs ya no importaba. Empecé a respirar más libremente, a sentirme menos una extraña.

Mientras los cuatro cenábamos y Solotaroff me señalaba a la diversa gente presente en el café, de pronto oí una voz estentórea que gritaba: “¡Filete extragrande! ¡Taza de café extra!”. Mi propio capital era tan pequeño y la necesidad de economizar tan grande que me quedé perpleja por semejante extravagancia. Además, Solotaroff me había dicho que los clientes de Sachs eran solo trabajadores, escritores y estudiantes pobres. Me preguntaba quién podía ser ese osado y cómo es que podía permitirse tanta comida. “¿Quién es ese glotón?”, pregunté. Solotaroff rio a carcajadas. “Es Alexander Berkman. Puede comer por tres, raras veces tiene suficiente dinero para tanta comida. Cuando lo tiene, se come todas las provisiones de Sachs. Te lo presentaré”.

Habíamos terminado de comer y varias personas se acercaron a la mesa para hablar con Solotaroff. El hombre del filete extragrande todavía estaba atareado,

parecía que tenía hambre de varias semanas.

[…]

IV

[…]

Por fin llegó la noche tan esperada, mi primer mitin en memoria de los mártires [de Chicago]. Desde que había leído en los periódicos de Rochester sobre la impresionante marcha a Waldheim –una fila de trabajadores que superaba los ocho kilómetros de longitud acompañó a los muertos al lugar de su último descanso– y sobre los grandes mítines que se habían celebrado en todo el mundo, había deseado fervientemente participar en este acontecimiento. Y llegó el momento. Fui con Sasha [Berkman] a la Cooper Union.

Encontramos la histórica sala abarrotada, pero […] conseguimos finalmente pasar. Incluso la tribuna estaba llena de gente. Estaba desconcertada, hasta que vi a Most al lado de un hombre y de una mujer; su presencia hizo que me sintiera a gusto.

Sus dos acompañantes eran personas distinguidas: el hombre irradiaba simpatía, pero la mujer, vestida con un traje ajustado de terciopelo negro y larga cola, con la cara enmarcada por una gran melena cobriza, parecía fría y altiva. Evidentemente, pertenecía a otro mundo.

[…]

Pronto empezó el mitin. Shevitch y Alexander Jonas (prosecretario de redacción del Volkszeitung) y otros oradores, en varios idiomas, contaron la historia que había oído en primer lugar de Johanna Greie. Desde entonces la había leído y releído hasta que supe de memoria cada detalle.

Shevitch y Jonas eran unos oradores impresionantes. Los demás me dejaron fría. Luego Most subió a la tribuna y el resto pareció borrarse. Me vi atrapada en el

torbellino de su elocuencia, zarandeada, mi alma se contraía y se expandía con los cambios de tono de su voz. Ya no era un discurso. Eran truenos mezclados con los destellos de los rayos. Era un grito apasionado y salvaje contra lo que había sucedido en Chicago, una llamada feroz a batallar contra el enemigo, una llamada a la propaganda por el hecho, a la venganza.

El mitin terminó. Sasha y yo marchamos con el resto de los asistentes. No podía hablar; caminamos en silencio. Cuando llegamos a la casa donde vivía, todo mi cuerpo comenzó a temblar como si tuviera fiebre. Un anhelo irresistible me invadió, un deseo indecible de entregarme a Sasha, encontrar en sus brazos alivio para la terrible tensión de la noche.

Mi estrecha cama daba sitio ahora a dos cuerpos, apretados el uno contra el otro. La habitación ya no era oscura; una luz suave y sedante parecía salir de algún lado. Como en un sueño, escuché palabras dulces y cariñosas susurradas al oído, a la manera de las bonitas y apacibles nanas rusas de mi infancia. Me dio sueño, mis pensamientos se volvieron confusos.

El mitin… Shevitch sosteniéndome… el rostro frío de Helene von Dönniges… Johann Most… la fuerza y el prodigio de su discurso, su llamada a la aniquilación. ¿Dónde había oído esa palabra antes? Ah, sí, […] los nihilistas. El horror que me había provocado su crueldad me invadió de nuevo. Pero bueno, ¡ella no era una idealista! Most era un idealista y, sin embargo, él también preconizaba la aniquilación. ¿Podían ser crueles los idealistas? Los enemigos de la vida, la felicidad y la belleza son crueles. Son despiadados, mataron a nuestros compañeros. Pero ¿debemos también nosotros exterminar?

De repente me espabilé, era como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Sentí una mano tímida y temblorosa deslizarse sobre mi cuerpo. Con ansia me volví hacia ella, hacia mi amante. Nos sumimos en un abrazo feroz. De nuevo sentí un dolor espantoso, como si me estuvieran cortando con una navaja afilada. Pero el dolor quedó embotado por la pasión, que se abría paso a través de todo lo que había sido suprimido, de lo inconsciente, de lo que estaba dormido.

El día me encontró todavía anhelante, ávida de caricias. Mi amado yacía a mi lado, rendido. Me incorporé, apoyé la cabeza en mi mano y durante largo rato observé el rostro del muchacho que tanto me había atraído y repelido al mismo tiempo, que podía ser tan severo y cuyas caricias eran, sin embargo, tan tiernas. Mi corazón se llenó de amor, de la certidumbre de que nuestras vidas quedaban

unidas para siempre. Besé sus cabellos y luego yo también me quedé dormida.

La gente que me había alquilado la habitación dormía al otro lado de la pared. Su cercanía siempre me había turbado y, ahora, con Sasha a mi lado, me daba la impresión de ser vista. Él tampoco tenía intimidad donde vivía. Sugerí que buscáramos juntos un departamento pequeño, él recibió la idea con alegría. Cuando le contamos a [nuestro amigo y compañero] Fedia el plan, pidió venirse él también. La cuarta de nuestra pequeña comuna fue Helen Minkin. La fricción con su padre se había vuelto más violenta desde que me había mudado y ya no podía soportarlo más. Nos suplicó que la dejáramos irse a vivir con nosotros. Alquilamos un piso de cuatro habitaciones en la calle 42; a todos nos pareció un lujo tener nuestra propia casa.

Desde el principio, nos pusimos de acuerdo en compartirlo todo, vivir como verdaderos compañeros. Helen siguió trabajando en la fábrica de corsés y yo dividía mi tiempo entre coser blusas de seda y cuidar de la casa. Fedia se dedicó solo a pintar. Los óleos, telas y pinceles valían más de lo que podíamos permitirnos, pero nunca se nos ocurrió quejarnos. De vez en cuando, vendía un cuadro a algún marchand por quince o veinte dólares, después de lo cual me traía un gran ramo de flores o algún regalo. Sasha lo censuraba por eso. La idea de gastar dinero en esas cosas cuando el movimiento lo necesitaba tanto le resultaba intolerable. Su enojo no tenía efecto alguno en Fedia. Se reía, lo llamaba fanático y le decía que no tenía ningún sentido de la belleza.

Un día Fedia llegó con un saco de punto de seda a rayas azules y blancas, precioso, y muy de moda entonces. Cuando Sasha llegó a casa y lo vio, se puso furioso, llamó a Fedia manirroto y burgués incurable, y le dijo que nunca llegaría a ser nada en el movimiento. Casi llegaron a las manos; al final, los dos se marcharon. La severidad de Sasha me dolía enormemente. Empecé a dudar de su amor. No podía ser muy grande o no estropearía las pequeñas alegrías que Fedia me prodigaba. Era cierto que el saco costaba dos dólares y medio. Quizá era extravagante que Fedia gastara tanto dinero. Pero ¿cómo podía dejar de amar las cosas bonitas? Eran una necesidad para su alma de artista. Estaba resentida y me alegré cuando Sasha no volvió aquella noche.

Estuvo fuera unos días, durante los cuales pasé mucho tiempo con Fedia. Poseía tantas cualidades de las que Sasha carecía y que yo necesitaba ardientemente… Su sensibilidad, su amor por la vida y la belleza lo hacían más humano, más afín a mí. Nunca esperó de mí que viviera de acuerdo con la Causa. A su lado me

sentía aliviada.

Una mañana, Fedia me pidió que posara para él. No sentí vergüenza alguna al estar desnuda ante él. Estuvo trabajando durante un rato, no hablábamos. Luego empezó a complicarse aquí y allí y dijo que tendría que dejarlo: no podía concentrarse, la inspiración había pasado. Me fui detrás del biombo a vestirme. No había terminado cuando oí unos sollozos violentos. Salí corriendo y encontré a Fedia echado en el sofá, la cabeza enterrada en la almohada, llorando. Mientras me inclinaba sobre él, se incorporó y empezó a decir atropelladamente que me quería, que me amaba desde el principio, que, por Sasha, había intentado mantenerse apartado, había luchado con desesperación contra sus propios sentimientos, pero se había dado cuenta de que no servía de nada. Tendría que mudarse.

Me senté a su lado, tomé su mano y acaricié sus suaves cabellos ondulados. Fedia siempre me había atraído por su solicitud, por sus delicadas reacciones y por su amor a la belleza. Ahora sentía algo más fuerte dentro de mí. Me preguntaba si podía ser amor. ¿Se podía amar a dos personas al mismo tiempo? Yo amaba a Sasha. En ese mismo momento mi resentimiento por su rudeza dio paso al anhelo por mi fuerte y ardoroso amante. Sin embargo, sentía que Sasha no llegaba a todos los rincones de mi ser, esos que Fedia quizá podría alcanzar. ¡Sí, tiene que ser posible amar a más de una persona a la vez! Decidí que lo que había sentido por el niño artista tenía que ser amor, sin que me hubiera dado cuenta hasta ese momento.

Le pregunté a Fedia qué pensaba sobre amar a dos o más personas a un tiempo. Me miró con sorpresa y dijo que no sabía, hasta entonces nunca había amado a nadie. Su amor por mí había excluido lo demás. Sabía que ninguna otra mujer podría importarle mientras me amara. Y que estaba seguro de que Sasha nunca me compartiría, que era posesivo.

Me molestó que hablara de compartirme. Insistí en que una persona solo responde a lo que otra es capaz de evocar en ella. No creía que Sasha fuera posesivo. Alguien que tan fervientemente creía en la libertad y que la predicaba de todo corazón no podía poner ninguna objeción a que me entregara a otra persona. Convinimos en que, pasara lo que pasara, no debía haber engaños. Debíamos contarle con sinceridad a Sasha lo que sentíamos. Él lo comprendería.

Aquella noche Sasha volvió a casa directamente del trabajo. Como siempre, nos

sentamos los cuatro a cenar. Hablamos de cosas diversas. No hubo comentarios sobre la ausencia de Sasha ni tuve oportunidad de hablar con él a solas sobre el nuevo amor de mi vida. Fuimos todos a escuchar una conferencia a la calle Orchard.

Después, Sasha se vino a casa conmigo y Fedia y Helen se quedaron. Ya en el piso, me pidió permiso para entrar en mi habitación. Luego empezó a hablar, a desahogarse por completo. Dijo que me quería muchísimo, que quería que yo tuviera cosas bonitas, que él también amaba la belleza. Pero que amaba a la Causa más que a nada en el mundo. Que por ella renunciaría incluso a nuestro amor. Sí, y a su propia vida.

Me habló del famoso catecismo revolucionario ruso que exigía de los verdaderos revolucionarios que abandonaran sus hogares, sus padres, amores, hijos, todo lo que amaban. Él estaba de acuerdo en todo y estaba decidido a evitar que nada se pusiera en su camino. “Pero te amo”, repetía. Su intensidad, su inflexible fervor revolucionario me irritaban al tiempo que me atraían hacia él como un imán. Fuera lo que fuera lo que había sentido por Fedia, se había disipado. Sasha, mi maravilloso, entregado, obsesionado Sasha, me llamaba. Me sentía completamente suya.

Al día siguiente, tenía que ir a ver a [Johann] Most. Me había hablado de un breve ciclo de conferencias que estaba preparando para mí, pero, aunque no me lo había tomado en serio, me pidió que fuera a verlo.

[…]



[…]

Me sumergí en el trabajo con todas mis fuerzas y estaba tan absorbida por él que lo demás no existía. Mi labor consistía en conseguir que las chicas que pertenecían al oficio secundaran la huelga. Con este propósito se organizaron mítines, conciertos, encuentros y bailes. En estos acontecimientos sociales, no

era difícil hacer comprender a las chicas la necesidad de hacer causa común con sus hermanos de huega. Yo tenía que hablar a menudo y cada vez me perturbaba menos subir a la tribuna. Mi fe en la justicia de la huelga me ayudaba a dramatizar mis exposiciones y transmitir convicción. En unas cuantas semanas, mi trabajo llevó a montones de muchachas a participar en la huelga.

Estaba viva de nuevo. En los bailes era una de las más alegres e incansables. Una noche, un primo de Sasha, un muchacho muy joven, me llevó aparte. Con gravedad, como si fuera a anunciarme la muerte de un compañero querido, me susurró que bailar no era propio de un agitador. Al menos, no con ese abandono. Era indigno de una persona que estaba en camino de convertirse en alguien importante en el movimiento anarquista. Mi frivolidad solo haría daño a la Causa.

La insolencia del muchacho me puso furiosa. Le dije que se metiera en sus asuntos, estaba cansada de que me echaran siempre en cara la Causa. No creía que una Causa que defendía un maravilloso ideal, el anarquismo, la liberación de las convenciones y los prejuicios exigiera la negación de la vida y la felicidad. Insistí en que la Causa no podía esperar de mí que me metiera a monja y que el movimiento no debería ser convertido en un claustro. Si significaba eso, no quería saber nada de ella. “Quiero libertad, el derecho a expresarse libremente, el derecho de todos a las cosas bellas”. Eso significaba “anarquismo” para mí y lo viviría así a pesar del mundo entero, de la cárcel, de las persecuciones, de todo. Sí, viviría mi ideal, incluso a pesar de la condena de mis compañeros más próximos.

Había ido exaltándome cada vez más, hablando cada vez más alto. Me vi rodeada por mucha gente. Se oían aplausos mezclados con gritos de protesta de que estaba equivocada, de que uno debería considerar a la Causa por encima de todo. Todos los revolucionarios rusos habían hecho eso, nunca habían sido conscientes de sí mismos. Querer disfrutar de cualquier cosa que nos alejara del movimiento no era más que egoísmo. En la algarabía, la voz de Sasha era una de las que más se oían.

Me volví hacia él. Estaba junto a Anna Minkin. Había notado el creciente interés del uno por el otro, mucho antes de nuestro último altercado. Luego, Sasha se marchó de nuestro piso, donde Anna nos visitaba casi a diario.

[…]

Mi compasión por nuestra sirvienta Amalia se había debido, casi seguro, a la circunstancia de que iba a tener ein Kindchen [un niñito]. Me gustaban los niños apasionadamente, y ahora… Ahora yo misma podía tener un hijo y vivenciar el misterio y el prodigio de la maternidad. Cerré los ojos y soñé despierta.

Sin embargo, una sombra cruel me atenazaba el corazón. Mi infancia desgraciada se alzaba ante mí. Mi ansia de afecto, que Madre fue incapaz de satisfacer, la dureza de Padre hacia nosotros, sus arrebatos de ira, sus palizas. Dos experiencias, en especial, permanecían frescas en mi mente. Una vez Padre me azotó con una correa de tal manera que mi hermano Herman se despertó con mis gritos y fue corriendo y mordió a Padre en la pantorrilla. Dejó de pegarme. [Mi hermana] Helena me llevó a su habitación, me lavó la espalda, me trajo leche y me estrechó contra sí, sus lágrimas se mezclaban con las mías mientras Padre, al otro lado de la puerta, estaba fuera de sí: “¡La mataré! ¡Mataré a esa mocosa! ¡Le enseñaré a obedecer!”.

Otra vez, en Königsberg, mi familia, habiendo perdido todo en Popelan, era demasiado pobre para permitirse llevarnos a la escuela a Herman y a mí. El rabino de la ciudad, un familiar lejano, prometió ocuparse del asunto, pero insistió en que se le dieran informes todos los meses de nuestro comportamiento y progresos en la escuela. Yo sentía esto como una humillación, pero tenía que llevar los informes. Un día me pusieron bajas notas por mala conducta. Fui a casa temblando de miedo. No podía enfrentarme a Padre y mostré el papel a Madre. Empezó a llorar, dijo que sería la ruina de la familia, que era una niña desagradecida y terca y que tendría que mostrarle el papel a Padre. Pero que me defendería ante él, aunque no lo merecía. Apesadumbrada, me alejé de ella. Miré por la ventana los campos en la distancia. Había niños jugando, parecían pertenecer a otro mundo, no había habido mucho juego en mi vida. Se me ocurrió una idea: ¡sería maravilloso si me aquejara alguna terrible enfermedad! Eso seguro ablandaría el corazón de Padre. Nunca se ablandaba, excepto en Sukkes [Sukot], la fiesta otoñal. Padre no bebía, a no ser en algunas fiestas judías, especialmente en ese día. Se ponía alegre, reunía a los niños a su alrededor, nos prometía vestidos nuevos y juguetes. Era el único momento feliz de nuestras vidas y ansiábamos que llegara. Era solo una vez al año. Desde que tengo uso de razón, lo recuerdo diciendo que no me había querido. […]

Mi padre era guapo, apuesto, y estaba lleno de vitalidad. Lo quería a pesar de temerle. Deseaba que él me amara, pero nunca supe cómo llegar hasta su corazón. Su severidad solo servía para que le llevara la contraria aún más. ¿Por

qué era tan duro? Eso me preguntaba mientras miraba a través de la ventana, perdida en mis recuerdos.

De repente, sentí un dolor terrible en la cabeza, como si me hubieran golpeado con una barra de hierro. Había sido Padre, me había pegado con el puño sobre la peineta que llevaba para sujetarme el pelo. Me aporreaba, me arrastraba de un lado a otro gritando: "¡Eres mi desgracia! ¡Siempre lo serás! ¡No puedes ser hija mía, no te pareces ni a mí, ni a tu madre; no eres como nosotros!".

Helena forcejeó con él para que me dejara. Intentó soltarme de sus garras, y los golpes destinados a mí cayeron sobre ella. Por fin, Padre se cansó, se sintió mareado y cayó de cabeza al suelo. Helena le gritó a Madre que Padre se había desmayado. Me llevó deprisa a su habitación y cerró la puerta con llave.

Todo el amor y el anhelo hacia mi padre se trocaron en odio. Después de aquello, siempre lo evitaba y nunca le dirigía la palabra, a no ser para contestar a sus preguntas. Hacía de forma mecánica lo que se me decía. El abismo que existía entre nosotros se agrandó con los años. Mi hogar se había convertido en una prisión. Cada vez que intentaba escapar, me atrapaban y volvían a atarme con las cadenas que Padre había forjado para mí. De San Petersburgo a América, de Rochester a mi matrimonio, varias veces había intentado escapar. La última y definitiva fue antes de dejar Rochester para ir a Nueva York.

Madre no había estado sintiéndose bien y fui a ordenar la casa. Estaba fregando el suelo mientras Padre me machacaba con sus quejas, por haberme casado con [Jacob] Kershner, por haberlo dejado y por haber vuelto a él. "Eres una perdida" –siguió diciendo–, "siempre has sido la oveja negra de la familia". Hablaba mientras yo seguía fregando.

Entonces, algo saltó dentro de mí; mi infancia solitaria y desgraciada, mi adolescencia atormentada, mi juventud carente de alegrías: todo se lo eché en cara. Se quedó pasmado. Yo enfatizaba cada acusación con un golpe del cepillo sobre el suelo. Todos los crueles incidentes de mi vida salieron a relucir. El granero donde vivíamos, la voz airada de Padre que tronaba en él, su maltrato a los sirvientes, el control férreo sobre mi madre; todo lo que me atormentaba por el día y me aterrorizaba por la noche se lo recordé ahora en mi encono. Le dije que si no me había convertido en una ramera, como me llamaba, no era gracias a él. Había estado a punto de lanzarme a la calle más de una vez. El amor y la devoción de Helena eran lo que me había salvado.

Mis palabras salían atropelladamente, el cepillo golpeaba el suelo con todo el odio y el resentimiento que sentía hacia mi padre. La escena terminó con mis gritos histéricos. Mis hermanos me levantaron y me llevaron a la cama. Me fui de la casa a la mañana siguiente. No volví a ver a Padre antes de irme a Nueva York.

Después de aquello aprendí que mi trágica infancia no había sido una excepción, que había miles de niños no queridos, lastimados y destrozados por la pobreza y, más aún, por falta de comprensión. Ningún hijo mío se sumaría a esas desafortunadas víctimas.

Había también otra razón: mi creciente dedicación a mi nuevo ideal. Estaba decidida a entregarme completamente a él. Para cumplir esa misión debía permanecer libre y sin ataduras. Años de dolor y de callado anhelo por un hijo… ¿qué eran comparados con el precio que muchos mártires habían pagado? Yo también pagaría mi precio, soportaría el dolor, encontraría una salida para mi instinto maternal en el amor a todos los niños. La operación [ginecológica que me habían recomendado] no se realizó.

Varias semanas de descanso y los cariñosos cuidados de mis amigos –de Sasha, que había vuelto a casa; de las hermanas Minkin; de Most, que venía a verme a menudo y me mandaba flores, y sobre todo, del niño artista– me devolvieron la salud. Me levanté de mi lecho con renovada fe en mis fuerzas. Como Sasha, sentía que ahora podía vencer cualquier dificultad, enfrentarme a cualquier prueba por mi ideal. ¿No había vencido el más fuerte y primitivo anhelo de cualquier mujer, el deseo de tener un hijo?

Durante aquellas semanas, Fedia y yo nos convertimos en amantes. Me había dado cuenta de que mis sentimientos por Fedia no tenían relación con mi amor por Sasha. Cada uno despertaba en mí diferentes emociones, me transportaba a mundos diferentes. No percibía conflicto alguno, solo me aportaban plenitud.

Le hablé a Sasha de mi amor por Fedia. Su respuesta fue más grande y más maravillosa de lo que había esperado. “Creo en tu libertad para amar”, dijo. Era consciente de sus inclinaciones posesivas y las odiaba como todo lo que su educación burguesa le había dado. Quizá si Fedia no fuera su amigo, estaría celoso. Pero no solo Fedia era su amigo, era también su compañero en la batalla; y yo era para él más que una mujer. Su amor por mí era profundo, pero la revolucionaria y la luchadora significaban más para él.

Cuando nuestro amigo artista llegó a casa ese día, se abrazaron. Hasta entrada la noche hablamos sobre nuestros planes para actividades futuras. Al separarnos, habíamos hecho un pacto: dedicarnos a la Causa realizando una hazaña suprema, morir juntos si fuera necesario o continuar viviendo y trabajando por el ideal por el que alguno de nosotros quizá tuviera que dar la vida.

Los días y las semanas que siguieron estuvieron iluminados por la gloriosa nueva luz que irradiaba dentro de nosotros. Nos volvimos más pacientes los unos con los otros, más comprensivos.

[…]

VIII

[…]

Sasha dijo que el plan [de quitarle la vida al empresario rompehuelgas Henry Clay Flick] debía llevarse a término, sin importar cómo consiguiéramos el dinero. Estaba ya claro que los dos no podríamos ir. Tuve que escuchar sus súplicas y dejarlo ir solo. Reiteró su fe en mí y en mi fuerza […]

Les dijimos a los que nos estaban dando hospitalidad que Sasha se marcharía esa noche, pero no les revelamos el motivo de su marcha. Hubo una sencilla cena de despedida, todo el mundo bromeó y rio y yo me uní a la alegría. Me esforcé en estar alegre para animar a Sasha, pero mis risas ocultaban sollozos reprimidos. […]

Me desperté con una idea muy clara de cómo conseguir el dinero para Sasha. Haría la calle. Permanecí echada preguntándome cómo se me había ocurrido. Me acordé de Crimen y castigo de Dostoievski, que me había impresionado profundamente, en especial el personaje de Sonia, la hija de Marmeládov. Se había hecho prostituta para poder mantener a sus hermanos pequeños y evitarle preocupaciones a su madrastra, que estaba enferma de tuberculosis. Veía a Sonia recostada en su catre, de cara a la pared, los hombros crispados. Me sentía casi de la misma manera. Si la sensible Sonia podía vender su cuerpo, ¿por qué yo

no? Mi causa era más grande que la suya. Era Sasha, su gran acción, el pueblo. ¿Pero sería capaz de hacerlo, ir con extraños por dinero? Sentía asco solo de pensarlo. Enterré la cabeza en la almohada para no ver la luz. “¡Débil, cobarde!” –dijo una voz interior–. “¡Sasha está dando su vida, y a ti te horroriza dar tu cuerpo, cobarde miserable!”. Tardé varias horas en recuperar el dominio de mí misma. Cuando me levanté, había tomado una decisión.

Mi principal preocupación era si podía hacerme atractiva a los ojos de los hombres que buscan chicas en la calle. Me acerqué al espejo para examinar mi cuerpo. Parecía cansada, pero mi piel estaba bien, no necesitaría maquillaje. Mi pelo rizado y rubio iba bien con mis ojos azules. Demasiado ancha de caderas para mi edad, pensé; solo tenía 23 años. Bueno, era de raza judía. Además, llevaría corsé y parecería más alta con tacones (nunca había usado ninguna de las dos cosas).

Corsés, zapatos de tacón alto, lencería fina… ¿De dónde iba a sacar el dinero para todo eso? Tenía un vestido blanco de lino adornado con bordados caucasianos. Podía conseguir tela suave color piel y hacerme yo misma la ropa interior. Sabía que las tiendas de la calle Grand eran baratas.

Me vestí deprisa y busqué a la criada, que se había mostrado afectuosa conmigo, y me prestó cinco dólares sin hacer preguntas. Salí a hacer las compras. Cuando volví, me encerré en mi habitación. No quería ver a nadie. Estaba ocupada preparando mi ropa y pensando en Sasha. ¿Qué diría? ¿Lo aprobaría? Estaba segura de que sí. Siempre había insistido en que el fin justificaba los medios, que el verdadero revolucionario no se echaría atrás en nada para servir a la Causa.

Sábado por la noche, 16 de julio de 1892. Camino arriba y abajo por la calle 14, una más del largo desfile de chicas que tan a menudo había visto ejerciendo su oficio. No estaba nerviosa al principio, pero cuando miré a los hombres que pasaban y vi sus miradas vulgares y su forma de acercarse a las mujeres, se me estrujó el corazón. Quería desaparecer, volver a mi habitación, arrancarme la lencería barata y lavarme hasta quedar limpia. Pero una voz seguía resonando en mis oídos: “Tienes que resistir; Sasha, su acción: todo estará perdido si fracasas”.

Seguí caminando, pero algo más fuerte que yo misma me hacía caminar más aprisa cuando algún hombre se acercaba. Uno fue bastante insistente y salí corriendo. A las 11 de la noche estaba ya exhausta. Me dolían los pies, por los tacones, y la cabeza. Estaba a punto de echarme a llorar, a raíz del cansancio y

de la repugnancia que sentía hacia mí misma por no poder llevar a cabo lo que había ido a hacer.

Hice otro esfuerzo. Me quedé en la esquina de la calle 14 y la 4ª Avenida, cerca del edificio del banco. Decidí que me iría con el primero que me lo pidiera. Un hombre alto, de aspecto distinguido, bien vestido, se me acercó. “Tomemos algo, pequeña”, dijo. Tenía el pelo canoso, aparentaba unos 60 años, pero tenía el rostro rubicundo. “De acuerdo”, respondí. Me tomó del brazo y me condujo a un bar de Union Square que había frecuentado con Most. “¡Aquí no!” –casi grité–, “por favor, aquí no”. Lo llevé a la puerta trasera de un salón entre la calle 13 y la 3ª Avenida. Había estado allí una vez por la tarde para tomar una cerveza. Estaba limpio y tranquilo entonces.

Esa noche estaba lleno de gente, y nos fue difícil conseguir una mesa. El hombre pidió las bebidas. Como tenía la garganta seca, pedí un vaso grande de cerveza. Ninguno hablaba. Era consciente de que la mirada del hombre me escrutaba el cuerpo y la cara. Empecé a sentirme molesta. Luego preguntó:

–Eres nueva en el negocio, ¿verdad?

–Sí, es la primera vez; pero ¿cómo lo sabe?

–Te estuve observando –respondió.

Me dijo que había notado la expresión angustiada de mi rostro y que me apresuraba cuando algún hombre se me acercaba. Comprendió entonces que no tenía experiencia; cualquiera que fuera la razón que me había lanzado a la calle, sabía que no era por falta de moralidad o por diversión.

–Pero miles de chicas lo hacen por necesidad económica –repliqué.

Me miró sorprendido.

–¿De dónde has sacado eso?

Quería hablarle de la cuestión social, de mis ideas, quién y qué era, pero me contuve. No debo revelar mi identidad, sería horrible si se descubriera que Emma Goldman, la anarquista, había estado haciendo de buscona en la calle 14. ¡Qué historia tan jugosa para la prensa!

Dijo que no estaba interesado por los problemas económicos y que no le importaba el motivo de mis acciones. Solo quería decirme que para ser prostituta había que valer.

–Tú no vales, eso es todo –me aseguró. Sacó un billete de diez dólares y me lo puso delante–. Tómalo y vete a casa.

–Pero, ¿por qué me da dinero si no quiere que vaya con usted?

–Bueno, para cubrir los gastos que debes de haber tenido para vestirte así –contestó–. Tu vestido es precioso, aunque no pegue con esas medias y esos zapatos baratos.

Estaba demasiado sorprendida para decir algo. Había conocido a dos categorías de hombres: los vulgares y los idealistas. Uno del primer grupo no habría dejado pasar una oportunidad de poseer a una mujer ni habría pensado en ella más que como un objeto de deseo. Los idealistas defendían resueltamente la igualdad de sexos, al menos en teoría; pero los únicos que practicaban lo que predicaban eran los radicales judíos y rusos. Este hombre, que me había levantado de la calle y que estaba conmigo en el salón trasero de un bar, parecía pertenecer a una clase por completo diferente. Me interesaba. Debía de ser rico. Pero ¿daría un hombre rico algo por nada? Me vino a la memoria el fabricante Garson; él ni siquiera me había concedido un pequeño aumento de salario.

Quizá este hombre era uno de esos salvadores de almas sobre los que había leído, gente que estaba siempre limpiando Nueva York del vicio. Se lo pregunté. Se rio y dijo que no era un entrometido profesional. Si hubiera pensado que yo quería realmente estar en la calle, no se habría preocupado.

–Por supuesto, puedo estar completamente equivocado –añadió–, pero no me importa. Ahora mismo estoy convencido de que no estás hecha para ser una buscona y que, si lo consigues, te odiarás después.

Dijo también que, si no estuviera convencido, me tomaría como amante.

–¿Para siempre? –grité.

–¡Ahí lo tienes! –contestó–, te asustas solo de pensarlo y aún tienes esperanzas de tener éxito en la calle. Eres una niña encantadora, pero tonta, inexperta y pueril.

–Cumplí 23 años el mes pasado –protesté, molesta por ser tratada como una niña.

–Eres una viejecita –dijo riendo–, pero incluso los viejos pueden ser niños atolondrados. Mírame a mí; tengo 61 años y a menudo hago tonterías.

–Como creer en mi inocencia, por ejemplo –repliqué.

La sencillez de sus modales me gustaba. Le pedí que me diera su nombre y dirección para poder devolverle los diez dólares algún día. Pero se negó. Dijo que le gustaban los misterios. En la calle, me tomó la mano un momento y luego partimos en direcciones opuestas.

Aquella noche di vueltas en la cama durante horas. Tenía el sueño intranquilo; soñaba con Sasha, Frick, Homestead [sede de sus acerías], la calle 14 y el afable extraño. A la mañana siguiente, mucho después de despertarme, las imágenes persistían. Entonces, vi mi monedero sobre la mesa. Salté de la cama, lo abrí con manos temblorosas… ¡Adentro estaban los diez dólares! ¡Entonces, realmente había sucedido!

El lunes llegó una corta nota de Sasha. Escribía que había conocido a [los activistas] Carl Nold y a Henry Bauer. Había fijado como fecha para realizar la acción el sábado siguiente, siempre y cuando pudiera mandarle el dinero que necesitaba. Estaba seguro de que no le fallaría. La carta me decepcionó un poco. Su tono era frío y superficial, y me pregunté cómo escribiría el extraño a la mujer que amaba. De un respingo, me liberé de esas ideas. Era una locura pensar así cuando Sasha estaba preparando acabar con una vida y perder la suya en el intento. ¿Cómo podía pensar en Sasha y en ese extraño al mismo tiempo? Tenía que conseguir más dinero para mi muchacho.

Le mandaría un telegrama a Helena pidiéndole quince dólares. No había escrito a mi querida hermana durante muchas semanas y odiaba pedirle dinero sabiendo lo pobre que era. Me parecía un crimen. Finalmente le dije que me había enfermado y que necesitaba quince dólares. Sabía que nada le impediría conseguir esa suma si creía que estaba enferma. Pero me oprimía un sentimiento de vergüenza, como otra vez en San Petersburgo que la había engañado.

Recibí el dinero de Helena por cable. Le envié veinte a Sasha y devolví los cinco que me habían prestado para mi ropa de gala. […]

XXIV

Búfalo presionaba para obtener mi extradición, pero Chicago pedía datos auténticos sobre el caso.[10] Había hecho ya varias declaraciones ante el tribunal, en cada ocasión el fiscal del distrito de Búfalo había presentado muchas pruebas circunstanciales para inducir al estado de Illinois a entregarme. Pero Illinois exigía pruebas concretas. En algún sitio había algún obstáculo que causaba más retrasos. Pensé que probablemente el jefe de policía O'Neill estuviese detrás de todo eso.

La actitud de O'Neill hacia mí había cambiado el comportamiento de todos los oficiales de la comisaría de la calle Harrison. La matrona y los dos policías asignados para vigilar mi celda empezaron a prodigarme todo tipo de atenciones. El oficial del turno de noche aparecía ahora con los brazos cargados de paquetes con frutas, golosinas y bebidas más fuertes que el mosto. "De un amigo que regentea un bar a la vuelta de la esquina" –decía–, "un admirador". La matrona me traía también flores del mismo desconocido. Un día, llegó con el mensaje de que iba a enviarme una gran cena para el domingo siguiente.

–¿Quién es el hombre y por qué me admira? –pregunté.

–Bueno, todos nosotros somos demócratas y McKinley es republicano –respondió.

–¿No querrá decir que se alegra de que hayan intentado matar a McKinley? –exclamé.

–No exactamente, pero tampoco lo siento –dijo–. Tenemos que fingir, sabe, pero no nos afectó a ninguno.

–Yo no quería que muriera McKinley –le dije.

–Lo sabemos –sonrió–, pero está dando la cara por el muchacho.

Me preguntaba cuánta gente más estaba fingiendo, como los guardianes de la

comisaría, la misma clase de compasión hacia el presidente herido.

Incluso algunos periodistas no parecían estar perdiendo el sueño por el asunto. Uno de ellos se quedó bastante sorprendido cuando le dije que, en mi calidad de enfermera, cuidaría de McKinley si fuera necesario, aunque mis simpatías estaban con Czolgosz.

–Eres un enigma, Emma Goldman –dijo–, no te comprendo. Simpatizas con Czolgosz; sin embargo, cuidarías del hombre al que intentó matar.

–Como reportero, no se espera de ti que comprendas las complejidades del alma humana –le aclaré–. Ahora escucha, a ver si puedes comprenderlo. El muchacho de Búfalo es una criatura acorralada. Millones de personas están dispuestas a saltar sobre él y despedazarlo, miembro a miembro. No cometió el atentado por razones personales o por propio beneficio. Lo hizo por lo que es su ideal: el bienestar del pueblo. Por eso mis simpatías están con él. Por otra parte, William McKinley, herido y probablemente a las puertas de la muerte, ahora no es para mí más que un ser humano. Por eso es por lo que lo cuidaría.

–No te comprendo, estás por encima de mí –repitió.

Al día siguiente aparecieron estos titulares en uno de los periódicos: “Emma Goldman quiere cuidar al presidente; sus simpatías están con el asesino”.

Búfalo no consiguió presentar pruebas que justificaran mi extradición. Chicago se estaba cansando del juego del escondite. Las autoridades no me entregarían a Búfalo, pero, al mismo tiempo, no querían dejarme completamente libre. Como arreglo, me liberarían bajo fianza de veinticinco mil dólares. Y al grupo de los Isaak [que publicaba el semanario Firebrand en Oregón], bajo fianza de quince mil. Sabía que sería casi imposible que nuestra gente consiguiera recabar treinta y cinco mil dólares en unos pocos días. Insistí en que los otros fueran liberados antes. Por lo tanto, fui trasladada a la prisión del condado de Cook.

[…]

Los periódicos habían publicado rumores de que la muchedumbre estaba dispuesta a atacar la comisaría de la calle Harrison y a Emma Goldman antes de que fuera trasladada a la prisión del condado. El lunes por la mañana, flanqueada por una escolta fuertemente armada, me sacaron de la comisaría. No había más de una docena de personas a la vista, la mayoría curiosos. Como siempre, había

sido un deliberado intentado de la prensa por provocar disturbios.

Delante de mí iban dos prisioneros esposados a los que empujaban bruscamente los oficiales. Cuando llegamos al coche de policía, que estaba rodeado por más policías con las armas preparadas para hacer fuego, me encontré al lado de los dos hombres. No se podían distinguir sus rasgos, ya que tenían la cabeza vendada y solo se les veían los ojos. Cuando estaban por entrar en el coche, un policía dio un bastonazo a uno en la cabeza; al mismo tiempo, empujaba al otro con violencia dentro del coche. Cayeron uno encima del otro, uno de ellos gritaba de dolor. Yo entré después, luego me volví al oficial. "Bruto" –dije–, "¿cómo se atreve a golpear a un hombre indefenso?". Luego fui consciente de que estaba rodando por el suelo. Me había dado un puñetazo en la mandíbula, perdí un diente y tenía toda la cara cubierta de sangre. Después me levantó del suelo, me empujó en el asiento y gritó: "¡Otra palabra, maldita anarquista, y te rompo los huesos!".

Durante todo mi encarcelamiento, mi familia se ocupó devotamente de mí. Me enviaron telegramas y cartas, me ofrecieron dinero para la defensa y cualquier otra ayuda que pudiera necesitar. Ni una palabra me dijeron de la persecución de que habían sido objeto por mi culpa. La prensa los había acosado hasta casi volverlos locos y las autoridades los habían mantenido bajo vigilancia. A mi padre, los vecinos lo habían condenado al ostracismo y había perdido muchos clientes en su pequeña mueblería. Al mismo tiempo, lo habían excomulgado de la sinagoga. A mi hermana Lena, aunque con poca salud, tampoco la habían dejado en paz. La policía la había aterrorizado al ordenar a Stella que fuera a la jefatura, donde retuvieron a la niña todo el día, acosándola a preguntas sobre su tía, Emma Goldman. Stella se negó a contestar valientemente, proclamando con desafío su orgullo y su fe en su tante [tía] Emma. Su valor, junto con su juventud y belleza, se ganó la admiración de todos, según decía [mi otra hermana,] Helena.

[…]

Fue un bálsamo para mi espíritu magullado encontrar tal refugio de amor en mi familia. Incluso mi hermana Lena, que en el pasado a menudo había desaprobado mi vida, me mostraba el afecto más cálido. Mi hermano Herman y su amable esposa me abrumaban con atenciones. El peligro inminente al que me había enfrentado, y que todavía me amenazaba, me había servido para anudar un lazo de unión más fuerte que nunca con mi familia. Quería prolongar mi feliz

estancia en Rochester para recuperarme de los sufrimientos de Chicago. Pero la imagen de Czolgosz me atormentaba. Sabía que en Nueva York podía hacer algún esfuerzo a su favor.

En la estación Grand Central me recibieron [mi hermano] Yegor y los dos chicos que habían pasado aquel mes maravilloso con nosotros en Rochester. Yegor parecía preocupado; había intentado por todos los medios encontrar un lugar para mí, pero había fracasado. Nadie alquilaría siquiera una habitación amueblada a Emma Goldman. Los amigos que tenían una habitación disponible no querían exponerse al riesgo de ser desalojados. Uno de los chicos se ofreció a dejarme su habitación durante unas noches. “No hay por qué preocuparse” –consolé a Yegor–, “por el momento tengo donde alojarme y, mientras tanto, buscaré un departamento”.

Después de una larga búsqueda, me di cuenta de que mi hermano no había exagerado. Nadie quería tener nada que ver conmigo. Fui a ver a una joven prostituta a la que había cuidado una vez. “¡Claro, pequeña, quédate aquí mismo!”, dijo. “Me divierte muchísimo tenerte conmigo. Por unos días me acostaré con una amiga”.

Al alentador telegrama que había recibido de Ed [Edward Brady] en Chicago le habían seguido varias cartas asegurándome que podía contar con él para todo lo que pudiera necesitar: dinero, ayuda, consejo y, sobre todo, su amistad. Era estupendo saber que Ed permanecía tan fiel. Cuando nos vimos tras mi regreso a Nueva York, me ofreció su departamento; él y su familia se alojarían con unos amigos. “No encontrarás muchos cambios en mi casa” –comentó–, “todas tus cosas están intactas en la habitación que es mi refugio, donde a menudo sueño con nuestra vida en común”. Se lo agradecí, pero no podía aceptar su generosa propuesta. Tenía tacto, demasiado para intentar presionarme; pero me informó de que su empresa me debía varios cientos de dólares en comisiones.

–Necesito el dinero urgentemente –le confié– para enviar a alguien a Búfalo a ver a Czolgosz. Quizá se pueda hacer algo por él. También deberíamos organizar un gran mitin enseguida.

Se me quedó mirando perplejo.

–Querida –dijo moviendo la cabeza–, está claro que no eres consciente del pánico que azota la ciudad. No se puede alquilar ninguna sala en Nueva York y

nadie excepto tú estará dispuesto a hablar en favor de Czolgosz.

–¡Pero no espero que nadie alabe su acto! –argumenté–. Seguramente habrá unas cuantas personas entre las filas radicales que sean capaces de sentir compasión por un ser humano acabado.

–Capaces quizá –dijo dudoso–, pero no lo suficientemente valientes para expresarlo en público justo ahora.

–Puede que tengas razón –admití–, pero voy a asegurarme.

Una persona de confianza fue enviada a Búfalo, pero volvió enseguida sin lograr ver a Czolgosz. Nos informó de que nadie podía verlo. Un guardia compasivo le había revelado a nuestro mensajero que repetidas veces habían golpeado a Leon hasta dejarlo inconsciente. Su aspecto físico era tal que nadie de fuera podía verlo y, por la misma razón, no podía ser llevado ante los tribunales. Mi amigo dijo además que, a pesar de todas las torturas, Czolgosz no había hecho ningún tipo de confesión y no había implicado a nadie en su acto. Le enviamos una nota a Leon a través del amistoso guardia.

Me enteré de que se había intentado contratar un abogado en Búfalo para Czolgosz, pero ninguno había aceptado defenderlo. Eso me hizo decidirme aún más a hablar en favor del pobre desgraciado, olvidado y abandonado por todos. No obstante, no tardé mucho en darme cuenta de que Ed tenía razón. No pudimos conseguir que nadie de los grupos radicales de habla inglesa participara en un mitin para discutir el acto de Leon Czolgosz. Muchos estaban dispuestos a protestar contra mi arresto, a condenar el tercer grado y el trato que había recibido. Pero no querían tener nada que ver con el caso de Búfalo. Czolgosz no era anarquista; su acción le había hecho al movimiento un daño irreparable: en eso insistían nuestros compañeros estadounidenses. […]

Me aferré con desesperación a la esperanza de que con perseverancia y peticiones podría llegar a reunir a algunos estadounidenses de espíritu cívico para que expresaran una normal compasión humana por Leon Czolgosz, aunque creyeran que debían repudiar su acción. Cada día me traía mayores decepciones y congoja. Me vi obligada a enfrentarme al hecho de que había estado luchando contra una epidemia de miedo abyecto, imposible de vencer.

La tragedia de Búfalo estaba llegando a su fin. Leon Czolgosz, todavía enfermo por los malos tratos que había padecido, con la cara desfigurada y la cabeza

vendada, fue sostenido por dos policías durante el juicio. Con su gran justicia y clemencia, el tribunal de Búfalo le había asignado dos abogados defensores. ¡Qué importaba si habían declarado públicamente que lamentaban tener que defender el caso de un criminal tan depravado como el asesino de “nuestro amado” presidente! ¡Sin embargo, cumplirían con su deber! Harían que los derechos de su defendido fueran resguardados ante el tribunal.

La última escena tuvo lugar en la prisión de Auburn. Era la madrugada del 29 de noviembre de 1901. El condenado estaba atado a la silla eléctrica. El verdugo en pie con la mano en el conmutador, esperando la señal. Uno de los carceleros, impulsado por compasión cristiana, hace un último esfuerzo por salvar el alma del pecador, por inducirlo a confesar. Tiernamente dice: “Leon, muchacho, ¿por qué proteges a esa mala mujer, Emma Goldman? Ella no es amiga tuya. Te ha acusado de ser un holgazán, de ser demasiado vago para trabajar. Ha dicho que siempre le pedías dinero. Emma Goldman te ha traicionado, Leon. ¿Por qué ibas a protegerla?”.

Un silencio profundo, durante segundos interminables, llena la cámara de la muerte, se desliza en los corazones de los espectadores. Por fin, un sonido amortiguado, una voz casi inaudible bajo la negra máscara.

“No importa lo que Emma Goldman haya dicho sobre mí. Ella no tiene nada que ver con mi acto. Lo hice solo. Lo hice por el pueblo estadounidense”.

Un silencio más terrible que el primero. Un crepitar, olor a carne quemada, una última y agonizante contracción de vida.

[…]

LII

¡Rusia Soviética! ¡Tierra sagrada, pueblo mágico! Llegaste a simbolizar la esperanza del hombre, tú sola estás destinada a redimir a la humanidad. Vine a servirte, amada mátushka [Madre Rusia]. ¡Recíbeme en tu seno, déjame entregarme a ti, mezclar mi sangre con la tuya, encontrar un lugar en la heroica

lucha y dar hasta el infinito para saciar tus necesidades!

En la frontera, camino de Petrogrado y en la estación de esta ciudad, fuimos recibidos como compañeros queridos. Nosotros, que habíamos sido expulsados de América como criminales, éramos recibidos en suelo soviético como hermanos por los hijos que habían contribuido a liberarla. Trabajadores, soldados y campesinos nos rodeaban, nos tomaban de la mano y nos hacían sentir sus iguales. Pálidos y consumidos estaban, una luz ardía en sus ojos hundidos y la determinación palpitaba bajo sus cuerpos harapientos. El peligro y el sufrimiento habían endurecido su voluntad y los habían hecho severos. Pero debajo latía el viejo corazón generoso e infantil de los rusos y nos lo entregaron sin reservas. […]

[La mueca y las cicatrices de todos los comunistas que iba conociendo me decían:] “La razverstka [requisa de alimentos] esquilma al campesinado para alimentar a Petrogrado, eso dicen; la fértil Ucrania es obligada a enviar carros de víveres hacia el Norte, pero la población de las ciudades pasa hambre. Más de la mitad de los víveres se esfuman por el camino; el resto llega sobre todo a los mercados, antes que las masas hambrientas; y los disparos constantes en la Gorojóvaia (la sede de la Cheka) ¿no los oíste? Y la prisión que están planeando construir para niños moralmente anormales ¿no te indignó, a ti que durante treinta y cinco años lanzaste anatemas contra los difamadores de la infancia? ¿Y qué me dices de todas estas espantosas pústulas disimuladas con tanta habilidad por el maquillaje comunista?”.

Como un conejo atrapado en una trampa, recorría frenéticamente la jaula, golpeándome contra los barrotes de estas horribles contradicciones. Con desesperación buscaba a alguien que me protegiera del golpe mortal. Pensé que Zinóviev y John Reed, que acababan de volver de Moscú, podrían explicármelo. Y Máximo Gorki; con toda seguridad, él podría decirme cuál perfil del rostro ruso era el verdadero y cuál el falso. Me ayudaría; él, el gran realista, cuya potente voz había atronado contra todas las injusticias y que con palabras incendiarias había criticado los crímenes contra la infancia. […]

Aleksandra Kollontay y Angélica Balabanoff [Anzhelika Balabanova] eran fáciles de localizar, pues estaban viviendo en el [Hotel] National. Busqué primero a Kollontay. Tenía un aspecto considerablemente joven y radiante, a pesar de sus 50 años y la difícil operación a la que se había sometido. Alta y majestuosa, parecía una grande dame en lugar de una apasionada revolucionaria.

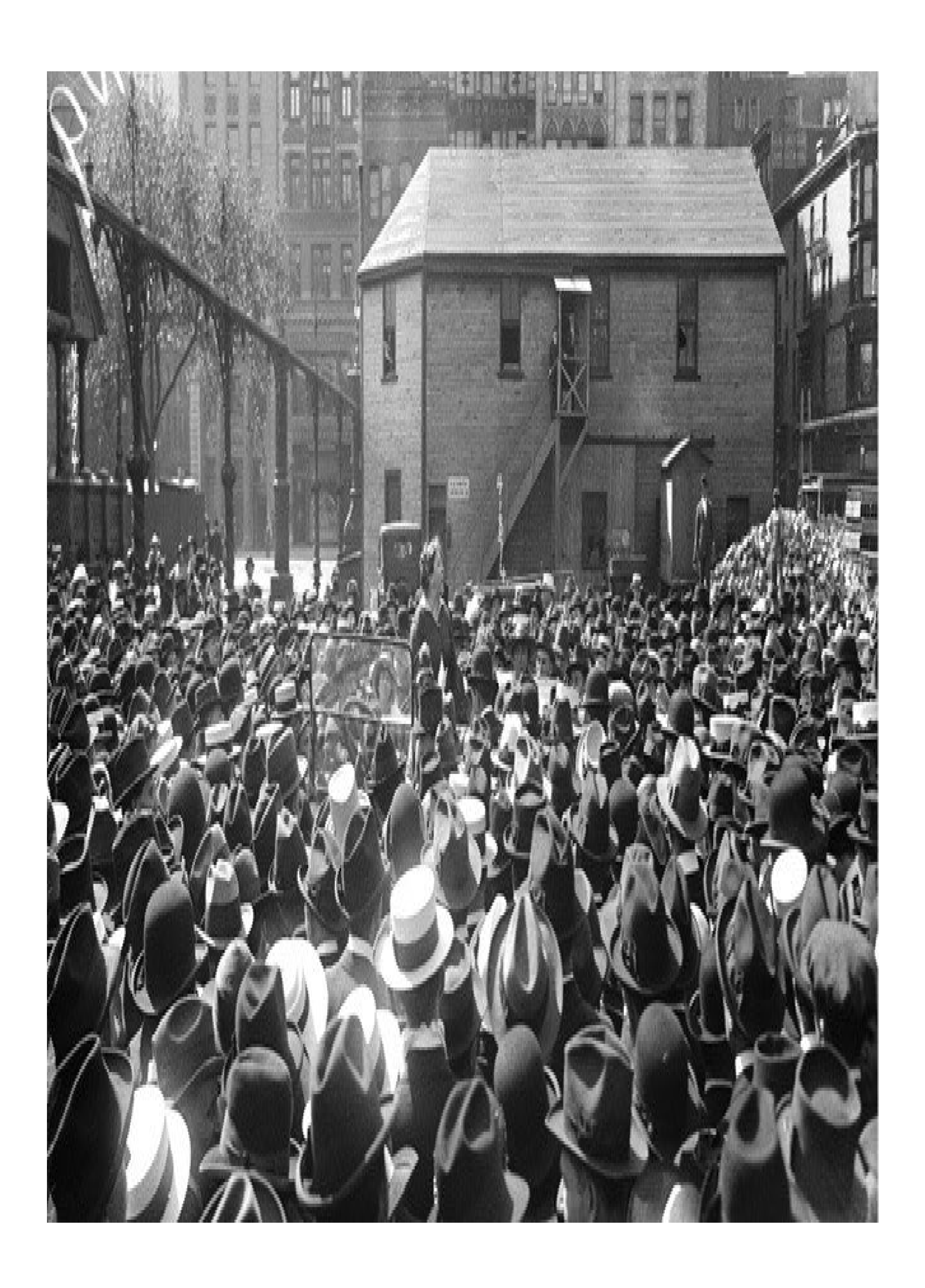
Su atuendo y su suite de dos habitaciones hablaban de buen gusto, las rosas de su mesa resultaban bastante sorprendentes en la desolación de Rusia. Eran las primeras que veía desde nuestra llegada. Su apretón de manos fue débil y distante, aunque dijo que se alegraba de conocerme por fin en la "gran y vital Rusia". ¿Había encontrado ya mi sitio –preguntó– y trabajo al que dedicarme? Le contesté que todavía me sentía demasiado insegura para decidir dónde podría ser de mayor ayuda. Quizá me sirviera hablar con ella sobre las cuestiones que me preocupaban, sobre las contradicciones que había encontrado. Debía contarle todo, dijo; estaba segura de que podría ayudarme en ese primer período de dificultades. "Todos los recién llegados pasan por el mismo estado" –me aseguró–, "pero pronto aprenden a ver la grandeza de la Rusia Soviética. Las pequeñas cosas no importan".

Intenté decirle que mis problemas no se referían a pequeñas cosas; eran vitales y absolutamente importantes para mí. De hecho, todo mi ser dependía de su adecuada interpretación. "De acuerdo, comience", dijo con calma. Se reclinó en el sillón y yo empecé a hablar de las cosas espantosas que habían llegado a mi conocimiento. Me escuchó sin interrumpirme; pero no había en su rostro bello y frío la mínima señal de si mi relato la perturbaba. "Tenemos algunas áreas grises, opacas, en nuestro vívido panorama revolucionario" –dijo cuando concluí–. "Son inevitables en un país tan atrasado, con un pueblo tan ignorante y un experimento social de tal magnitud al que se opone el mundo entero. Desaparecerán cuando hayamos liquidado los frentes de guerra y aumentado el nivel mental de las masas". Yo podía ser de ayuda en eso, continuó. Podría trabajar con las mujeres, eran ignorantes de aun los más sencillos principios de la vida, en todos los sentidos, ignorantes de sus propias funciones como madres y ciudadanas. Había hecho tan buen trabajo de ese tipo en América, y podía asegurarme que en Rusia existía un terreno más fértil. "¿Por qué no te unes a mí y dejas de darles vueltas a unos pocos puntos grises?" –dijo a modo de conclusión–; "no son más que eso, querida camarada, nada más".

¡Gente sometida a redadas, encarcelada y ejecutada por sus ideas! Viejos y jóvenes retenidos como rehenes; todas las protestas, silenciadas; la iniquidad y el favoritismo, en alza; los mejores valores humanos, traicionados, el espíritu mismo de la revolución, crucificado a diario… ¿No era esto más que "áreas grises, opacas"? Sentí que un frío helado calaba hasta la médula de mis huesos. […]

Estaba preparada para admitir francamente el grave error que había cometido al

abogar por Lenin y por su partido, en la convicción de que eran los verdaderos defensores de la Revolución. Pero no emprendería una oposición activa contra ellos mientras Rusia estuviera bajo el ataque de tantos enemigos de fuera. Ya no me dejaba engañar por su máscara; pero mi verdadero problema yacía en una dimensión más profunda. Era la Revolución misma. Sus expresiones eran tan diferentes a lo que yo había concebido y propagado como revolución que ya no sabía cuál era la verdadera. Mis viejos valores habían naufragado y yo misma había sido echada por la borda; después de eso, debía nadar o hundirme. De momento, todo lo que podía hacer era mantener la cabeza fuera del agua y confiar en que, con el tiempo, llegaría a costas seguras.



▪

[10] Emma Goldman había sido incriminada como instigadora del atentado contra el presidente William McKinley; ni siquiera conocía a quien lo realizó, Leon Czolgosz. [N. de E.]

La infancia y sus enemigos

¿Debe considerarse al niño como una individualidad o como un objeto que moldear según el antojo y capricho de cada quien? Esta me parece la pregunta más importante que deben responder padres y educadores. Y si es que el niño debe crecer desde su interior, si es que a todo lo que ansíe expresión le será permitido salir a la luz del día; o bien si es que debe ser amasado como masilla por fuerzas externas: eso depende de la respuesta adecuada a esta pregunta vital.

El anhelo de las personas mejores y más nobles de nuestros tiempos hace a las individualidades más fuertes. Cualquier ser sensible aborrece la idea de ser tratado como mera máquina o como mero loro de lo convencional y lo respetable; el ser humano ansía el reconocimiento de sus semejantes.

Debe tenerse en cuenta que el desarrollo de la persona madura debe pasar, precisamente, por el cauce del niño, y que las ideas presentes de la educación o entrenamiento de este en la escuela y la familia –incluso la familia del progresista o el radical– son tales que sofocan su crecimiento natural.

Cualquier institución de nuestros días –la familia, el Estado, nuestros códigos morales– ve en cada personalidad fuerte, bella, intransigente, un enemigo mortal; por ende, se hacen todos los esfuerzos por coartar la emoción y la originalidad de pensamiento humano en el individuo con una camisa de fuerza desde su más temprana infancia; o para modelar a todos los seres humanos de acuerdo a un patrón; no una individualidad plena y equilibrada, sino una de paciente esclavo del trabajo, un autómata profesional, un ciudadano que paga sus impuestos o un recto moralista. Si, con todo, uno se encuentra con la espontaneidad real (que, por cierto, es un elemento inusual), eso no se debe a nuestro método de crianza o educación del niño: la personalidad suele afirmarse a sí misma, más allá de las barreras oficiales y familiares. Debe celebrarse como evento inusual un descubrimiento como ese, ya que los obstáculos puestos en el camino del crecimiento y el desarrollo del carácter son tan numerosos que se considerará un milagro si retiene su fuerza y belleza y sobrevive a los diversos intentos de incapacitar aquello que le es más esencial.

Desde luego, aquel que se liberó de los grilletes de la irreflexión y la estupidez del lugar común; aquel que puede permanecer de pie sin muletas morales, sin la aprobación de la opinión pública –la “pereza privada”, según la llamó Friedrich Nietzsche–, bien puede entonar un canto alto y fecundo de independencia y libertad; se ganó ese derecho con feroces y ardientes batallas. Estas batallas comienzan ya a la más tierna edad.

El niño muestra sus tendencias individuales en sus juegos, en sus preguntas, en su asociación con las personas y las cosas. Pero debe luchar contra la perpetua interferencia externa en su mundo de pensamiento y emoción. Que no debe expresarse en armonía con su índole, con su personalidad en crecimiento. Que debe convertirse en cosa, en objeto. Sus preguntas reciben respuestas estrechas de miras, convencionales, ridículas, en su mayoría basadas en falsedades; cuando, con grandes, curiosos e inocentes ojos, el niño desea contemplar las maravillas del mundo, quienes lo cuidan cierran rápidamente ventanas y puertas, y mantienen a la delicada planta humana en una atmósfera de invernadero, donde no puede respirar ni crecer con libertad.

En su novela Fecundidad, Zola sostiene que grandes grupos de personas han declarado muerto al niño, han conspirado contra el nacimiento del niño; imagen horrible, desde luego, pero la conspiración que la civilización urdió contra el crecimiento y la formación del carácter me parece por lejos más terrible y desastrosa, debido a la lenta y gradual destrucción de sus cualidades y rasgos latentes y, más tarde, al efecto estupefaciente e incapacitante en su bienestar social.

Ya que cada esfuerzo en nuestra vida educativa parece tendiente a enajenar de su ser al niño, necesariamente debe producir individuos ajenos, extraños, los unos respecto de los otros y en perpetuo antagonismo los unos con los otros.

El ideal del pedagogo promedio no es un ser completo, pleno, original; en cambio, él busca que el resultado de su arte de la pedagogía sean autómatas de carne y hueso para adecuarse mejor al yugo de la sociedad y al vacío y la insipidez de nuestras vidas. Cada hogar, escuela, colegio y universidad está a favor del utilitarismo seco y frío, que inunde y colme el cerebro del pupilo con tremenda cantidad de ideas, transmitidas desde generaciones pasadas. “Hechos y datos” –así los llaman– constituyen mucha información, tal vez suficiente para preservar cualquier forma de autoridad y para crear mucho temor reverencial por la importancia de la posesión; pero esto no es más que un gran impedimento para

la comprensión real del alma humana y su lugar en el mundo.

Verdades muertas y olvidadas hace mucho ya, ideas acerca del mundo y sus pueblos que ya estaban enmohecidas en tiempos de nuestras abuelas, se machacan en las cabezas de nuestra generación joven. El cambio eterno, la miríada de variaciones, la innovación continua son la esencia de la vida. La pedagogía profesional nada sabe de eso; los sistemas de educación son ordenados en archivos, clasificados y numerados. Carecen de la semilla fuerte y fértil que, al caer en rico suelo, los haga crecer hacia grandes alturas, están desgastados y son incapaces de despertar la espontaneidad del carácter. Instructores y maestros, con almas muertas, operan con valores muertos. La cantidad es forzada a reemplazar la calidad. Las consecuencias, así, son inevitables.

En la dirección que uno mire, buscando ansiosamente seres humanos que no midan las ideas y las emociones con la vara de su conveniencia propia, encuentra los productos de la instrucción de ganado en vez de los resultados de espontáneas e innatas características que se forman a sí mismas en libertad.

No encuentro vestigio alguno

de voluntad del espíritu.

Todo es obra de adiestramiento.

Estas palabras del Fausto se condicen perfectamente con nuestros métodos de pedagogía. Tomemos, por ejemplo, la manera en que la historia se enseña en nuestras escuelas. Veamos cómo los eventos del mundo se vuelven presentaciones burdas de marionetas, donde unos pocos tirahilos se supone que dirigieron el curso del desarrollo de la entera especie humana.

¡Y la historia de nuestra propia nación! ¿Acaso no fue elegida por la Providencia para que se volviese la nación líder del planeta? ¿Y acaso no es la cumbre que supera en altura a las demás naciones? ¿No es acaso la gema del océano? ¿No es acaso incomparablemente virtuosa, ideal y valerosa? El resultado de tan ridícula

enseñanza es un soso y superficial patriotismo, cegado por sus propias limitaciones, con testarudez de toro, completamente incapaz de juzgar las capacidades de otras naciones. Así es como se castra el espíritu de la juventud, se lo nubla y entorpece por medio de una sobrestimación de su propio valor. Entonces, no causa sorpresa que la opinión pública pueda ser fabricada tan fácilmente.

“Alimento predigerido” debería estar inscripto en cada sala de aprendizaje como advertencia a quienes no deseen perder su personalidad y su sentido original de juicio, quienes, por el contrario, estarían contentos con una gran cantidad de cáscaras vacías y superficiales. Eso debería bastar como reconocimiento a los múltiples obstáculos puestos en el camino de un desarrollo mental independiente del niño.

Igualmente numerosas, y no menos importantes, son las dificultades que afronta la vida emocional de los jóvenes. ¿No debe uno suponer que los padres tienen que estar unidos a sus hijos por las más tiernas y delicadas cuerdas? Debería uno suponerlo; sin embargo, triste como es, es cierto: los padres son los primeros en destruir las riquezas internas de sus niños.

Las Escrituras nos dicen que Dios creó al Hombre a Su imagen, lo que por ningún motivo demostró ser un buen éxito. Los padres siguen el mal ejemplo de su amo celestial; hacen todos los esfuerzos por dar forma y moldear al niño de acuerdo a su imagen. Se aferran tenazmente a la idea de que el niño es mera parte de ellos mismos: idea tan falsa como injuriosa y que solo aumenta la incomprensión del alma del niño y de las forzosas consecuencias de la esclavitud y la subordinación.

Tan pronto como los primeros destellos de conciencia iluminan la mente y el corazón del niño, comienza instintivamente a comparar su propia personalidad con la de quienes lo rodean. ¿Cuántos riscos duros y fríos encuentra su amplia mirada curiosa? Pronto se enfrenta con la dolorosa realidad de que solo está aquí para servir de materia inanimada para padres y guardianes, cuya única autoridad le da molde y forma.

La terrible lucha de la mujer y del hombre pensantes contra las convenciones políticas, sociales y morales debe su origen a la familia, donde el niño es siempre obligado a batallar contra el uso interno y externo de la fuerza. Los imperativos categóricos (¡vas a hacerlo!, ¡tú debes!, ¡esto es correcto!, ¡eso es incorrecto!,

¡esto es cierto!, ¡eso es falso!) caen como violenta lluvia sobre la cabeza rudimentaria del joven ser e imprimen en su sensibilidad que debe postrarse ante las largamente consolidadas y duras nociones de los pensamientos y las emociones. Sin embargo, las cualidades e instintos latentes buscan afirmar sus propios métodos peculiares de encontrar el fundamento de las cosas, de distinguir entre lo que se da en llamar incorrecto, verdadero o falso.

Se inclina a ir por su propio camino, ya que lo integran los mismos nervios, músculos y sangre que los de quienes dan por sentado que dirigen su destino. No puedo entender cómo esperan los padres que sus niños al crecer sean espíritus independientes, autosuficientes, cuando hacen todos los esfuerzos por abreviar y coartar las diversas actividades de sus hijos, el plus en calidad y carácter que diferencia a sus retoños de sí mismos y en virtud del cual son portadores excelentemente equipados de ideas nuevas y vigorizantes. Un árbol joven y delicado, que está siendo recortado y podado por el jardinero para darle una forma artificial, nunca alcanzará la majestuosa altura y la belleza que cuando se lo deja crecer en su naturaleza y libertad.

Cuando el niño llega a la adolescencia, encuentra –sumada a las restricciones del hogar y la escuela– una inmensa cantidad de tradiciones rígidas de la moral social. Las ansias de amor y de sexo se topan con la ignorancia absoluta de la mayoría de los padres, quienes las consideran algo indecente e inapropiado, algo vergonzoso, casi criminal, que extirpar y combatir como una enfermedad terrible. El amor y los tiernos sentimientos en la joven planta se tornan vulgaridad y ordinariez por la estupidez de quienes lo rodean, de modo que todo lo lindo y bello es o bien aplastado por completo o escondido en las profundidades íntimas, como un gran pecado que no osa enfrentar la luz.

Lo más asombroso es que los padres se privarán de todo, sacrificarán todo en pro del bienestar físico del niño, pasarán las noches en vela y permanecerán en pánico y agonía ante cualquier mal físico de su amado; pero quedarán fríos e indiferentes, sin la más leve comprensión de las ansias del alma y los anhelos de su niño, sin oír ni querer oír cómo el joven espíritu llama a sus puertas pidiendo reconocimiento. Por el contrario, sofocarán la dulce voz de la primavera, de una nueva vida de belleza y el esplendor del amor; pondrán el largo y esbelto dedo de la autoridad sobre la tierna garganta y no permitirán desahogo al plateado canto del crecimiento individual, de la belleza del carácter, de la fuerza del amor y la relación humana, que por sí solos hacen que valga la pena vivir la vida.

Y sin embargo, estos padres imaginan que quieren lo mejor para su niño y, que yo sepa, algunos realmente lo quieren; pero lo mejor significa la muerte y el deterioro para el brote en desarrollo. Después de todo, no hacen otra cosa que imitar a sus propios amos en los asuntos de Estado, en lo comercial, social y moral, suprimiendo por la fuerza cualquier intento independiente de analizar los males de la sociedad y cualquier sincero afán tendiente a abolir estos males; nunca capaces de asir la eterna verdad de que cualquier método que emplean sirve como el mayor ímpetu por hacer nacer un mayor anhelo por la libertad y un fervor más profundo por luchar por ello.

Esa compulsión está destinada a despertar la resistencia: cualquier padre y maestro debería saberlo. Gran sorpresa se expresa ante el hecho de que la mayoría de los niños de padres radicales o bien se oponen a las ideas de estos, muchos de ellos circulando por los viejos y anticuados caminos, o son indiferentes a los nuevos pensamientos y enseñanzas de regeneración social. Y, no obstante, nada hay de inusual en eso. Los padres radicalizados, aunque emancipados de la creencia de apropiación del alma humana, aún se aferran tenazmente a la idea de que son dueños del niño y de que tienen el derecho de ejercer su autoridad sobre él. Así, se disponen a moldear y formar al niño de acuerdo a su propia concepción de lo que es correcto e incorrecto, haciendo calar en él sus ideas por la fuerza, con la misma vehemencia que emplea el padre católico promedio. Por eso, ante el joven sostienen la necesidad de "hacer lo que te digo y no lo que yo hago". Pero pronto la influenciable mente del niño se da cuenta de que las vidas de sus padres están en contradicción con las ideas que representan; que, como el buen cristiano que fervientemente reza los días domingo pero sigue quebrantando los mandamientos del Señor el resto de la semana, el padre radicalizado enjuicia a Dios, al clérigo, la Iglesia, el gobierno, la autoridad doméstica, pero sigue ajustándose a la condición que aborrece. Así también, el padre librepensador puede jactarse orgulloso de que su hijo de 4 años reconoce la imagen de Thomas Paine o de [Bob] Ingersoll, o que sabe que la idea de Dios es estúpida. O el padre socialdemócrata puede señalar a su pequeña niña de 6 años y decir, "¿quién escribió El capital, tesoro?", "¡Karl Marx, papá!". O la madre anarquista puede hacer saber que el nombre de su hija es Louise Michel, Sophia Peróvskaia, o que puede recitar los poemas revolucionarios de Herwegh, Freiligrath o de Shelley, y que señalará los rostros de Spencer, Bakunin o Moses Harmon casi en cualquier lado.

Estas de ningún modo son exageraciones; son tristes realidades que encontré en mi experiencia con padres radicales. ¿Cuáles son los resultados de tales métodos

de sesgar la mente? Lo siguiente es la consecuencia, tampoco muy infrecuente. El niño, ya nutrido de ideas unilaterales, instaladas y fijas, pronto se agota de refritar las creencias de sus padres y sale en busca de nuevas sensaciones; no importa cuán inferior y superficial pueda ser la nueva experiencia: la mente humana no soporta lo que es siempre igual y lo monótono. Entonces ocurre que el niño o la niña, sobrealimentado de Thomas Paine, caerá en los brazos de la Iglesia o votará por el imperialismo (con tal de escapar del lastre del determinismo económico y del socialismo científico) o abrirá una fábrica de blusas y se aferrará a su derecho de acumular propiedad (con tal de hallar consuelo al anticuado comunismo de su padre). O la niña se casará con el primer hombre que encuentre, mientras pueda ganarse la vida (con tal de escapar de la perpetua charla sobre la variedad).

Semejante condición de los asuntos puede ser muy dolorosa para padres que desean que sus hijos sigan su camino; pero yo lo veo como fuerzas psicológicas muy refrescantes y alentadoras. Son la mayor garantía de que la mente independiente, al menos, resistirá siempre a cualquier fuerza externa y extraña ejercida sobre el corazón y la cabeza humanos.

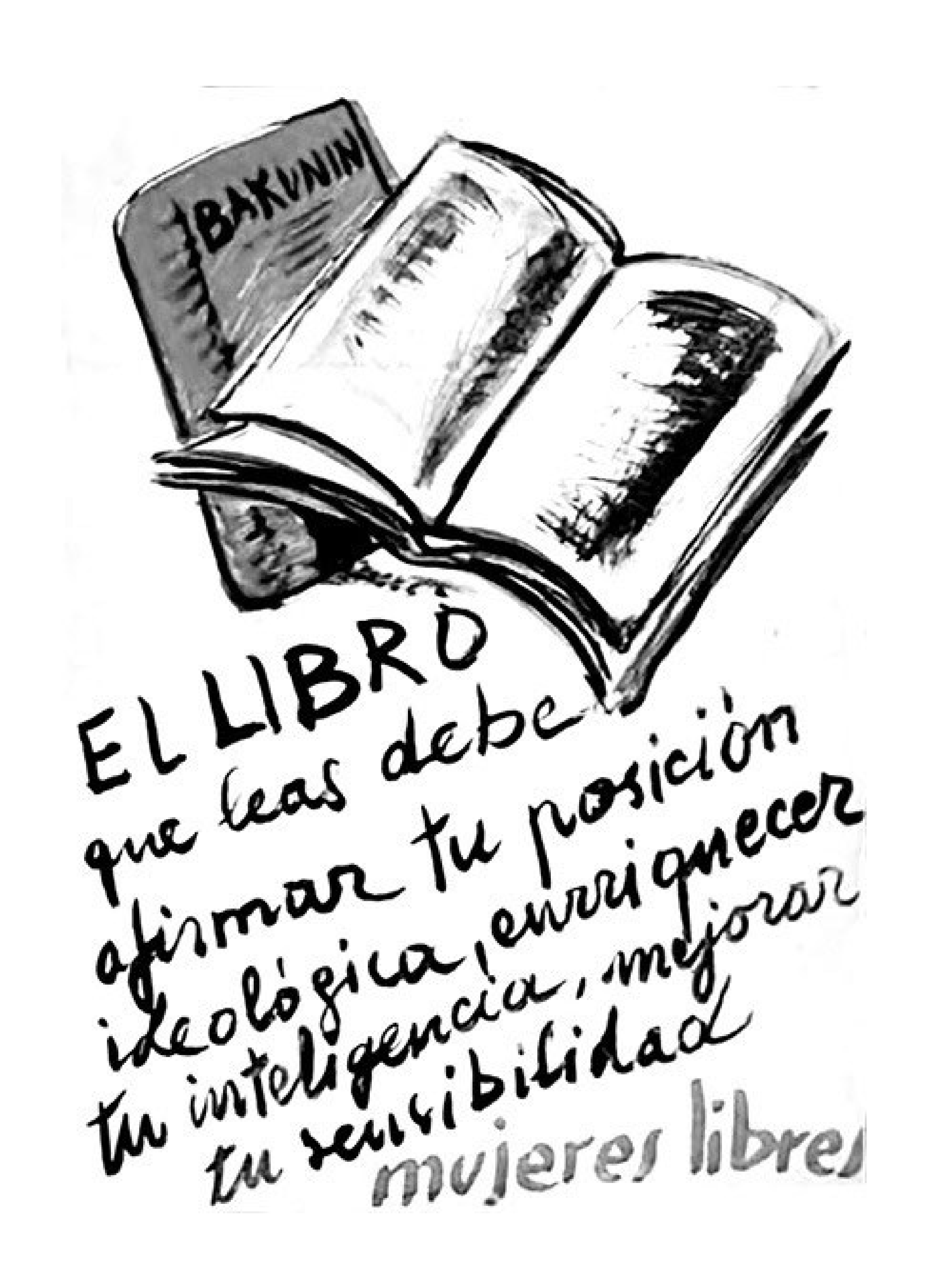
Algunos preguntarán ¿qué hay de las índoles débiles, no deben ser protegidas? Sí, pero, para poder hacerlo, será necesario darse cuenta de que la educación de los niños no es sinónimo de la instrucción y el entrenamiento del ganado. Si la educación debe significar realmente algo, tendrá que insistir en el libre crecimiento y desarrollo de las fuerzas y tendencias innatas del niño. Solo de este modo podremos tener esperanzas de liberar al individuo y, llegado el momento, también a la comunidad, lo que deberá volver imposibles la interferencia y la coerción contrarias al crecimiento humano.

Ana Piacenza

Crítica

Rosario, 1906 - Buenos Aires, 1972




BAKUNIN
EL LIBRO
que leas debe
afirmar tu posición
ideológica, enriquecer
tu inteligencia, mejorar
tu sensibilidad
mujeres libres

Cuando Emma Goldman logró dejar Rusia, fiel a su internacionalismo y evadiendo la amenaza nazi, viajó por muchos países de Europa hasta establecerse en Canadá, donde murió en 1940. Unos años antes, la convocó la luz de la España revolucionaria (1936), como a muchas otras personas del mundo entero. Entre las izquierdas que protagonizaron ese tiempo de sueños y guerras, de invención política y derrotas, el anarquismo tuvo un gran protagonismo, y desde allí surgió una de sus organizaciones más emblemáticas, Mujeres Libres. Sus fundadoras, Lucía Sánchez Saornil, Mercedes Comaposada y Amparo Poch y Gascón, llegaron a contar unas veinte mil afiliadas con quienes procuraron mantener la autonomía ante una dirigencia que tendía a subordinarlas. Creían (como muchas antes que ellas) en la emancipación propia, y lo expresaron de mil modos a través de una revista que repetía en su título lo que querían ser: Mujeres Libres.

Fervorosas admiradoras, publicaron una nota en la que Goldman revelaba algunas de aquellas tensiones: “El hombre –ni siquiera el compañero anarquista– no la puede ayudar en esto; más bien lo contrario, porque también en él hay tanta vanidad escondida, que, sin que se dé cuenta y con apariencia de amor y amistad mal entendidos, trabaja muchas veces contra la liberación de la mujer”. Una mesura que no tendrá otra nota, muy escueta, firmada con ecos sudamericanos (Nita Nahuel), que comienza citando a José Ingenieros, director de aquel observatorio donde se lució La Bella Otero cuando la encerraron por el bien de la patria. Su autora es Anita, Ana Piacenza, abogada argentina nacida en la provincia de Santa Fe en 1906 e integrante de la Agrupación Libertaria de Rosario. Había viajado a la península con su compañero, José Grunfeld, como parte de la gesta solidaria internacional, para integrarse al grupo Tierra y Libertad de la Federación Anarquista Ibérica y a Mujeres Libres.

La nota comienza en modo sereno aunque cuestiona esa vieja idea de izquierda: que la revolución económica y política generará las condiciones reales para la Emancipación de la Mujer. El tono sube al relatar la escena del supuesto anarquista agresivo ante la columna femenina, y pasa pronto al insulto y a imponer comillas a los “anarquistas” que deshonran al anarquismo. Esa actitud que no parece aislada convierte, según la autora, a un libertario en un fascista. Como tiempo atrás Déjacque con Proudhon, señala la falsedad y la insuficiencia de quien procura una revolución y posterga, desmerece o combate la otra. Los “trogloditas” de Piacenza se suman con justicia al bestiario de La Voz de la Mujer, poblado de cangrejos y gallinas, y sus imprecaciones finales recuerdan a

las anarquistas de antaño, aquellas que salieron a la brecha sin dios, ni patrón, ni marido, ni editor.

No será su última batalla. Al regresar a la Argentina, la veremos en el grupo de fundadoras de la Unión Socialista Libertaria (1946) y colaborará con publicaciones como Luz y Reconstruir. Detenida durante el golpe de Estado de 1943, mantendrá su intransigencia como opositora al gobierno de Juan Domingo Perón y criticará con firmeza el uso partidario del voto femenino. Como Goldman, Piacenza combatió el espejismo del sufragio, ahora bajo la sombra inquietante de Eva Duarte, otra mujer fuerte que, sin haber sido anarquista ni feminista, hoy vuelve con un pañuelo verde al cuello y el pelo muy suelto.

Los que deshonran al anarquismo

José Ingenieros, un célebre sociólogo argentino, decía que la emancipación de la mujer depende de la transformación de la sociedad; que la Revolución Social traería aparejada la libertad económica, política y sexual de la mujer.

Yo empiezo a dudarlo. Se me ocurre pensar que después de la Revolución Social tendremos que hacer las mujeres "nuestra revolución". Existen datos en cantidad como para hacer meditar sobre el tema.

Vamos a poner un caso como ejemplo.

En España, que está realizando y viviendo ya su Revolución Social, las mujeres se hallan ya tan sometidas al hombre como en cualquier país burgués. Hace pocos días, se extendió la noticia de que habían caído cuatro pueblos de Aragón en poder de los fascistas. Un grupo de mujeres que se encontraban reunidas en la Agrupación Mujeres Libres improvisó inmediatamente una manifestación. Una nutrida columna recorrió las ramblas y llegó hasta la Generali[tat] exigiendo: "¡Armas para el frente de Aragón!", "¡Menos política y más armas!", "¡Abajo los sueldos fabulosos!", "¡Igualdad para todos en el sacrificio!", "¡Armas, armas, armas!".

La manifestación fue aumentando hasta hacerse imponente. Ya en la Plaza de la República, una comisión se entrevistó con las autoridades para presentarles las peticiones. Luego de ser atendidas, la manifestación pasó por Vía Durruti hasta disolverse.

Al pasar por la Casa CNT-FAI, se prorrumpió en vivas a la Revolución y al frente de las Juventudes Revolucionarias. Unas compañeras que quedaron rezagadas presenciaron algo que da vergüenza decir. Un individuo que llevaba al cuello un pañuelo rojo y negro comenzó a proferir insultos y amenazas contra las compañeras de la manifestación. Una de ellas se le acercó y le preguntó por qué hacía eso. Respondió que porque le daba la gana y continuó comentando el asunto en forma agresiva y brutal, a tal extremo que la compañera, atemorizada, tuvo que retirarse.

Sabemos que cretinos los hay en todas partes; pero lo que conviene saber es precisamente eso: si se trata simplemente de un cretino o de un fascista emboscado. Si lo primero, ya trataremos de avivarlo, y en ello deben estar también interesados los compañeros de la CNT. Si lo segundo, corresponde, ante todo, arrancarle del cuello esa insignia y del cinto esa pistola, para que aprenda a omitir la violencia y la intimidación cuando habla con compañeras.

Los trogloditas disfrazados de anarquistas, los cobardes que atacan por la espalda bien armados, los "valientes" que levantan la voz y el ademán frente a una mujer, están mostrando su hilacha fascista y es preciso desenmascararlos.

¡A ver si, después de tanto dolor y tanto sacrificio, vamos a tener que pedir permiso para defender la vida de los que luchan en los frentes, de esas vidas que hemos creado nosotras con nuestra carne y con nuestra angustia!

¡A ver si vamos a tolerar que, después de tanto libro anarquista como se ha escrito ensalzando la libertad femenina, de tanto discurso libertario proclamando la libertad de derechos, de tan larga lucha emancipadora, vengan "anarquistas" a agredirnos porque queremos impedir, con la garantía de un armamento eficaz, la matanza inútil de nuestros hijos en los frentes de Aragón!

¡A ver si van a impedirnos que cojamos con nuestras manos los fusiles que aquí sobran para llevarlos donde tantísima falta hacen!

¡A ver si los compañeros anarquistas van a permitir que a su lado se ataque impunemente a las compañeras anarquistas!

¡Hay pañuelos y pistolas mal colocados, y esto hay que evitarlo, compañeros anarquistas!

Maria Lacerda de Moura

Librepensadora

Minas Gerais, 1887 - Río de Janeiro, 1945



Se dice que tenía una voz hermosa. Era educadora, escritora, autodidacta y estaba atenta a los problemas humanos de una manera tan amplia que escapaba a todas las afiliaciones. Aunque había nacido en Minas Gerais en 1887, leía a los filósofos estoicos y se nutría de los saberes de Oriente. Podría ser anarquista, pero de vertiente individualista y hereje ante la doctrina. Se diría feminista, pero descreída de los derechos políticos, y demasiado audaz en su abordaje de lo sexual, tema que consideraba el mayor problema humano. Argumentaba como teórica social, aunque con despuntes esotéricos. Sin dudas anticlerical, pero de peculiar sentido religioso. La revolución vital que soñaba Lacerda era material y espiritual; una conflagración de la "civilización unisexual" que libertaría a sus principales víctimas, las mujeres, y a la humanidad toda, al destruir desde las estructuras más rimbombantes hasta la mínima expresión subjetiva. Antifascista visceral, sabía cuán hondo cala el autoritarismo, y lo denunciaba en cada movimiento, partido, sustantivo, gesto.

Vivió las dos guerras con templanza pacifista y un matrimonio fallido con Carlos Ferreira de Moura que mutó en amistad para siempre. Militó las fórmulas anarquistas "huelga de vientres" y "generación consciente", y adoptó una hija y un hijo. Adonde fue llevó con ella su biblioteca variopinta y políglota. Tradujo al portugués, prologó y reseñó los libros que identificaba como antorchas y como explosivos: Libertad sexual de las mujeres (en 1922), publicado en Buenos Aires por Julio Barcos; Sociedad y prostitución (1935), del médico y anarquista Juan Lazarte, quien incluía sus notas en la revista Nervio de Buenos Aires; La mujer nueva y la moral sexual de Aleksandra Kollontay.

Con una particular sensibilidad hacia toda forma de vida, se oponía a la vivisección y defendió el vegetarianismo. De adjetivos fuertes y talante polémico, titulaba sus libros con contundencia: A mulher é uma degenerada [La mujer es una degenerada] (1924), Amai e… não vos multipliqueis [Amad y no os multipliquéis] (1932), Fascismo: filho dileto da Igreja e do Capital [Fascismo: hijo dilecto de la iglesia y del capital] (1935). A inicios de los años veinte, se escribía con Juana Rouco y las anarquistas que publicaban Nuestra Tribuna en la provincia de Buenos Aires; les enviaba como intercambio su revista Renascença (1923).

Cuando dio una conferencia en la Casa del Pueblo de Buenos Aires, antes de que comenzaran los fatídicos años treinta, los redactores de La Protesta recomendaban: "Trabajadores: concurrid con vuestras mujeres". A ellas les

hablaría de la “sagrada” familia, el “problema de la maternidad” y la “abolición legal del derecho a la paternidad”. No confiaba en los hombres anarquistas, a quienes llegaría a llamar “feminófobos” en la revista Estudios (1928-1937), una publicación que viajaba desde Valencia hasta Rosario, donde Anita Piacenza lo leía todo. Casi es posible imaginarla subrayando en rojo: “La mujer para ellos es tan solo la matriz fecunda e inagotable destinada a producir los soldados burgueses, o bien los soldados rojos de la revolución social”.

Lacerda convertía los agravios en prueba de la fuerza de sus verdades, y no temió el desdén de quienes no comprendían su búsqueda primero en el espiritismo y luego en la astrología, cuyos horóscopos leía en la radio brasileña de los años cuarenta. Los dejó hablar, y dedicó su última conferencia al poder del silencio. Se mantuvo acallada hasta los años ochenta, cuando fue recuperada por feministas que la hicieron audible para el presente. Su voz singular todavía podría estar diciendo, con ecos de Goldman: si no puedo convocar a los astros ni consultar a los espíritus… esta no es mi revolución.

Espiral

[desde Brasil]

Un día… –¡santa ingenuidad!– desperté a la vida… social… Creí que una palabra y una voluntad lanzarían de nuevo el fiat del mundo, con la resurrección de las almas, integrándose en sí mismas mediante la educación de la infancia.

Mas el sueño fue deshecho por la misma escuela de la vida, que nos tritura con dolorosas experiencias anotadas en el libro abierto de cada día.

La escuela asfixia… provee diplomas de eunucos mentales.

Después… –¡qué candor!– supuse que las verdaderas élites, las élites del sentimiento y de la razón, modelarían el mundo con los dedos tenues de los sueños infinitos de renovación social, en la espiral que lleva a la eternidad a través del perpetuo llegar a ser.

Encendime de entusiasmo, y mi humilde voz valiente y sincera fue a unirse al coro sobrehumano de los Prometeos encadenados al Cáucaso fatal de la sociedad moralista y legalmente organizada.

¡Inocencia infantil!

¿Y los sin patria?…

¿Y los indeseables?…

Todo el castillo gigantesco desmoronose al soplo del vendaval del conocimiento: los Poderes organizados ahogan, asaltan, violan, dominan por la fuerza o por la tiranía, por la cátedra o por el púlpito, por el dinero o por las armas, a los grandes, a los nobles, a los fuertes, a los generosos.

Y vi rebeldes y revolucionarios pretendiendo revolucionar al mundo, sin mirar dentro de sí mismos…

Todo inútil…

Luego, miré en torno mío… buscando la causa del problema milenario de lesa felicidad humana.

Y vi transatlánticos, submarinos, aviones, el carbón, el petróleo, máquinas incontables, toda la ciencia y todo el progreso material, en fin, todo el bienestar de la tierra aplastando al género humano.

Y busqué la felicidad buscándome a mí misma.

¡Inútil es luchar fuera de mí!

La renovación está dentro de mi ser.

Por eso procuro iluminar mi alma con la bondad. Por eso deserté de este inmenso mercado de conciencia que es la sociedad con su gula voraz y su espectacular teatralidad de tartufismo grandguignolesco.

Y logré sonreír sin amargura ante la ignorancia cultivada y la perversidad organizada.

Y, por último, descubrí, a través de una rebelión latente, la alegría de vivir, la alegría de evadirme de todas las rejas sociales y comulgar con la Naturaleza, en armonía conmigo misma.

Y entonces, dentro de mí, he sentido un dios que sueña y canta y solloza y vibra con el sueño eterno del devenir, sacudido por la doliente nostalgia y el anhelo perenne de otros planos de evolución, de otros estados de conciencia –engendrados en mi propio cerebro por el deseo, matriz de todas las cosas y todas las formas–, en la ascensión hacia alturas inaccesibles…

Y vi sonreír a Cristo, grande, estoico… Y vi, nimbado de amor, a Epicteto…

Y en las criptas profundas de mi ser, habló la voz de la sabiduría de Epicteto y de la fraternidad de Cristo.

Y tres luces vi en los senderos de mi conciencia: Han Ryner, Mahatma Gandhi y Krishnamurti.

Conocerme.

Construirme.

Resistir al mal con el bien.

No cooperar con la civilización de ciencia sin conciencia.

Renacer de mí misma a fuerza de “individualismo de la voluntad de Armonía”.

Para aprender a amar…

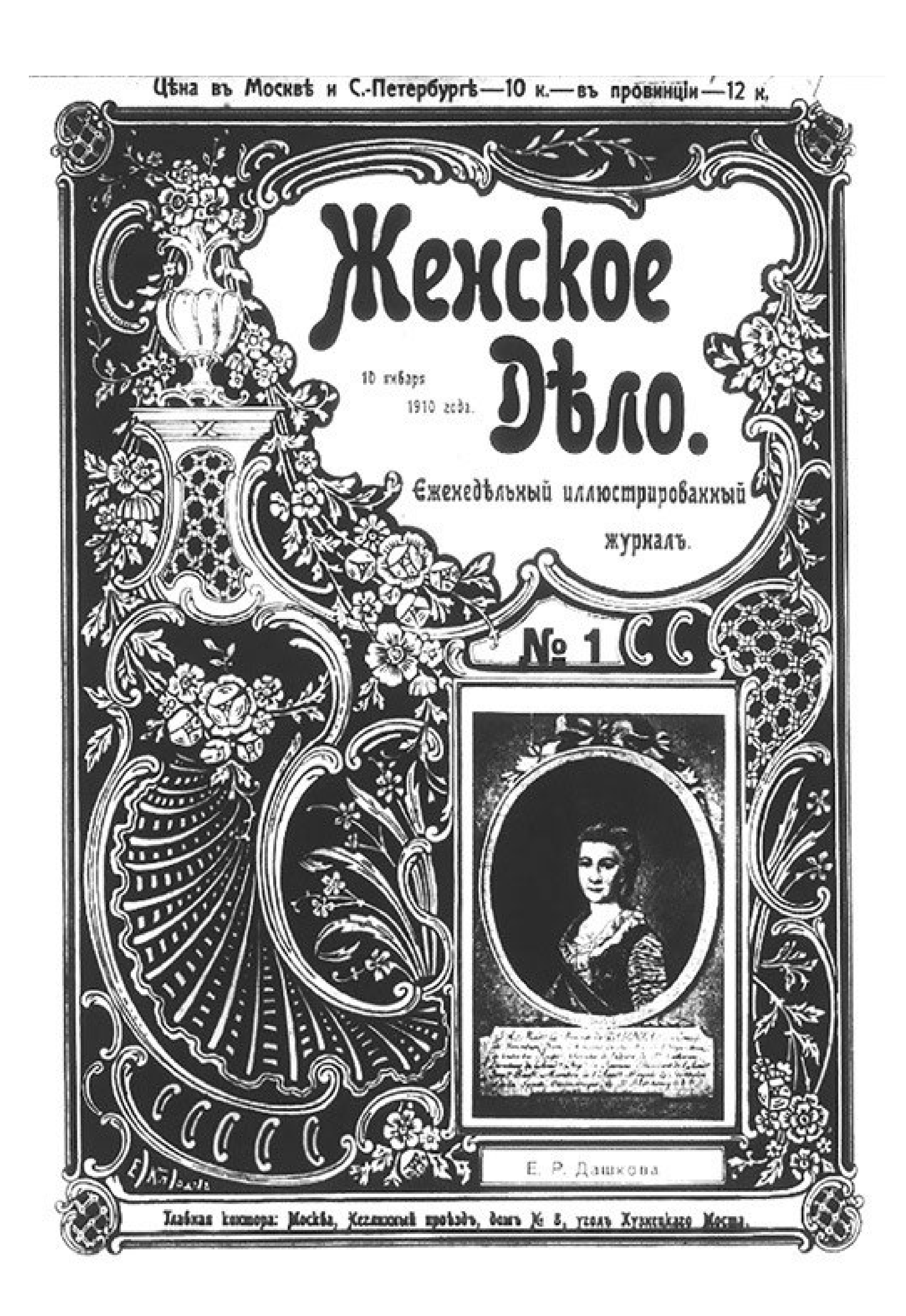
Porque… Solo para amar ha sido hecha la Vida.

Agradecimientos

Pensada y producida en plena pandemia por covid-19, esta antología no habría sido posible sin la participación de muchas personas cercanas y anónimas. Comienzo por agradecer a quienes sostienen las plataformas digitales que promueven el conocimiento abierto y a quienes cedieron derechos y permisos para la reproducción de algunos de los textos compilados. También a la multitud de escrituras feministas contemporáneas que desbordan todo listado bibliográfico razonable.

Agradezco a Horacio Tarcus, director de la colección y del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas, por el resguardo de estas memorias y la pulsión de compartirlas. A Caty Galdeano, por su edición cuidadosa tan atenta al detalle y al disfrute. A Luciano Padilla López y a todo el equipo editorial, porque hacen libros con profesionalidad y rigurosa alegría.

Y a quienes me acompañaron con sus lecturas o enviando datos, bibliografías y música: Paula Lucía Aguilar, Martín Baña, Carolina De Bassi, Lucas Domínguez Rubio, Nabylla Fiori, Karen Glavic, Fernanda Grigolin, Pablo Irrgang, Karina Jannello, Laura Klein, Nadia Ledesma Prietto, Thiago Lemos, Patrícia Lessa, Fer Losso, María Mancuso, Ivanna Margarucci, Romina Petrigh, Eugenia Sik, Fabiana Solari, Ana Trucco Dalmas y Nayla Vacarezza.


Цѣна въ Москвѣ и С.-Петербургѣ—10 к.—въ провинціи—12 к.
Женское Дѣло.
10 января
1910 года.
Еженедѣльный иллюстрированный журналъ.
№ 1
Е. Р. Дашкова

Información sobre los textos y bibliografía recomendada

Introducción (Laura Fernández Cordero)

Ahmed, Sara, Cultural Politics of Emotion, ed. rev., Edimburgo, Edinburgh University Press, 2014 [el epígrafe fue traducido por Nayla Vacarezza].

Authier-Revuz, Jacqueline, “Hétérogénéité(s) énonciative(s)”, Langages, nº 73, París, 1984 [hay trad. al castellano del Seminario de Introducción al Análisis del Discurso, María Marta García Negroni, Maestría en Análisis del Discurso, UBA].

Bajtín, Mijaíl, Estética de la creación verbal, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

—, Problemas de la poética de Dostoievski [1929], Buenos Aires, FCE, 1986.

Butler, Judith, Excitable Speech. A Politics of the Performative, Nueva York, Routledge, 1997 [ed. cast.: Lenguaje, poder e identidad, Madrid, Síntesis, 1997].

Chaneton, July, Género, poder y discursos sociales, Buenos Aires, Eudeba, 2007.

Foucault, Michel, Historia de la sexualidad, Buenos Aires, Siglo XXI, vols. 1-3, 2008; vol. 4, 2019.

flores, val, Deslenguada. Desbordes de una proletaria del lenguaje, Neuquén, Ají de Pollo, 2010.

Haraway, Donna, “Genero para un diccionario marxista: la política sexual de una palabra”, en Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvención de la naturaleza, Madrid, Cátedra, 1995.

Schwob, Marcel, Vidas imaginarias [1896], Buenos Aires, CEAL, 1973.

Scott, Joan W., Género e historia, Buenos Aires, FCE, 2008.

VV.AA., Por un feminismo sin mujeres. Fragmentos del segundo circuito de Disidencia Sexual, ed. al cuidado de Jorge Díaz, Santiago de Chile, Coordinadora Universitaria por la Disidencia Sexual, 2011.

Claire Démar

Mi ley para el futuro. Ed orig.: Ma loi d’avenir. Ouvrage posthume publié par Suzanne [Voilquin], París, La Tribune des Femmes, 1834, disponible en <gallica.bnf.fr>; más tarde, incluido en L’affranchissement des femmes, ed. y comentarios de Valentin Pelosse, París, Payot, 1976; la trad. del fragmento seleccionado en esta antología corresponde a Margarita Polo.

Otros escritos

Appel d'une femme au peuple sur l'affranchissement des femmes, París, "chez l'auteur", 1833.

Algunas lecturas sugeridas

Grogan, Susan K., French Socialism and Sexual Difference. Women and the New Society, 1803-44, Londres, Palgrave Macmillan, 1992.

Noticia biográfica "DÉMAR Claire, Émilie (écrit parfois DESMARE Claire ou d'EYMARD Claire)", <maitron.fr/spip.php?article29769>, rev. y ampliada por Christine Planté, publicada online en 2009, actualizada en 2020.

Sazbón, José, "Figuras y aspectos del feminismo ilustrado", estudio preliminar a Olympe de Gouges y otras, Cuatro mujeres en la Revolución Francesa. Incluye un texto de Condorcet, Buenos Aires, Biblos, 2007.

Scott, Joan W., Las mujeres y los derechos del hombre. Feminismo y sufragio en Francia, 1789-1944, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.

Charles Fourier

El nuevo mundo amoroso. Ed. orig.: Le Nouveau Monde amoureux, paleografía, notas e introd. de Simone Debout-Oleszkiewicz, París, Anthropos, 1967 [ed. cast.: El nuevo mundo amoroso (manuscrito inédito), México, Siglo XXI, 1972; trad. de Martí Soler y Aurelio Garzón del Camino].

Otros escritos

Œuvres complètes, publicadas entre 1966 y 1968 por el sello parisino Anthropos (no abarcan la gran cantidad de artículos dispersos en revistas y periódicos) · El falansterio, ed. al cuidado de Carlos Esteban Etkin, Buenos Aires, Intermundo, 1946 · El nuevo mundo industrial y societario, México, FCE, 1989 · Doctrina social (el falansterio), Barcelona, Júcar, 1976.

Algunas lecturas sugeridas

Barthes, Roland, “Fourier” y “Vida de Fourier”, en Sade, Fourier, Loyola, Madrid, Cátedra, 1997.

Beecher, Jonathan, Noticia biográfica “FOURIER Charles [FOURIER François, Marie, Charles]”, <maitron.fr/spip.php?article31116>, publicada online en 2009, actualizada en 2018.

Subirats, Eduardo y Gras, Menene, “La voluptuosidad subversiva”, prólogo a Charles Fourier, La armonía pasional del nuevo mundo, Madrid, Taurus, 1973.

VV. AA., Jornadas Fourier, ciclo de mesas redondas [2004], con apertura de María Moreno, Buenos Aires, Libros del Rojas, 2006.

Flora Tristán

Unión Obrera. Ed. orig.: Union Ouvrière, París, “chez Prévot et Rouanet, libraires”, 1843, reed.: París, “chez tous les libraires”, 1844, y más tarde al cuidado de Daniel Armogathe y Jacques Grandjonc, París, Éditions des Femmes, 1986 [ed. cast.: Unión Obrera, s.l., El Sudamericano, col. “Socialismo y Libertad”; trad. de Yolanda Marco].

Paseos por Londres. Ed. orig.: Promenades dans Londres, París, H.-L. Delloye - Londres, W. Jeffs, 1840, 2ª ed., 1842 [ed. cast.: Paseos en Londres, est. preliminar de Estuardo Núñez, Lima, Biblioteca Nacional del Perú, 1972, disponible en <www.cervantesvirtual.com>].

Carta a Olympe Chodzko, Londres, 1º de agosto de 1839, incluida en La Paria et son rêve, correspondencia, ed. al cuidado de Stéphane Michaud, París, Sorbonne Nouvelle, 2003 [trad. y ed. cast. digital de Carlos Estela en <madrepora.wordpress.com>].

Otros escritos

Pérégrinations d’une Paria (1833-1834), ed. en 2 vols., París, Arthus Bertrand, 1837-1838 [ed. cast.: Peregrinaciones de una paria, Lima, Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán - UNMSM, 2003] · Le Tour de France, ed. en 2 vols., al cuidado de J.-L. Puech, nva. introd. de S. Michaud, París, Maspero, 1980 [ed. cast: El tour de Francia (1843-1844). Estado actual de la clase obrera en los aspectos moral, intelectual y material, Lima, Institut Français d’Études Andines - Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán - UNMSM, 2006, disponible en <books.openedition.org/ifea/5557>] · Flora Tristán: el martillo y la rosa, antología, con prólogo de Andrea D’Atri, Buenos Aires, IPS, 2019.

Algunas lecturas sugeridas

Iribarne González, María de la Macarena, Flora Tristán y la tradición del feminismo socialista, tesis de doctorado, Universidad Carlos III de Madrid, 2009, disponible en <e-archivo.uc3m.es/handle/10016/7654>.

Michaud, Stéphane, Flora Tristan, 1803-1844, París, Éd. de l’Atelier - Éd. Ouvrières, 1984.

Noticia biográfica “TRISTAN Flora [TRISTAN Y MOSCOSO Flore, Célestine, Thérèse, Henriette, connue sous le nom de Flora Tristan]”, <maitron.fr/spip.php?article24362>, publicada online en 2009, modificada en 2019.

Jenny D’héricourt

La mujer liberada. Ed. orig.: La femme affranchie. Réponse à MM. Michelet, Proudhon, É. de Girardin, A. Comte et aux autres novateurs modernes, en 2 vols., t. I., Bruselas, A. Lacroix, Van Meenen et Cie - París, “chez tous les libraires”, 1860; la trad. de los pasajes seleccionados en esta antología corresponde a Margarita Polo.

Otros escritos

Sus notas fueron publicadas en varios periódicos de Europa y los Estados Unidos: Revue Philosophique et Religieuse, La Ragione, La Voix des Femmes, L’Opinion des Femmes, The Agitator, The Revolution.

Algunas lecturas sugeridas

Arni, Caroline, “‘La toute-puissance de la barbe’. Jenny P. d’Héricourt et les novateurs modernes”, Clio. Histoire, Femmes et Sociétés, nº 13, 2001, disponible en <journals.openedition.org/clio/139>.

López, Elvira, El movimiento feminista [1902], Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2009, disponible en <catalogo.bn.gov.ar/F/?func=direct&doc_number=000705575>.

Offen, Karen, “Qui est Jenny P. d’Héricourt? Une identité retrouvée”, 1848.

Révolutions et Mutations au XIXe Siècle, nº 3, 1987, pp. 87-100.

Pichon, Karine, "POINSARD Jeanne-Marie, Fabienne, dite Jenny P. d'HÉRICOURT", <maitron.fr/spip.php?article159559>, entrada del Dictionnaire biographique du mouvement social francophone aux États-Unis, publicada online en 2014, actualizada ese mismo año.

Joseph Déjacque

Del ser humano masculino y femenino. Ed. orig.: De l'être-humain mâle et femelle. Lettre à Pierre-Joseph Proudhon, folleto, Nueva Orleans, J. Lamarre, mayo de 1857 [ed. cast. parcial: "Del ser humano masculino y femenino (extractos de una carta de P.-J. Proudhon)", Tierra y Libertad. Periódico Anarquista, publicación digital, nº 188, Madrid, marzo de 2004].

Otros escritos

Les Lazaréennes, fábulas y poesías sociales, París, ed. del autor, 1851 · La question révolutionnaire, Nueva York, impr. de F. F. Barclay, 1854 · L'Humanisphère, 1857, publicado por entregas (1858-1861) en Le Libertaire; ed. en libro al cuidado de Élisée Reclus, Bruselas, Bibliothèque des "Temps Nouveaux", 1899 [ed. cast.: El humanisferio, Buenos Aires, La Protesta, 1927] · À bas les chefs, textos reunidos, fijados y comentados por Valentin Pelosse, París, Champ Libre, 1971 [ed. cast. online: ¡Abajo los jefes!, Agitprov, Biblioteca Déjacque, diciembre de 2009, disponible en <anarkobiblioteka3.files.wordpress.com/2016/08/abajo_los_jefes_-_joseph_dc3a9jacque.pdf>].

Le Libertaire. Journal du Mouvement Social (1858-1861), disponible en <joseph.dejacque.free.fr/libertaire/n01/n01.htm>.

Algunas lecturas sugeridas

Maitron, Jean, “DÉJACQUE Joseph”, <maitron.fr/spip.php?article154757>, entrada del Dictionnaire des anarchistes, rev. y ampliada por Karine Pichon y Franck Veyron, publicada online en 2014, actualizada en 2020.

Nettlau, Max, La anarquía a través de los tiempos, Barcelona, Guilda de Amigos del Libro, 1935.

Riffaut-Perrot, Nicole, “Du Phalanstère fouriériste à l’Humanistère de Déjacque. Ascensions parallèles vers le règne de l’Harmonie”, Cahiers Charles Fourier, 1991, n° 2, disponible en <www.charlesfourier.fr/spip.php?article15>.

La Voz de la Mujer. Periódico Comunista-Anárquico

Firmes en la brecha (a nuestros enemigos). Editorial de La Voz de la Mujer. Periódico Comunista-Anárquico, nº 3, Buenos Aires, febrero 20 de 1896; disponible en su formato original en <americalee.cedinci.org/portfolio-items/la-voz-de-la-mujer>. Hay también una ed. en libro: La Voz de la Mujer. Periódico Comunista-Anárquico, Buenos Aires, UNQ, 1997, con

presentación de Maxine Molyneux; disponible en <ediciones.unq.edu.ar/504-la-voz-de-la-mujer.html>.

Algunas lecturas sugeridas

Ansolabehere, Pablo, “La voz de la mujer anarquista”, mora, nº 6, 2000, pp. 109-119.

Barrancos, Dora, Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo, Buenos Aires, Contrapunto, 1990.

Bellucci, Mabel, “Anarquismo, sexualidad y emancipación femenina. Argentina, 1900”, Nueva Sociedad, nº 109, Caracas, 1990, pp. 148-157.

Feijoó, María del Carmen y Nari, Marcela, “Imaginando las/los lectores de La Voz de la Mujer”, en Lea Fletcher (comp.), Mujeres y cultura en el siglo XIX, Buenos Aires, Feminaria, 1994, pp. 276-284.

Fernández Cordero, Laura, Amor y anarquismo. Experiencias pioneras que pensaron y ejercieron la libertad sexual, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017.

La Bella Otero

Autobiografía. Fragmento cit. en Francisco de Veyga, "Inversión sexual adquirida –tipo profesional", Archivos de Psiquiatría, Criminología y Ciencias Afines, 1903, pp. 492-496.

Algunas lecturas sugeridas

Berkins, Lohana (comp.), Cumbia, copeteo y lágrimas, Buenos Aires, Asociación de Lucha por la Identidad Travesti-Transexual, 2007.

Fernández, Josefina, Cuerpos desobedientes. Travestismo e identidad de género, Buenos Aires, Edhasa, 2004.

Halperin, Paula y Acha, Omar, Cuerpos, géneros e identidades. Estudios de historia de género en Argentina, Buenos Aires, Del Signo, 2000.

Maffia, Diana (comp.), Sexualidades migrantes. Género y transgénero, Buenos Aires, Feminaria, 2003, disponible en <dianamaffia.com.ar/archivos/sexualidades_migrantes.pdf>.

Mailhe, Alejandra, Archivos de Psiquiatría y Criminología 1902-1913. Concepciones de la alteridad social y del sujeto femenino, La Plata, UNLP, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Biblioteca Orbis Tertius, 2016, disponible en <bibliotecaorbistertius.fahce.unlp.edu.ar/11.%20Mailhe.pdf>.

Salessi, Jorge, Médicos maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación argentina (Buenos Aires: 1871-1914), Rosario, Beatriz Viterbo, 1995.

Weissmann, Patricia, “Francisco de Veyga. Prolegómenos de la clínica criminológica en la Argentina”, Temas de Historia de la Psiquiatría Argentina, nº 7, verano de 1999, disponible en <www.polemos.com.ar/docs/temas/Temas7/Indice.htm>.

Clara Zetkin

Separación tajante. Ed. orig.: “Reinliche Scheidung”, Die Gleichheit, año 4, nº 8, Stuttgart, 18 de abril de 1894, p. 63, disponible en <fes.imageware.de/fes/web> [ed. cast.: “Separación tajante”, incluida en Cintia Frencia y Daniel Gaido, El marxismo y la liberación de las mujeres trabajadoras. De la Internacional de Mujeres Socialistas a la Revolución Rusa, Santiago de Chile, Ariadna, 2016, pp. 32-34].

Recuerdos sobre Lenin. Ed. orig.: Erinnerungen an Lenin, Viena, Verlag für Literatur und Politik, 1929 [ed. cast.: Recuerdos sobre Lenin, México, PRD, 2019, disponible en <www.prd.org.mx>].

Otros escritos

Una buena compilación de la muy fragmentaria obra de Zetkin es La cuestión

femenina y la lucha contra el reformismo, con prólogo de Luisa Passerini, Barcelona, Anagrama, 1976.

Algunas lecturas sugeridas

Badia, Gilbert, Noticia biográfica “ZETKIN Clara, née EISNER”, <maitron.fr/spip.php?article217231>, publicada y actualizada online en 2020.

Ciriza, Alejandra, “Retornar a Engels. Notas sobre las relaciones entre feminismo y marxismo”, introd. a Friedrich Engels, El origen de la familia, la propiedad y el Estado, Buenos Aires, Luxemburg, 2007.

Fitzpatrick, Sheila, La revolución rusa, ed. actualizada, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018.

Goldman, Wendy, La mujer, el Estado y la revolución. Política familiar y vida social soviéticas 1917-1936, Buenos Aires, IPS, 2010.

María Abella Ramírez

La “moral”… católica. Carta abierta al Pastor del rebaño provincial y al Público. Ed. orig. de la autora, en folleto, La Plata, noviembre de 1915, reprod. aquí de un ejemplar conservado en el CeDInCI.

Otros escritos

En pos de la justicia, La Plata, Taller Gráfico D. Milano, 1908; reed.: Ensayos feministas, Montevideo, El Siglo Ilustrado, 1965.

Algunas lecturas sugeridas

Barrancos, Dora, Inclusión/Exclusión. Historia con mujeres, Buenos Aires, FCE, 2001.

de Lucía, Daniel, “El movimiento librepensador y la cuestión femenina. 1895-1920”, Desmemoria. Revista de Historia, nº 16, Buenos Aires, octubre-diciembre de 1997, pp. 105-120.

Lavrin, Asunción, Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay, 1890-1940, Santiago de Chile, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2005, disponible en <www.centrobarrosarana.gob.cl/622/w3-article-56367.html>.

Nari, Marcela, “El feminismo frente a la cuestión de la mujer en las primeras décadas del siglo XX”, en Juan Suriano (comp.), La cuestión social en Argentina, 1870-1943, Buenos Aires, La Colmena, 2000, pp. 277-299.

Rey, Ana Lía, “Palabras y proyectos de mujeres socialistas a través de sus revistas (1900-1956)”, mora, vol. 17, nº 1, enero-julio de 2011, disponible en <www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1853-001X2011000100009&lng=es&nrm=iso>.

Valobra, Adriana María, Acción política y representación de las mujeres en la provincia de Buenos Aires, 1900-1955, La Plata, Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires Dr. Ricardo Levene, 2013.

Rosa Luxemburgo

Carta a Leo Jogiches, Friedenau, ca. 13 de enero de 1900, incluida en Cartas de amor, selección y prólogo de Annelies Laschitza, Buenos Aires, Fundación Rosa Luxemburgo - Casa Bertolt Brecht, 2018; trad. de Rosa Dubinski y Guillermo Israel, corrección de Florencia Puente.

Reforma o revolución. Ed. orig.: “Sozialreform oder Revolution?”, título general para dos artículos, Leipziger Volkszeitung, nº 219-225, 21-28 de septiembre de 1898, y nº 76-80, 4-8 de abril de 1899; ed. completa en libro: Leipzig, Ausgabe des Buchs, 1908 [ed. cast.: Reforma o revolución, en Obras escogidas, publicada online por Izquierda Revolucionaria, disponible en <marxists.org>].

Otros escritos

El sello berlinés Dietz editó sus Gesammelte Werke (1972-2017), más 6 vols. de correspondencia (Gesammelte Briefe, 1982-1993) · La acumulación del capital, Barcelona, Orbis, 1985 · La cuestión nacional y la autonomía, México, Pasado y Presente, 1979 · Dime cuándo vienes. Cartas de amor 1893-1917, trad. y selección de Angelo Narváez León, prólogo de Diamela Eltit, Santiago de Chile, Banda Propia, 2020 · Cartas de la prisión, Madrid, Akal, 2019.

Algunas lecturas sugeridas

Badia, Gilbert, Noticia biográfica “LUXEMBURG Rosa”, <maitron.fr/spip.php?article216457>, rev. y ampliada por Julien Chuzeville, publicada y actualizada online en 2020.

Geras, Norman, The Legacy of Rosa Luxemburg, Londres, New Left, 1976 [ed. cast.: Actualidad del pensamiento de Rosa Luxemburgo, México, Era, 1980].

Haug, Frigga, Rosa Luxemburgo y el arte de la política, Buenos Aires, Tinta Limón - Fundación Rosa Luxemburgo, 2020.

Loureiro, Isabel María, Rosa Luxemburg, San Pablo, Unesp, 2004.

Löwy, Michael, “L’étincelle s’allume dans l’action”, Mediapart, 13 de febrero de 2011 [ed. cast.: “La chispa prende en la acción”, Viento Sur, 20 de noviembre de 2012, disponible en <vientosur.info/la-chispa-prende-en-la-accion>].

Nettl, John Peter, Rosa Luxemburgo, México, Era, 1974.

Ouviña, Hernán, Rosa Luxemburgo y la reinvención de la política. Una lectura desde América Latina, Buenos Aires, El Colectivo - Santiago de Chile, Quimantú - México, Bajo Tierra - Bogotá, La Fogata, 2020.

Aleksandra Kollontay

Memorias. Ed. orig.: Из моей жизни и работы. Воспоминания и дневники [De mi vida y trabajo. Memorias y diarios], Moscú, Советская Россия [Rusia Soviética], 1974 [ed. cast.: Memorias, Barcelona, Debate, col. “Tribuna Feminista”, 1979; trad. de Cipriano González Gutiérrez].

La Oposición Obrera. Ed. orig.: Рабочая оппозиция [Moscú, 1921], que inicialmente se divulgó sobre todo en versión inglesa [ed. cast.: La oposición en la URSS, Buenos Aires, Schapire, col. “mira”, 1975; trad. de Bárbara Sandoval].

Otros escritos

Los fundamentos sociales de la cuestión femenina [1907], actualmente disponible en <www.marxists.org/espanol/kollontai/1907/001.htm> · Autobiografía de una mujer [sexualmente] emancipada, Barcelona, Fontamara,

1976 · La mujer nueva y la moral sexual, Buenos Aires, Claridad, 1940 · El amor de las abejas obreras, Madrid, Alba, 2008.

Algunas lecturas sugeridas

Abbate, Florencia, Biblioteca feminista. Vidas, luchas y obras, desde 1789 hasta hoy, Buenos Aires, Planeta, 2020.

D'Atri, Andrea, "Amores y desamores contra el heroico y trágico telón de fondo de la Revolución Rusa" [2009], La Izquierda Diario, 4 de octubre de 2016, disponible en <www.laizquierdadiario.com>.

Farnsworth, Beatrice, Aleksandra Kollontai. Socialism, Feminism, and the Bolshevik Revolution, Stanford, Stanford University Press, 1980.

Lind, Maria, Masucci, Michele y Warsza, Joanna (comps.), Red Love. A Reader on Alexandra Kollontai, Berlín, Sternberg, 2020.

Material de archivo incluido en <library.harvard.edu/collections/womens-movement-russia>.

Stefanoni, Pablo y Baña, Martín, Todo lo que necesitás saber sobre la Revolución Rusa, Buenos Aires, Paidós, 2017.

Stites, Richard, The Women’s Liberation Movement in Russia. Feminism, Nihilism, and Bolshevism, 1860-1930, ed. rev., Princeton, Princeton University Press, 1978.

Emma Goldman

Viviendo mi vida. Ed. orig.: Living My Life, Nueva York, Alfred Knopf, 1931 [ed. cast. en 2 vols.: Viviendo mi vida, Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 1995; trad. de Antonia Ruíz Cabezas].

La infancia y sus enemigos. Ed. orig.: “The child and its enemies”, Mother Earth, vol. 1, nº 2, abril de 1906, disponible en <www.gutenberg.org/files/27118/27118-h/27118-h.htm> [ed. cast.: “El niño y sus enemigos”, trad. y publicación online de Rebelde Alegre, <rebeldealegre.blogspot.com>].

Otros escritos

Dos años en Rusia, Barcelona, Hoy, 1924 · Tráfico de mujeres y otros ensayos sobre feminismo, Barcelona, Anagrama, “Cuadernos”, 1977.

Mother Earth. Monthly Magazine Devoted to Social Science and Literature, <dwardmac.pitzer.edu/Anarchist_Archives/goldman/ME/me.html>.

The Emma Goldman Papers, <www.lib.berkeley.edu/goldman>.

Algunas lecturas sugeridas

Drinnon, R., Rebel in Paradise. A Biography of Emma Goldman, Chicago, University of Chicago Press, 1961 [ed. cast.: Rebelde en el paraíso yanqui, Buenos Aires, Proyección, col. “Signo libertario”, 1965].

Falk, Candace, Love, Anarchy, & Emma Goldman. A Biography, reed., Nuevo Brunswick, Rutgers University Press, 2019.

Peirats, José, Emma Goldman, anarquista de ambos mundos, Madrid, Campo Abierto, col. “De la Z a la A”, 1978.

Ana Piacenza

Los que deshonran al anarquismo. Artículo de opinión publicado en Mujeres Libres, VIII mes de la Revolución [ca. marzo de 1937] con el seudónimo Nita Nahuel, disponible en <cgt.org.es/revista-mujeres-libres>.

Algunas lecturas sugeridas

Ackelsberg, Martha A., Free Woman of Spain, Anarchism and the Struggle for the Emancipation of Women, Indiana, Indiana University Press, 1991 [ed. cast.: Mujeres Libres. El anarquismo y la lucha por la emancipación de las mujeres, Barcelona, Virus, 1999].

Bordagaray, María Eugenia, “Luchas antifascistas y trayectorias generizadas en el movimiento libertario argentino (1936-1955)”, Cuadernos de H ideas, vol. 7 (2013), nº 7.

Ledesma Prietto, Nadia, La revolución sexual de nuestro tiempo. El discurso médico anarquista sobre el control de la natalidad, la maternidad y el placer sexual (Argentina, 1931-1951), Buenos Aires, Biblos, 2016.

Nash, Mary (ed.), “Mujeres Libres”. España 1936-1939, Barcelona, Tusquets, 1975.

Tarcus, Horacio, Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda” (1870-1976), Buenos Aires, Emecé, 2007.

Maria Lacerda De Moura

Espiral. Nota publicada en Nervio. Ciencias, Artes, Letras, año 1, nº 10, Buenos Aires, febrero de 1932, disponible en <ahira.com.ar/ejemplares/10-6>; trad. de Pedro B. Franco.

Otros escritos

A mulher é uma degenerada, San Pablo, Paulista, 1924 · Civilização – tronco de escravos, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1931 · Amai e… não vos multipliqueis, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1932 · Clero e Fascismo: Horda de Embrutecedores!, San Pablo, Paulista, 1934 [hay versión cast., desautorizada por la autora: Clericalismo y fascismo] · Fascismo: filho dileto da Igreja e do Capital, San Pablo, Paulista, s.d. · artículos suyos figuran en José Vicente Martí Boscá, Estudios: Educación Sexual, Arte, Ciencia, Cultura General, cd, s.l. [España], faximil, 2007.

Algunas lecturas sugeridas

Fiori de Lima, Nabylla, Maria Lacerda de Moura na revista Estudios (1930-1936): anarquismo individualista e filosofia da natureza, tesis de maestría, Universidade Tecnológica Federal do Paraná, 2016.

Lessa, Patrícia, Amor e libertação em Maria Lacerda de Moura, San Pablo, Entremares, 2020.

Moreira Leite, Miriam L., Outra face do feminismo: Maria Lacerda de Moura, San Pablo, Ática, 1984.

Moreira Leite, Miriam L. y Lessa, Patrícia, “Lacerda de Moura, Maria” [2020], en Diccionario biográfico de las izquierdas latinoamericanas, disponible en <diccionario.cedinci.org/lacerda-de-moura-maria>.

Rago, Margareth, “Maria Lacerda de Moura, uma parresiasta no Brasil”, en A mulher é uma degenerada, 4ª ed. facsimilar comentada, al cuidado de Fernanda Grigolin, San Pablo, Tenda de Livros, 2018.